I. S. Konev

EL AÑO 45









Iván Kónev

I. S. Konev
Mariscal de la Unión Soviética

EL AÑO 45



Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por Joaquín Rodríguez
Presentación de V. A. Korolkov

El libro comprende un período histórico breve, sólo unos cuantos meses, pero extraordinariamente saturado de acontecimientos. Se narran las operaciones últimas, las culminantes de la Gran Guerra Patria. A la sazón, el autor mandaba el 1er Frente de Ucrania. En forma emotiva y amena describe la envergadura grandiosa de la ofensiva de las tropas soviéticas, analiza multifacéticamente la situación estratégica y operativa de aquellos días y hace una característica certera y perdurable de muchos jefes militares. El autor habla con especial cariño del mariscal de Tropas Blindadas P. Ribalko, de los generales D. Gúsev y N. Pújov y de otros compañeros de armas.

Las memorias de I. Kónev están saturadas de reflexiones acerca de las particularidades de la guerra contemporánea, del arte de dirigir colosales masas de hombres y máquinas bélicas, destacando en ellas la fortaleza moral del soldado soviético.

Конев Иван Степанович

СОРОК ПЯТЫЙ

Военные мемуары

На испанском языке

DESDE EL VISTULA HASTA EL ODER

El 12 de enero de 1945, las tropas del 1er Frente de Ucrania, que tuve el honor de mandar, comenzaron la operación ofensiva estratégica Vístula-Oder.

En esta ingente operación actuó hombro a hombro con nosotros el 1er Frente de Bielorrusia, bajo el mando del mariscal Gueorgui Zhúkov. Pero, recordando aquella época, trataré preferentemente, como es natural, de lo que se encontraba directamente en mi campo visual, es decir, de las acciones del 1er Frente de Ucrania.

He citado el 12 de enero como fecha del comienzo de la operación, mas para narrarla desde su verdadero inicio, debo retrotraer mis pensamientos a un mes y medio, a finales de noviembre de 1944.

Por aquellos días me llamaron a Moscú para presentar el plan de la operación, elaborado por el mando del Frente. Lo expuse a José Stalin, en el Cuartel General del Alto Mando Supremo, en presencia de los miembros del Comité Estatal de Defensa.

Recuerdo perfectamente cómo J. Stalin estudió minuciosamente este plan, fijando particularmente su atención en la región industrial de Silesia con un número colosal de empresas y minas con potente utillaje y diferente género de edificios industriales en la superficie. Todo eso, tomado en su conjunto, constituía grandes obstáculos para las acciones maniobreras de las tropas durante la ofensiva.

Incluso en el plano, la envergadura y el potencial de la región de Silesia imponían. Stalin, y así lo entendí perfectamente, al mismo tiempo que remarcaba esta circunstancia, puso el dedo en la carta y, circundando con él esta zona, dijo:

– Esto es oro.

Fue dicho esto de tal forma que, en esencia, los comentarios holgaban.

Como Comandante del Frente, yo no precisaba de aquellas palabras para apreciar claramente que la liberación de la región industrial de Dabrowa-Silesia había que llevarla a cabo de una manera especial.

Habría que adoptar todas las medidas que coadyuvaran a conservar al máximo su potencial industrial, más aún si se tenía en cuenta que después de ser liberadas estas tierras polacas deberían ser restituidas a Polonia, su dueña legítima. Por esta razón, de acuerdo a nuestro plan, las direcciones de ataque de nuestras tropas se trazaron envolviendo esta región por el norte y el sur. No oculto, sin embargo, que cuando Stalin dijo "esto es oro", pensé que debía estudiar más atenta y profundamente no sólo todas las posibilidades de liberar, sino de salvar también la región industrial de Dabrowa-Silesia.

De cómo mis reflexiones de entonces fueron realizándose en el transcurso de la operación, hablaré más adelante, pero, de cualquier manera, impusieron un determinado sello en las acciones combativas de las tropas.

El plan no encontró objeciones por parte del Cuartel General y fue aprobado en su totalidad. Sin perder tiempo, retorné al Frente y comencé los preparativos para la operación.

Ante todo, teníamos que crear una fuerte agrupación de choque en la margen occidental del Vístula, en la cabeza de puente de Sandomierz. Según la idea de maniobra, desde esta base de partida deberíamos romper la sólida y magníficamente organizada defensa enemiga.

A la sazón, la cabeza de puente de Sandomierz era la más potente de todas las que ocupábamos en el Vístula: cerca de setenta y cinco kilómetros de anchura y hasta sesenta de profundidad. Esto nos permitía desplegar allí fuerzas bastante considerables.

Los alemanes, logicamente, comprendían la importancia de la cabeza de puente y durante mucho tiempo intentaron activamente desalojarnos de ella, empleando para ello fuerzas sumamente impresionantes.

Habíamos planeado desde esta base de partida romper la defensa enemiga en una anchura de hasta cuarenta kilómetros. Esto ya denotaba la magnitud de la operación fraguada. La gran anchura inicial del frente de rotura permitía poner a la vez en movimiento grandes efectivos sin tener

los contratiempos que invariablemente surgen en los flancos cuando se rompe el frente enemigo en un sector más estrecho.

Después de abrir brecha en la defensa de los alemanes, las tropas de nuestro Frente deberían continuar la ofensiva en dirección general a Breslau (Wroclaw), a través de Radomsko y Czestochowa y, con una parte de las fuerzas, a través de Cracovia.

En esta operación debíamos cooperar con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia, que avanzaban a nuestra derecha, colaboración que tenía como finalidad cercar y aniquilar a la agrupación enemiga de Kielce-Radomsko, desplegada contra el enlace de los dos frentes: ante el flanco derecho del 1er Frente de Ucrania y ante el flanco izquierdo del 1er Frente de Bielorrusia. A continuación se suponía atravesar la frontera germano-polaca anterior a la guerra, forzar con el grueso de las fuerzas de nuestro Frente el río Oder y con las tropas del ala izquierda apoderarse de la región industrial de Silesia.

Como se ve, al 1er Frente de Ucrania se le planteaban grandes misiones operativo-estratégicas. Para llevarlas a cabo disponíamos de efectivos considerables. En aquellas fechas, nuestro Frente contaba, sólo en pertrechos bélicos y armamento, tres mil seiscientos sesenta carros de combate y cañones autopropulsados, más de diecisiete mil piezas de artillería y morteros y dos mil quinientos ochenta aviones. La potencia era enorme y, disponiendo de tales efectivos, el Frente estaba en condiciones de realizar la misión operativo-estratégica que se le planteaba.

Para hacerse una idea de la envergadura del Frente, enumeraré las tropas que lo integraban, aunque me arriesgo a cansar al lector con una relación bastante extensa.

Al comienzo de la operación Vístula-Oder, en la composición del Frente entraban ocho ejércitos de infantería: el 5° de la Guardia del coronel general A. Zhádov, el 21° del coronel general D. Gúsev, el 52° del coronel general A. Korotéiev, el 60° del coronel general P. Kúrochkin, el 13° del coronel general N. Pújov, el 59° del teniente general I. Koróvnikov, el 3° de la Guardia del coronel general V. Górdov y el 6° del teniente general V. Gluzdovski; dos ejércitos de tanques: el 3° de la Guardia del coronel general P. Ribalko y el 4° del coronel general D. Leliushenko; el 2° Ejército aéreo del coronel general S. Krasovski. Finalmente, disponíamos también de los cuerpos blindados independientes

mecanizados 4°, 7°, 31° y 25°, el 1er Cuerpo de Caballería, cuerpos y varias divisiones de artillería de rotura y otras grandes unidades que es obvio citar aquí. Muchas de ellas las mencionaré más adelante, a medida del desarrollo de los acontecimientos.

Preparando la operación nos esforzábamos por aplicar creadoramente la experiencia adquirida en los campos de batalla. No queríamos en modo alguno repetir los errores, que teníamos bien presentes, y sí lograr el éxito con el menor derramamiento de sangre. Esto era, además, importante porque en las operaciones anteriores, a decir verdad, se dieron bastantes casos en que la rotura de la defensa enemiga se hizo con grandes dificultades y no menos bajas, por culpa, principalmente, del lento ritmo de las operaciones ofensivas. Resumiendo, todo lo que retenía nuestra memoria tan latente, lo bueno y lo malo, lo analizamos y tuvimos en cuenta.

Por cuanto el golpe principal se asestaba desde la cabeza de puente de Sandomierz, las medidas preparatorias fundamentales emprendidas por nosotros las asociamos, ante todo, a esta circunstancia. La base de partida para la ofensiva la llenamos de antemano, puede decirse, hasta rebosar de tropas.

Claro está que esto no fue, ni pudo serlo, un secreto para el enemigo. Para cualquiera estaba claro que si un bando se había apoderado de una base de partida tan grande, y por ende en un río tan caudaloso como el Vístula, cabía esperar allí un nuevo y poderoso ataque. Si ocupamos una cabeza de puente lo hicimos con el único y exclusivo objeto de continuar desde ella operaciones ofensivas. Así, pues, el lugar de nuestra futura rotura del frente no era ningún secreto para el enemigo y debíamos tomarlo en consideración.

Decidimos romper la defensa enemiga en un frente ancho, pues esperábamos una resistencia encarnizada del adversario, así como para evitar desde el primer momento la posibilidad de que batiera con fuego las dos alas de nuestra agrupación de choque y los flancos de las grandes unidades que después se introducirían para desarrollar el éxito.

A continuación, previmos estructurar la agrupación de choque de forma que la potencia de nuestro golpe inicial fuera la máxima y garantizara la rotura impetuosa de la posición defensiva ya en la primera jornada. Es decir, queríamos abrir de par en par las puertas por las que pudieran entrar inmediatamente los ejércitos de tanques.

Con su ayuda, el éxito táctico se transformaría en operativo, el cual desarrollaríamos cada vez más metiendo los ejércitos de carros en el campo operativo y desplegando la rotura tanto en profundidad como en los flancos.

La ofensiva desde una cabeza de puente implica otras particularidades que no deben perderse de vista al planificar una operación de gran envergadura. Exige una gran preparación ingeniera: número suficiente de pasos por el río y de buenos abrigos para las tropas; organización de una defensa antiaérea que cubra de los ataques de la aviación enemiga a la agrupación de choque todavía en la base de partida.

Todas las medidas de aseguramiento combativo fueron especialmente imprescindibles en la cabeza de puente de Sandomierz, enfilada en la dirección principal estratégica, la de Berlín y que, expresándonos metafóricamente, hacía las veces de un revólver encañonado directamente al cubil del enemigo, como en aquella época llamábamos todos a Berlín, desde el soldado hasta el general.

El mando fascista alemán comprendía magníficamente esta situación y vigilaba atento e insomne la cabeza de puente, tomaba medidas para hacer abortar nuestra ofensiva. Así lo atestigua toda una serie de documentos suyos. Lo demuestra también el que ya antes de nuestra ofensiva fueron traídas a la cabeza de puente importantes reservas. Parte de ellas, las divisiones 16ª y 17ª de tanques y la 10ª y 20ª motorizadas, fueron situadas en las proximidades de la cabeza de puente, es decir, en la zona táctica de la defensa enemiga. Más tarde pudimos comprobar que este despliegue fue un error del mando fascista alemán.

La operación debería comenzarse en la fecha fijada exactamente por el Cuartel General del Alto Mando Supremo, el 20 de enero (aunque en realidad comenzó el 12 de enero, pero de esto hablaré más adelante). Como los pronósticos meteorológicos excluían casi totalmente la posibilidad de emplear la aviación, el primer día de ofensiva se planificó la rotura sin apoyo aéreo, con las fuerzas de una potente agrupación artillera y una masa de tanques. En la cabeza de puente no sólo fueron concentrados los ejércitos de carros designados para desarrollar la rotura, sino también gran número de tanques que debían apoyar directamente a la infantería y participar en el combate con los primeros escalones.

Se sobrentiende que esto no era ningún descubrimiento:

la saturación de las formaciones de combate de la infantería con tanques de apoyo directo, fue una medida plenamente lógica y comprobada más de una vez durante la guerra. Es más, tal orden de ofensiva lo registraban ya nuestro Reglamento e instrucciones anteriores a la guerra. Pero el deseo y las posibilidades son dos cosas diferentes. Hubo una época en que nuestra infantería atacaba solamente apoyada por la artillería, pues carecíamos en absoluto de tanques. En ocasiones, la falta de estas máquinas nos obligaba en cada caso concreto a decidir las formas de su empleo: como apoyo directo de la infantería o en masa, en un puño, para desarrollar la rotura. Para la operación que nos ocupa, gracias al trabajo tenaz y abnegado de nuestra retaguardia, de nuestra clase obrera, disponíamos de cantidad suficiente de tanques para saturar con ellos los órdenes de combate de la infantería y para utilizarlos *como poderosos arietes –ejércitos* y cuerpos de carros–, capaces de desarrollar el éxito a una gran profundidad operativa.

Preparando la rotura de la defensa enemiga nos basábamos también en el poderoso fuego de la artillería. Para prepararlo cuidadosamente, el mando del Frente, los jefes de ejércitos, cuerpos, divisiones y los correspondientes mandos artilleros realizaron un minucioso reconocimiento de todo el sector fijado para la rotura. Todos los jefes citados, incluidos los mandos de regimiento, artilleros y aviadores, puede decirse que recorrimos a rastras toda la primera línea, puntualizando los objetivos fundamentales de ataque.

No puedo por menos de decir aquí, tal es mi profunda convicción, que este reconocimiento del terreno, cuando a veces hay necesidad de pegar el cuerpo a tierra, en medida alguna contradice al arte operativo. Algunos teóricos, partidarios de ensalzar el arte operativo, consideran que este trabajo vulgar sobre el terreno les corresponde, por decirlo así, a los jefes del eslabón inferior y no a los que tratan problemas operativos. Por lo que a mí respecta, me parece que la preparación detallada sobre el terreno y la realización posterior de los postulados teóricos en la práctica se compaginan inmejorablemente. La operación, a la que me refiero, fue precisamente muy aleccionadora en este aspecto.

Después de varios reconocimientos minuciosos, el Consejo Militar del Frente analizó detalladamente todo el plan de la ofensiva artillera. Participó en la reunión toda una pléyade de magníficos artilleros tanto nuestros, del Frente,

como de las unidades que nos habían sido agregadas. Recuerdo entre ellos a generales de tanta experiencia como los jefes de los cuerpos artilleros de rotura P. Korolkov y L. Kózhujov, hombres de una preparación insuperable y experiencia colosal, así como a los jefes de divisiones artilleras de rotura, templados en muchas ofensivas, V. Jusid, S. Volkenshtein, D. Krasnokutski, V. Kofánov y otros.

Recordando aquella reunión me asombro yo mismo de cómo en un solo día pudimos analizar tal cantidad de complejísimos problemas. Si tratásemos de compararla con los días laborales contemporáneos, aquella reunión habría equivalido, aproximadamente, a tres días.

Nos esforzamos por planificar la ofensiva artillera de forma que la potencia de fuego cubriese por completo toda la zona táctica de la defensa enemiga y sus reservas operativas próximas, prácticamente, en una profundidad de dieciocho-veinte kilómetros. Disponíamos ya de datos exactos de la exploración, toda la posición defensiva adversaria había sido fotografiada de antemano, y los cambios operados últimamente en ella se registraban a renglón seguido. Resumiendo, que en el territorio ocupado por los alemanes se había fijado una zona de dieciocho a veinte kilómetros de profundidad para ser batida por el fuego de la artillería a plena cadencia y con todos los sistemas.

Existe un cálculo, con el que no quiero recargar al lector, que establece cuántos proyectiles y de qué calibres hay que disparar para neutralizar con seguridad una determinada superficie. Pues bien, nosotros calculamos todo esto en plena correspondencia con las omnisciencias artilleras, de lo que posteriormente los alemanes amargamente se lamentaron.

Pero la reunión no fue más que una reunión y, por lo tanto, sólo nos podía proporcionar los contornos generales de la planificación, por lo que esta última precisaba aún llevarla hasta el conocimiento de los eslabones más inferiores, incluidos los grupos de artillería regimentales. No eludíamos profundizar en todos los detalles, pues considerábamos que la grande y valiosa experiencia acumulada por los jefes superiores de artillería debería ser también del dominio de los grupos y baterías y que calase, como se dice, hasta la propia raíz, pero que no se hiciese en forma de indicaciones generales, sino como una experiencia concreta y práctica. Con este fin, durante los preparativos para la ofensiva los jefes superiores de artillería no se recataron de instruir a sus

hombres en los asentamientos, en condiciones concretas y adaptadas al terreno. No estimábamos que, en este aspecto, alguien sustituyera a otro no se trataba de sustituir al mando (durante el combate manda quien debe), sino de utilizar científicamente –no temo utilizar este término en condiciones de la guerra–, toda la experiencia colectiva acumulada.

En la ofensiva artillera bien organizada veíamos la cristalización de la potencia de nuestro ejército. Suponíamos que todo lo que realizáramos con el fuego, en vez de con la bayoneta, constituiría una gran ventaja para nosotros y evitaría a las tropas bajas excesivas. Por consiguiente, tenía pleno sentido no cruzarse de brazos ni escatimar tiempo ni esfuerzos y trabajar sin descanso en la preparación de la ofensiva artillera. Al fin y a la postre, si tomamos el aspecto moral del asunto, aquel trabajo era en condiciones de la guerra la expresión práctica de la preocupación por la persona en el grado máximo en que las palabras "preocupación por la persona", en general, pueden ser compatibles con la palabra "guerra".

Al referirme a la preparación de la ofensiva artillera, tengo forzosamente que mencionar el papel positivo que desempeñó en esta labor el mando de la artillería del Frente, y, especialmente, el coronel Skróbov, su Jefe de Estado Mayor. Habiendo empezado la guerra al mando de un grupo de artillería llegó a ser un excelente planificador y oficial operativo de Estado Mayor que suscitaba respeto en todos con los que trataba por su disposición, grandes conocimientos del trabajo de Estado Mayor, conjugado con la puntualidad de soldado.

Todos los planes de la ofensiva artillera elaborados en los ejércitos fueron comprobados y confirmados por mí. Siempre tuve por costumbre profundizar con toda la minuciosidad posible en las cuestiones artilleras. Quizás esto fuese un reflejo de mi apego profesional por la artillería (en el viejo ejército yo fui en un tiempo soldado artillero), pero, lo principal, naturalmente, era mi experiencia de tiempos de paz y de guerra. Justipreciando las posibilidades colosales de nuestra artillería siempre traté, cuando pude hacerlo, de aprovecharlas al máximo.

Para que el lector pueda hacerse una idea de la escala del trabajo que precedió a la ofensiva artillera, añadiré que en todo el sector señalado para la rotura se prepararon para cada jefe de batería y de compañía de fusileros cartas-calco

especiales en las que figuraban los datos del enemigo logrados por el reconocimiento. Esta carta-calco es una copia del plano, pero con toda una serie de detalles complementarios. En ella figuraban ahora todas las fortificaciones y obras ingenieras del enemigo, todo su sistema de fuegos y todos los objetivos que debían atacarse en el sector.

En principio, esto permitía que los artilleros dispararan de manera que ni un solo proyectil fuera gastado en balde. Exactamente igual, el jefe de la compañía de fusileros tenía una idea completa de los obstáculos ingenieros y de los puntos de fuego que encontraría en su camino. Las cartas-calco se confeccionaban para toda la profundidad de la zona táctica de la defensa enemiga. Esto facilitaba que tanto artilleros como infantes tuvieran un cuadro completo de todo lo que encontrarían en el terreno enemigo en una extensión aproximada de diez kilómetros.

Diré también unas palabras acerca de la preparación ingenieril de la cabeza de puente, realizada con gran gasto de fuerzas y medios de todas las tropas del Frente. Para caracterizar la envergadura de este trabajo merece la pena men cionar algunas cifras.

En la cabeza de puente se abrieron mil quinientos kilómetros de trincheras y ramales de comunicación; se construyeron mil ciento sesenta puestos de mando y observatorios; se prepararon once mil asentamientos para artillería y morteros, diez mil chabolas y otros abrigos para las tropas; se abrieron nuevos y se repararon más de dos mil kilómetros de caminos automovilísticos, partiendo del cálculo de que para el comienzo de la ofensiva cada división y cada brigada de tanques dispusiera de dos caminos. Esto evitaría los embotellamientos. Además, las tropas de ingenieros tendieron sobre el Vístula una treintena de puentes y organizaron tres pasos de compuerta para grandes tonelajes. A todo esto puede añadirse que para la maniobra de enmascaramiento, prevista por nosotros, las tropas de ingenieros hicieron cuatrocientas maquetas de tanques, quinientas de automóviles y un millar de cañones.

El general Iván Gálitzki, Jefe de Ingenieros del Frente, que dirigió todos estos trabajos, demostró ser, sin ninguna clase de exageraciones, un verdadero maestro de su profesión que trabajó con inspiración y auténtica audacia innovadora.

Los preparativos para la operación se desarrollaron en

todos los sentidos. Con los jefes de ejércitos, de cuerpos y divisiones realizamos ejercicios sobre el mapa para precisar los problemas de la futura cooperación de los ejércitos que participaban en la rotura; Vasili Sokolovski, Jefe del Estado Mayor del Frente, organizó simulacros especiales con medios de transmisiones; en ejércitos, cuerpos y divisiones se efectuaron ejercicios con los jefes de regimiento y de batallón, y en los regimientos, supuestos tácticos con tiro real. Se prepararon especialmente batallones de asalto, equipados con todo lo necesario para perforar la defensa enemiga: tanques, piezas de artillería y morteros. A los batallones se les agregaron nutridos grupos de zapadores.

Como desde el mismo comienzo de la ofensiva los batallones de asalto deberían dar la pauta en el ataque, se seleccionaron también como jefes de ellos los oficiales de más experiencia y decisión. Puedo decir que teníamos donde elegir. A comienzos del año 1945 casi todos los que mandaban nuestros batallones eran oficiales de tiempo de guerra. Muchos habían sido soldados y sargentos que retornaron al frente después de curar sus heridas y que habían ya participado en buen número de operaciones. En la época a que me refiero no existían, en general, jefes de batallones que no contaran con una sólida experiencia bélica.

En opinión mía, el eslabón de mandos de batallón y de regimiento es el fundamental entre los oficiales, el que decide el éxito del ataque, y los batallones atacantes, su fuerza principal. De aquí que la selección de hombres en este eslabón (y no me refiero ya solamente a los batallones de asalto, sino a los jefes de batallón en su conjunto) tratáramos de realizarla con especial minuciosidad.

Debo señalar que, según lo observado por mí, nuestros organismos militares de cuadros funcionaron durante la guerra como no estaría de más hacerlo también en tiempos de paz. Claro está que la propia guerra criba los cuadros, problema del que hablaré más adelante.

Se preparaban los artilleros, la infantería, los tanquistas y la aviación. Las tropas de carros adiestraban en el fuego a sus tripulaciones, especialmente el tiro en marcha, acciones impetuosas, movilidad y maniobra en el combate.

Recuerdo los ejercicios organizados por el coronel general Leliushenko, Comandante del 4° Ejército de tanques. Se practicaba el tiro de tanques en marcha y el aniquilamiento de los carros enemigos. No se disparaba sobre maquetas,

sino sobre auténticos "tigres" e incluso los llamados "tigres reales", tomados al enemigo allí mismo, en la cabeza de puente de Sandomierz.

En este período, se sobrentiende, no fueron pocas las preocupaciones de los trabajadores políticos. K. Krainiukov y N. Kálchenko, miembros del Consejo Militar del Frente, se encontraban permanentemente con las tropas y no sólo participaban en los preparativos relacionados directamente con el aspecto militar de la operación, sino que también solucionaban sobre el terreno un extenso complejo de cuestiones que atañían a la preparación moral y política del personal.

Sabíamos que en el transcurso de la operación tendríamos que irrumpir en el territorio de un enemigo que tanto dolor había causado a nuestro pueblo y perpetrado tantas atrocidades en el territorio soviético. Por eso, en el trabajo educativo, surgió su propio carácter específico que hubiera sido en extremo absurdo desechar.

Entre los problemas que teníamos planteados figuraba también el aseguramiento material y técnico de todas las tropas, en lo que trabajaron mucho N. Kálchenko, miembro del Consejo Militar, y el teniente general N. Anísimov, Jefe de los Servicios del Frente.

Para la fecha en que debía comenzar la operación, los ferrocarriles a retaguardia del Frente ya estaban en orden y funcionaban normalmente y se habían realizado grandes trabajos para la reparación del material rodante y del transporte automovilístico. Las tropas disponían de la cantidad suficiente de municiones, combustibles y lubricantes, así como de víveres. Los polvorines de proyectiles y granadas de mortero de todos los calibres nos aseguraban con cuatro módulos. El transporte automóvil podía repostarse cinco veces de gasolina, la aviación, nueve veces, y teníamos cuatro cargas y media de aceite pesado. Teniendo en cuenta que todos estos recursos materiales serían renovados, su cantidad nos bastaba para llevar a cabo una importante operación a gran profundidad.

Como barruntábamos que tropezaríamos con grandes dificultades para pasar las cargas al otro lado del Vístula y que ya para el primer día de la operación se había planificado un gasto considerable de municiones, la mitad de éstas ya se encontraba en los polvorines de campaña situados en la propia cabeza de puente de Sandomierz.

Siguiendo el hilo de mis recuerdos tendré que narrar al-

gunas otras operaciones ofensivas de gran envergadura. Cuando llegue a ellas describiré con todo detalle su desarrollo y el volumen de sus preparativos. En el caso que nos ocupa, la primera de tales operaciones, quiero simplemente que el lector se haga una idea de la magnitud y escala de trabajos que incluye su preparación. Admito como posible que esta exposición pueda parecer a alguien un tanto concisa, pero es que la guerra no consta solamente de batallas y combates. En ella existen también pausas entre las operaciones. El contenido de las llamadas pausas operativas (tanto lo que se hizo durante ellas y lo que no se realizó) determina en gran medida el desenlace de las acciones bélicas.

Mas retornemos a la exposición sucesiva de los acontecimientos.

La fecha de la ofensiva se aproximaba. Desde el Vístula hasta el Oder deberíamos salvar un territorio de quinientos kilómetros de profundidad, en el que el enemigo había levantado de antemano siete zonas defensivas, cuya mayor parte se extendía por las márgenes de los ríos Nida, Pilica, Warta y Oder, que ya de por sí eran obstáculos. Tres de estas líneas defensivas estaban ya guarnecidas por las tropas adversarias. Al enemigo no le quedaba otra alternativa: a sus espaldas estaba Berlín. El no resistir equivalía a suscribir su condena de muerte. Esta disyuntiva estaba clara para nosotros y por eso, a pesar de todo, nuestra decisión inquebrantable de expugnar al enemigo se reflejaba en la minuciosidad con que preparábamos la ofensiva.

Llegó el 9 de enero. Hasta el comienzo de la operación quedaban once días. Todo lo fundamental ya se había hecho, pero, naturalmente, como ocurre siempre en vísperas de grandes acontecimientos, quedaba aún mucho por hacer.

El 9 de enero me llamó por teléfono directo el general Alexéi Antónov, que desempeñaba las funciones de Jefe del Estado Mayor Central, comunicándome que por la situación crítica en que se encontraban nuestros aliados en el Frente Occidental, en los Ardennes, éstos se habían dirigido a nosotros pidiéndonos que hiciéramos lo posible por acelerar el comienzo de nuestra ofensiva; ante este ruego, el Cuartel General del Alto Mando Supremo había reconsiderado el comienzo de la operación ofensiva: el 1er Frente de Ucrania debía emprenderla no el 20, sino el 12 de enero. Antónov hablaba en nombre de Stalin. Por cuanto la operación ya había sido aprobada por el Cuartel General y estaba

planificada en todos sus detalles, en la conversación no surgieron ningunas modificaciones ni cuestiones de principio.

Respondí al general Antónov que las tropas de mi mando estarían dispuestas para la ofensiva en la nueva fecha fijada por el Cuartel General.

No quiero a posteriori exagerar ni aminorar las dificultades que tendríamos que superar con el adelantamiento de la fecha. En lo fundamental, estábamos preparados para la operación, razón por la que respondí sin vacilar a Antónov. Pero los ocho días que nos habían quitado en un instante había que ganarlos con un trabajo intensísimo, haciendo todo lo que faltaba en los dos días y medio que nos restaban. Para terminar todos los preparativos se exigía una colosal labor organizativa de todos los escalones de mando.

En los últimos meses habíamos recibido complementos de personal que se adiestraban con vistas a la ofensiva. Se había desplegado todo un programa de ejercicios que ahora, en su etapa final, había que terminarlo, reducirlo, cosa no fácil, se sobrentiende. Salieron a flote muchos detalles inconclusos que tuvimos que culminarlos en plazos excepcionalmente breves.

En suma, que los ocho días que nos habían quitado, a decir verdad, los necesitábamos como el aire para respirar. Pero este tiempo, tan necesario para nosotros, nos lo habían quitado para correr en ayuda de nuestros aliados, y en nuestros frentes (me refiero al mío, aunque pienso que lo mismo ocurría en todos los demás) comprendíamos que el adelantamiento de la fecha estaba dictado por consideraciones de orden estratégico general, por consiguiente, así había que aceptarlo. Como Jefe del Frente, aprobaba en mi fuero interno la decisión tomada por el Cuartel General.

Entre otras cosas, la designación de una nueva fecha para la ofensiva nos preocupaba a causa de los pronósticos meteorológicos. El tiempo nos favorecería más en la segunda decena de enero que en días próximos. Disponiéndonos a emprender la ofensiva el 12 de enero, no teníamos más remedio que considerar como realidad que, debido al mal tiempo, tendríamos que neutralizar la defensa alemana solamente con el fuego de la artillería, sin la aviación.

Recordando esto, no puedo por menos de consignar cuánto espacio reservaban en sus planes a la meteorología nuestros aliados y cómo, en dependencia del tiempo, fijaron los

plazos de apertura del segundo frente. Seguramente lo recuerdo por el contraste que ofrece. Por lo que a nosotros se refiere, la decisión del Cuartel General presuponía que en las circunstancias que se daban, las condiciones meteorológicas no debíamos tenerlas para nada en cuenta.

A este respecto quiero remarcar que la experiencia de la Gran Guerra Patria abunda en ejemplos de operaciones en gran escala realizadas en malas condiciones atmosféricas durante días y semanas. En algunos casos, el mal tiempo incluso nos favoreció.

Esto es realmente así, pues las malas condiciones atmosféricas no sólo estorban a nosotros, sino también al enemigo. Valga de ejemplo la operación Uman-Botosâni, realizada por el 2° Frente de Ucrania la primavera de 1944 en las tierras ucranianas al oeste del Dniéper. Cubría los caminos un barrizal infranqueable, por el que hasta los tanques se movían con dificultad. Sus orugas se hundían en aquella masa, llevándose mucho lodo que después se desprendía literalmente por capas. De hecho, los tanques se arrastraban sobre la tripa, resbalando. Hasta el avión U-2, en el que nada influía, pasaba grandes apuros. Al comienzo de la operación aún volaba en él, pero después lo cambié por el tanque, pues por muy lento que avanzara, a trancas y barrancas marchaba adelante. Todos los medios de transporte estaban atascados. Los proyectiles se llevaban a brazo. Y, sin embargo, a pesar de aquellas condiciones, la operación fue realizada sin amenguar el ritmo de ofensiva. En esta operación, los alemanes no fueron simplemente derrotados, sino que huyeron de Ucrania "en cueros": sin artillería, sin carros de combate y sin transporte automóvil. Escaparon de nosotros arrastrados por bueyes, vacas, a pie, arrojando todo el material.

Me es difícil, incluso, cómo decirlo más exactamente, si estábamos o no aliados a los elementos. Mejor dicho, las condiciones meteorológicas no eran para nosotros un estorbo, pues hacíamos operaciones en invierno y en primavera, con mal tiempo y con intemperie y, como regla, siempre con éxito para nuestras armas.

Por cierto, que a este respecto hay una curiosa declaración de Hitler que figura en las actas taquigráficas de las reuniones habidas en su Cuartel General, publicadas en Alemania Occidental. En diciembre de 1942, durante uno de los informes sobre la situación en el sector meridional del Frente del Este y sobre el peligro que representaría un de-



Tanquistas soviéticos en las calles de Gleiwitz en el dia de liberación de la ciudad

Dotación de pieza del teniente Kuznetsov junto al muro del Castillo Real en Cracovia





En una charla sobre temas políticos

sembarco nuestro en Crimea, contestando a la pregunta que le hizo Hitler de si era o no posible el desembarco, Jodl declaró que con aquel temporal era de todo punto imposible arribar. Sin embargo, Hitler expresó sus dudas: "Los rusos pueden hacerlo –objetó a Jodl–. Con nevadas y otras borrascas nosotros no podríamos desembarcar, estoy de acuerdo. Pero, de los rusos, podemos esperarlo".

Detalle bastante expresivo.

Retorno, pues, a relatar la operación Vístula-Oder.

Hasta el comienzo de la ofensiva quedaba ya muy poco tiempo. Además de otros preparativos, como medida que ocultara nuestros propósitos y desorientara al enemigo, decidimos hacer una falsa demostración, concentrando una nutrida agrupación de carros de combate en el ala izquierda del Frente. Con este fin, trasladamos allí las maquetas de tanques, artillería autopropulsada y piezas de las que ya hablé. Toda esta decoración estaba concentrada en el dispositivo del Ejército del general Kúrochkin, en la margen oriental del Vístula, desde donde los alemanes podían esperar la ofensiva sobre Cracovia.

No quiero afirmar que gracias a este camuflaje consiguiéramos garantizar una sorpresa táctica completa en la dirección real del ataque principal desde la cabeza de puente de Sandomierz. No obstante, nuestro enmascaramiento desempeñó cierto papel positivo.

A pesar de las pésimas condiciones meteorológicas, la aviación enemiga de reconocimiento realizó bastantes vuelos sobre la falsa zona de concentración. En los dos últimos días, antes de la ofensiva, los alemanes nos hicieron más de doscientas veinte incursiones de artillería, precisamente sobre las zonas donde estaban asentadas nuestras falsas piezas de artillería.

En su retaguardia, los alemanes reagruparon las fuerzas del 17° Ejército, algunas de cuyas unidades fueron desplazadas hacia el sur. Adelantándome a los acontecimientos, diré que ya durante la ofensiva los hitlerianos no se atrevieron a mover de sur a norte parte de las fuerzas del 17° Ejército. Por lo visto, aún admitían la posibilidad de un ataque complementario nuestro desde aquella dirección.

Llegó, por fin, el 12 de enero de 1945.

En cuanto se hizo de noche me dirigí al observatorio del Frente, instalado en la cabeza de puente. Era una pequeña

casa de campo, situada en el lindero de un bosque, a poca distancia de la primera línea. En una de las piezas, cuya ventana se abría directamente al oeste, se abría un buen campo de observación. Además, al lado había una pequeña cota en la que montamos el sistema de observación y mando, y adonde podíamos trasladarnos en caso de que la artillería nos batiera en la casita. Mas como era invierno, no había necesidad alguna de estar constantemente en la trinchera del puesto de observación, aparte de que desde la misma casa se abría un extenso panorama.

Se fijó el comienzo de la preparación artillera para las cinco de la mañana. Suponiendo, como habíamos comprobado varias veces durante la guerra, que al objeto de conservar sus fuerzas el enemigo podía retirar sus tropas antes de comenzar nuestra ofensiva a la profundidad de la defensa, dejando durante la preparación artillera sólo una débil cobertura en la primera línea, decidimos efectuar un reconocimiento por combate con los batallones de vanguardia.

El reconocimiento activo es algo conocido y nada nuevo, realizado en otras muchas operaciones antes de la ofensiva. Sin embargo, teníamos en cuenta que ya se había formado un cierto cliché, al que el enemigo se había acostumbrado y encontrado un "contraveneno". Este cliché residía en que, de ordinario, el reconocimiento se hacía la víspera de la ofensiva y, después de reunir y sintetizar los datos recibidos, ocupábamos correspondientemente la base de partida y comenzábamos la ofensiva al día siguiente.

En esta ocasión decidimos hacerlo de otra manera: impedir que el adversario pudiera reorganizar su posición defensiva después de nuestro reconocimiento activo. Descargaríamos sobre los fascistas una breve, pero intensa incursión de fuego artillero, a la que seguirían acto seguido en su combate de reconocimiento los batallones de vanguardia, y si descubría que los alemanes no se habían movido, si no habían retirado sus tropas, lanzaríamos nuevamente toda la potencia de nuestra artillería sobre las posiciones enemigas. Tal era la idea de maniobra. Si, por el contrario, los hitlerianos habían replegado sus unidades, sin malgastar los proyectiles sobre un lugar desguarnecido, deberíamos trasladar inmediatamente el fuego a la profundidad, a las zonas donde se hubiera estacionado el enemigo sacado de la primera o de la segunda posiciones.

Además del natural deseo de ver con mis propios ojos el

comienzo de la ofensiva, me trasladé al observatorio del Frente para adoptar sobre el terreno las medidas necesarias en el caso de que las acciones de los batallones de vanguardia demostrasen que el enemigo se había replegado.

El adversario podía retirarse a distinta profundidad, incluso a una que podía requerir adelantar parte de los grupos artilleros y, por consiguiente, hacerse una pausa. En suma, que podía surgir una situación en la que como Jefe del Frente me correspondería adoptar resoluciones urgentes, siendo deseable comprobarlas sobre el terreno y allí mismo dar indicaciones pertinentes sobre seguro.

El observatorio, situado lo más cerca posible de los órdenes de combate y asegurado con todos los medios de transmisiones y mando, era el sitio mejor para ello. Llegué a él en compañía de los generales Krainiukov y Kálchenko, miembros del Consejo Militar, y del Jefe del Estado Mayor del Frente, general Sokolovski.

Exactamente, a las cinco en punto de la mañana, después de una breve, pero intensa preparación artillera, los batallones de vanguardia pasaron al ataque y se apoderaron rápidamente de la primera línea de trincheras de la defensa enemiga. Ya por los primeros partes se vio claro que el enemigo no se había retirado a ninguna parte, que se encontraba allí, en el sitio, en la zona de acción de todo el fuego de la artillería planificado por nosotros.

La masa de fuego artillera, a pesar de su brevedad, fue tan intensa, que hizo creer al enemigo que había comenzado la preparación general de la artillería. Tomando las acciones de los batallones de vanguardia por el comienzo general de la ofensiva de nuestras tropas, los fascistas intentaron detenerla con sus medios de fuego.

Esto era lo que precisamente esperábamos. Después de ocupar la primera línea de trincheras, los batallones echaron cuerpo a tierra entre la primera y segunda líneas. Y, en este momento, comenzó la preparación artillera que duró una hora y cuarenta y siete minutos. Tan destructora, que, a juzgar por toda una serie de documentos tomados al enemigo, éste pensó que había durado lo menos cinco horas.

Cuando comenzó su fuego la artillería, contra la costumbre, no replegamos los batallones de vanguardia que se habían apoderado de la primera línea de trincheras. Cada batería había recibido un sector de tiro asentado en las coordenadas de la red general geodésica de forma que, como se

dice, intentábamos acertar al ojo del mosquito. En los planos de todos los observadores y jefes de baterías figuraba el trazado exacto de la primera trinchera, ya tomada por nosotros, y la situación de la segunda línea de trincheras, donde todavía estaban los alemanes.

De los artilleros sólo se exigía una cosa, certera puntería. Puedo decir que no se equivocaron una sola vez. De cualquiera de las maneras, en todo el frente de ofensiva de las tropas nadie dio la señal de alarma: "Alto el fuego, disparan sobre los suyos".

Los pronósticos de los meteorólogos se confirmaron plenamente y hasta con creces. No sólo mientras fue de noche, cuando había comenzado la preparación artillera, sino tampoco más tarde, después de haber amanecido, de hecho no existía visibilidad alguna. Caía una espesa nevada, como si el tiempo se hubiera preocupado especialmente de proporcionarnos un camuflaje complementario. Cuando al cabo de unas horas pasó junto a nuestro observatorio y entró en la rotura el Ejército de tanques de Ribalko, los carros iban cubiertos por una espesa capa de nieve que los confundía con el fondo general del paisaje, distinguiéndoselos solamente porque se movían.

Se sobrentiende que aquel tiempo tenía también sus lados negativos. Lo que favorecía el enmascaramiento dificultaba la observación. Pero se había preparado y orientado todo de antemano con tal minuciosidad que ni durante la preparación artillera ni durante la rotura de la defensa enemiga, así como cuando se introdujeron en la brecha los ejércitos de carros, no se produjo ninguna confusión. Aquel día, todos nuestros planes se cumplieron con escrupulosa puntualidad que, por cierto, no se consigue tan a menudo en la guerra. Eso es lo que me hace recordar con particular agrado el día de la rotura.

Durante la preparación de nuestra artillería, las tropas enemigas, incluida también parte de las reservas dislocadas en la zona táctica de la defensa o, para decirlo con más sencillez, situadas demasiado cerca del frente, cayeron bajo la masa del fuego de nuestra artillería, fueron desmoralizadas y quedaron incapacitadas para cumplir sus misiones.

Los mandos fascistas alemanes hechos prisioneros en las primeras horas de nuestra rotura declararon que sus oficiales y soldados habían perdido todo dominio de sí mismos. Por iniciativa propia (y para los alemanes esto era, en ver-

dad, cosa no corriente) abandonaban sus posiciones. El soldado alemán, como regla –confirmada durante toda la contienda–, se aguantaba donde se le había ordenado, en tanto no recibía la orden de replegarse. Pero aquel 12 de enero, el fuego era tan implacable que los supervivientes no podían dominar sus nervios.

Fueron completamente interrumpidas la dirección y las transmisiones en las unidades medianas y grandes del enemigo. Esto no era nada inesperado para nosotros, pues así lo habíamos planificado previamente, después de localizar todos los puestos de observación y mando del enemigo. Sobre ellos y contra todo el sistema de mando y transmisiones descargábamos desde los primeros minutos el fuego de la artillería y las bombas y ametrallamientos de nuestra aviación, neutralizándolos, incluido el puesto de mando del 4° Ejército alemán de tanques, desplegado en el sector de la rotura.

Al analizar esta operación, los historiadores militares de la RFA pretenden, como en otra serie de casos por el estilo, descargar la culpa de sus fracasos sólo sobre Hitler, a quien acusan de que ordenó dislocar las reservas, incluido el 24° Cuerpo de carros, muy cerca del frente, originando que estas reservas se encontrasen de buenas a primeras bajo nuestra poderosa cortina de fuego y sufrieran gran cantidad de bajas.

Admito que en el caso que nos ocupa los historiadores digan verdad, en parte. Por cuanto el 4° Ejército de tanques guarnecía la defensa en la dirección de operaciones más importante que protegía los accesos lejanos a Berlín, no está excluido que Hitler, partiendo de sus propias consideraciones acerca de cómo se debía asegurar la estabilidad de las tropas, realmente exigiera que se aproximaran las reservas a la primera posición defensiva. Sea como fuere, según mis observaciones, acumuladas en el transcurso de la campaña, el desacertado despliegue de las reservas operativas, como en esta ofensiva, no era característico para los generales fascistas alemanes. Desde el punto de vista de las exigencias elementales del arte militar, esto fue una pura profanación.

Sin embargo, en dicha operación, Hitler no tuvo más que una parte de culpa, la responsabilidad restante nos incumbe a nosotros. De todas maneras, las reservas de los alemanes no fueron dislocadas en la primera línea de la defensa, sino a retaguardia. Y si nuestra preparación artillera no se hubiera realizado con tanta densidad y a tal profundidad, dichas

reservas no habrían tenido bajas tan catastróficas desde las primeras horas.

Al objeto de parar de alguna manera el progreso sucesivo de nuestras tropas, el mando hitleriano comenzó a retirar apresuradamente a la segunda zona defensiva los restos de sus diezmadas unidades. El repliegue se verificaba bajo el fuego incesante de nuestra artillería, que causaba al enemigo bajas cada vez mayores. En líneas generales, el mando hitleriano actuó justamente cuando se decidió a retirar sin pérdida de tiempo todo lo que había subsistido. De cualquier modo, poco pudo salvar de las tropas que guarnecían el sector de rotura en la primera posición defensiva.

Dos horas después de haber terminado la preparación artillera, cuando la infantería y los tanques de acompañamiento se lanzaron adelante, recorrí el sector de rotura. En derredor todo estaba removido, derribado, enterrado, revuelto, particularmente en la dirección del ataque principal de los ejércitos de Zhádov, Korotéiev y Pújov. La cosa no era para menos, en un kilómetro de frente, sin contar los cañones y morteros de pequeños calibres, habían lanzado sus cargas mortíferas sobre el enemigo doscientas cincuenta-doscientas ochenta y, en algunos sitios, hasta trescientas bocas de fuego. "¡Vaya potencia!", como decían los soldados.

El 3er Ejército de la Guardia de Górdov (con parte de las fuerzas), el 13° Ejército de Pújov, el 52° de Korotéiev y el 5° de la Guardia de Zhádov progresaron durante el primer día de combates de quince a veinte kilómetros en profundidad y, después de romper la posición principal de la defensa alemana, ensancharon la brecha hacia los flancos, a izquierda y derecha, de cuarenta a sesenta kilómetros.

Este avance exitoso de los ejércitos de infantería y el ensanchamiento por ellos del sector de rotura nos permitió ya a mediados del primer día introducir en la brecha abierta a los ejércitos de carros de Ribalko y Leliushenko. Había que impedir que el enemigo organizase un contraataque con las dos divisiones de tanques y las dos divisiones motorizadas que tenía en reserva. Aunque también habían sufrido parcialmente el fuego de nuestra artillería de largo alcance, seguían representando, no obstante, una fuerza bastante seria.

El enemigo se proponía contraatacar al primer escalón de los ejércitos atacantes antes de que entraran en la rotura nuestras fuerzas blindadas: golpear, arrollar e impedir esta introducción. Pero la esencia de nuestro plan consistía, preci-

samente, en impedir que lo hiciera. En el momento en que las divisiones de tanques y motorizadas fascistas se preparaban para el contraataque, en la zona de su despliegue aparecieron las unidades de vanguardia de nuestros ejércitos de tanques.

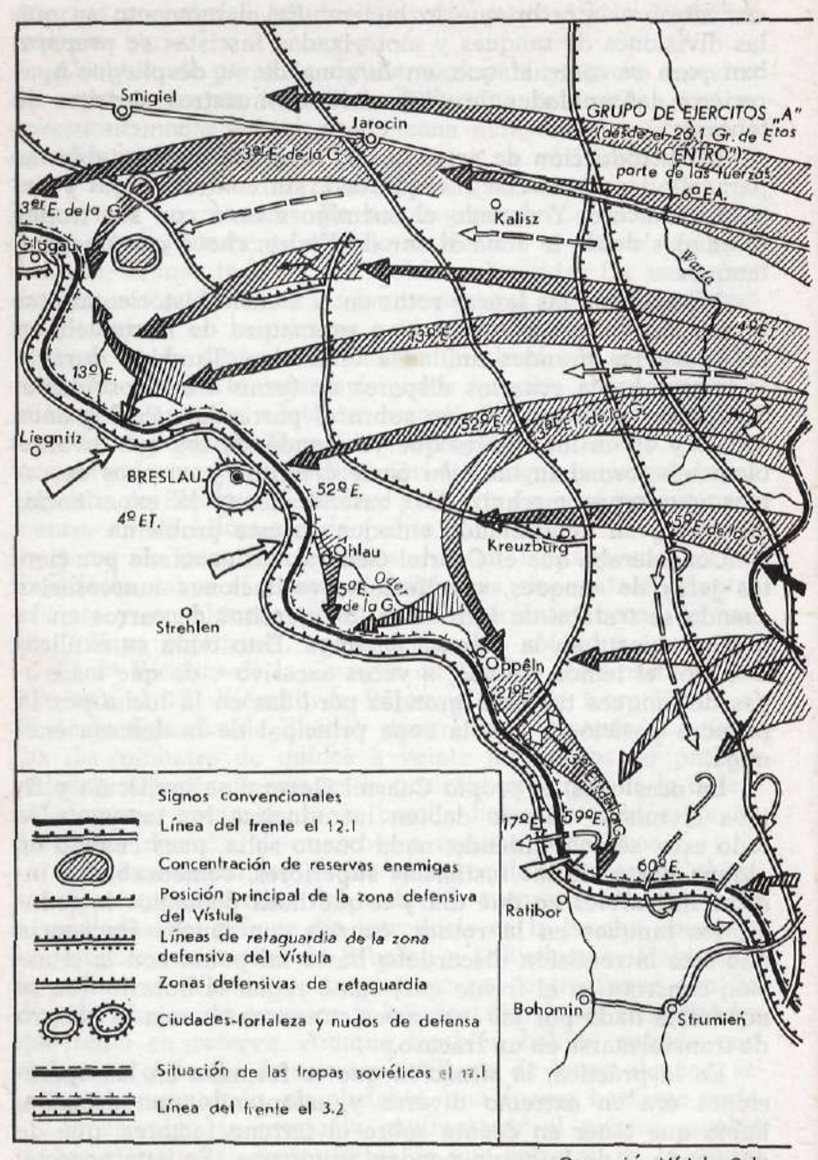
La introducción de éstos en las enormes puertas abiertas para ellos, se hizo con tranquilidad, sin contratiempos y organizadamente. Y cuando el enemigo asomó con sus tropas blindadas desde la zona al sur de Kielce, chocó con nuestros tanques.

Muchas son las lanzas rotas en la ciencia histórico-militar acerca del momento oportuno o prematuro de introducir en la rotura las grandes unidades blindadas. También durante la guerra había criterios dispares en torno a este problema. Yo mismo tenía mi opinión sobre el particular. En los años 43, 44 y 45 en los frentes que yo mandé, de los que invariablemente formaban también parte ejércitos y cuerpos de carros y cuerpos mecanizados, basándome en la experiencia, me formé un determinado enfoque de este problema.

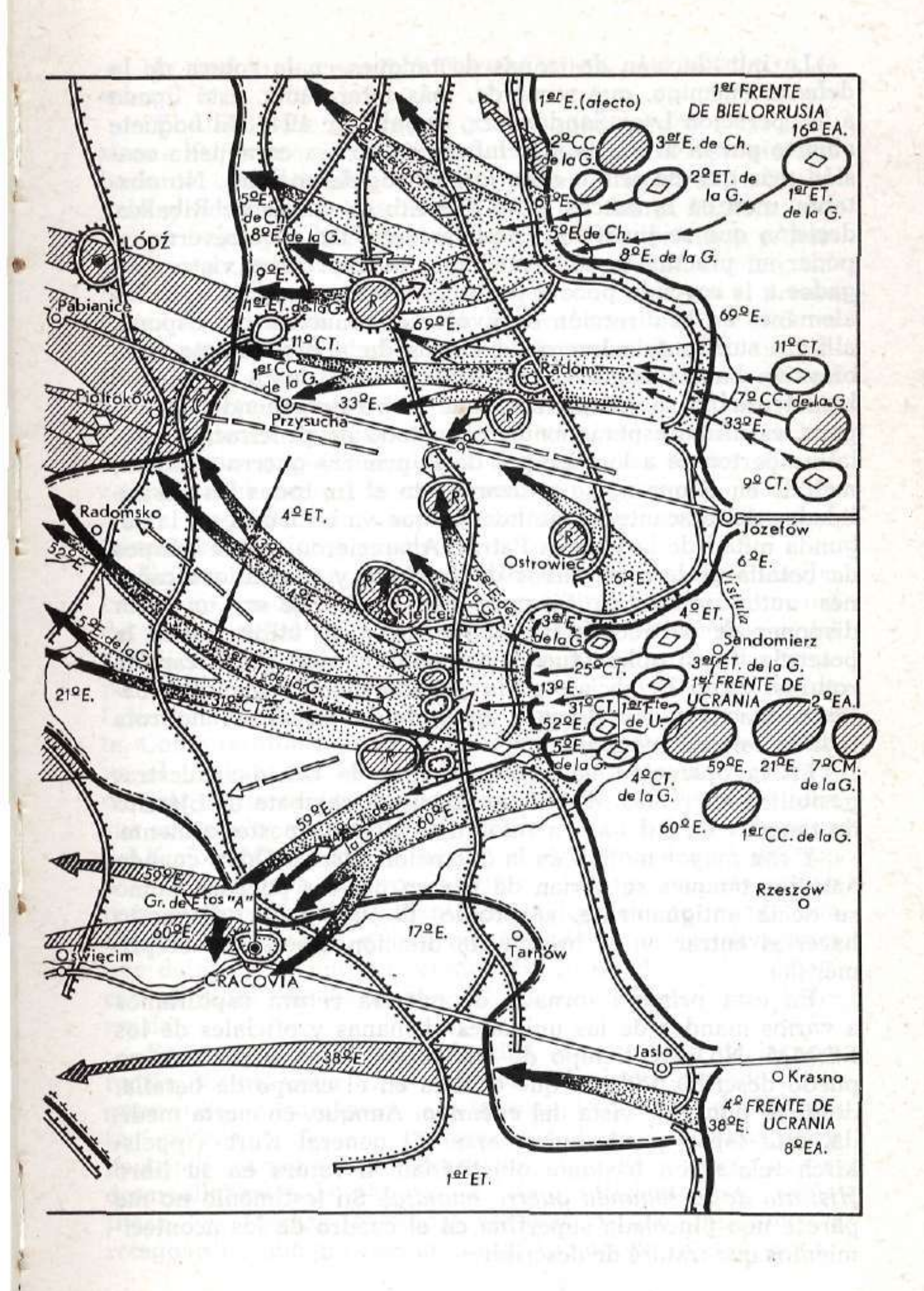
Consideraba que el Cuartel General, influenciado por ciertos jefes de tanques, manifestaba vacilaciones innecesarias cuando se trataba de introducir los ejércitos de carros en la brecha abierta en la defensa enemiga. Esto tenía su explicación por el temor –añado, a veces excesivo–, de que las tropas de tanques tuvieran grandes pérdidas en la lucha por la primera posición y por la zona principal de la defensa enemiga.

En ocasiones, el propio Cuartel General se inmiscuía y fijaba él mismo cuándo debían introducirse los tanques. De todo esto, se sobrentiende, nada bueno salía, pues cuando de alguna parte, de las instancias superiores, comenzaban a indicar inflexibles en qué día y a qué hora debíamos introducir los tanques en la rotura, ocurría con mucha frecuencia que esta intromisión discordaba hasta tal punto con la situación concreta en el frente que, como regla, el horario que se nos había dado por las instancias superiores corría el peligro de transformarse en un fracaso.

En la práctica, la situación que se formaba en las operaciones era en extremo diversa y, adoptando una decisión, había que tener en cuenta sobre el terreno factores, que de antemano y de lejos no pueden adivinarse. En este aspecto, ni hay ni puede existir realmente una receta para todos los casos de la vida.



Operación Vístula-Oder



1er E. (afecto)
1er FRENTE DE BIELORRUSIA
16º EA.
2º CC. de la G.
3er E. de Ch.
2º ET. de la G.
1er ET. de la G.
6º E.
5º E. de Ch.
8º E. de la G.
5º E. de Ch.
8º E. de la G.
LÓDŹ
19º E.
1er ET. de la G.
Pabianice
69º E.
69º E.
11º CT.
11º CT.
1er CC. de la G.
Radom
7º CC. de la G.
Piotrków
Przysucha
33º E.
33º E.
9º CT.
Radomsko
4º ET.
Józefów
6º E.
52º E.
Ostrowiec
6º E.
Vistula
Kielce
3er E. de la G.
4º ET.
Sandomierz
5º E. de la G.
3er ET. de la G.
3er ET. de la G.
25º CT.
13º E.
1er FRENTE DE UCRANIA
21º E.
31º CT.
31º CT.
1er Fte de U.
52º E.
2º EA.
5º E. de la G.
59º E.
21º E.
7º CM. de la G.
4º CT. de la G.
59º E.
60º E.
60º E.
1er CC. de la G.
59º E.
Gr. de Etos "A"
Rzeszów
60º E.
17º E.
Tarnów
Oświęcim
CRACOVIA
38º E.
Jaslo
Krasno
4º FRENTE DE UCRANIA
38º E.
8º EA.
1er ET.

La introducción de tropas de tanques en la rotura de la defensa enemiga, que recuerde, más interesante, está ligada a la operación Lvov-Sandomierz, en julio de 1944. El boquete abierto por la artillería y la infantería no era en aquella ocasión más que de seis u ocho kilómetros de anchura. No obstante, metí en la brecha el 3er Ejército de carros de Ribalko, decisión que se justificó completamente. De no atrevernos a poner en práctica aquella medida, nos habríamos visto obligados a ir royendo poco a poco la defensa preparada por los alemanes en la dirección de Lvov. La infantería no disponía allí de suficiente número de carros de apoyo directo y la ofensiva habría adquirido un carácter muy lento. Y cuando la defensa no se rompe, sino que se va demoliendo poco a poco, es difícil esperar éxito. El método de penetración paulatina pertenece a los tiempos de la primera guerra mundial, método en el que no se utilizan hasta el fin todas las posibilidades del atacante, posibilidades que ya teníamos en la segunda mitad de la Guerra Patria. Aparecieron en los campos de batalla poderosos carros de combate y magníficos cañones autopropulsados. Siempre consideré que era un error disponer de pertrechos tan poderosos y no utilizar toda la potencia de su golpe, fuego y maniobra, sino planificar las roturas, como lo hacían en la primera guerra mundial, dejando inactivos los tanques en tanto la infantería no roía toda la defensa enemiga.

En la operación de Lvov, después de calcular nuestras posibilidades reales, decidí introducir al combate al Ejército de tanques de Ribalko, maniobra justificada posteriormente.

Y con mayor motivo en la operación Vístula-Oder, cuando ante los tanques se abrían de par en par las puertas. Como se decía antiguamente, el propio destino había dispuesto hacerlos entrar en la brecha sin dilación alguna, en el primer día.

En esta primera jornada de nuestra rotura capturamos a varios mandos de las unidades alemanas y oficiales de los EE.MM. No tuve tiempo de hablar con ellos, y por eso no puedo describir todo lo que ocurría en el campo de batalla, desde el punto de vista del enemigo. Aunque, en cierta medida, este lapso puede subsanarse. El general Kurt Tippelskirch relata con bastante objetividad la rotura en su libro *Historia de la segunda guerra mundial*. Su testimonio no me parece una pincelada superflua en el cuadro de los acontecimientos que trataré de describir.

He aquí lo que escribió Tippelskirch acerca del día 12 de enero:

"El ataque fue tan fuerte que no sólo derribó a las divisiones del primer escalón, sino también a reservas móviles bastante considerables, que por orden categórica de Hitler habían sido muy arrimadas a la línea del frente. Estas sufrieron ya bajas por la preparación artillera de los rusos y, posteriormente, ya no pudieron ser utilizadas según el plan, debido al repliegue general. Las cuñas hincadas en el frente alemán fueron tan numerosas y profundas que resultó no *sólo imposible liquidarlas, sino hasta reducirlas. El dispositivo* del 4° Ejército de tanques fue desmembrado y ya no hubo manera humana de contener la ofensiva de las tropas rusas, quienes introdujeron inmediatamente en las brechas abiertas sus grandes unidades blindadas, las cuales comenzaron con el grueso de sus fuerzas a progresar hacia el río Nida, emprendiendo simultáneamente con su ala septentrional una maniobra envolvente de Kielce".

En los accesos a esta ciudad los alemanes se defendieron con gran tenacidad, cosa que, al principio, retardó el ritmo de avance del 3er Ejército de la Guardia de Górdov y del 13° Ejército de Pújov. En cuanto lo supimos, sin perder tiempo, cambiamos la dirección de marcha del 4° Ejército de Leliushenko, de forma que envolviera a Kielce por el sudoeste. Como resultado de esta maniobra, al cuarto día de ofensiva, el 15 de enero, la ciudad de Kielce fue tomada, destrozada gran parte de las tropas germano-fascistas que defendían sus accesos, y sus restos, rechazados a los bosques al norte de Kielce. Más tarde, estas diezmadas unidades se unieron a lo que quedaba de otros ejércitos alemanes que retrocedían bajo el empuje del 1er Frente de Bielorrusia, formando una *agrupación bastante sólida, compuesta por varias divisiones* que dejamos en nuestra retaguardia profunda, tras los flancos cerrados de los frentes 1° de Ucrania y 1° de Bielorrusia.

En esto reside la particularidad característica de la operación Vístula-Oder y, en general, del último período de la guerra. Ya no tratábamos a toda costa de crear un doble frente –externo e interno–, en torno a cada una de estas agrupaciones enemigas. Considerábamos, con toda razón, que si desarrollábamos la ofensiva a ritmo suficientemente impetuoso, las fuerzas enemigas copadas o que dejábamos a retaguardia, aunque fueran considerables, ya no representa-

ban para nosotros un peligro. Tarde o temprano serían derrotadas y destrozadas por los segundos escalones de nuestras tropas.

Al fin y a la postre, la misma suerte corrió la importante agrupación a la que acabo de referirme. Dos veces fue derrotada cuando intentaba salir del cerco y, luego, sus fuerzas medio dispersas anduvieron de aquí para allá por los bosques de nuestra retaguardia, hasta que en pequeñas escaramuzas fueron definitivamente aniquiladas.

Más complicada era la situación con las tropas enemigas de tanques y mecanizadas que habíamos dejado a retaguardia. Cuando en el apogeo de la operación me encontraba en el puesto de mando avanzado en las afueras de la ciudad de Czestochowa, uno de mis subordinados me informó alterado que sobre Czestochowa, directamente contra nosotros, venía de nuestra retaguardia una importante agrupación enemiga de tropas de tanques y mecanizadas.

La situación que se barruntaba no era de las más halagüeñas: a vanguardia, nuestras tropas, que en su avance hacia el oeste ya habían dejado atrás Czestochowa, en medio, el puesto de mando avanzado del Frente, y a nuestra espalda, un cuerpo blindado enemigo. Tal era el cuadro que se nos ofrecía según el primer informe, aunque en él, como ocurre siempre en circunstancias análogas, se exageraba la nota. En realidad, se nos echaba encima una división de tanques alemana, engrosada con algunas unidades dispersas. Pero, avanzaba, debo reconocer, abriéndose paso por nuestra retaguardia con bastante organización y energía.

La noticia era, naturalmente, poco agradable, pero no fue para mí inesperada. Habíamos supuesto que, con nuestro rápido ritmo de avance, no estaba descartado que dejáramos a nuestras espaldas unidades cortadas que anduvieran de un lado para otro. Es más, en las condiciones contemporáneas esto era un fenómeno lógico. Maniobrando, las tropas forman intervalos desguarnecidos entre ellas, el frente de los atacantes es discontinuo, y debe serlo, pues en una guerra moderna no hay necesidad alguna de avanzar codo a codo, hombro con hombro. Lo importante es que entre nuestras unidades medianas y grandes haya colaboración mutua, un enlace seguro y que estén dirigidas durante todo el combate.

Estas consideraciones, que expongo aquí en líneas generales, a la sazón ya se habían arraigado profundamente en nosotros y convertido en una realidad habitual. Por eso, antes

del comienzo de la operación Vístula-Oder, dejamos en reserva del Frente al 7° Cuerpo mecanizado de la Guardia que mandaba el teniente general I. Korchaguin. A medida que se desarrollaba la ofensiva, este Cuerpo avanzaba de una línea a otra detrás de las tropas atacantes, manteniendo enlace constante con nosotros y siempre a mi disposición.

A esta gran unidad le correspondió, precisamente, liquidar con parte de sus fuerzas la agrupación mecanizada enemiga que avanzaba hacia Czestochowa. El mayor general D. Bárinov, Jefe del Estado Mayor del Cuerpo, dirigió el aniquilamiento de estas fuerzas, operación realizada con rapidez y exactitud. Sus acciones resueltas contribuyeron a que gran parte de la agrupación enemiga cercada fuese hecha prisionera, evitándose así una lucha larga y sangrienta.

Mientras en la retaguardia del Frente se acababa con los restos de los grupos enemigos que intentaban abrirse paso o que deambulaban por los bosques, la ofensiva del grueso de las fuerzas del Frente continuaba enérgicamente. Nuestras tropas atravesaron con rapidez la zona intermedia de la defensa enemiga por el río Nida y, sin detenerse, cruzaron los ríos Pilica y Warta. Nuestra ofensiva era tan impetuosa que nos adelantábamos a las tropas germano-fascistas en retirada y llegábamos antes a los ríos que corrían perpendicularmente a nuestra dirección de avance. Circunstancia de importancia primordial, pues hubiera bastado que el enemigo se atrincherara en posiciones de antemano preparadas (y más aún en obstáculos naturales como son los ríos) para que el ritmo de toda la operación decayese inmediatamente.

También habíamos previsto aquel movimiento a vanguardia, por decirlo así, en direcciones paralelas, adelantando a las tropas alemanas que se retiraban y la ocupación de posiciones levantadas en las márgenes de los ríos en la profundidad del campo defensivo enemigo. Sabíamos perfectamente que a vanguardia había muchos ríos que corrían por valles anegadizos y turbáceos de terreno viscoso y pantanoso, especialmente desfavorable para las tropas de tanques; aparte de que en condiciones del variable invierno polaco: hoy templanza, mañana hiela un poco, después nieva y empieza de nuevo el deshielo.

Previendo todo esto, controlamos atentamente por que antes de la rotura no se utilizaran para cruzar a la cabeza de puente ningunos medios móviles de paso de ríos. Todos los primeros escalones de nuestras tropas, especialmente de

las de carros y mecanizadas, empezaron la ofensiva con plantilla completa, e incluso más, de medios de paso. Esto les permitió a ellas mismas tender con la mayor rapidez pasarelas y puentes por los ríos que encontraron en la profundidad de la zona defensiva enemiga.

Estos preparativos, el ritmo de ofensiva emprendido desde el comienzo, más la decisión y diligencia de los jefes de los ejércitos, cuerpos, divisiones y brigadas nos aseguraron la posibilidad de llegar velozmente a los ríos y a sus pasos antes que las tropas enemigas.

En el centro y en el flanco derecho de la agrupación de choque, los acontecimientos se desarrollaban con particular éxito. En el ala izquierda del Frente también iban madurando acciones de envergadura. Los ejércitos 59° y 60° de Koróvnikov y Kúrochkin, respectivamente, aprovechando el éxito de nuestras tropas en la dirección principal, progresaban con rapidez hacia Cracovia. Toda esta región había sido fortificada y preparada de antemano para la defensa por el enemigo y era una especie de fortaleza que cerraba los accesos hacia la región industrial de Silesia.

Sin aminorar la fuerza del golpe ni reducir el número de tropas en la dirección principal de ofensiva, ahora llegaba el momento de emplear parte del segundo escalón del Frente en la dirección de Cracovia, pues esta plaza no sólo nos interesaba como el punto clave que nos abriría el paso hacia la región industrial de Silesia, sino también por ser una ciudad importantísima y la segunda antigua capital de Polonia.

La situación se presentaba favorable para avanzar con éxito en la dirección de Cracovia y, después, en la dirección de Silesia. Las tropas del 5° Ejército de la Guardia de Zhádov y del 3er Ejército de tanques de la Guardia de Ribalko, que operaban en la dirección de Czestochowa, ya pendían amenazadoras desde el norte sobre la zona de Cracovia. En tanto, más a nuestra izquierda, el 15 de enero había pasado a la ofensiva el 4° Frente de Ucrania.

Los golpes de los frentes 1° y 4° de Ucrania sobre ambos flancos del 17° Ejército alemán, prácticamente, amenazaban con cercarlo. Bajo el empuje del 38° Ejército del general K. Moskalenko, que formaba parte del 4° Frente de Ucrania, mandado a la sazón por el general I. Petrov, los hitlerianos desplegados al sur de Cracovia comenzaron a replegarse hacia el oeste, permitiendo que las tropas de nuestra ala

izquierda llegaran a los accesos de Cracovia al final del 17 de enero.

Pero antes de hablar del episodio cracoviano de la operación Vístula-Oder, merece la pena dar una idea general de toda la situación existente en el 1er Frente de Ucrania al final del 17 de enero, es decir, a los cinco días y medio del comienzo de la ofensiva.

Para entonces, la rotura de la defensa enemiga tenía un ancho de doscientos cincuenta kilómetros y una profundidad que variaba entre los ciento veinte y ciento cuarenta kilómetros. Las tropas del Frente habían derrotado a las fuerzas fundamentales, al grueso del 4° Ejército de tanques, del 24° Cuerpo de tanques de la reserva y habían causado bajas muy sensibles al 17° Ejército de Campaña enemigo, que formaba parte del Grupo de Ejércitos "A", mandado por el general Harpe. También se daban condiciones favorables para continuar la ofensiva en la dirección principal, la de Breslau, y para atacar de flanco y por la retaguardia a la agrupación enemiga que mantenía la región Cracovia-Silesia.

Utilizando cuanto tenían a mano –los restos de las unidades que se retiraban y las reservas traídas de la profundidad–, los hitlerianos intentaban a toda costa detener el progreso ulterior de nuestra agrupación principal hacia el Oder. Simultáneamente, continuaban defendiendo tenazmente Cracovia y todo hacía suponer, a pesar de la situación apurada que se les avecinaba más al norte, que se disponían a resistir encarnizadamente en la zona industrial de Silesia.

En efecto, habría sido extraño que no hubieran querido pelear allí. Por su producción, la región industrial de Silesia era la segunda para los alemanes después del Rhur que, por cierto, también en aquellas fechas estaba directamente amenazado por nuestros aliados. Por lo visto, apoyándose en la región fuertemente fortificada de Cracovia, los fascistas pensaban detenernos y, en la primera oportunidad, hacer abortar toda nuestra ofensiva, atacando desde el norte al flanco y retaguardia de nuestra agrupación principal, manteniendo en sus manos toda la región industrial de Silesia.

Me parece que aquí viene a colación decir unas palabras acerca de la fuerza de resistencia enemiga con la que tropezamos en toda esta operación. Antes del comienzo de nuestra ofensiva, las divisiones alemano-fascistas (especialmente las que se nos oponían en la cabeza de puente de Sandomierz) tenían completa su plantilla de personal, esto es, hasta

doce mil soldados y oficiales en cada una. Es decir, que una división de infantería enemiga equivalía por su número, aproximadamente, a dos de las nuestras. Las fuerzas eran impresionantes y desde el mismo comienzo esperábamos que los fascistas pelearían con tenacidad espoleada porque ya se vislumbraba la perspectiva de que nuestras tropas combatieran directamente en el territorio del Tercer imperio.

Muchos eran los alemanes que no advertían el ocaso del Tercer Reich y la crítica situación que atravesaban apenas había influido, por el momento, en el comportamiento del soldado alemán en el campo de batalla: seguía luchando como antes, distinguiéndose, particularmente, en la defensa, con un estoicismo rayano, a veces, en el fanatismo. La organización del ejército no dejaba nada que desear y las divisiones estaban completadas, armadas y abastecidas con todo o con casi todo lo que les correspondía por sus plantillas.

Tampoco podíamos hablar entonces de que la moral del ejército hitleriano estaba quebrantada. A esta circunstancia pueden añadirse también otros factores de no poca importancia: la propaganda goebbelsiana, de una parte, que atemorizaba a los soldados, haciéndoles creer que los rusos no dejarían piedra sobre piedra de Alemania y que llevarían a Siberia a toda la población alemana, y, de otra, las crueles represiones de que eran objeto los soldados, mucho más intensas a medida que finalizaba la guerra.

La moral del ejército alemán subió sensiblemente por el éxito de su operación en los Ardennes. Por las declaraciones de los prisioneros supimos que entre los soldados y la oficialidad estaba muy extendida la creencia de que una vez destrozados los aliados en los Ardennes y obligados a firmar una paz por separado, el mando alemán podría, acto seguido, lanzar las fuerzas de todos los frentes contra la Unión Soviética. Los rumores de esta versión siguieron circulando, incluso cuando se supo que la operación ofensiva alemana en los Ardennes había quedado definitivamente paralizada.

Pero, retornemos a los combates en las cercanías de Cracovia.

El 19 de enero, muy de mañana, me dirigí hacia el observatorio del 59° Ejército del general Koróvnikov. Las tropas, que durante todos estos días habían avanzado, se iban concentrando para atacar directamente Cracovia por el norte

y el noroeste. Desde el puesto de observación se oteaba toda la ciudad.

Después de analizar con el Jefe del Ejército la situación sobre el terreno, decidimos que el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia, agregado a este Ejército y mandado por el general Poluboyárov, envolviese a Cracovia por el oeste. Combinada con las acciones del 60° Ejército, que ya se aproximaba a las afueras sudeste y sur de Cracovia, esta maniobra amenazaba con cercar a la guarnición de esta ciudad.

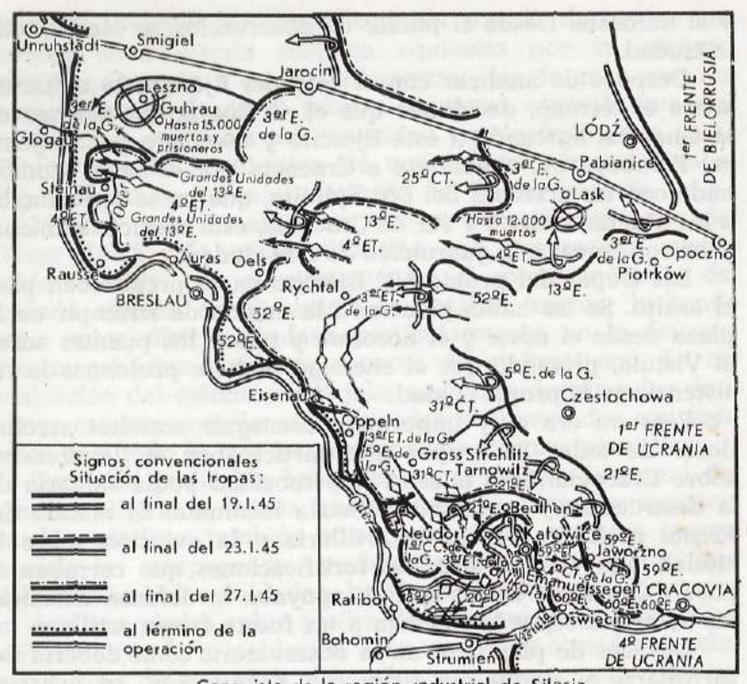
Las tropas del propio 59° Ejército ya se preparaban para el asalto. Se les había planteado la misión de irrumpir en la plaza desde el norte y el noroeste y tomar los puentes sobre el Vístula, privando que el enemigo pudiese prolongar la resistencia en la propia ciudad.

Para mí era muy importante conseguir acciones arrolladoras de todas las tropas que participaban en la ofensiva sobre Cracovia. Sólo nuestra impetuosidad podía salvarla de la destrucción y queríamos tomarla incólume. El mando del Frente prohibió utilizar la artillería y la aviación sobre la ciudad. Por el contrario, las fortificaciones que cerraban el paso a la plaza, en las que se apoyaba la defensa enemiga, las sometimos por la mañana a un fuerte fuego artillero.

Después de planificar en el observatorio cómo debería desarrollarse el ataque me dirigí con Koróvnikov, en nuestros "willis", directamente a los órdenes de combate de sus tropas. El Cuerpo de Poluboyárov ya había entrado en la ciudad desde el oeste y en las afueras norte se combatía intensamente.

Progresábamos con éxito. Los hitlerianos batían a nuestras tropas con toda clase de armas, incluso con fuego de tanques, aunque, a pesar del estruendo y tableteo, se advertía que el fuego decrecía y que, de hecho, el enemigo ya había sido quebrantado. El peligro de caer cercado paralizó su decisión de aferrarse fuertemente a la ciudad. De un momento a otro el Cuerpo de Poluboyárov podía cortarle el único camino que iba hacia el oeste. Al adversario sólo le quedaba salida hacia el sur, hacia las montañas, en cuya dirección comenzó a replegarse a toda prisa.

En aquella ocasión no quisimos cortar el último camino de retirada a los hitlerianos. De haberlo hecho así, habríamos tenido que luchar mucho para arrancarlos de allí y, sin duda de ninguna clase, la ciudad habría sido destruida. Por más que nos sedujese hacer un copo, y podíamos haberlo hecho, no lo hicimos. Colocando al adversario bajo la amenaza real



Conquista de la región industrial de Silesia

de envolvimiento, nuestras tropas lo expugnaron de la plaza con un ataque directo de infantería y tanques.

Al llegar la tarde, las tropas del general Koróvnikov, destrozando las retaguardias del enemigo, atravesaron toda la ciudad. Las unidades del 4° Cuerpo de tanques de la Guardia, desde el noroeste, y las unidades del 60° Ejército, desde el este y el sudeste, causaron al enemigo grandes bajas a su salida y después de abandonar Cracovia. Gracias a las hábiles maniobras de las tropas de Koróvnikov, Kúrochkin y Poluboyárov, esta antiquísima y bellísima ciudad polaca fue tomada íntegra y sin destrucciones.

Hay quien dice que el corazón del soldado se acostumbra a las destrucciones que ve en una guerra larga. Pero, por más que sea así, no puede habituarse a las ruinas. Y el que una ciudad como Cracovia consiguiéramos tomarla intacta fue para nosotros motivo de gran alegría.

Y aunque los hitlerianos minaron abundantemente todas

las obras fundamentales e infinidad de edificios históricos, no pudieron volarlos. No tuvieron tiempo de accionar los mecanismos autoexplosores de los artefactos de acción retardada. Los primeros días, los zapadores del Frente y de los ejércitos realizaron un trabajo colosal.

El día de marras, sólo me acerqué a las afueras norte de la plaza. Al día siguiente, exactamente al cabo de veinticuatro horas, ya vi los itinerarios desminados con las tablillas indicadoras, tarjetas de visita de los zapadores: "Limpio de minas", "No hay minas", "Desminado".

Las tropas siguieron progresando a vanguardia y el 20 de enero ya crucé en coche Cracovia con la Plana Mayor del Frente, dirigiéndome a mi nuevo puesto de mando avanzado. Mirábamos con interés todo lo que podíamos ver desde los coches, lástima que no pudimos detenernos para contemplar las bellezas de Cracovia. Teníamos los minutos contados. Nos aguardaba otra operación: la conquista de la cuenca industrial de Silesia.

Quizá esto pueda parecer extraño, pero sólo pude contemplar como es debido Cracovia al cabo de diez años, durante los festejos conmemorativos de su liberación. Visité el famoso Wawel, palacios y catedrales, estuve en Nowa Guta, nuevo y magnífico centro industrial de Polonia.

Por cierto, que precisamente desde allí, de la zona que ahora ocupa Nowa Guta, emprendimos la ofensiva contra Cracovia. Estos lugares sirvieron a la sazón de campo de batalla.

El 20 de enero, mientras me dirigía hacia el oeste, en el frente maduraban acontecimientos interesantes. Nos esperaban nuevos combates, nos encontrábamos ya en los umbrales de la Alemania hitleriana.

Cuanto más se acercaban nuestras tropas al Oder tanto mayor era nuestro convencimiento de que el enemigo intentaría mantener a toda costa la región industrial de Silesia. Los fascistas alemanes acumularon en esta zona los restos de los derrotados 4° y 17° ejércitos y divisiones de infantería de reserva.

Ya la tarde del 19 de enero, el día que tomamos Cracovia, analizando las perspectivas de los combates en la región industrial de Silesia, comprendimos que el enemigo estaba en condiciones de concentrar allí una nutrida agrupación de tropas: de diez a doce divisiones, sin contar unidades independientes y especiales.

Se nos planteaban tres misiones que podían resumirse a

una sola: destrozar, sin grandes pérdidas para nosotros, la agrupación enemiga que defendía Silesia, realizarlo con la mayor brevedad y, en lo posible, conservar intacta la industria de Silesia.

Se acordó la siguiente decisión: rodear profundamente la región industrial de Silesia con grandes unidades de tanques y, a continuación, colaborando con los ejércitos de infantería que atacaban Silesia por el norte, este y sur obligar a que, ante la amenaza de ser copados, los hitlerianos salieran a campo abierto y allí destrozarlos.

Con este fin, el 3er Ejército de carros de la Guardia de Ribalko recibió el 20 de enero del mando del Frente la misión de desviar la dirección de su ofensiva. Anteriormente, las tropas de Ribalko estaban enfiladas contra Breslau (Wroclaw), mas debido al cambio de la situación operado en Silesia, se necesitaba que su Ejército diera vuelta de norte a sur, a lo largo del río Oder. Esta misión no sólo era inesperada para Ribalko, sino al mismo tiempo muy complicada, la maniobra no era ni mucho menos de las fáciles: someter a un cambio tan brusco de dirección a todo un Ejército de tanques enfilado a otro rumbo y, por si fuera poco, en movimiento.

Al mismo tiempo se dieron las correspondientes disposiciones a los ejércitos de infantería. El 21°, del coronel general D. Gúsev, reforzado con el 31° Cuerpo de carros del general V. Grigóriev y el 1er Cuerpo de caballería de la Guardia del general V. Baránov, debía atacar Beuthen (Bytom), rodeando la región industrial de Silesia por el norte y noroeste; el 59° Ejército de I. Koróvnikov, reforzado con el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia de P. Poluboyárov, debería proseguir la ofensiva sobre Katowice; el 60° Ejército de P. Kúrochkin debería atacar a lo largo del Vístula, envolviendo la región industrial de Silesia por el sur.

Tal era el plan general para la conquista de la región industrial de Silesia.

Los acontecimientos posteriores mostraron que la maniobra emprendida correspondía a la situación existente. Cuando el 3er Ejército de tanques de la Guardia, que a la sazón avanzaba en la profundidad de la defensa enemiga, viró de norte a sur y se dirigió a lo largo del Oder, las tropas fascistas alemanas, que se resistían ante el 5° Ejército de la Guardia y que no esperaban maniobra tan atrevida, ante el temor de quedar cercadas, comenzaron a retirar apresuradamente sus fuerzas al oeste del Oder.

Aprovechando esta circunstancia, las unidades del 5° Ejército de la Guardia llegaron al Oder al final del 22 de enero, al noroeste de la ciudad de Oppeln (Opole), forzaron el río y ocuparon una cabeza de puente en su margen occidental, la primera en nuestro Frente.

Mientras Ribalko viraba hacia el sur, las fuerzas de los ejércitos 21°, 59° y 60°, después de tomar centenares de pueblos, alcanzaron los accesos a la región industrial de Silesia y entablaron duros combates, que amenazaban con ser prolongados.

Al final de la jornada del 23 de enero, nuestro reconocimiento pudo determinar las tropas de la agrupación enemiga que defendía la región industrial de Silesia: nueve divisiones de infantería, dos divisiones de tanques, varios de los llamados grupos combativos, dos brigadas independientes, seis regimientos independientes, veintidós batallones independientes, incluidos varios de instrucción de ametralladoras y uno correccional de oficiales. Todo hacía suponer que podía esperarse de un momento a otro la llegada de dos o tres divisiones de infantería y una de carros de combate.

En mi narración posterior, el lector encontrará más de una vez el término "grupos combativos". Este concepto apareció en el ejército fascista alemán en la segunda mitad de la guerra, cuando por la acción de nuestras armas dejaron de existir muchas divisiones y regimientos. Entonces surgieron los grupos combativos, medida forzosa en la organización de las tropas. Cuando cualquier unidad perdía en combate más de la mitad de sus efectivos y ya no podía considerársela, como antes, unidad combativa, en los documentos adquiría la nueva denominación de "grupo combativo".

En 1945 aparecieron grupos combativos unificados, integrados por los restos de varias unidades diezmadas. Con frecuencia llevaban el nombre de quienes los mandaban. Los efectivos de estos grupos variaban en dependencia de cuál había sido la base que sirvió para formarlos: regimiento, brigada o división. A veces, tenían de quinientos a setecientos hombres, en ocasiones, mil y mil quinientos. Como regla, los grupos combativos peleaban tenazmente. Los mandaban jefes avezados que conocían bien a sus subordinados.

El surgimiento de estos grupos tuvo su origen, claro está, no porque las cosas marcharan bien a los alemanes y, sin embargo, debíamos tenerlos en cuenta. En aquellas circunstan-

cias críticas, en general, su organización fue una medida necesaria por parte del mando fascista.

Por consiguiente, la agrupación enemiga que defendía la región industrial de Silesia, aunque en lo fundamental la integraran tropas duramente castigadas en los combates, representaba, de todas formas, una fuerza considerable.

Y, no obstante, con su vuelta en redondo, el 3er Ejército de carros de Ribalko salió ya el 27 de enero a la zona que le había sido designada, amenazando con sus vanguardias a la agrupación enemiga de Silesia.

No puedo por menos de distinguir como se merece a Pável Semiónovich Ribalko que, poseyendo gran experiencia en operaciones maniobreras, también en esta ocasión ejecutó su misión con rapidez y exactitud extremas y sin perder una hora se abrió paso combatiendo hacia el sur. También ya se echaban sobre la región industrial de Silesia los ejércitos 21° y 59°. Ambos se encontraban ya frente a Beuthen (Bytom) y combatían por la toma de Katowice. El 60° Ejército, que atacaba más al sur, se había apoderado de Oświęcim.

Al segundo día de haberse liberado este horrible campo de muerte, hoy para todo el mundo símbolo de la barbarie fascista, me encontraba relativamente a poca distancia de él. Las primeras noticias acerca de lo que representaba este campo ya me habían sido informadas. Pero, verlo con mis propios ojos, como lo deseaba, conscientemente no me lo permití. La batalla se encontraba en pleno apogeo y su dirección exigía tal tensión que consideré que no tenía derecho a que mis sufrimientos espirituales consumieran fuerzas y tiempo. Allí, en la guerra, yo no me pertenecía.

Continué hacia las tropas, madurando nuevas decisiones. La ulterior ofensiva del 60° Ejército desde el sur y del 3er Ejército de tanques de la Guardia por el norte ya formaba claramente una tenaza en torno al enemigo a la que sólo faltaba cerrarse y acorralar en la región industrial de Silesia a toda la agrupación fascista alemana allí acumulada. Para ello había posibilidades reales. Pero a mí, como Comandante del Frente, se me planteaba: ¿convenía hacer esto? Comprendía que si copábamos una agrupación enemiga, que sin las unidades de refuerzo contaba con diez o doce divisiones, y empeñábamos combate con ella, su resistencia podía prolongarse mucho. Especialmente si teníamos en cuenta la zona en la que se defendería. Y en esto residía el quid de la cuestión.

La región industrial de Silesia era un hueso duro de roer: un territorio de setenta kilómetros de ancho y de ciento diez de longitud estaba materialmente sembrado de edificios, principalmente de hormigón armado, y casas de vivienda de macizos muros. Ante nosotros no se levantaba una sola ciudad, sino, realmente, todo un sistema de localidades entrelazadas que se extendían en una área global de cinco a seis mil kilómetros cuadrados. Si el enemigo se quedaba allí y decidía defenderse, nos costaría mucho desalojarlo. Serían inevitables grandes perdidas humanas y destrucciones. Toda la zona podía quedar en ruinas.

En suma, que me imaginaba perfectamente a qué precio pagaríamos el aniquilamiento del enemigo atrincherado en la cuenca industrial de Silesia. Sin embargo, tampoco era fácil renunciar al cerco. No oculto que yo libraba conmigo una lucha interna. Más aún, porque hacía unos días, al comienzo de la operación, cuando todavía estábamos lejos de la región de Silesia y no habíamos podido compulsar hasta el fin cuántas pérdidas y destrucciones podrían ocasionar combates duraderos en aquellas tierras, yo había dado la orden de cercar al enemigo.

Mientras me dirigía hacia el Ejército de Ribalko, que se aproximaba desde el norte, maduró en mí la idea de que estábamos obligados a tomar la región industrial de Silesia, pero obligatoriamente intacta y, por consiguiente, dejar salir a los hitlerianos de aquella trampa y acabar con ellos, después, en campo abierto. De otra parte, el cerco del adversario es la forma suprema del arte operativo, su culminación. ¿Cómo, entonces, renunciar de buenas a primeras a ello? A mí, militar profesional educado en el anhelo de aprovechar todas las ocasiones para copar al enemigo, cortar sus caminos de comunicación, no dejarle escapar y acabar con él, de pronto, en vez de todo esto, contravenir la doctrina probada y los puntos de vista tan sólidamente enraizados, que yo mismo profesaba.

Mi turbación psicológica se ahondaba más porque al Ejército de Ribalko, después de tomar la decisión de no copar al enemigo, debería hacerlo cambiar nuevamente de dirección. A este Ejército, que avanzaba resuelto a cercar al adversario, a encerrarlo en sus tenazas y a no dejarlo escapar, yo debía ahora echar por tierra todos estos legítimos anhelos, orientar las tropas y a su Comandante al cumplimiento de otra misión.

Me esforzaba por sopesar serenamente todos los lados positivos y negativos del problema.

Perfectamente, suponiendo que encerráramos a los hitlerianos en la cuenca industrial de Silesia, éstos eran, aproximadamente, unos cien mil. La mitad perecería en los combates y la otra mitad hecha prisionera. Propiamente dicho, éstos eran todos los aspectos positivos. No pocos, pero todos.

¿Y los lados negativos? Con nuestra operación de cerco nos veríamos obligados a destruir toda esta zona, causar un daño colosal al complejo industrial más grande que debería pasar a patrimonio de Polonia. Además, también nuestras tropas sufrirían grandes bajas, porque pelear allí significaba tener que tomar por asalto una fábrica tras otra, un pozo de mina tras otro, una casa tras otra. Incluso admitiendo nuestra superioridad en máquinas de guerra, los combates por cada casa se pagan a un precio muy caro, vida por vida.

Nuestras pérdidas humanas en cuatro años de guerra eran ya más que suficientes y ya se vislumbraba la perspectiva de terminar victoriosamente la guerra. Por eso, en todas partes donde era posible, nos esforzábamos por conservar los hombres, por que llegáramos juntos y vivos hasta la victoria.

En el caso que nos ocupa, sobre mí recaía una gran responsabilidad y, aunque por naturaleza no era hombre indeciso, de todas maneras, no oculto que vacilé mucho y recapacité desde todos los ángulos qué maniobra adoptar.

Como resultado de todas mis reflexiones tomé la decisión definitiva de no encerrar al enemigo, dejarle una válvula de escape para que abandonara la cuenca de Silesia y terminar con él en una batalla campal. La vida justificó posteriormente esta decisión.

Para llevarla a cabo se necesitaba, por una parte, desviar nuevamente sobre la marcha a las grandes unidades del Ejército de carros de Ribalko, ya dispuestas a cerrar este pasillo, y, por otra, activar las acciones de las tropas que atacaban directamente la región industrial de Silesia. No bastaba con dejar franco el corredor de salida a los hitlerianos. Se precisaba obligarlos a que ellos mismos vieran en este callejón la única vía de salvación. Mas para ello había que mostrarles nuestra potencia y nuestra decisión de expugnarlos de la región industrial de Silesia, atacándolos y presionándolos en la dirección del camino que dejábamos abierto, hacia el sudoeste.

A los comandantes, Koróvnikov, del 59° Ejército, y Kú-

rochkin, del 60° Ejército, se les enviaron las órdenes con los oficiales de enlace de mi grupo de operaciones, y al general Gúsev, Comandante del 21° Ejército, yo se las di en persona, cuando me dirigía al encuentro de Ribalko. Según el plan inicial, su Ejército, librando combates frontales, debería al mismo tiempo flanquear la región industrial de Silesia por el noroeste. Ahora, ordené a Gúsev que atacara lo más impetuosamente posible al enemigo de frente, presionándolo y desalojándolo incesantemente.

Adelantándome a los acontecimientos diré que el 21° Ejército también en aquella jornada cumplió magníficamente la misión que se le planteó.

Mas, ¿cómo le iban las cosas a Ribalko? El lector ya conoce que al tomar mi decisión pensaba con alarma fundada cómo me comprenderían mis subordinados y, particularmente, el Comandante del 3er Ejército de tanques de la Guardia. No se me ocultaba que en el transcurso de unos cuantos días su Ejército había realizado una maniobra complicadísima, sin dejar de combatir, precisamente para cerrar el anillo de cerco en torno a la agrupación enemiga de Silesia.

Me es difícil restablecer de memoria un diálogo que tuvo lugar hace veinte años. Pero como esta conversación con Ribalko fue una de las que no se olvidan, si no me es infiel la memoria, fue aproximadamente así:

El: Camarada mariscal, para cumplir su orden tengo que hacer cambiar nuevamente de dirección al Ejército.

Yo: No importa, Pável Semiónovich, usted ya está acostumbrado. Su Ejército acaba de realizar con toda brillantez un cambio de dirección. Hagamos, pues, un pequeño viraje más. A propósito. Todo un Cuerpo suyo, aún no desplegado, avanza en segundo escalón. Enfilémoslo rápidamente en la dirección de Ratibor y paremos en seco a los otros dos cuerpos, pues, según tengo entendido, su enlace por radio con todos los cuerpos es magnífico.

El (frunciendo el ceño y, como pude adivinar, resistiéndose todavía interiormente): Sí, quizás esto sea posible.

Yo: ¿Su comunicación es buena, no me equivoco? ¿Tiene enlace con todos?

El: Sí, enlazo con todos. La radio funciona inmejorablemente.

Yo: Perfectamente, transmita ahora mismo la orden de "Alto" a estos dos cuerpos, y al de segundo escalón, "Adelante, sobre Ratibor".

Las emisoras se encontraban allí mismo, en mi coche y en el de Ribalko. Este, sin perder un minuto, se dirigió a radiar esta orden.

Viene a colación recordar que presenció la conversación S. Mélnikov, compañero de armas de Ribalko y miembro del Consejo Militar del 3[er] Ejército de tanques de la Guardia, hombre que tenía por norma pasarse la mayor parte del tiempo con las tropas, en las formaciones de combate del Ejército en ofensiva.

Cuando recordamos el pasado bélico, para que nos comprendan mejor, queremos que ciertos momentos se perciban visualmente, probar a restablecer, en la medida de nuestras fuerzas, ante el lector, el cuadro que en aquella ocasión contemplaba yo mismo.

¿Qué representaba el observatorio avanzado del 3[er] Ejército de carros en el que tuvo lugar toda esta conversación? Ni era una casa ni un abrigo, sino una cota que dominaba el terreno circundante, a la que subió el Comandante del Ejército seguido por mí.

La panorámica era extraordinariamente amplia. Delante teníamos el campo de batalla en el que, como sobre la palma de la mano, veíamos el movimiento de las grandes unidades blindadas de Ribalko. Sus brigadas cambiaban de dirección ante nosotros, como si hicieran maniobras en un buen polígono, enderezando su rumbo bajo el cañoneo enemigo hacia la región industrial de Silesia. En la lejanía se divisaba la propia cuenca industrial, con las chimeneas humeantes de sus fábricas. A nuestra izquierda, donde combatía el 21° Ejército de Gúsev, se oía el cañoneo incesante de la artillería y se advertía que la infantería progresaba. A nuestra retaguardia avanzaban nuevas masas de tanques, el Cuerpo al que Ribalko había ordenado por radio que se dirigiera hacia Ratibor.

La guerra contemporánea está ligada a las distancias. Las acciones de grandes masas de tropas, con frecuencia, no se ubican en el campo visual de la persona, incluso si ésta se encuentra en el observatorio. Más a menudo las sigue por el mapa. De aquí que mi satisfacción fuera mayor, observando el impetuoso avance de las formaciones de combate de las brigadas de carros, audaz y pertinaz, a pesar del fuego y la resistencia del enemigo. Sobre la coraza de los tanques iban los comandos de desembarco, la infantería motorizada, algunos soldados llevaban acordeones.

Recuerdo que en aquella operación, muchos tanques iban camuflados con tul. A primera vista, tanques y tul es una compaginación extraña, pero en ello había su lógica.

Nos encontrábamos en invierno y todavía cubría los campos la nieve. La víspera, precisamente, los tanquistas se habían apoderado de los almacenes de una fábrica textil en los que encontraron mucho tul, que les vino como anillo al dedo para disimular sus máquinas.

Todavía me parece estar viendo este cuadro con todos sus contrastes: las chimeneas de Silesia humeando, el cañoneo de la artillería, el chirrido de las orugas de los tanques cubiertos con blanco tul y la infantería subida a ellos, tocando acordeones, cuya música no llegaba hasta nuestros oídos.

Cuando narre las siguientes operaciones del Frente (la de Berlín y Praga) citaré aún varias veces el nombre y los hechos de armas de Pável Semiónovich Ribalko, Comandante del 3er Ejército de tanques de la Guardia. Quiero hablar de este hombre, poco común, más detalladamente de lo que puede hacerse describiendo las acciones bélicas, presentárselo al lector tal y como quedó en mi recuerdo, probar a dibujar algo parecido a su retrato, claro está, al retrato de un militar.

Por primera vez me encontré en la guerra con Ribalko en 1944. Hasta entonces, al mando del 3er Ejército de carros de combate, yo ya había participado en una serie de grandes operaciones para la liberación de Ucrania, el cruce del Dniéper, la toma de Kíev y la ofensiva en Ucrania Occidental. Me encontré con él cuando me hacía cargo de la jefatura del 1er Frente de Ucrania, en mayo de 1944.

A este primer encuentro en la guerra le habían precedido muchos en la vida. Conocía a Ribalko desde el comienzo de la década del 20, cuando estudiábamos en los cursos de oficiales superiores en la Academia Frunze. A la sazón, la academia no se llamaba así, pues Frunze vivía aún y él fue precisamente quien destinó todo un grupo de viejos comisarios de guerra (unos treinta) a estudiar en los cursos. Digo "viejos", pero en la época a que me refiero, aquellos comisarios no tenían más que de veintiséis a veintisiete años. Entre ellos nos encontrábamos Ribalko y yo.

Cuando acabaron los estudios, Ribalko ya no pasó a desempeñar funciones de comisario, sino de mando, como jefe de un regimiento. Más tarde mandó una división y durante

cierto tiempo fue agregado militar en Polonia. Después retornó a los puestos de mando militar. Durante la guerra, llegó a ser Comandante de Ejército de carros de combate. En este cargo le encontré después de casi veinte años de haber terminado la academia.

Pável Semiónovich era un hombre de extensa instrucción general y militar. No sólo había terminado los cursos de oficiales superiores, sino también la Academia Frunze, donde unos años más tarde nuevamente estudiamos juntos. En los cursos y en la academia estudió magníficamente, fue uno de los mejores alumnos, rasgo característico natural en él.

Su gran preparación teórica y su múltiple experiencia de mando hicieron de Ribalko un jefe militar completo, conocedor de su profesión y seguro de sí mismo. Le caracterizaba una serenidad natural extraordinaria que se compaginaba con la energía y voluntad férreas, que tenían su expresión brillante en todos sus actos.

Durante las pláticas amistosas era gracioso, ingenioso y sabía polemizar. Pero, yo diría que la cualidad principal positiva de Ribalko, su gran mérito, era la habilidad para cohesionar a la colectividad que le rodeaba y a la que él mandaba.

Ribalko no actuaba por el método de concesiones y carantoñas, de benevolencia y del que todo lo perdona. Al contrario, siempre planteaba a los subordinados (cosa necesaria en el ejército) las exigencias más severas, sin por ello dejar de ser siempre justo y solícito. Le era propia una cualidad, ni mucho menos frecuente, que yo aprecio especialmente en los militares. Exigiendo responsabilidad plena a sus subordinados por cualquier error, después, cuando por la falta del inferior tenía que responder personalmente, Ribalko no permitía que maltrataran al culpable, asumiendo para él gran parte de la culpa.

Sus relaciones con el Consejo Militar las estructuraba excelentemente. En el 3er Ejército de tanques de la Guardia, el Consejo Militar era un órgano de dirección perfectamente cohesionado, que trabajaba como un solo hombre bajo la dirección indiscutible, se sobrentiende, del Comandante en Jefe. S. Mélnikov, miembro del Consejo Militar ya citado por mí, complementaba bien a Ribalko, cosa, que en justicia, era un mérito recíproco.

Mélnikov no sólo se ocupaba de todo lo relacionado con el estado político y moral y la educación política del perso-

nal, sino que atendía asimismo a toda una serie de asuntos del Ejército como, por ejemplo, el aseguramiento material y técnico, cuya importancia es colosal en la guerra y, especialmente, en un Ejército de carros de combate. Siempre acompañaba a Ribalko a la primera línea y sabía, cuando lo exigían las circunstancias, influenciar en los subordinados con su ejemplo de arrojo personal. En este sentido, ambos hombres eran muy parecidos.

Pável Semiónovich Ribalko era un hombre impertérrito y, no obstante, enemigo del heroísmo espectacular. Sabía distinguir los momentos realmente decisivos de los supuestos y exactamente cuándo y dónde debía encontrarse. Cosa de importancia extraordinaria para un jefe. No se ponía nervioso, como algunos, ni se lanzaba de una unidad a otra, pero, si la situación lo imponía, cualquiera que fuera el peligro, aparecía en aquellos puntos y en el momento en que su presencia era necesaria. En dichas ocasiones no había manera humana de contenerle.

En nuestro ejército hubo bastantes buenos jefes de carros de combate, mas sin menoscabar sus méritos, de todas maneras, tal es mi opinión, quiero decir que Ribalko comprendía más hondamente el carácter y posibilidades de las grandes agrupaciones de fuerzas blindadas. Sentía cariño, apreciaba y conocía perfectamente las máquinas, a pesar de que no fue tanquista desde su juventud. Sabía qué podía sacarse de los carros, qué les era viable y qué imposible, circunstancia que nunca olvidaba cuando planteaba misiones a sus tropas.

En la segunda mitad de la Gran Guerra Patria, las tropas de tanques eran las mejores, las que daban la pauta en las operaciones. Ribalko sabía aprovechar hábilmente la fuerza de sus tropas, la que daba el tono y determinaba el ritmo de toda la operación. Se sobrentiende que esto no era cosa sencilla y que cada operación la preparaba con la minuciosidad de un orfebre.

Más de una vez presencié cómo en el cajón de arena o en una maqueta del terreno en relieve y otras veces en un mapa de gran escala ensayaba previamente con sus mandos subordinados las acciones combativas de cuerpos, brigadas y las posibles variantes del cumplimiento de una misma misión. Presencié cuando preparaba en escala del Ejército la operación de Lvov y cuando se disponía para la operación Vístula-Oder.

La cuidadosa preparación de los mandos, aunque muy importante para Ribalko, era, sin embargo, sólo una parte de sus preocupaciones. Con la misma escrupulosidad se ocupaba de instruir al personal de ingenieros y técnico, profundizaba en todo lo que concernía al aseguramiento técnico de los tanques, su reparación, evacuación y restablecimiento, pues comprendía que la mayor eficacia en el combate sólo la obtendría con un empleo técnico acertado de las máquinas.

No constituye una rareza que este general tanquista fuera tan apreciado por nosotros en la guerra. Como tampoco es casual que el 3[er] Ejército de carros de la Guardia fuera una gran unidad que se destacaba entre las demás, que con sus acciones era un ejemplo de lo mucho que podía sacarse de nuestras grandes agrupaciones de tanques en una guerra de amplias maniobras si éstas se dirigían justamente y con sagacidad.

Puedo decir que mis relaciones personales con Ribalko eran las que corresponden a dos amigos. Mas por cuanto hablamos de la guerra, diré con más exactitud que eran relaciones entre dos compañeros de armas.

¿En qué reside la amistad en la guerra entre el Comandante del Frente y uno de sus jefes de Ejército? Ante todo, en la confianza, que entre nosotros era recíproca. Y la confianza es la base fundamental sobre la que se asientan las relaciones entre los jefes.

Mi confianza en Pável Semiónovich fue formándose paulatinamente, como resultado de un gran trabajo conjunto dentro de una situación complicada y difícil, surgió en las relaciones de servicio y fue, desde el mismo comienzo, recíproca.

Esta confianza mutua tiene su valor especial, precisamente porque no se limita a las relaciones entre dos personas, sino que, a manera de cadena, se transmite hacia abajo, a los subordinados. La atmósfera que propicia a que entre las tropas se cree esta impresión: creen y confían en nosotros –en nuestro Regimiento, en nuestra División, en nuestro Cuerpo y en nuestro Ejército–, ambiente en extremo necesario en la guerra y que influye en el desenlace de las acciones combativas.

Si se quiere, es hasta difícil, en general, sobrestimar la existencia o falta de confianza mutua en cualquier instancia: entre el Comandante del Frente y sus jefes de ejércitos,

entre éstos y los jefes de cuerpos, etc. La guerra está ligada a un número tan considerable de circunstancias imprevistas y a la necesidad tan constante de hacer correcciones y buscar nuevas decisiones, que por más que se planifique de antemano no todo se tendrá en cuenta ni habrá posibilidad de dar indicaciones para cualquier caso que surja. Aquí es, precisamente, donde sale a primer plano la confianza.

Ribalko era un hombre en el que yo confiaba plenamente. Cuando de él se trataba, sabía que lo que se me había escapado como Comandante del Frente, él lo tendría en cuenta.

Siempre me disgustaba cuando, en mi presencia, cualquier jefe superior planteaba misiones a sus subordinados de una manera formal, seca, sin apercibirse de que trataba con personas, a las que no comprendía. Los jefes de esta naturaleza, por lo común, dictan, sin mirar siquiera a los ojos de quienes les escuchan: "Primer punto, acerca del enemigo. . . Segundo punto, nuestras tropas. . . Tercero, su misión. . . Le ordeno. . ." Y así por el estilo. Desde el punto de vista formal, todo parece estar bien, pero falta corazón, no hay contacto con los subordinados. He recordado estos jefes, sometiéndome a la ley del contraste, ya que Ribalko era diametralmente opuesto a ellos. Planteando la misión, dando la orden, se sobrentiende que la formulaba por todas las reglas de la ciencia militar, pero siempre sintiéndose en él al hombre, pues también en los demás veía personas y no simples robots.

Y cuánta importancia tiene esto cuando, echando sobre las espaldas del subordinado una carga, muchas veces difícil, hablamos con él no con un lenguaje de mando, sino confidencial, humano. "Camarada Petrov, su misión es la siguiente. Sabemos que no es fácil y de mucha responsabilidad. Mas, espero, camarada Petrov, que usted la cumplirá, le conozco, no es el primer día ni el primer año que combatimos juntos. Tenga en todo momento presente, además, que en cualquier momento difícil siempre podrá contar con mi apoyo. Aunque, estoy seguro, de que no tendrá que recurrir a mi ayuda. Al final de la jornada deberá alcanzar tal línea y tomar tal objetivo. A su derecha actuará Nikolái Pávlovich, y a su izquierda, Alexéi Semiónovich. Ambos son hombres cumplidores, usted lo sabe tan bien como yo. Así es que apriete de firme y no se intranquilice excesivamente por sus flancos"

No me propongo aquí reproducir exactamente una conversación concreta, sólo hablo acerca del estilo de dirigirse

al subordinado, característico para jefes militares como Ribalko. Repito, no obstante, que esta forma no excluía en modo alguno la exigencia más rigurosa.

Así era Pável Semiónovich Ribalko. A sus hechos de armas retornaré varias veces durante mi relato. Sólo añadiré aquí algunas pinceladas que retocan su retrato.

Después de la guerra, cuando como Comandante en Jefe del Ejército de tierra tuve nuevamente que trabajar con Ribalko, que mandaba ya todas nuestras fuerzas blindadas, pude convencerme una vez más de que era justa la gran opinión que tenía de este hombre.

El Ejército Soviético pasaba a la situación de paz. En su nuevo cargo, de suma responsabilidad, Ribalko debía resolver muchos asuntos, resumir toda la experiencia combativa acumulada por las tropas blindadas en los años de la contienda, trazar los planes para el desarrollo de estas fuerzas en tiempos de paz, con miras al futuro, y elaborar acertadamente toda la política técnica en la rama de la construcción de tanques. También entonces encontré en Ribalko un jefe militar de talento, inquiridor y de voluntad férrea.

El último cargo desempeñado por Ribalko fue el de Comandante en Jefe de las tropas blindadas soviéticas. Falleció ocupando este puesto, en el apogeo de sus fuerzas, pérdida dolorosísima no sólo para todos los que con él luchamos, sino también para todas nuestras Fuerzas Armadas.

. . . La decisión de no cercar a la agrupación enemiga de Silesia dio sus frutos. Bajo el impetuoso empuje frontal de las tropas soviéticas, temiendo un profundo envolvimiento, los hitlerianos se vieron obligados a retirarse a toda prisa por el espacio que les habíamos dejado abierto.

Para el 29 de enero, toda la región industrial de Silesia había sido limpiada del enemigo y ocupada intacta. Cuando entramos allí, muchas empresas trabajaban a pleno rendimiento y así continuaron en el futuro.

Las tropas fascistas alemanas ya habían sufrido pérdidas considerables en los días en que intentaban perder contacto con nosotros y abandonaban la región industrial por el pasillo que les habíamos dejado libre. Pero el daño principal se lo causamos, naturalmente, después de su salida, en campo abierto, con ataques en masa de los tanquistas de Ribalko y la infantería del 60° Ejército de Kúrochkin.

A juzgar por los datos que obraban en nuestro poder,

después de la serie de golpes asestados al enemigo en batalla campal, de su agrupación de Silesia no quedaron más que unos veinticinco mil o treinta mil hombres, mezcolanza de las unidades diezmadas y dispersas. Esto fue todo lo que consiguieron sacar del previsto cerco, al que renunciamos en el último momento.

Además, por lo visto, dejamos escapar algunos generales hitlerianos que hubiéramos podido hacer prisioneros. Pero no me lamenté de ello, pues todo lo que habíamos ganado no podía compararse a lo que habíamos renunciado.

Hasta ahora he hablado, preferentemente, de las acciones del ala meridional del Frente. Sin embargo, con toda la importancia que revestía la operación para la toma de la región industrial de Silesia, nuestras acciones no quedaban reducidas solamente a esto. Desde el flanco izquierdo del Frente, donde limitábamos con el 4° Frente de Ucrania, y hasta el flanco derecho, donde enlazábamos con el 1° de Bielorrusia, había una enorme extensión de unos quinientos kilómetros en la que se combatía.

Ya dije que en el sector central del Frente, aprovechando la situación favorable creada por el viraje del Ejército de Ribalko, el 5° Ejército de la Guardia de Zhádov había ocupado unas cabezas de puente que más tarde desempeñaron un papel muy importante en la realización de las nuevas operaciones de la Baja y Alta Silesia.

A la derecha de Zhádov, el 4° Ejército de carros de Leliushenko también había forzado el Oder y alcanzado la zona de Steinau. A la derecha operaban el 13° Ejército de Pújov y el 3° de la Guardia de Górdov. Pero las cosas marchaban allí con lentitud. Las tropas combatían encarnizadamente contra los restos de los cuerpos 24° de tanques y 42° de infantería, así como contra las grandes unidades del 9° Ejército de Campaña del enemigo. Todas estas fuerzas, que antes se oponían a las tropas del 1er Frente de Bielorrusia, ahora, bajo sus golpes, se habían desplazado al sur y se encontraban en una zona al este de Leszno, en la zona de acción del Ejército de Górdov.

En vista de lo complicado de la situación decidí llegarme hasta Leliushenko, cuyo puesto de mando ya se encontraba en la margen occidental del Oder.

Cuando escuché el parte del Jefe del Ejército le ordene atacar en dirección noroeste, avanzando simultáneamente por ambas márgenes del Oder para ayudar a Górdov. Con sus

acciones conjuntas, estos dos ejércitos deberían cercar y aniquilar a la agrupación enemiga presionada por el 1er Frente de Bielorrusia, impidiéndole cruzar el Oder.

Y aunque me duela recordarlo, considero necesario hacer constar que las tropas de los ejércitos 3° de infantería de la Guardia y 4° de tanques no cumplieron hasta el fin esta misión. Los fascistas maniobraron y se escurrieron más al norte de la dirección de nuestro ataque. De todas maneras, nuestras tropas consiguieron copar y aniquilar en la zona de Leszno cerca de quince mil soldados enemigos, pero las fuerzas restantes, aunque con grandes bajas, pudieron cruzar a la margen occidental del Oder. Si en el ala izquierda del Frente la cosa nos salió exactamente como la habíamos pensado, no podemos decir lo mismo de las acciones del ala derecha.

La guerra es un acumulamiento incesante y sintetización continua de experiencia que, generalizada y analizada, influye sustancialmente en las acciones ulteriores de las tropas y en el posterior transcurso de la guerra. Precisamente por eso quisiera detenerme en este punto y hablar de los resultados más importantes de la operación Vístula-Oder.

La particularidad principal de la rotura, con la que se inició la operación, residió en que aseguramos en una gran profundidad la neutralización del enemigo por el fuego, de hecho, al alcance máximo de nuestra artillería, que para los gruesos calibres era de veinte a veintidós kilómetros.

Nuestros éxitos iniciales estuvieron también relacionados con la acertada determinación de la anchura del sector de rotura. La brecha abierta en un frente de hasta cuarenta kilómetros permitió inmediatamente desarrollar el ataque en la profundidad operativa y hacia los flancos.

La operación se distinguió por el alto ritmo de penetración a vanguardia de las tropas. Ya en la primera jornada, los ejércitos de Zhádov, Korotéiev y Pújov avanzaron, combatiendo, de quince a veinte kilómetros y, en días sucesivos, progresaron de 25 a 30 kilómetros diarios. Los tanquistas hicieron por jornada cuarenta y cincuenta kilómetros y hubo días en que avanzaron sesenta y setenta kilómetros, derrotando sobre la marcha a las reservas enemigas que acudían de la profundidad.

En el transcurso de la operación, los ejércitos de carros mostraron ejemplos de movilidad audaz y rápida, como la

maniobra del Ejército de Ribalko de norte a sur, que predeterminó la suerte de la agrupación enemiga en Silesia, y la maniobra realizada por el Ejército de tanques de Leliushenko. En el mismo comienzo de la operación, este Ejército de carros, una vez alcanzada la zona al oeste de Kielce, aseguró a las tropas de Górdov y Pújov la ocupación rápida de la plaza y la derrota de toda la agrupación alemana que se encontraba en la zona de Kielce-Radom.

Asimismo fue rasgo característico de la operación, no sólo la amplia maniobra de las grandes unidades de tanques, sino también de los ejércitos de infantería, haciéndose norma el audaz avance de las tropas no en frente compacto sino discontinuo.

La toma exitosa de la región industrial de Silesia también representó un interés de principio. No hay que olvidar que en la guerra se dan situaciones en las que, desde el punto de vista del arte operativo, la culminación más eficaz de una u otra operación no armoniza con los supremos intereses políticos y estratégicos.

Analizando la operación Vístula-Oder, podemos encontrar ejemplos y formas clásicas de cerco del enemigo, lucha para lograrlo y para aniquilar las agrupaciones adversarias que quedaban a retaguardia de nuestras tropas. Eligiendo unas u otras formas de maniobra operativa, siempre partimos de la situación concreta existente, que se diferenciaba por su gran variedad. Esto se explicaba en que ambos bandos maniobraban y en el campo de batalla surgían constantemente situaciones absolutamente inesperadas que exigían la adopción de decisiones rápidas y temerarias.

Esta operación también es interesante por el forzamiento impetuoso de grandes obstáculos acuáticos en condiciones de un invierno templado y con poca nieve, que mantenía los ríos casi sin hielo. Debo decir que nuestras tropas dominaron perfectamente la exigencia operativa fundamental: alcanzar los ríos en un frente ancho, antes de que el enemigo organizase en ellos la defensa. Como regla, esto dio buenos resultados.

Tomada en su conjunto la operación Vístula-Oder, en veintitrés días de ofensiva, las tropas de los frentes 1° de Bielorrusia y 1° de Ucrania, con la colaboración activa de las fuerzas de los frentes 2° de Bielorrusia y 4° de Ucrania profundizaron hasta seiscientos kilómetros, ensancharon la rotura hasta mil kilómetros y forzaron desde la marcha el Oder, ocupando en él varias cabezas de puente, de las que la de

Küstrin, tomada por el 1er Frente de Bielorrusia, distaba sesenta kilómetros de Berlín.

Durante la operación, las tropas del 1er Frente de Ucrania limpiaron del enemigo la Polonia meridional con su antigua capital Cracovia, conquistaron la región industrial de Silesia y, después de apoderarse en la margen occidental del Oder de cabezas de puente operativas, crearon condiciones favorables para asestar golpes ulteriores sobre el enemigo tanto en la dirección de Berlín como en la de Dresde.

Según nuestros cálculos, en veintitrés jornadas combativas, el 1er Frente de Ucrania derrotó a veintiuna divisiones de infantería, cinco de tanques, veintisiete brigadas independientes de infantería, nueve de artillería y de morteros, sin contar gran número de subdivisiones especiales diversas y batallones independientes.

Durante la operación se hicieron cuarenta y tres mil prisioneros y fueron muertos, según nuestros cálculos, más de ciento cincuenta mil soldados y oficiales del enemigo. Entre los trofeos ocupados había más de cinco mil piezas de artillería y morteros, pasaban de tres centenares los tanques, más de doscientos aviones y una cantidad enorme de armamento y material bélico.

Todos estos éxitos fueron posibles porque durante esta operación tan prolongada, tensa y desarrollada en enormes extensiones, los soldados, oficiales y generales derrocharon arrojo, aguante, resistencia y gran destreza militar. A todo esto lo respaldaba, además, una profunda fidelidad de todo el ejército a su Patria socialista y la confianza, igualmente profunda, de que ya se aproximaba la victoria definitiva sobre el fascismo.

La operación abundó en ejemplos de heroísmo, espíritu de sacrificio y decisión de los hombres por cumplir su deber hasta el final, sin escatimar esfuerzos. Ahora, al cabo de muchos años de haber terminado la guerra, como antiguo Comandante del 1er Frente de Ucrania, descubro e inclino una vez más mi cabeza ante todos los que derramaron su sangre y perdieron la vida en aquellos combates. Nuestras pérdidas no fueron pocas.

Sin embargo, si tomamos la operación en su conjunto y comparamos las pérdidas con los éxitos obtenidos podemos decir sin ambages que esta victoria nos costó menos sangre que otras operaciones realizadas anteriormente. Circunstan-

cia debida tanto a nuestra creciente potencia técnica como a nuestra maestría militar más madura.

He aquí lo que escribió más tarde F. Mellenthin, antiguo general del ejército fascista alemán e historiador militar de Alemania Occidental: "La ofensiva rusa se desarrollaba con una fuerza e impetuosidad sin precedentes. Estaba claro que su Alto Mando Supremo había dominado exhaustivamente la técnica de organizar la ofensiva para enormes ejércitos mecanizados. Es imposible describir todo lo que ocurrió entre el Vístula y el Oder en los primeros meses del año 1945. Europa no había conocido nada semejante desde la época del hundimiento del Imperio Romano".

Propiamente dicho, al llegar a este punto, podría terminar mi relato y pasar a describir otras operaciones, de no ser porque son cada vez más los que falsifican la historia militar en Occidente.

En ciertas obras históricas, incluso en las que parecen tener más visos de serias, como el libro del historiador norteamericano F. Pogue o del historiador militar inglés J. Fuller es inútil buscar la más breve mención de que las tropas soviéticas en el Frente del Este comenzaron la operación Vístula-Oder ocho días antes de la fecha fijada para prestar ayuda a los aliados, quienes en vísperas del Año Nuevo se encontraban en situación apurada y que, a pesar de cierto mejoramiento de la situación, continuaban viéndola a comienzos de enero con bastante nerviosismo.

Mencionaré un fragmento de uno de estos dos documentos muy conocidos:

"En el oeste se libran cruentos combates y en cualquier momento del Mando Supremo pueden exigirse grandes decisiones. Usted sabe, por propia experiencia, cuán alarmante es la situación cuando se precisa defender un frente muy ancho, después de la pérdida temporal de la iniciativa... Le quedaré agradecido si usted puede comunicarme si podemos o no contar con una gran ofensiva rusa en el frente del Vístula o en otro cualquier sector durante el mes de enero... Lo considero de extrema urgencia".

Esto lo escribió Winston Churchill a Stalin el 6 de enero de 1945.

"Nos preparamos para la ofensiva, pero el tiempo no nos favorece ahora para ella. Sin embargo, teniendo en cuenta la situación de nuestros aliados en el Frente Occidental, el Cuartel General del Alto Mando Supremo ha decidido ter-

minar a toda prisa los preparativos y, haciendo caso omiso de las condiciones atmosféricas, emprender amplias acciones ofensivas contra los alemanes en todo el frente central, no más tarde de la segunda quincena de enero. . ."

Esto lo escribió Stalin a Churchill al día siguiente, el 7 de enero de 1945.

Los resultados de este intercambio epistolar son conocidos. No *en la segunda quincena de enero, sino aún no cumplidos cinco días* después de la carta de respuesta de Stalin, al amanecer del 12 de enero, comenzó la operación Vístula-Oder.

Por consiguiente, cualquier silenciamiento de hechos históricos indiscutibles, al que recurren ciertos historiadores militares occidentales, adquiere, hablando con benevolencia, visos de poca seriedad.

Sin embargo, una parte de estos historiadores va aún más lejos. Intentan demostrar que la ofensiva de diciembre en el Frente Occidental, en los Ardennes, no sólo obligó al mando hitleriano a lanzar a esta zona todas sus reservas y complementos, sino también a retirar fuerzas considerables del Frente del Este, lo que, según estos falseadores de la historia, debilitó a las tropas fascistas alemanas en el Frente del Este hasta el extremo de permitir al Ejército Soviético lograr éxitos tan considerables durante la ofensiva de enero-febrero de 1945.

La tendencia que se encubre con estas manifestaciones es clara. Asombra otra cosa: la facilidad con que recurren a semejantes mixtificaciones gentes que conocen magníficamente que existen y que no se perdieron y no se perderán documentos oficiales del Estado Mayor Central alemán, que confrontados con toda esa falaz concepción no dejarán de ella piedra sobre piedra.

Se sobrentiende que la ofensiva en los Ardennes obligara al mando alemán a lanzar a esta zona sus reservas y complementos, como es de rigor para cualquier ofensiva de envergadura.

Mas si examinamos los datos del Estado Mayor Central hitleriano, veremos que de octubre a diciembre del año 1944, es decir, en el período de preparación y ejecución de la ofensiva en los Ardennes, el mando hitleriano retiró del Frente Oriental para el Occidental nada más que cinco divisiones y media. Simultáneamente, en este mismo período, reforzó sus tropas que actuaban en el Frente del Este con veinticinco

divisiones y once brigadas, traídas de los distintos frentes y direcciones, literalmente arrebañadas de todos los lugares.

Por otra parte, si tomamos las cifras generales, encontraremos que en el Frente Occidental, "reforzado" por los alemanes, cuando comenzó la operación Vístula-Oder, actuaban setenta y cinco divisiones y media, mientras que en el Frente Oriental, también por ellos "debilitado", se nos oponían ciento setenta y nueve divisiones. Las cifras son bastante elocuentes.

Y, por último, para terminar y dar mayor claridad, concederemos la palabra una vez más a los propios alemanes:

"La influencia de la ofensiva de enero de los ejércitos soviéticos desde la línea del Vístula se dejó sentir inmediatamente en el Frente Occidental. Ya hacía mucho que esperábamos alarmados el traslado de nuestras tropas al este, que ahora se llevaba a cabo con rapidez extrema".

Esto lo escribió el general von Manteuffel, participante de la operación en los Ardennes y ex Comandante del 5° Ejército de tanques fascista alemán.

. . . Así comenzó febrero de 1945. Los hitlerianos trasladaban "con rapidez extrema" sus tropas del Frente Occidental al Oriental, en socorro de sus ejércitos destrozados en la operación Vístula-Oder. Nosotros nos preparábamos para nuevas operaciones y batallas.

DEL ODER AL NEISSE

La operación ofensiva de la Baja Silesia realizada por el 1er Frente de Ucrania, de la que hablaré en este capítulo, prácticamente fue la continuación de la operación Vístula-Oder y coincidió directamente con ésta en el tiempo.

En los primeros días de febrero se combatía aún en el flanco derecho del Frente. Esta lucha cruenta correspondía a la etapa culminante de la operación Vístula-Oder. En aquellos días, el 3er Ejército de la Guardia de Górdov y el 4° Ejército de carros de Leliushenko peleaban para aniquilar a la agrupación fascista alemana, copada al sur de Rüttzen. En estos combates perecieron trece mil soldados y oficiales enemigos y casi tres mil cayeron prisioneros.

También se combatía duramente en la zona de la ciudad de Brieg, enclavada en la margen occidental del Oder y transformada por los hitlerianos en una plaza fuerte. El 5° Ejército de la Guardia de Zhádov y el 21° Ejército de Gúsev, que habían ocupado cabezas de puente en la margen del Oder al norte y al sur de Brieg, entraron en contacto, coparon y tomaron Brieg, creando en la orilla occidental del Oder una amplia cabeza de puente, necesaria para la próxima ofensiva.

Los combates en la zona de Brieg acabaron del 5 al 6 de febrero, y el 8 comenzó ya la operación de la Baja Silesia.

Sólo he mencionado los dos ejemplos más característicos de nuestras acciones en aquel período, pero hubiera podido citar muchos más semejantes.

En muchos lugares de nuestro enorme frente, en particular en su flanco derecho, se daba remate a lo que restaba de la operación Vístula-Oder. Ensanche y profundización de las cabezas de puente, liquidación y la captura de las agrupaciones y grupos enemigos cercados y, valga la frase, la solu-

ción de asuntos cotidianos de la guerra que, en su mayor parte, no figuraban en los partes del Buró de Información y que exigían de nosotros fuerzas y bajas.

La operación de la Baja Silesia la planificamos en los últimos días de enero de 1945, sobre la cresta del éxito de la operación Vístula-Oder, como su continuación seguida. El plan primario lo remitimos ya el 28 de enero al Cuartel General que lo aprobó en su totalidad.

Sin embargo, debo decir que nuestras ideas de maniobra que servían de base a este plan, no estaban predestinadas a realizarse. Suponíamos efectuar la operación a una profundidad mucho mayor de la que en realidad pudimos lograr.

Se acordó emprender el ataque principal desde dos grandes cabezas de puente en el Oder: al norte y al sur de Breslau. Esto podía dar como resultado que se cercara a esta plaza fuertemente fortificada y, tomándola o dejándola a retaguardia, suponíamos proseguir la ofensiva con el grueso de las fuerzas, directamente sobre Berlín.

Al mismo tiempo, las tropas del ala izquierda del 1er Frente de Ucrania derrotarían al enemigo en la dirección de Dresde. Para ello, calculábamos que nos ayudaría el 4° Frente de Ucrania, nuestro vecino de la izquierda.

De hecho, en dieciséis días de combates, cuando llegó el 24 de febrero, sólo habíamos cumplido una parte de la misión que nos había sido planteada. Después de cercar a las guarniciones de Breslau y Glogau, nuestras tropas progresaron en la dirección principal casi ciento cincuenta kilómetros, alcanzaron con el ala derecha el río Neisse, a la altura del ala izquierda del 1er Frente de Bielorrusia, y se fortificaron en el terreno conquistado.

Para proseguir la ofensiva necesitábamos una tregua. Además, en nuestro Frente, una operación ofensiva (Vístula-Oder), prácticamente realizada sin intervalos, se había transformado en otra (la de la Baja Silesia). Llevábamos cuarenta y cuatro días seguidos de ofensiva (desde el 12 de enero al 24 de febrero), durante los que habíamos progresado combatiendo incesantemente desde quinientos hasta setecientos kilómetros. Como promedio, las tropas avanzaban diariamente dieciséis kilómetros.

Estos resultados no podían avergonzar a nadie. Mas tampoco me eximen de la necesidad de explicar por qué, de todos modos, la operación de la Baja Silesia la planificamos

calculando alcanzar una profundidad y, en la práctica, la realizamos a otra, considerablemente menor.

Dando de lado toda una serie de circunstancias menos sustanciales, debo señalar aquí tres causas fundamentales:

Primera, que cuando planificábamos esta operación a finales de enero, creíamos que nuestra ulterior ofensiva hacia el oeste transcurriría simultánea con las ofensivas, que aún seguían, de las tropas de los frentes 1° de Bielorrusia y 4° de Ucrania. Sin embargo, en la práctica resultó de otra manera.

Precisamente, en el período entre la aprobación del plan de nuestra ofensiva y su comienzo, al 1er Frente de Bielorrusia se le planteó una misión que no admitía demora: liquidar a la agrupación fascista alemana de la Pomerania Oriental, que le amenazaba el flanco. Debido a esto, por indicación del Cuartel General, el mando del 1er Frente de Bielorrusia tuvo que cesar la ofensiva en la dirección de Berlín y, una vez en el Oder, hacerse fuerte en las posiciones alcanzadas, preparando paralelamente el ataque sobre Pomerania.

También a nuestro vecino de la izquierda, el 4° Frente de Ucrania se le complicó más la situación. Enfilado sobre Checoslovaquia, chocó con una resistencia fortísima del enemigo y casi no avanzaba.

Segunda, que ya en el transcurso de la operación pudimos convencernos de que a finales de enero habíamos subestimado las posibilidades del enemigo para restablecer la capacidad combativa de sus unidades grandes y medianas, derrotadas por nosotros en el Vístula y en el Oder. Los fascistas hicieron esto con mucha más rapidez y energía de las que podíamos figurarnos.

Y, finalmente, una *tercera*, que proseguir la ofensiva en la escala pensada inicialmente se dificultaba mucho por las colosales distancias de nuestras comunicaciones.

El ritmo de restablecimiento de los ferrocarriles era mucho más lento que el ritmo de avance de nuestras tropas. Ya al comienzo de la operación de la Baja Silesia, el 8 de febrero, las estaciones de suministro más próximas distaban quinientos kilómetros de las divisiones del primer escalón, circunstancia que limitaba considerablemente nuestro consumo de municiones y combustible. Además, la resistencia del enemigo, cada día más enconada, exigía un gasto también cada vez mayor de combustible y municiones, sobrepasaba en mucho las normas planificadas antes del comienzo de la operación.

Los primeros síntomas de que la operación se desarrollaría en situación más compleja para nosotros, aparecieron ya antes de que comenzara. Pero los síntomas no constituyen aún todo un cuadro. Sólo un nuevo y decisivo golpe sobre el enemigo podía aclarar definitivamente la situación.

De otra parte, por aquellos mismos primeros síntomas estaba completamente claro que si aplazábamos el ataque más tarde tendríamos que chocar con el frente enemigo nuevamente estabilizado por el río Oder, a doscientos cincuenta-trescientos kilómetros de las afueras sur de Berlín.

La situación dictaba imperiosamente que debíamos utilizar todas las posibilidades para desalojar al enemigo, aún no repuesto de nuestros ataques de enero, y, pegados a él, continuar nuestro avance hacia el oeste.

¿Qué fuerzas enemigas concretas se nos oponían cuando llegó el 8 de febrero de 1945? En total, ante el 1er Frente de Ucrania, el enemigo disponía de hasta treinta y siete divisiones, de las que siete eran de tanques, cuatro motorizadas y veintiséis de infantería. Su primer escalón defensivo lo guarnecían veintisiete divisiones, la plantilla media de cada una de las cuales no pasaba de los cinco mil hombres. Sabíamos también que el enemigo traía urgentemente hacia la zona de nuestras supuestas acciones otras grandes unidades y grupos combativos. Particularmente, teníamos datos de que del Frente Occidental se trasladaban al nuestro las divisiones enemigas 21ª de tanques y 18ª motorizada.

A tenor de los propósitos enemigos se reagrupaban también nuestras tropas. En nueve días, del 29 de enero al 7 de febrero, creamos en la cabeza de puente al norte de Breslau una agrupación de choque compuesta por los ejércitos de infantería 13°, 52°, 6° y 3° de la Guardia y los ejércitos de carros 4° y 3° de la Guardia.

En la segunda cabeza de puente (al sur de Breslau) se concentraron los ejércitos de infantería 5° de la Guardia y 21°, reforzados con dos cuerpos de tanques.

En el ala izquierda del Frente debería operar una tercera agrupación integrada por el 59° Ejército del general Koróvnikov, el 60° Ejército mandado por Kúrochkin y el 1er Cuerpo de caballería de la Guardia del general Baránov, con la misión de lanzar un ataque desde la base de partida al sudoeste de la ciudad de Oppeln, a lo largo de las estribaciones septentrionales de los Montes Sudetes.

Los cuatro ejércitos de infantería de nuestra agrupación principal de choque estructuraron su formación operativa en un solo escalón.

Con el fin de incrementar su fuerza de choque desde el mismo inicio de la operación y lograr la derrota decisiva del enemigo en los primeros días de la ofensiva, ordené a los dos ejércitos de tanques concentrarse a espaldas de los de infantería y romper la defensa enemiga conjuntamente con el primer escalón, para luego, desarrollando el éxito, adelantarse y arrastrar tras ellos a la infantería.

En aquella situación consideraba esta idea de maniobra plenamente justificada. Sin ello, nuestras divisiones de infantería, agotadas por los muchos días de combate y en gran medida con muchas bajas, no habrían podido cumplir las misiones que se les planteaban, a pesar de que en los sectores de rotura, en general, logramos concentrar fuerzas superiores a las del enemigo.

En la agrupación que actuaría al norte de Breslau, la correlación de fuerzas con los alemanes era la siguiente: en infantería – 2,3:1; en artillería – 6,6:1, y en tanques – 5,7:1 También nuestra superioridad era impresionante al sur de Breslau: en infantería – 1,7:1; en artillería – 3,3:1, y en tanques – 4:1. Sólo en nuestra agrupación auxiliar, que atacaba en el ala izquierda del Frente, la correlación de fuerzas con el enemigo era aproximadamente igual.

La ofensiva comenzó a las seis de la mañana del 8 de febrero de 1945, después de una preparación artillera de cincuenta minutos.

Nos faltaban municiones para una preparación de artillería más prolongada. Y, no obstante, a pesar de esto y de la inclemencia del tiempo que impedía volar a nuestra aviación, la agrupación principal de choque rompió el frente enemigo en una extensión de ochenta kilómetros. La infantería penetró en el dispositivo enemigo a una profundidad de diez a quince kilómetros, y los ejércitos de carros avanzaron en la primera jornada de treinta a sesenta kilómetros.

El primer éxito no admitía dudas. Mas a medida que se desarrollaba la operación más difícil se hacía proseguirla. En la semana que terminó el 15 de febrero, los ejércitos que formaban el ala izquierda del Frente sólo avanzaron, sin dejar de combatir, de sesenta a cien kilómetros. La ofensiva se desplegaba sobre los barrizales ocasionados por el deshielo primaveral. El terreno era boscoso y en muchos luga-

res pantanoso. Los hitlerianos, aun retirándose, se defendían tenazmente.

También se dejaba sentir el agotamiento físico de nuestros soldados. Y aunque su tesonería e insistencia eran verdaderamente asombrosas, el promedio diario del ritmo de ofensiva era para la infantería de ocho a doce kilómetros. En conciencia, más no podíamos pedirles a los hombres.

Las tropas llegaron al río Bober, lo cruzaron en varios sitios y entablaron combates para ensanchar las cabezas de puente tomadas. El general Leliushenko consiguió llegar al río Queis y atravesarlo con el grueso de su Ejército de tanques.

Lamentablemente, nuestro 13° Ejército no supo aprovechar las posibilidades que se le brindaban y no siguió a los tanquistas. Actuando en esta ocasión con insuficiente energía, lo que puede justificarse, cierto es, por el extremo cansancio de los hombres, el Ejército no llegó hasta el Neisse, y los alemanes consiguieron cerrar el boquete abierto en su defensa a espaldas del Ejército de carros de Leliushenko. Los combates de la infantería adquirieron allí un carácter prolongado, y las comunicaciones de los tanquistas estuvieron cortadas durante varios días.

Esto me obligó a desplazarme a los órdenes de combate de los ejércitos 13° de infantería y 4° de tanques. A este último no pude llegar aquel día. Con Leliushenko sólo tenía enlace por radio. Me quedé, pues, en el Ejército de Pújov. Los dos juntos tratamos de subsanar la situación creada. En ello tomó parte muy activa G. Malandin, Jefe del Estado Mayor del 13° Ejército. Estuvo en persona en aquellas divisiones que en modo alguno podían quebrar la resistencia del enemigo en la posición defensiva intermedia y las ayudó a organizar la ofensiva. Al mediodía siguiente, con un ataque frontal de las tropas de Pújov y un viraje en redondo de los tanquistas de Leliushenko al encuentro de este ataque se consiguió, por fin, liquidar el intento enemigo de aislar nuestras unidades que llegaban al Neisse.

Esto fue una prueba más de cuán importante es la cooperación en la guerra. Ocurre con frecuencia que la operación, en su conjunto, parece desarrollarse con éxito, los tanquistas se han adelantado enérgicamente a vanguardia, pero las grandes unidades de infantería continúan la ofensiva por su cuenta, con su propio ritmo, cuyo resultado son conse-

cuencias indeseables, que en aquella ocasión pudieron ser muy serias.

Menos mal que los comandantes de los dos ejércitos –tanto Pújov como Leliushenko–, fueron sinceros y no trataron de eludir los disgustos que pudieran llegarles de la instancia superior ni intentaron actuar a la chita callando. Por más desagradable que les fuera, informaron al mando del Frente con toda veracidad y esto permitió adoptar inmediatamente las medidas que de nosotros dependían, incluido el vasto empleo de la aviación.

El tiempo iba mejorando y nuestros pilotos descargaban ataques en masa sobre el enemigo.

Al mismo tiempo, en el flanco derecho extremo del Frente, atacando con audacia y energía, el 3er Ejército de la Guardia de Górdov había cercado a una agrupación enemiga considerable en la plaza fuerte de Glogau. Bloqueó la fortaleza sólo con una pequeña parte de sus tropas (decisión muy importante y acertada), continuando con el grueso de las fuerzas hacia el noroeste, llegando también el 15 de febrero a la desembocadura del río Bober.

Así, pues, aunque con sorpresas desagradables para nosotros, el ala derecha del Frente se abría paso a vanguardia.

Por el contrario, la situación de nuestras tropas en el centro me intranquilizaba cada vez más. La obstinada resistencia de los alemanes en la zona de Breslau detenía el ulterior avance hacia el oeste de los ejércitos 5° de la Guardia y 21°. Es más, el 6° Ejército del general V. Gluzdovski, que atacaba directamente Breslau y que al comienzo había actuado muy bien, especialmente en la rotura de la defensa enemiga había diseminado sus fuerzas. La mitad de ellas, el Comandante las destacó para cubrir el flanco derecho, siendo insuficientes las restantes para cumplir su misión principal. Como resultado, el Ejército se atascó.

La situación se empeoraba aún más debido a que nuestros ejércitos del flanco izquierdo, 59° y 60°, no supieron romper la defensa del enemigo, que había concentrado frente a ellos fuerzas iguales en número y, por orden mía, pasaron el 10 de febrero a la defensiva.

Esta decisión fue justa y la única posible. No hay nada peor que querer hacer ver que se continúa la ofensiva allí donde no puede proseguirse, donde prácticamente las tropas están detenidas y para reanudar el avance se exigen nuevas fuerzas y medios. No obstante, el paso a la defensiva de los

ejércitos del flanco izquierdo del Frente, así tenía que ser, colocó en situación difícil a los ejércitos del dispositivo central (el 5° de la Guardia y el 21°). El más leve movimiento a vanguardia los obligaba a estirar cada vez más su flanco izquierdo.

Presintiendo la amenaza que se cernía sobre Breslau, los hitlerianos adoptaron todas las medidas para impedir el cerco de la ciudad, reforzando incesantemente la guarnición de la plaza. Al principio sólo llevaron allí algunas unidades y fuerzas de complemento. Después, el enemigo destacó a la zona de Breslau, sacadas de otras direcciones, las 19ª y 8ª divisiones de tanques y la 254ª de infantería.

Comenzaron furiosos contraataques. Sólo durante un día, las divisiones 19ª de carros y la 254ª de infantería alemanas atacaron doce veces los órdenes de combate de nuestro 6° Ejército apoyadas por grupos de cincuenta y sesenta tanques y cañones autopropulsados.

Apurado se vio también el 5° Ejército de la Guardia de Zhádov, el que más claramente amenazaba a la agrupación de Breslau con un envolvimiento desde el oeste y ante cuyo frente el enemigo también intensificó su resistencia.

Como los campos estaban completamente embarrados, la lucha se desarrollaba a lo largo de las carreteras y por la conquista de los puntos poblados. Para tomar por asalto los centros de apoyo, caseríos y granjas de ladrillo había que gastar gran cantidad de proyectiles de grueso calibre, cuya carencia se dejaba sentir mucho en el 5° Ejército. Tuve que agregarle de la reserva del Frente la 3ª División de lanzacohetes pesados de la Guardia, que con sus andanadas podía, en cierta medida, compensar el débil fuego de la artillería pesada convencional.

También se necesitaban reservas para el ala derecha del Frente, pues cada paso adelante se hacía más dificultoso. En suma, que había llegado un momento en que se necesitaba reforzar casi todas las direcciones en las que operaban las tropas del Frente.

Había que analizar atentamente la situación, sopesar todos los "pro" y "contra", a fin de encontrar el eslabón exacto, del que tirando, pudiéramos hacernos con toda la cadena. Este eslabón decisivo era la derrota rápida de la agrupación de Breslau.

Para mí estaba completamente claro que mientras no cerrásemos el cinturón en torno a Breslau, tres de nuestros

ejércitos estarían allí sujetos, formando un arco casi de doscientos kilómetros. En cambio, la solución feliz de esta misión nos permitiría adelantar rápidamente los ejércitos 5° de la Guardia y 21° al nivel del ala derecha del Frente. Si, además, no sólo conseguíamos cercar, sino tomar rápidamente Breslau, todo el 6° Ejército podríamos sacarlo a reserva del Frente para ser más tarde empleado según las circunstancias.

Para acabar con Breslau, extendí aún más al norte de la plaza las tropas del 52° Ejército de Korotéiev, ordenándole dejar libre en la zona de Liegnitz uno de los cuerpos de infantería del 6° Ejército, el cual fue lanzado al encuentro de las tropas del 5° Ejército de la Guardia. Este último, que ya tenía a su disposición operativa el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia, fue reforzado complementariamente con el 31° Cuerpo de tanques.

Para que el cinturón que se cerraba en torno a Breslau no pudiera ser roto en modo alguno desde dentro o desde fuera, decidí nuevamente hacer girar en ciento ochenta grados de oeste a este al 3° Ejército de tanques de la Guardia de Ribalko, que actuaba con la agrupación principal de choque; destaqué dos de sus cuerpos, que ya habían alcanzado Bunzlau (el mismo Bunzlau donde está enterrado el corazón de Kutúzov), en ayuda de las tropas de los ejércitos 5° de la Guardia y 6°.

La capacidad de Ribalko para pasar a una impetuosa maniobra la conocía bien por una serie de operaciones anteriores y estaba seguro que, por lo que a él respectaba, todo marcharía bien.

Durante el 13 de febrero, los cuerpos de carros y mecanizados, agregados a los ejércitos 5° de la Guardia y 6°, avanzando mutuamente al encuentro se unieron al oeste de Breslau.

Aprovechando el éxito de las fuerzas blindadas, la infantería de estos ejércitos continuó haciendo más compacto el anillo de cerco, creando un frente continuo. En aquellos momentos llegaron los cuerpos de Ribalko que, después de su arrolladora maniobra, salieron al oeste de Breslau, al mismo flanco de la 19ª División de tanques enemiga, a la que atacaron desde la marcha. Quizás éste fuera el momento más crítico del cerco. Sus extremos acababan de cerrarse y para asegurar que no pudiera romperse desde el exterior se necesitaba, ante todo, derrotar a las reservas fascistas alemanas que acudían.

Al cabo de unas horas, todo el Frente supo que dos de nuestros ejércitos habían entrado en contacto a retaguardia de los hitlerianos encerrados en Breslau. Todos esperaban esto y respiraron satisfechos.

Al mismo tiempo, en el interior del bloqueo todo hervía. Las unidades de la guarnición copada se lanzaban de uno a otro lado en busca de salida. A veces luchaban desesperadamente, más a menudo se entregaban prisioneros.

En las carreteras al suroeste de Breslau se amontonó un número colosal de camiones y carros llenos de paisanos que, perdida la esperanza de encontrar allí alguna brecha, retornaban a la ciudad.

El coronel general Schörner, que mandaba el Grupo de Ejércitos fascistas "Centro", también intentó en aquellos días reunir fuerzas al suroeste de Breslau y escindir nuestro frente con un ataque exterior. Pero ya era tarde. El bloqueo de Breslau era sólido y su suerte ya sólo dependía de cuándo y con cuántas bajas conseguiríamos tomar la plaza.

Decidí dejar allí solamente al 6° Ejército, no muy nutrido a la sazón, cuyos efectivos no superaban a la guarnición de Breslau.

A propósito, la guarnición de esta plaza no era tan insignificante; incluso después de la capitulación del 6 de mayo, sus prisioneros llegaron a 40.000 soldados y oficiales. Pero yo tenía la seguridad absoluta de que el 6° Ejército no dejaría salir a los fascistas copados en Breslau y que, al fin y a la postre, los derrotaría, como así realmente fue.

El 5° Ejército de la Guardia fue sacado de los combates por Breslau y puesto de frente al oeste. Se le encomendó la misión de impedir la rotura del enemigo que lanzaba fuerzas frescas en ayuda de su agrupación cercada. Nuestro reconocimiento estableció que a las inmediaciones de Breslau habían llegado tres nuevas divisiones enemigas: la 8ª, 19ª y 254ª.

Ya dije con anterioridad que me habían parecido bien las acciones del general V. Górdov, Comandante del 3er Ejército de la Guardia, quien, después de poner cerco a la fortaleza de Glogau, no se detuvo para tomarla acto seguido, sino que se limitó a bloquearla con sólo una parte de sus fuerzas y continuó audazmente hacia el oeste.

Durante la operación Vístula-Oder, los hitlerianos fortificaban apresuradamente sus posiciones defensivas por el río Oder, mas, no disponiendo de tiempo y posibilidades para

crear varias líneas continuas defensivas escalonadas en profundidad (como las que encontramos en el Vístula), hicieron hincapié en centros de apoyo y en plazas fortificadas con dos cinturones fortificados, interior y exterior. Las guarniciones de estas plazas no deberían entregarlas, cualesquiera que fueran las circunstancias. Bajo la amenaza de todo un sistema de medidas punitivas se exigía a sus guarniciones quedarse cercadas y luchar hasta el último soldado. Tal fue la orden directa de Hitler, que no sólo puede entenderse como una expresión de fanatismo.

El enemigo actuaba con cálculo, siguiendo un plan determinado. Trataba, a medida que profundizábamos en Alemania, desconcentrar nuestras fuerzas, retener el mayor número de tropas soviéticas posible en el bloqueo de centros fortificados, grandes y pequeños, para obligarnos a cesar la ofensiva antes.

Durante la operación de la Baja Silesia chocamos con la misma táctica del enemigo y, se sobrentiende, que ni por lo más remoto teníamos derecho a picar en el anzuelo. Los combates contra la agrupación de Breslau nos habían obligado, de todas maneras, a extender el frente y a disminuir el ritmo de avance.

El golpe decisivo contra Breslau se adoptó para deshacernos antes de este difícil nudo, hacernos con fuerzas y frustrar las esperanzas del enemigo.

Ahora, cuando Breslau estaba cercado, a los hitlerianos les convenía hacer ver que una vez reunidas fuerzas, podrían levantar el sitio de la plaza. Querían obligarnos a mantener en torno a la ciudad grandes efectivos de tropas, prácticamente excluidas de las fuerzas realmente operantes. Mas esta inocente artimaña no era difícil adivinarla.

Dejando en torno a Breslau sólo al 6° Ejército, de plantilla reducida, el 1er Frente de Ucrania siguió asestando un golpe tras otro a las tropas fascistas alemanas que quedaron fuera del cerco y continuó avanzando tenazmente hacia el oeste, hacia el Neisse.

Claro está que a los soldados y oficiales de nuestro 6° Ejército no se les encomendó una misión fácil. Mantuvieron durante casi tres meses a la guarnición de Breslau sitiada a retaguardia nuestra. El último ataque contra esta plaza les correspondió realizarlo el 6 de mayo, ya después de la caída de Berlín y del suicidio de Hitler. Cumpliendo su misión, el 6° Ejército facilitó a las restantes fuerzas del Fren-

te continuar la ofensiva hacia el oeste sin detenerse ni temer por sus espaldas.

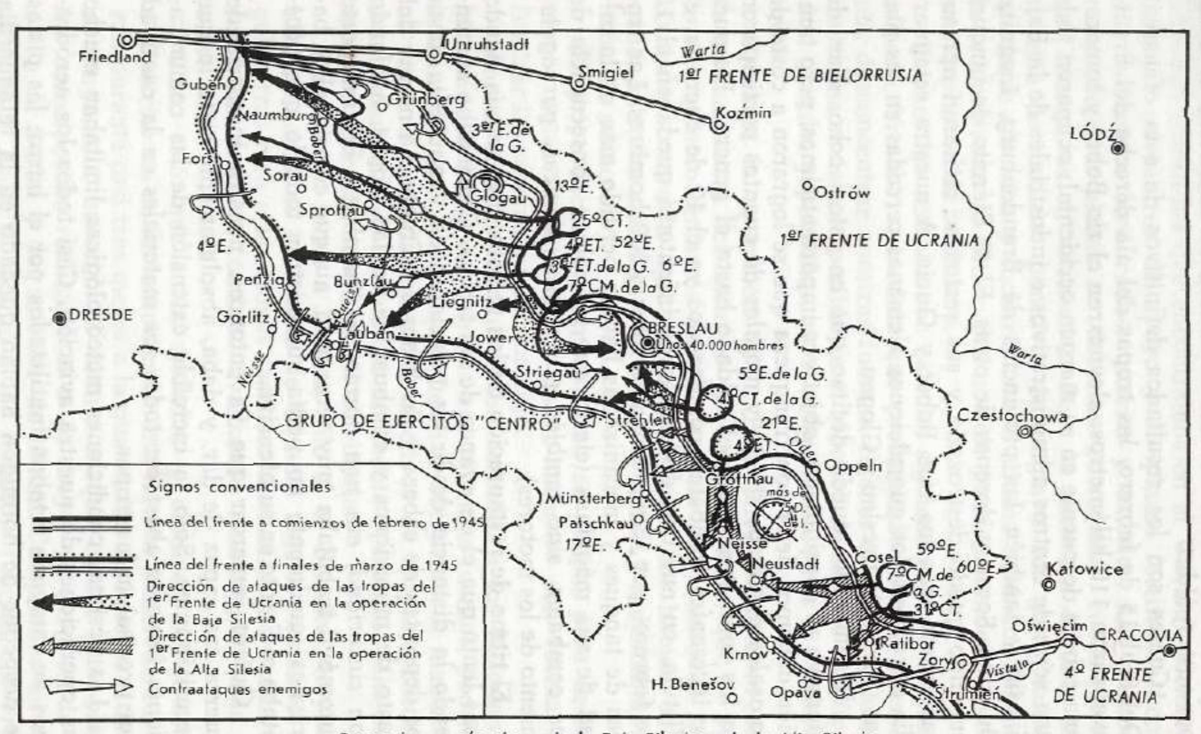
¿Cuáles son los resultados definitivos de esta ofensiva? Del 8 al 15 de febrero, las tropas del ala derecha del Frente avanzaron 110 kilómetros, alcanzaron el río Bober y tomaron una cabeza de puente en su margen occidental; ocuparon toda una serie de centros administrativos e industriales de la Baja Silesia y también las provincias de Brandenburg, Liegnitz, Bunzlau, Sorau y decenas de otras. El 4ª Ejército de tanques enemigo quedó destrozado y sus restos se retiraron apresuradamente tras los ríos Bober y Queis. A nuestra retaguardia quedaban dos guarniciones alemanas cercadas en las plazas fuertes de Breslau y Glogau.

Resumiendo, puede decirse que en estos ocho días de ofensiva se consiguieron objetivos importantísimos, pero también debemos decir con franqueza que se lograron a costa de colosales esfuerzos físicos y morales de cuantos participaron en los combates, desde el soldado hasta el general. Después de incesantes combates, comenzados ya el 12 de enero en el Vístula, en nuestras divisiones de infantería quedaban el 15 de febrero, por término medio, unos 4.500 hombres. Las tropas de tanques y mecanizadas habían perdido más de la mitad de sus máquinas (cierto que no sólo a consecuencia de los combates, sino también por causas técnicas, por agotamiento de los motores).

El ritmo de restauración de los ferrocarriles seguía siendo más lento que el de avance de las tropas. Continuaba aumentando la distancia desde las posiciones de vanguardia hasta los depósitos de cabeza y las bases del Frente. La norma del gasto de municiones y combustible en las tropas, hablando con sinceridad, era una norma de "hambre". El transporte automóvil trabajaba muy recargado, aunque con aquellos barrizales igualmente no podía suministrar todo lo que necesitaba el Frente en su ofensiva.

Quiero remarcar que ya entonces, nuestra industria de guerra era capaz de dar, y daba, absolutamente todo lo que necesitábamos. Sólo la increíble extensión de las comunicaciones impedía abastecer todos los materiales en la cantidad que precisaban las tropas.

Las pésimas condiciones meteorológicas limitaban mucho las operaciones de nuestra aviación. Casi todos los aeródromos de campaña estaban inutilizados por el barro; las pistas de despegue de hormigón habían quedado en la retaguardia



Operaciones ofensivas de la Baja Silesia y de la Alta Silesia

profunda, mientras que los aviones de que disponíamos a la sazón sólo volaban con la autonomía máxima, y ni mucho menos todos.

El 2° Ejército aéreo, que pertenecía a nuestro Frente, tenía en aquellas fechas dos mil trescientos ochenta aparatos de combate, realizando como promedio diariamente unos quinientos cuarenta y seis vuelos-avión. Teniendo en cuenta que la anchura del Frente era de quinientos veinte kilómetros, la aviación, prácticamente, sólo realizaba misiones de reconocimiento.

A nuestra izquierda, el 4° Frente de Ucrania seguía sin tener éxito. El 1er Frente de Bielorrusia libraba cruentos combates en Pomerania, en tanto que en el enlace con nosotros, por el río Oder, había pasado temporalmente a la defensiva. Aquello permitió que el enemigo pudiese trasladar a la zona de nuestra ofensiva refuerzos bastante considerables. La correlación de fuerzas era cada día más favorable al enemigo.

El conjunto de todos estos factores hizo que ya al octavo día de operación el mando del Frente llegara a la conclusión de que nos sería imposible en fechas próximas lograr los objetivos fijados por el plan inicial y que, por el momento, no podíamos proseguir la ofensiva sobre Berlín.

Se comunicaron al Cuartel General nuestras consideraciones acerca de las futuras acciones, teniendo en cuenta los cambios en la situación.

Quiero citar algunos puntos del nuevo plan transmitido el 16 de febrero al Cuartel General.

Apreciando la situación creada, señalábamos: el ala izquierda del Frente ha quedado muy retrasada; las tropas se han alejado de las bases de abastecimiento a centenares de kilómetros y cuesta ímprobo trabajo suministrarles normas de "hambre" de municiones y combustible; las tropas del Frente han tenido bajas considerables en personal –como término medio, una División de infantería tenía a la sazón cuatro mil seiscientos hombres y, de los tres mil seiscientos cuarenta y ocho tanques y cañones autopropulsados existentes el 12 de enero, comienzo de la operación Vístula-Oder, sólo quedaban aptos mil doscientos ochenta y nueve– el deshielo primaveral, en este terreno pantanoso y cubierto de monte, dificulta la maniobra de las fuerzas blindadas y les causa pérdidas; los aeródromos están hechos un barrizal y la aviación se utiliza en proporciones extremadamente limitadas; el enemigo se refuerza incesantemente, tra-

yendo reservas de otros frentes, y los combates adquieren un carácter cada día más encarnizado.

Al mismo tiempo que apreciábamos realmente todos estos hechos, informamos también que en plazo próximo considerábamos que el Frente podría cumplir las siguientes misiones: para su agrupación principal de tropas alcanzar el río Neisse, conquistar una cabeza de puente en su margen occidental y fortificarse allí sin idea de repliegue; los ejércitos del ala izquierda del Frente, una vez reforzados, deberían rechazar al enemigo a los Montes Sudetes; al 6° Ejército se le encomendaba tomar Breslau.

Simultáneamente, se presuponía reparar y acercar a las tropas los ferrocarriles y las estaciones de abastecimiento, suministrar y acumular en los dispositivos de las tropas municiones y combustible, reparar las máquinas de guerra y normalizar todos los servicios de retaguardia de las tropas.

El documento llevaba mi firma, la de K. Krainiukov, miembro del Consejo Militar, y la de V. Sokolovski, Jefe del Estado Mayor del Frente.

Para mayor claridad debo agregar que las misiones que nos planteábamos como inaplazables debíamos realizarlas con las fuerzas de que disponíamos. Nuestras peticiones de completar totalmente la plantilla de combate de las tropas del Frente las hacíamos con miras a los preparativos para la operación de Berlín, que continuaba siendo nuestro objetivo. En este aspecto, todo estaba diáfanamente claro y sólo quedaba por saber cuánto duraría la tregua hasta el comienzo de la operación y qué línea deberíamos alcanzar antes de que empezara la tregua.

El Cuartel General aprobó nuestro plan. Así me lo telefoneó A. Antónov, Jefe del Estado Mayor Central. A decir verdad, no esperábamos otra cosa, pues con anterioridad a ello, durante toda la operación, tanto el Estado Mayor Central como el Cuartel General habían recibido de nosotros información constante detallada y veraz. En aquellos días fuimos, de hecho, el único Frente que seguía progresando hacia el oeste y atrayendo como un imán las reservas del enemigo.

A pesar de todo nuestro ardor ofensivo, las tropas se encontraban en el límite de su agotamiento, por lo que hubiera sido completamente irreal haber planificado alguna maniobra, excepto la prevista en el documento del 16 de febrero. Por muy amargo que nos fuera renunciar a los objetivos que nos habíamos propuesto en el plan inicial, aprobado por el

Cuartel General a finales de enero, considerábamos que era nuestro deber hacer cara a la realidad y, amoldándonos a los cambios de la situación, concentrar nuestros esfuerzos en las misiones que en aquellas circunstancias podían llevarse realmente a cabo.

Todavía se estaba telegrafiando nuestro plan a Moscú, cuando en el ala derecha del Frente se reanudaron el 16 de febrero los duros combates ofensivos, especialmente obstinados en las zonas de las ciudades Guben, Christianstadt, Sagan y Sorau, en las que el enemigo tenía grandes fábricas militares, incluidas subterráneas.

Para aquella fecha, el 4° Ejército de carros había alcanzado la margen oriental del Neisse, aunque en un frente estrecho. Tras los tanques llegaron al Neisse las tropas de los ejércitos 3° de la Guardia y 52°, obligando a que el enemigo comenzara a retirarse apresuradamente al otro lado del Neisse en toda la zona de ofensiva de nuestra agrupación de choque, desde la desembocadura del río hasta la ciudad de Penzig.

Sin perder un minuto, intentamos forzar sobre la marcha el río y ocupar cabezas de puente en su margen occidental, como estaba previsto por el plan de operaciones. Mas para ello se precisaba una tensión tan extraordinaria de las tropas que nos obligó, al fin y a la postre, a desistir de la empresa para evitar bajas excesivas e injustificadas. Algunas cabezas de puente tomadas por nosotros eran tan pequeñas y por sí mismas decidían tan poco que ordené abandonarlas y fortificarnos fuertemente en la orilla oriental del Neisse.

Nuestro 4° Ejército de tanques fue sacado inmediatamente a reserva del Frente para reorganizarse y completarse. No tardamos en hacer lo mismo con el 3er Ejército de carros de la Guardia. Pero, a todo esto le precedió un episodio, desagradable para nosotros, que merece la pena relatarlo, pues caracteriza bastante bien lo confuso de la situación y la disposición del enemigo para aprovechar cualquier fallo nuestro y cambiar el panorama a su favor.

Después de una feliz maniobra y de un golpe demoledor al flanco de la 19ª División de tanques alemana fascista, Ribalko replegó sus cuerpos a la posición de partida inicial. De camino, en la zona de Bunzlau, uno de los cuerpos choco con una nueva División de carros enemiga, esta vez la 8ª. Mientras el Cuerpo libraba combate, el Jefe del Ejército, que tenía la misión de salir al Neisse y ocupar Görlitz, decidió

realizar con los dos cuerpos que le quedaban un audaz envolvimiento doble de toda la agrupación enemiga dislocada en aquella zona.

Debo reconocer que aquella decisión no fue de las mejores emprendidas por Ribalko. Antes de los acontecimientos descritos, el 6° Cuerpo de tanques de la Guardia ya había sostenido duros e infructuosos combates en aquella misma dirección. Ahora, de hecho, se le planteaba la misma misión a realizar con menos fuerzas, más debilitado y, naturalmente, con menos probabilidades de éxito.

A otro Cuerpo, al 7°, el Comandante del Ejército le ordenó forzar el río Queis y tomar la ciudad de Lauban.

Menos mal que Ribalko se percató en seguida de su error y comenzó a reagrupar sus fuerzas. Sin embargo, la situación en aquel sector empeoró considerablemente. Las vanguardias del 7° Cuerpo de carros tuvieron que empeñar combate desde la marcha contra las reservas blindadas enemigas que se les echaban encima, mientras que las restantes unidades del Cuerpo no pudieron cruzar el Queis por la fuerte resistencia que se les opuso en los pasos.

En los dos días que siguieron, los alemanes trasladaron a aquel sector las divisiones 8ª de tanques, 408ª de infantería y la 10ª motorizada que salieron a retaguardia y al flanco de nuestros 7° y, en parte, del 6° cuerpos de carros de la Guardia, comenzando a envolver al Ejército de Ribalko por el este. En una palabra, que la situación no se podía ir haciendo más amenazadora. Sólo con los ataques conjuntos de los tres cuerpos de carros, ayudados por las fuerzas del 52° Ejército de Korotéiev, pudo Ribalko, en definitiva, derrotar a la agrupación enemiga irrumpida al nordeste de Lauban y rechazarla hacia el sur.

Encontrándome durante aquellas jornadas en el puesto de mando avanzado del general Korotéiev, pude apreciar personalmente la enojosa situación en que había caído Ribalko. Yo sabía perfectamente que en muchas brigadas del 3er Ejército de carros de la Guardia sólo quedaban de quince a veinte tanques.

A pesar de todo, el Comandante del Ejército salió con honor de aquella situación poco envidiable y debo reconocer sus méritos: al principio se dejó llevar un tanto por la sobrestimación de sus fuerzas y la subestimación de las enemigas, mas, posteriormente, demostró un cálculo juicioso y una sangre fría envidiable que, a fin de cuentas, le permitie-

ron frustrar los propósitos bastante peligrosos de los alemanes.

La situación estuvo tan complicada durante dos o tres días que no sólo nos intranquilizó a nosotros, sino incluso al Cuartel General.

El día en que las unidades fascistas alemanas comenzaron a salir a retaguardia del 3er Ejército de carros, Stalin me telefoneó alarmado: "¿Qué ocurre en su tercer Ejército de tanques? ¿Dónde se encuentra?"

Le contesté que el Ejército de Ribalko combatía muy encarnizadamente en la zona de Lauban, pero que consideraba que no le había ocurrido nada de particular. El Ejército luchaba en situación muy enrevesada, cosa ordinaria para las tropas blindadas.

El telefonazo de Stalin me sorprendió en el puesto de mando del 52° Ejército, en las proximidades de Lauban. Le aseguré al Alto Mando Supremo que si la situación empeoraba, adoptaríamos las medidas necesarias sobre el terreno.

Sólo aminoró la crisis el 22 de febrero, cuando la agrupación enemiga que intentaba copar a nuestros tanquistas fue derrotada y arrojada hacia el sur. Aunque al día siguiente, allí mismo, en las direcciones de Görlitz y Lauban, continuaron, con éxito alterno, las batallas de encuentro entre nuestras tropas y las fascistas. Algunos poblados, cotas y posiciones pasaron varias veces de mano a mano.

Este sector del Frente fue en aquellas jornadas el más activo, aunque como resultado de todos los duros combates librados no se produjeran cambios sustanciales en la situación de los bandos.

Ahora ya podemos hacer algunos balances.

La operación de la Baja Silesia duró diecisiete días, del 8 al 24 de febrero de 1945. No todo salió, ni mucho menos, como se había pensado al principio. El enemigo, que sufrió duras derrotas, supo pronto fortificarse en la línea del Oder, reorganizar sus destrozadas tropas, traer reservas y organizar la dirección de las fuerzas.

En modo alguno debemos menospreciar el grado de organización manifestado por el mando hitleriano en aquel momento crítico para él. Aunque, claro está, debamos tener en cuenta también que, según declaraciones de centenares de prisioneros, se pudo confirmar con qué crueldad verdade-

ramente extrema, puramente fascista, se puso orden en el campo enemigo.

Sin embargo, el hundimiento del Tercer Reich se aproximaba inexorablemente. Y aun cuando la resistencia de los fascistas y el cansancio de nuestras tropas eran cada vez mayores, nuestras comunicaciones estaban desmesuradamente extendidas y durante toda la operación sólo habíamos tenido cuatro días de vuelo para la aviación y casi todo el apoyo de la infantería recayó sobre la artillería, por añadidura escasa de municiones, a pesar de todo eso, las tropas del Frente rompieron con su ala derecha la defensa enemiga en el Oder, atravesaron las posiciones defensivas intermedias por los ríos Bober y Queis y alcanzaron el Neisse.

Precisamente la salida al Neisse, al nivel de las posiciones del 1er Frente de Bielorrusia, fue el resultado fundamental de la ofensiva febraleña, de gran trascendencia operativo-estratégica: las tropas de los más grandes frentes habían ocupado líneas más favorables para el ataque definitivo en la dirección de Berlín. Al mismo tiempo, nuestro Frente amenazaba con su ala meridional a la agrupación enemiga dislocada en la Alta Silesia y ya puntualizábamos cómo cercarla y destrozarla.

Relatando la operación de la Baja Silesia he mostrado cómo durante los combates tuvimos que desistir de propósitos ambiciosos y conformarnos con resultados más modestos.

Sin embargo, en la vida todo es relativo. Comparado con nuestro gigantesco brinco del Vístula al Oder, el siguiente salto desde el Oder hasta el Neisse parece mucho más modesto.

Pero, en relación con esto, no deben olvidarse, por lo menos, dos circunstancias: primera, que el segundo salto, sin un solo día de tregua, lo realizaron las mismas tropas que acababan de cubrir la distancia desde el Vístula hasta el Oder; segunda, que en los diecisiete días que duró la operación de la Baja Silesia, estas mismas tropas, ya en el límite de sus posibilidades físicas, de todas maneras avanzaron aún ciento cincuenta kilómetros en dirección a Berlín.

Existe la opinión (la conozco) de que quizá no se debiera haber realizado la operación de la Baja Silesia, que, posiblemente, habría sido mejor detenerse en el Oder, acumular fuerzas y, rompiendo la defensa de los alemanes, hacer de una vez toda la distancia que separaba al 1er Frente de Ucrania de Berlín.

Recapacitando en esto, me permito hacer, a mi vez, esta pregunta: ¿cómo habría transcurrido, entonces, la operación de Berlín, la última, la culminante de la guerra, si antes, a costa de una enorme tensión y de esfuerzos sobrehumanos, no hubiéramos avanzado desde el Oder hacia el Neisse? Nos habría costado mucho más trabajo y, en definitiva, se habrían relegado considerablemente los plazos de la caída de Berlín y de la liberación de Praga.

Existe también el criterio de que ya entonces, en febrero, se debía haber emprendido la ofensiva directa sobre Berlín. Mas los resultados y las enseñanzas de la operación de la Baja Silesia refutan totalmente esta opinión superficial.

Recordando esta difícil operación, sólo quiero añadir que mi corazón guardó siempre un sentimiento de profunda gratitud, respeto y admiración por los soldados y oficiales que, después de haber hecho, al parecer, cuanto pueden dar de sí las posibilidades humanas, durante la ofensiva desde el Vístula hasta el Oder, a pesar de todo, al día siguiente emprendieron con arrojo inquebrantable nuevos y cruentos combates durante diecisiete días que les llevaron a los accesos del Berlín fascista.

LA LLAMADA TREGUA

Desde el 24 de febrero –día en que acabó la operación de la Baja Silesia– hasta el 16 de abril –fecha en que comenzó la operación de Berlín–, empezó en el 1er Frente de Ucrania la llamada tregua. Las tropas completaron sus plantillas con hombres y material de guerra, se reordenaron los servicios de retaguardia, se restablecieron los ferrocarriles y los aeródromos, se trajeron municiones y todo lo necesario para las futuras y colosales operaciones culminantes de la guerra.

En escala de todo el Frente, el mes y medio transcurrido entre las operaciones de la Baja Silesia y de Berlín puede considerarse, en verdad, como período de tregua. Pero esta definición cuadra muy poco con lo que ocurrió en este mes y medio en nuestra ala meridional.

Ya dije que la ofensiva del ala meridional (o izquierda) del Frente, emprendida en febrero con fuerzas insuficientes, fracasó, y al tercer día de su comienzo fue detenida. Como resultado del avance del centro y del ala derecha del Frente hacia el Neisse, nuestro flanco izquierdo quedó aún más retrasado.

Un vistazo al mapa del Frente de aquellas fechas nos ofrece un cuadro curioso: aunque nuestro dispositivo pendía amenazador desde el norte sobre la agrupación enemiga dislocada en la zona Oppeln-Ratibor, nosotros mismos corríamos también un gran peligro, pues el enemigo podía desde aquella zona atacar de flanco hacia el noroeste para levantar el sitio de Breslau y, en caso de éxito, probar incluso a restablecer su línea defensiva anterior por el Oder.

Nosotros estábamos seguros de que no permitiríamos al enemigo transformar esta posibilidad en realidad.

Sin embargo, no perdíamos de vista que aquella posición

flanqueante tan favorable pudiera tentar también al enemigo a emprender un ataque en dirección a Breslau. Circunstancia que ya nos gustaba menos.

Pero, quizá no fuera esto lo principal. Nos preocupaba mucho más que después de la pérdida de la región industrial de Silesia, los alemanes mantuvieran contra el ala meridional de nuestro Frente una agrupación bastante respetable de tropas, que últimamente habían reforzado a todas luces. Esto era un síntoma inequívoco de que aún no habían abandonado la idea de arrebatarnos el "segundo Rhur".

Las mismas preocupaciones asaltaban a Stalin. Encontrándose en la Conferencia de Yalta y habiendo recibido, por lo visto, algunos datos complementarios de los aliados, no cesaba de telefonearme, haciéndome ver con insistencia que los hitlerianos se disponían a atacarnos en el sur, en la dirección de Ratibor, con el propósito de recuperar la región industrial de Silesia.

Stalin se interesaba por saber a quién tenía yo en mi flanco izquierdo, qué ejércitos y sus mandos (en sus conversaciones con nosotros, por lo común, no operaba con la numeración de los ejércitos, sino con los nombres de sus comandantes).

"No se descuide –me dijo Stalin en una de aquellas conversaciones telefónicas–, los alemanes no se han resignado con la pérdida de Silesia y pueden tratar de arrebatársela a usted". Le manifesté la firme convicción de que el enemigo no nos quitaría Silesia y le informé de cómo reforzábamos nuestra ala meridional, preparándonos para realizar allí una operación parcial que desalojara al enemigo de la región de Ratibor.

Stalin propuso que presentara un plan detallado de las presuntas acciones.

Así surgió la operación ofensiva de la Alta Silesia. Aunque su envergadura fue relativamente pequeña, los plazos para llevarla a cabo coincidían con las operaciones de otros frentes que resolvían sus misiones en las regiones de Königsberg, en la Pomerania Oriental, Cárpatos, Austria y Hungría. Para el cumplimiento de sus objetivos se daban quince días, entre el 15 y el 31 de marzo. Tenía como finalidad derrotar a la agrupación alemana dislocada en la zona Oppeln-Ratibor y rectificar el Frente de manera que en el futuro dispusiéramos de mejores condiciones para emprender la ofensiva sobre Berlín, la dirección estratégica principal. A

comienzos de marzo continuaban actuando contra el 1er Frente de Ucrania las tropas del Grupo de Ejércitos "Centro", que mandaba el coronel general Schörner (de quien volveré a hablar cuando narre la operación de Praga).

A la sazón, los hitlerianos nos oponían cuarenta y tres divisiones. Además, el Grupo de Ejércitos "Centro" tenía en reserva otras siete divisiones y sesenta batallones de complemento. En el saliente de Oppeln, que penetraba en nuestro dispositivo, el enemigo tenía el despliegue operativo más saturado: una División, aproximadamente, por cada ocho kilómetros de frente. Que, según nuestros cálculos, hacía que la densidad general en aquel sector llegase hasta veinticinco divisiones.

Nuestro reconocimiento informaba que los hitlerianos seguían reforzando la dirección de Oppeln. En particular, no descartábamos la posibilidad de que acudiera también allí el 6° Ejército de carros SS (más tarde supimos que el alto mando germano-fascista lo sacó de su Frente Occidental y lo trasladó a Hungría).

Durante febrero, el enemigo tanteó varias veces nuestras fuerzas en el ala meridional. En varios puntos intentó pasar a operaciones activas, sin dejar todo este tiempo de mejorar sus fortificaciones defensivas.

En cinco semanas, además de las fortificaciones de campaña y de los obstáculos ingenieros en la primera línea, los alemanes consiguieron levantar en su retaguardia centros de resistencia de bastante solidez y preparar para una defensa prolongada la mayoría de los poblados e incluso casas aisladas. Los muchos caseríos que cubrían el terreno permitieron al enemigo cerrar, prácticamente, con fuego de artillería, armas automáticas y de fusilería, todos, o casi todos, los intervalos entre ellos. En los espacios entre los poblados abrieron trincheras y prepararon asentamientos de reserva. Según datos de nuestra aviación, la zona defensiva de los alemanes en aquella región tenía de veinte a veinticinco kilómetros de profundidad.

En aquella operación tendríamos que entendérnoslas con una agrupación enemiga muy densa y preparada de antemano para la defensa.

Al planificar la operación de la Alta Silesia calculábamos, en primer lugar, cercar los efectivos fascistas alemanes dislocados en el saliente de Oppeln y en la misma ciudad. Por cierto, que desde los últimos combates, la línea del frente

pasaba por la misma ciudad, de la que una mitad pertenecía al enemigo y la otra a nosotros.

Para conseguir el fin propuesto creamos dos agrupaciones de choque, Norte y Sur. En la primera entraban un Cuerpo del 5° Ejército de la Guardia, el 21° Ejército completo, el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia y el 4° Ejército de carros de la Guardia. La Sur, o agrupación de Ratibor, la componían los ejércitos 59° y 60°, a los que se agregó de la reserva del Frente los cuerpos 93° de infantería, 7° mecanizado de la Guardia y 31° de tanques, más la 152° brigada independiente de tanques. Además de estas fuerzas, ambas agrupaciones recibieron artillería de refuerzo suficiente.

Teníamos poco tiempo para preparar la operación, pero supimos organizarlo todo como es debido. Especial atención dedicamos a su aseguramiento ingeniero, pues abundaban los campos de minas, colocados por los alemanes en todas las partes donde esto fue posible. Compaginados con los barrizales primaverales y lo accidentado del terreno, los campos de minas eran un serio obstáculo para nuestra ofensiva. Por eso las grandes unidades de infantería y las de tanques fueron previamente muy saturadas con fuerzas de zapadores, equipadas con el material correspondiente para estos casos.

La rotura de la defensa enemiga transcurrió en condiciones difíciles, a ritmo un poco lento. Nuestra agrupación Norte no pudo en todo el primer día de operación abrir más que una brecha de ocho kilómetros de anchura y lograr otros tantos de profundidad, que ahora nos parecían insuficientes. Ya habían pasado los tiempos en que la rotura de ocho kilómetros en profundidad en una jornada se consideraba un gran éxito. En la operación Vístula-Oder, por ejemplo, en el primer día conseguimos tomar las tres zonas defensivas del enemigo y salir con los tanques al campo operativo. Después de aquello era natural que la distancia de ocho kilómetros progresada por los ejércitos de Gúsev y Leliushenko al comienzo de la operación de la Alta Silesia, ya nos pareciera poco.

En realidad, esta operación tenía su propio carácter específico y esa manera de enfocar las acciones de las tropas no era del todo justa. A nuestras fuerzas les costaron ímprobos trabajos avanzar estos ocho kilómetros a través de un dispositivo enemigo muy saturado de fuerzas y de obras de fortificación, amén del gran número de poblados. Fue una labor combativa buena y merecedora de elogios.

Claro está que yo, como Comandante del Frente, estaba descontento por que se había progresado menos de lo que supusimos, aunque en mi fuero interno comprendiese que a pesar del ritmo de avance, relativamente pequeño, nuestros hombres habían dado de sí todo cuanto podían. Incluso no quise increpar a Dmitri Gúsev, uno de los jefes de Ejército de más experiencia e instruidos, por un pequeño error cometido al comienzo de la operación.

Por la mañana temprano, cuando los batallones de vanguardia del 21° Ejército emprendieron el ataque y, después de tomar rápidamente la primera trinchera, irrumpieron en varios sitios en la segunda, a Gúsev le pareció que la artillería podía reducir su cadencia de tiro a la mitad. Creyó que con el acompañamiento mínimo de artillería, los hitlerianos serían expugnados de las posiciones que ocupaban. El Comandante del Ejército quiso economizar municiones, pues aún no disponíamos de ellas en abundancia, calculando gastarlas con más provecho en las siguientes etapas de la operación.

En honor a la justicia debo decir que el Comandante del Ejército tenía fundamento para obrar así. En el primer período, su decisión no sólo a él le pareció acertada, sino también a mí.

Esta opinión se debía a que las tropas del 21° Ejército habían tomado con bastante facilidad las primeras posiciones enemigas. Al cabo de cierto tiempo, el ritmo de ofensiva comenzó a decaer. Se puso en claro que nuestra artillería no había neutralizado, ni mucho menos, todos los puntos de fuego del enemigo, especialmente los anticarro. En general, muchos de ellos fueron una sorpresa para nosotros: tanques escondidos en zanjas, cañones autopropulsados y piezas anticarro emboscados en los pueblos. Desde el aire había sido difícil localizarlos, y el reconocimiento terrestre de las tropas no pudo, durante los breves preparativos de la operación, descubrir con toda exactitud el sistema de fuegos del enemigo.

¡Y por si fuera poco, el propósito de economizar municiones! Esto no sólo nos costó aminorar el ritmo de ofensiva, sino también tener pérdidas materiales más considerables en el 4° Ejército de carros de la Guardia, que cooperaba con el Ejército de Gúsev.

Errores análogos, involuntarios, al comienzo en modo alguno evidentes, suceden en la guerra, de vez en cuando, incluso a jefes militares de mucha experiencia con una comprensión sutil de la situación y muy avezados en campañas.

Siempre consideré a Dmitri Nikoláevich Gúsev un jefe militar de esta naturaleza. Y puesto que nos hemos referido de manera sucinta a su error parcial, quisiera en breves palabras caracterizar en conjunto la personalidad de este general soviético, de capacidad poco común.

Gúsev se nos incorporó procedente del Frente de Leningrado, donde se había destacado como Jefe del Estado Mayor del Frente y como Comandante del 21° Ejército. En nuestro 1er Frente de Ucrania comenzó su actividad combativa en la operación Vístula-Oder. A su Ejército le correspondió limpiar del enemigo toda la parte norte de la región industrial de Silesia. Gúsev cumplió esta misión con ejemplaridad y mucha organización, con habilidad y plenamente convencido de que debía evitar destrozos a la región industrial de Silesia.

Con la misma seguridad y tesonería actuó Gúsev durante la operación de la Alta Silesia. Apoyándose en su Estado Mayor, bien preparado y engranado, organizó a las mil maravillas, de arriba abajo, la dirección de los combates del Ejército.

Por su carácter, era un hombre simultáneamente activo y pausado que se distinguía por su cordura y firmeza, que sabía sopesar razonablemente la situación en su conjunto y que no perdía de vista las particularidades especiales e incomparables, esenciales para esta u otra operación, para cualquier combate. Tenía en mucha estima las opiniones de sus colaboradores más inmediatos, particularmente las de Vasili Mzhavanadze, miembro del Consejo Militar del Ejército.

Estuve muchas veces en el 21° Ejército y siempre me agradó advertir el trabajo unido y cohesionado de su Consejo Militar.

También eran buenas las relaciones de Gúsev con sus jefes de cuerpos y divisiones. Con ellos recorrió el largo camino de la guerra, confiaba en cada uno y siempre podía estar seguro de que cualquier orden suya sería cumplida incondicionalmente, no sólo al pie de la letra, sino también en su espíritu.

No está de más añadir que esta colectividad aunada y cohesionada, cuando llegó a nuestro Frente, se encontró en una situación para ella desacostumbrada, distinta a la vivida en el Frente de Leningrado por su escala operativa incon-

mensurablemente mayor, por la amplitud y profundidad de las operaciones y de la maniobra. Mas el Comandante del 21° Ejército y sus tropas se habituaron muy pronto a todo aquello y estuvieron a la altura de las circunstancias.

En cuanto conocí a Gúsev, sentí por él profunda simpatía y sigo conservando el mejor recuerdo de él.

Mas volvamos al relato del primer día de la operación de la Alta Silesia.

Nuestros tanquistas tuvieron en aquella jornada grandes pérdidas, no sólo en el sector norteño de la rotura, sino también en el sureño. Los cuerpos 7° mecanizado y 31° de carros, que actuaban conjuntamente con los ejércitos 59° y 60°, después de avanzar diez kilómetros habían perdido, el primero, un 25% de sus máquinas, y, el segundo, un tercio. La causa era la misma que en el sector norte –la defectuosa exploración– y, como resultado, la neutralización insuficiente por la artillería de la defensa anticarro del enemigo. Las pérdidas en tanques del primer día rebasaron nuestros cálculos, aunque ya supusimos que serían considerables.

La idea de la operación residía en que las dos agrupaciones nuestras que debían cercar a los alemanes, enlazaran cuanto antes y coparan a las cinco divisiones fascistas alemanas, atrincheradas en el saliente de Oppeln.

Fundando todas nuestras esperanzas en que ambas agrupaciones se unirían rápidamente, decidí enviar las fuerzas blindadas con la infantería atacante.

¿No sería esto también un error *sui generis*? Estoy convencido de que no lo fue. Si en aquella ocasión hubiéramos lanzado adelante a la infantería, sola, el ritmo de ofensiva habría sido aún más lento y nuestras divisiones de infantería, ya de por sí con mucha falta de hombres, habrían tenido más bajas. Desechando la responsabilidad puramente moral del Comandante en Jefe por el exceso de pérdidas humanas, yo no tenía en aquella ocasión derecho a correr tampoco un riesgo por consideraciones de orden rigurosamente práctico: con miras a una operación de tanta responsabilidad e importancia como la de Berlín.

Aparte de que desde un punto de vista general, en el año 1945 era inadmisible, en principio, lanzar a la infantería a la ofensiva sin tanques. Esto habría sido un paso atrás, pues a la sazón ya nos habíamos acostumbrado a que la ofensiva contemporánea se organizaba con la cooperación más estrecha

de todas las Armas, reservándose a los tanques el papel principal en el campo de batalla.

A menudo, aun previendo dificultades, el Comandante en Jefe tiene que arrostrarlas forzosamente. El cerebro no trabaja para encontrar la forma de eludir estas dificultades, sino, todo lo contrario, para ver cómo vencerlas mejor, no supeditarse a ellas, sino subordinárselas. En la guerra no puede ser de otra manera.

El que nuestros tanquistas tuvieran grandes pérdidas el primer día de la operación de la Alta Silesia era lamentable, pero inevitable. Estaban impuestas por una agudísima necesidad. En aquellas condiciones no habríamos avanzado un paso sin el apoyo de los carros.

Analizando las causas que ocasionaron la suma vulnerabilidad de nuestras grandes unidades blindadas no debemos olvidar que, precisamente, en la operación de la Alta Silesia, tropezamos por primera vez en toda la guerra con una defensa enemiga tan saturada de bazucas, contra las que aún no habíamos elaborado métodos de lucha suficientemente eficaces.

La situación se empeoraba todavía más por la blandura del terreno que obligaba a los tanquistas a luchar a lo largo de las carreteras, por hacerse con éstas y abrirse paso a través de los poblados, donde, emboscadas en casas y reductos, las bazucas podían actuar más impunemente contra los tanques.

De una u otra forma, aunque con grandes dificultades, el primer día de la operación se rompió la defensa enemiga. Teniendo en cuenta que bajo ningún concepto debíamos retrasar el cerco de la agrupación enemiga de Oppeln, exigí a los jefes de los ejércitos que continuaran la ofensiva por la noche.

En la noche del 16 de marzo se introdujeron al combate los segundos escalones de regimientos y divisiones. Debo decir que, previendo anteriormente esta posibilidad, en cada División habíamos preparado para acciones nocturnas un batallón reforzado.

Creo que las acciones nocturnas de esta operación merecen que se les dedique particular atención. En el caso que nos ocupa nuevamente habíamos sabido separar lo real de lo irreal, es decir, no nos habíamos propuesto luchar con éxito de noche con toda una División, sino que seleccionamos y reunimos en batallones especiales a las gentes mejor adaptadas para ello. Estos batallones, que sólo combatían

por la noche y en cuanto amanecía se los retiraba a descansar, desempeñaron un papel muy positivo. En la lucha nocturna les apoyaba, principalmente, la artillería de fuego directo. Las piezas destinadas para esto, antes de oscurecer, se adelantaban lo más posible a vanguardia.

Durante la operación de la Alta Silesia, las noches fueron de constante pelea y trabajos. Los equipos de reparaciones se apresuraban a sacar de aquellos horribles barrizales a los tanques atascados y averiados. Se arreglaban también los caminos aprovechando la noche. Protegidos por la oscuridad, seguíamos la ofensiva y desbrozábamos en nuestra retaguardia todo lo que pudiera obstaculizar la ofensiva diurna.

Durante el 15 y el 16 de marzo, el enemigo comenzó a traer reservas de la profundidad. Los contraataques más furiosos los sufrió el 5° Ejército de la Guardia, a pesar de que en modo alguno decidía la suerte de la agrupación enemiga cercada en Oppeln, y sólo protegía nuestro ataque principal por el norte. Por lo visto, los hitlerianos no supieron apreciar totalmente la situación y atacaban tesoneramente el flanco izquierdo de esta gran unidad.

En parte, eso pudo tener también su explicación en que aquélla era la distancia más corta hasta Breslau y el enemigo había previsto la posibilidad de atacar hacia dicha ciudad.

Tal desarrollo de los acontecimientos no fue para nosotros una sorpresa. Sabíamos que a los generales hitlerianos les gustaba contraatacar por detrás a las tropas irrumpidas, sobre la base de sus formaciones de combate. Por eso, en aquella dirección, desplegamos, a propio intento, cuerpos que se distinguían por su aguante: el de infantería de G. Baklánov y el de carros mandado por P. Poluboyárov. Estas unidades ya habían pasado una dura prueba en la cabeza de puente de Sandomierz y, como se dice, no tenían que aprender nada en el arte de rechazar los contraataques.

Los alemanes atacaron tenaz e infructuosamente a estos dos cuerpos, sin que esto repercutiera lo más mínimo en las acciones de nuestra agrupación principal de choque, que continuaba sin parar mientes envolviendo más profundamente el saliente de Oppeln. Aun de día, el 18 de marzo, los ejércitos de Gúsev y Koróvnikov tomaron contacto en la zona de Neustadt. Una vez cercado el enemigo, sin perder tiempo, junto con los tanquistas de Leliushenko, volvieron parte de sus fuerzas hacia el oeste y, cuando llegó la noche, ya habían separado a la agrupación fascista de Oppeln de sus fuerzas

principales por una franja de terreno de 20 kilómetros de anchura. Quedaron copadas la 20ª División de infantería SS, las divisiones de infantería 168ª y 344ª, parte de las fuerzas de la 18ª División motorizada SS y varios regimientos y batallones independientes.

Ahora se nos planteaba la misión de acabar lo antes posible con la agrupación cercada.

El 19 de marzo, encontrándome en el observatorio de Gúsev, a las cinco menos cuarto de la tarde, firmé una orden muy breve para conocimiento de cada soldado que tiene sentido reproducirla completamente:

"A todos los jefes de batallones, regimientos y de las divisiones 225ª, 285ª, 229ª y 120ª del 21° Ejército. El enemigo copado intenta abrirse paso en dirección Steinau. El adversario está desmoralizado e intenta escapar por grupos y sin material de guerra. Ordeno:

1. Antes de que llegue la noche aniquilar y hacer prisioneros a los grupos enemigos que rompan el cerco. A todos los sargentos y oficiales les ordeno atacar atrevida y audazmente al enemigo. No deshonrar a las tropas del 21° Ejército y del 4° Ejército de tanques, permitiendo que el enemigo escape del cerco.

2. Dar a conocer esta orden a los soldados, sargentos y oficiales de todas las Armas".

¿Por qué di tal orden? Me la dictó la práctica combativa de las operaciones y combates anteriores. Sabía perfectamente cómo es la lucha contra un enemigo encerrado y por la experiencia del copo de Korsun-Shevchénkovski, del de Brodi y por otra serie de cercos menos importantes durante la operación Vístula-Oder.

Para destrozar definitivamente y lo antes posible a una agrupación sitiada se necesita que cada combatiente sepa de verdad su maniobra, en el pleno sentido de la palabra. Terminar victoriosamente cualquier operación de cerco no sólo depende de la ingeniosidad y voluntad de los jefes, sino también de la ejecución inteligente y con iniciativa de la idea del jefe por todo el personal de la compañía, batallón, regimiento y división.

En los combates contra las tropas cercadas suceden, especialmente, muchos imprevistos. El enemigo se encuentra condenado a muerte o a caer prisionero y por ello se re-

vuelve y busca con insistencia salida. Si las unidades que lo sitian no están bastante preparadas y mal informadas, pueden tener descuidos que les perjudiquen mucho: la escapatoria del enemigo. En este tipo de combate, cada hombre debe saber orientarse bien en la situación, estar dispuesto para hacer cara a cualesquiera imprevistos y casualidades, a actuar con osadía y energía.

La orden que he citado se dio precisamente cuando los hitlerianos emprendían el primer contraataque potente desde fuera del cerco con la División de tanques "Hermann Göring", que acababa de hacer presencia en aquel sector. Sin embargo, nuestro 10° Cuerpo de tanques de la Guardia, mandado por el general E. Belov, aguantó a pie firme y rechazó este empuje.

Al día siguiente, el 20 de marzo, los alemanes contraatacaron nuevamente desde el exterior del cerco, esta vez, no sólo con las unidades de la División de tanques "Hermann Göring", sino también con el 10° Cuerpo de infantería y las divisiones 20ª de carros y 45ª de infantería. Mas también fracasó este intento. Al enemigo contraatacante le recibieron como es debido tres de nuestros cuerpos: el 118° de infantería (21° Ejército), el 6° mecanizado y el 4° de carros (4° Ejército de tanques de la Guardia).

Mientras se rechazaban estos contraataques desde el exterior del cerco, el grueso de las fuerzas del 21° Ejército, al atardecer del 20 de marzo, había terminado, de hecho, con la agrupación sitiada.

Según nuestros datos, los fascistas tuvieron cerca de 30.000 soldados y oficiales muertos y 15.000 que hicimos prisioneros. No me detendré en enumerar los trofeos, pues eran muchos. Basta decir que en esta zona cayeron en nuestro poder 75 depósitos enemigos con municiones, equipos y víveres.

Todos aquellos días permanecí en la zona de combates. Me acompañó el general V. Kostiliov, Jefe de la Dirección de Operaciones del Frente, y un grupo de oficiales de la Plana Mayor, reducido, pero de gran capacidad de trabajo, que me ayudaron mucho a coordinar los esfuerzos de las tropas que cumplían las difíciles misiones de cercar y liquidar al enemigo.

Trabajó también de lo lindo en aquellas jornadas el teniente general K. Krainiukov, miembro del Consejo Militar del Frente, que acompañaba a las tropas del 59° Ejército y

mantenía enlace conmigo a través del puesto de mando de I. Koróvnikov.

En general, consideraba y sigo considerando que en los momentos decisivos, especialmente cuando se producen frecuentes y bruscos cambios en la situación, el Comandante del Frente (y en igual medida, el del Ejército) debe encontrarse obligatoriamente lo más cerca posible de las tropas y adoptar sobre el terreno las decisiones necesarias. Mis salidas a las tropas, a veces breves, otras más prolongadas, en dependencia de la necesidad, nunca las vinculé en mi conciencia con categorías tan elevadas como la valentía personal y, menos aún, con la hazaña. Me parecen sencillamente un elemento inalienable para dirigir la maniobra contemporánea de las tropas.

. . . Después de aniquilar la agrupación de Oppeln, nos correspondía tomar Ratibor, último punto de resistencia importante y centro industrial de la Alta Silesia que aún quedaba en manos del enemigo. Esta misión le fue encomendada al 60° Ejército del general P. Kúrochkin, agregándosele como refuerzo cuatro ejércitos de carros y mecanizados y una División de artillería de rotura, primero, y dos, más tarde.

Ya hablé del fuego artillero con puntería directa en los combates nocturnos. Este tipo de fuego no sólo lo empleábamos de noche, sino también de día, con la particularidad de que participaban en él piezas de todos los calibres, incluidas las de 203 milímetros. Con las últimas, destrozábamos los muros de piedra de un metro de espesor de los centros de resistencia alemanes, imperforables para los demás calibres. Para no gastar excesivo número de proyectiles pesados, los artilleros comenzaron a practicar el llamado tiro apareado con piezas de pequeño y grueso calibre. Las primeras hacían la corrección del tiro, y, sobre los blancos ya cubiertos, disparaban después, sobre seguro, las piezas pesadas. Así se hizo durante el cerco y aniquilamiento de la agrupación de Oppeln y se repitió exactamente en los combates por Ratibor.

El 22 de marzo aclaró, por fin, el tiempo y los ejércitos que atacaban Ratibor y Rybnik no sólo recibieron apoyo de la artillería, sino también poderosa ayuda de la aviación.

Sin embargo, los alemanes se defendían tenazmente. El primer día, nuestras tropas sólo avanzaron ocho kilómetros. Posteriormente, el enemigo intensificó su resistencia, intro-

duciendo en combate las divisiones de tanques 8ª y 17ª, traídas de otras direcciones. Nuestras unidades atacantes progresaban lentamente, paso a paso.

Como este ritmo de ofensiva no nos convenía en modo alguno, envié dos cuerpos del 4° Ejército de tanques de la Guardia en ayuda del 60° Ejército, con la misión de asestar un golpe complementario sobre el enemigo desde el norte.

Por su parte, los alemanes trajeron a dicho sector nuevas grandes unidades de tanques. Seguimos avanzando, pero, como antes, con mucha lentitud. Un día tras otro se libraban encarnizados combates por la posesión de pequeños poblados, nudos de carreteras, alturas y cotas. Las tropas sufrían grandes bajas, circunstancia que, naturalmente, provocaba disgusto. La operación se desarrollaba, a todas luces, en un espíritu y a un ritmo impropios, no al nivel que teníamos derecho a esperar, partiendo de la propia experiencia de nuestro reciente pasado combativo.

Por fin, el 24 de marzo, después de cierta pausa, a nuestra izquierda, en la zona del 4° Frente de Ucrania, reanudó la ofensiva el 38° Ejército, mandado por el batallador jefe K. Moskalenko, que con sus acciones enérgicas hizo cambiar la situación en el flanco izquierdo del 60° Ejército. El enemigo se vio ante la amenaza de ser cercado en la región Rybník y Ratibor. Para nosotros, en cambio, surgieron premisas favorables para el asalto de estas ciudades. El 60° Ejército tomó Rybník y con un Cuerpo cruzó a la margen izquierda del Oder, al sur de Ratibor.

Dos días seguidos, el 29 y 30 de marzo, nuestra aviación hizo bombardeos masivos e incesantes sobre las posiciones alemanas en torno a Ratibor. A fin de tomar antes esta ciudad y con el mínimo de pérdidas en hombres y tanques, ordené concentrar allí la 25ª División de artillería de rotura, que acababa de llegar a nuestra disposición, y gran parte de las fuerzas de la 17ª División de artillería de rotura.

Después de una potente preparación artillera de una hora, los cuerpos 15° y 10° de infantería del 60° Ejército, acompañados por los carros del 4° Ejército de tanques de la Guardia, se lanzaron resueltamente al asalto de Ratibor. El enemigo no aguantó el empuje de nuestras tropas y comenzó a replegarse en dirección suroeste.

Fue tomada Ratibor, la última ciudad importante que nos habíamos propuesto ocupar en la operación de la Alta Silesia. En este punto detuvimos nuestra ofensiva.

La operación de la Alta Silesia por el ala izquierda del 1er Frente de Ucrania, que duró dieciséis días, había concluido. Dio al traste con los propósitos alemanes de recuperar la región industrial de Silesia y abrirse paso hacia Breslau.

Desde el 31 de marzo comenzó en el 1er Frente de Ucrania no una tregua de nombre, sino real. En aquella fecha no sabíamos aún que sólo duraría quince días. . .

LA OPERACION DE BERLIN

El 1 de abril de 1945 fuimos llamados a Moscú, al Cuartel General del Mando Supremo, el Mariscal de la Unión Soviética, G. Zhúkov, Jefe del 1[er] Frente de Bielorrusia, y yo. Stalin nos recibió como de ordinario, en el Kremlin, en su espacioso despacho con una larga mesa y retratos de Suvórov y Kutúzov en la pared. Además de Stalin, estaban presentes los miembros del Comité Estatal de Defensa, A. Antónov, Jefe del Estado Mayor Central, y S. Shtemenko, Jefe de la Dirección Principal de Operaciones.

En cuanto saludamos a los presentes, Stalin nos preguntó:

– ¿Conocen ustedes la situación?

Zhúkov y yo contestamos que por los datos de que disponíamos en nuestros frentes, la situación era para nosotros conocida. Stalin se volvió a Shtemenko y le dijo:

– Léales el telegrama.

Shtemenko leyó en voz alta un telegrama, cuyo contenido se reducía a lo siguiente: El mando anglo-norteamericano preparaba una operación para tomar Berlín, planteándose ocuparlo antes que el Ejército Soviético. El agrupamiento principal de fuerzas se creaba bajo el mando del mariscal de campo Montgomery. La dirección del ataque principal se planificaba realizarla al norte del Rhur, por el camino más corto que separaba a Berlín de la agrupación principal de tropas británicas. En el telegrama se enumeraban todas las medidas previas que estaba realizando el mando aliado: formación de la agrupación y concentración de las tropas. El telegrama terminaba exponiendo que según todos los datos, el plan de tomar Berlín antes que el Ejército Soviético se consideraba en el Estado Mayor de los aliados como plenamente factible y los preparativos para ello se hacían a toda marcha.

Una vez que Shtemenko leyó el despacho hasta el fin, Stalin se dirigió a Zhúkov y a mí:

– Así, pues, ¿quién tomará Berlín, nosotros o los aliados?

Sucedió que me correspondió contestar primero a mí:

– Berlín lo tomaremos nosotros, antes que los aliados.

– ¡Cómo es usted! –dijo Stalin, esbozando una sonrisa y preguntándome a renglón seguido, ya concretamente–: ¿Cómo sabrá usted crear para este fin la agrupación? Tenga en cuenta que sus fuerzas principales se encuentran en su flanco sur y se verá precisado, por lo visto, a realizar un gran reagrupamiento.

Contesté a esto:

– Camarada Stalin, puede usted estar tranquilo: el Frente ejecutará todas las medidas necesarias y crearemos a su debido tiempo la agrupación para la ofensiva en la dirección de Berlín.

Zhúkov contestó el segundo. Informó que sus tropas estaban dispuestas para asaltar Berlín. El 1er Frente de Bielorrusia, con gran densidad de tropas y otras Armas, ya estaba enfilado directamente contra Berlín y, por cierto, por el camino más corto.

Después de oírnos, Stalin dijo:

– Perfectamente. Ustedes tendrán que preparar sus planes aquí, en Moscú, en el Estado Mayor Central, y cuando los tengan listos, dentro de uno o dos días, exponérselos al Cuartel General y pueden regresar a sus frentes llevando los planes de la operación ya aprobados.

Trabajamos algo más de un día. Todas las consideraciones fundamentales, relacionadas con la operación en ciernes, Zhúkov, como Jefe del 1er Frente de Bielorrusia, ya las tenía preparadas. Cuando me correspondió ser llamado al Cuartel *General ya tenía formada la idea de cómo reagrupar las tropas* del 1er Frente de Ucrania, desde la dirección sur a la de Berlín.

Trabajamos en nuestros planes en el Estado Mayor Central por separado, pero algunos problemas surgidos y que exigían coordinación los examinamos juntos con los altos jefes del Estado Mayor Central. Se sobrentiende que no se trataba de detalles, sino de cosas estrictamente de principios: acerca de las direcciones fundamentales, del planeamiento de la operación en el tiempo y sobre el plazo de su comienzo. *La fecha de comenzar la operación nos intranquilizaba* mucho.

La pregunta de Stalin de quién tomaría Berlín y el telegrama de que los aliados preparaban intensivamente la operación de Berlín, aconsejaban reducir al máximo el tiempo de los preparativos para la operación. Acerca de esto hablé varias veces con Zhúkov. Su agrupación principal, en lo fundamental, ya estaba dispuesta y enfilada contra el enemigo, mientras que por mi parte, por el momento, la cosa era más complicada. Después de la operación de la Alta Silesia, que acababa de terminar, una parte considerable de nuestras fuerzas ya había sido desplazada hacia el flanco izquierdo del Frente. Se necesitaban realizar traslados urgentes y marchas forzadas.

La mañana del 3 de abril nos presentamos en el Cuartel General dispuestos a informar de los planes. Se examinó primero el plan del 1er Frente de Bielorrusia. Stalin no hizo ningunas observaciones substanciales. Después informé yo el plan de la operación del 1er Frente de Ucrania, que tampoco suscitó objeciones especiales.

Se discutieron también con mucha minuciosidad las fechas del comienzo de la operación. Por lo que a mí respecta, propuse el plazo más corto, dentro de lo posible, para nuestro Frente, teniendo en cuenta que deberíamos realizar grandes reagrupaciones de fuerzas.

Stalin estuvo de acuerdo con el plazo. Exponiendo mis propuestas pedí al Cuartel General que se dieran al 1er Frente de Ucrania reservas complementarias para desarrollar la operación en profundidad. Stalin accedió y dijo:

– Como en la zona del Báltico y en Prusia Oriental los frentes comienzan a reducirse, le podré subordinar dos ejércitos de estos frentes: el 28° y el 31°.

A renglón seguido calculamos si estos ejércitos podrían ponerse a disposición del 1er Frente de Ucrania en la fecha fijada para el comienzo de la operación. Resultó que no podrían llegar, pues los ferrocarriles no tendrían tiempo de trasladarlos.

En vista de ello, propuse emprender la operación antes de la llegada de estos dos ejércitos con las fuerzas disponibles del Frente. Se aceptó esta propuesta y se fijó la fecha definitiva del 16 de abril, concordada entre los comandantes en jefe de los frentes y aprobada por el Cuartel General.

Después de confirmar los planes de la operación se dio lectura a los proyectos de instrucciones del Cuartel General a los dos frentes, elaborados con nuestra participación.

De paso, hablaré de la práctica que existía en el Cuartel General para confeccionar planes e instrucciones. Como regla, el Jefe del Frente no sólo informaba de su plan y exponía sus consideraciones por el mapa, sino que antes de esto, con su Estado Mayor, él mismo preparaba también el proyecto de instrucciones del Cuartel General.

Partiendo de la idea general estratégica del Mando Supremo, el Jefe del Frente planificaba completamente la operación en todos los aspectos relacionados con su ejecución, destacando especialmente los problemas que no eran competencia del Frente y estaban vinculados con la ayuda necesaria a éste por el Cuartel General del Mando Supremo.

Simultáneamente se preparaba asimismo un proyecto de instrucciones previas que reflejaba los criterios del propio Frente para realizar la operación prevista y que presuponía la ayuda correspondiente del Mando Supremo. La cantidad y carácter de las correcciones y adiciones, que se hacían a este proyecto de instrucciones, dependían de cómo había transcurrido en el Cuartel General el examen de las propuestas del Frente y de lo aproximadas que habían sido a la decisión definitiva.

Este método de planificación elaborado en el transcurso de la guerra me parecía entonces, y ahora también, razonable y fructífero.

En las instrucciones a los dos frentes se especificaba: la toma de Berlín se encomienda al 1er Frente de Bielorrusia; el 1er Frente de Ucrania debe derrotar al enemigo en la región de Cottbus y más al sur de Berlín. Se suponía que atacando en las direcciones oeste y noroeste, al décimo o duodécimo día de la operación, conquistaríamos la línea Beelitz-Wittenberg, es decir, una serie de puntos más al sur y suroeste de Berlín, alcanzando a continuación el río Elba.

El 1er Frente de Ucrania debía asestar el golpe principal con cinco ejércitos de infantería y dos de tanques.

En el ala derecha del Frente, en la dirección principal, se planificaba crear en el sector de rotura una densidad no menor de doscientas cincuenta piezas de artillería por kilómetro, para lo cual, el Frente era reforzado con siete divisiones artilleras de rotura.

En el centro del dispositivo, con dos ejércitos, deberíamos atacar sobre Dresde y alcanzar después el río Elba.

En el ala izquierda, el Frente debía estar a la defensiva. El 60° Ejército de Kúrochkin, en el flanco izquierdo, se

agregaba al 4° Frente de Ucrania que actuaba, por decirlo así, en la dirección checoslovaca.

Excepto estas decisiones fundamentales y de principio sobre la dirección de ataque, composición de las agrupaciones y densidad de artillería, en el Cuartel General no se discutió nada más. Todo lo relacionado con el aseguramiento material y técnico de la operación se resolvía en el orden acostumbrado, sin discusión especial, aparte de que el propio Frente disponía de todo lo necesario y en cantidad suficiente.

La misión del 1er Frente de Ucrania, en su conjunto, se reducía a lo siguiente: atacando más al sur de Berlín y colaborando a su toma, escindir en dos el frente de las tropas germano-fascistas y entrar en contacto con los norteamericanos.

Mas en el transcurso de la operación de Berlín, la situación cambió hasta el punto que los ejércitos del 1er Frente de Ucrania no sólo coadyuvaron a la ocupación de Berlín, sino que conjuntamente con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia participaron directamente en su asalto.

Cabe preguntar: ¿se vislumbraba en perspectiva esta posibilidad durante la aprobación del plan de la operación de Berlín en el Cuartel General, y si se previó, por quién y en qué medida?

Mis reflexiones a la sazón se reducían a lo siguiente.

Según el proyecto inicial, Berlín lo debía ocupar el 1er Frente de Bielorrusia. Sin embargo, el ala derecha del 1er Frente de Ucrania, en la que se concentraba la agrupación principal de choque, pasaba muy cerca de Berlín, al sur de la ciudad. ¿Quién podía, entonces, decir cómo se desarrollaría la operación, con qué imprevistos chocaríamos en las distintas direcciones y qué nuevas decisiones o correctivas a las ideas de maniobra anteriores habría que tomar en el transcurso de la batalla?

De todas maneras, yo admitía la circunstancia de que, si las tropas del ala derecha de nuestro Frente avanzaban con éxito, podríamos encontrarnos en situación favorable para maniobrar y atacar Berlín desde el sur.

Estimé prematuro manifestar estas consideraciones, aunque me pareció que también Stalin, sin adelantarla, tenía en perspectiva esta variante.

Esta impresión arraigo más en mí cuando, aprobando la composición de las agrupaciones y las direcciones de ata-

que, Stalin comenzó a trazar con lápiz en el mapa la línea divisoria entre el 1er Frente de Bielorrusia y el 1er Frente de Ucrania. En el proyecto de instrucciones, esta línea pasaba por Lübben y continuaba un poco más al sur de Berlín. Trazando esta línea con el lápiz Stalin la cortó de pronto en la ciudad de Lübben, que se encontraba aproximadamente a unos 80 kilómetros al sureste de Berlín. En este punto cortó la línea y no la llevó adelante. Stalin no dijo nada, pero pienso que también el mariscal Zhúkov adivinó en esto una idea determinada. La línea divisoria fue cortada, aproximadamente, en la zona que deberíamos alcanzar al tercer día de la operación. Posteriormente (según dictara la situación, por lo visto), se suponía tácitamente la posibilidad de que cada Jefe de Frente desarrollara su iniciativa.

Para mí, en cualquier caso, la línea divisoria hasta Lübben significaba que la impetuosidad de la rotura, la rapidez y carácter maniobrero de las acciones en el ala derecha de nuestro Frente podrían más tarde crear una situación ventajosa para atacar Berlín por el sur.

¿Contenía este corte de la línea divisoria en Lübben un llamamiento oculto a la emulación entre los frentes? Admito esta posibilidad. Por lo menos, no la excluyo. Y con mayor motivo si nos retrotraemos a aquella época y nos imaginamos qué representaba para nosotros Berlín entonces y el anhelo apasionado que sentían todos, desde el soldado hasta el general, por ver esta ciudad con sus propios ojos y de conquistarla con la fuerza de sus armas.

Se sobrentiende que yo también sentía este deseo irrefrenable. No me coarto de confesarlo también ahora. Habría sido extraño hacerme pasar en los últimos meses de la guerra como un hombre desapasionado. Al contrario, a la sazón, todos nos sentíamos dominados por estas pasiones.

Con la fijación de la línea divisoria terminó, propiamente dicho, la planificación de la operación. Las instrucciones del Cuartel General fueron aprobadas.

Por cierto que posteriormente, en la prensa y en algunos filmes de largo metraje, rodados todavía en vida de Stalin, se escapó una inexactitud histórica. En aquellos días sólo nos llamaron al Cuartel General a Zhúkov y a mí, mientras que el mariscal K. Rokossovski, Comandante del 2° Frente de Bielorrusia, llegó al Cuartel General más tarde, el 6 de abril.

El 2° Frente de Bielorrusia participó en la derrota de la

agrupación berlinesa en la dirección costera norteña, colaborando así a la ocupación de Berlín. Sin embargo, la aprobación de la parte concerniente al plan de la operación de Berlín, respecto a las acciones del 2° Frente de Bielorrusia, se efectuó unos días más tarde, cuando Zhúkov y yo ya estábamos ausentes.

... Salí en avión de Moscú a la mañana siguiente de haberse aprobado las instrucciones del Cuartel General. El día y la noche que quedaron después de la reunión los empleé en terminar varios asuntos indemorables relacionados con la próxima ofensiva y, ante todo, los referentes a la aviación, carros de combate, municiones, combustible y otras muchas cosas. Además, tuve que ocuparme también de ciertos problemas relacionados con el traslado a nuestro dispositivo de los ejércitos 31° y 28°. La propia envergadura de los desplazamientos y las grandes distancias hasta las nuevas zonas de dislocación lo exigían así.

Tanto el mariscal Zhúkov como yo teníamos prisa y salimos en avión de Moscú para el frente del aeropuerto central, uno tras otro, con dos minutos de intervalo. Ahora, cada cual, en su Frente, debíamos realizar la parte de la operación de Berlín que para cada uno de nosotros había sido aprobada por las instrucciones del Cuartel General.

Hacía mal tiempo para volar. Ocultaban la tierra las bajas nieblas de abril. No había ninguna visibilidad.

Volamos todo el itinerario a ciegas. Al final de la jornada, cuando me parecía que ya no había esperanza de llegar de día, el piloto pudo atravesar la niebla y aterrizar en la zona de Breslau, en las cercanías del puesto de mando del Frente.

Cuando se nos plantea una misión de mucha responsabilidad y difícil y comenzanos a pensar cómo resolverla mejor, tiene mucha importancia, ante todo, apreciar serenamente qué obstáculos y dificultades se opondrán en nuestro camino.

Estos pensamientos me embargaban también cuando regresé al frente. Reflexionaba en ello igual que, seguramente, todos los demás, cada cual con arreglo al cargo que desempeñaba.

La operación de Berlín tenía por objetivo aniquilar a la agrupación de tropas alemanas desplegada en la dirección estratégica de Berlín. Las tropas soviéticas tenían que destrozar a dos grupos de ejércitos: el "Vístula" y el "Centro",

tomar luego Berlín y, progresando hasta alcanzar el Elba, entrar allí en contacto con los aliados.

La realización de estas misiones, según nos imaginábamos, incapacitaría a Alemania para continuar una resistencia organizada. Por consiguiente, el resultado final de la operación estaba relacionado con la culminación victoriosa de la guerra en Europa.

Preparándose para llevar a cabo esta grandiosa operación estratégica había que tener en cuenta varias particularidades y, ante todo, qué resistencia ofrecería el enemigo. Para defender la capital del imperio y sus accesos, el mando hitleriano había concentrado contra las tropas soviéticas efectivos muy numerosos, preparado una defensa profundamente escalonada con toda clase de fortificaciones y obstáculos por las líneas de los ríos Oder y Spree y cerrado todos los accesos a Berlín, desde el este, sudeste, sur y norte.

Además, debía tenerse en cuenta que la configuración del terreno en torno a Berlín creaba no pocos obstáculos naturales complementarios: bosques, pantanos e infinidad de ríos, lagos y canales.

Tampoco había que perder de vista que el alto mando hitleriano y el gobierno germano-fascista continuaban tesoneramente una política calculada para escindir la coalición antihitleriana y que en los últimos tiempos habían recurrido a sondeos directos para concertar acuerdos por separado con nuestros aliados, con la esperanza de que esto les permitiría sacar sus tropas del Frente Occidental y lanzarlas al Frente del Este, contra nosotros.

Hoy sabemos por la historia que los intentos de Hitler y de la camarilla que le rodeaba para entenderse por separado con nuestros aliados fracasaron rotundamente. En aquella época, en plena guerra, no queríamos creer que nuestros aliados podrían llegar a cualquier confabulación con el mando germano-fascista. Sin embargo, en la atmósfera reinante a la sazón, no sólo saturada de hechos, sino también de bulos, no podíamos desechar por completo esta posibilidad.

Esta circunstancia daba a la operación de Berlín, yo diría, especial tensión. De cualquier manera debíamos de contar que, al fin y a la postre, colocados ante la necesidad de apurar hasta el fin la amargura de la derrota militar los dirigentes fascistas preferirían entregar Berlín a norteamericanos e ingleses, dejándoles franco el camino, y, por el con-

trario, que lucharían contra nosotros encarnizadamente, hasta el último soldado.

Planificando la operación admitiamos serenamente también esta perspectiva. Por cierto, que más tarde fuimos testigos de cómo se hizo realidad. Así lo evidenciaron, por ejemplo, las acciones del 12° Ejército alemán del general Wenck, retirado sin más ni más de la línea que ocupaba en el oeste contra los aliados y lanzado contra nosotros para romper el cerco de Berlín.

En sus declaraciones en el Proceso de Nuremberg, el mariscal de campo Keitel fue sincero a este respecto. Declaró que ya a partir del año cuarenta y cuatro, el mando hitleriano daba largas a la guerra, considerando que, en definitiva, los acontecimientos cambiarían a favor suyo. Esperaba el surgimiento de situaciones tan inesperadas, que en una alianza militar de varios Estados con regímenes políticos distintos, tarde o temprano suscitarían roces y divergencias en su coalición, de los que podrían aprovecharse los hitlerianos.

A la sazón, a comienzos de abril de 1945, el mando germano-fascista no había descubierto aún sus intenciones. No obstante, para nosotros estaba claro que los fascistas harían cuanto pudieran para que las tropas soviéticas se atascaran el mayor tiempo posible en las proximidades de Berlín.

Los cálculos políticos de los hitlerianos se basaban, en cierta medida, en consideraciones y esperanzas puramente militares. El mando hitleriano había realizado un trabajo ingente para fortificar los accesos a la capital alemana y estimaba que nuestro ejército tardaría mucho en superar todas las poderosas barreras de obras de ingeniería combinadas con obstáculos naturales y un sistema defensivo bien organizado.

Los accesos a Berlín eran realmente difíciles. Por ejemplo, las cotas Seelow, terreno extremadamente accidentado, incluso desechando mentalmente todas las obras que habían levantado allí los ingenieros militares alemanes. A esto había que añadir el propio Berlín, enorme ciudad de grandes edificios, en la que casi cada casa era, de hecho, un punto de resistencia con paredes de ladrillo de un metro o metro y medio de espesor. Resumiendo, que las tropas germano-fascistas que defendían Berlín creían todavía que de la misma forma que las paramos a las puertas de Moscú, nos detendrían a nosotros en las cercanías de Berlín. Esta fe la alentaba por todos los medios la propaganda de Goebbels.

Así, pues, para nosotros estaba claro que a los alemanes no les detendría nada y que resistirían hasta el último hombre con tal de defender Berlín. El mando soviético, por su parte, tenía plena conciencia de que la operación de Berlín sería de una tensión extrema para nosotros.

Teníamos que romper las líneas defensivas enemigas al nordeste y al sudeste de Berlín que cerraban el paso al 1er Frente de Bielorrusia y al 1er Frente de Ucrania, es decir, derrotar a las tropas del 9° Ejército de campaña y a los ejércitos de tanques 3° y 4° que las guarnecían. Durante la operación se pensaba separar al 4° Ejército de tanques del 9° Ejército de campaña, escindir en dos el frente enemigo de manera que éste no pudiera maniobrar y trasladar sus reservas de sur a norte, hacia Berlín o sacarlas de éste.

Los hitlerianos calculaban que las operaciones se prolongarían mucho. Nosotros, por el contrario, tratábamos de que se desenvolviesen con la mayor rapidez posible. La operación se planeaba para una duración de doce a quince días, sin dar la menor tregua al enemigo ni para alargarla ni para eludir nuestros golpes.

Así nos imaginábamos el futuro que nos aguardaba y para cuyos preparativos sólo teníamos doce días, durante los cuales debíamos realizar una grande y complicada reagrupación de fuerzas.

El lector habrá reparado que trato de citar el mínimo posible de documentos. Pero, en este caso, tratándose de una operación como la de Berlín, hay que mencionar algunos para que quede claro cómo y cuándo surgieron las correspondientes adiciones a los planes del 1er Frente de Ucrania y qué papel desempeñaron después, durante la operación, para la toma de Berlín.

He aquí el contenido de la directiva del Cuartel General del Mando Supremo al 1er Frente de Ucrania, firmada por Stalin y Antónov el 3 de abril de 1945.

"El Cuartel General del Mando Supremo ordena:

1. Preparar y realizar una operación ofensiva para derrotar a la agrupación del enemigo desplegada en la zona Cottbus y al sur de Berlín.

No más tarde del décimo o duodécimo día de la operación conquistar la línea Beelitz-Wittenberg, que continúa por el río Elba hasta Dresde. Posteriormente, después de tomar Berlín, tener en cuenta proseguir la ofensiva sobre Leipzig.

2. Asestar el ataque principal con cinco ejércitos de infantería y dos ejércitos de tanques desde la zona de Tribel en dirección general a Spremberg-Belzig. Emplazar en el sector de rotura seis divisiones de artillería de rotura, creando una densidad no menor de 250 piezas, desde 76 mm y mayores calibres, por cada kilómetro del frente de ataque.

3. Para asegurar a la agrupación principal del Frente, emprender por el sur, con el 2° Ejército Polaco y parte de las fuerzas del 52° Ejército, un ataque secundario desde la zona de Kohlfurt en dirección general a Bautzen-Dresde.

4. *Una vez rota la posición defensiva del enemigo introducir* al combate a los ejércitos de tanques y de infantería del segundo escalón para desarrollar el éxito en la dirección principal de ataque.

5. En el ala izquierda del Frente pasar a una rígida defensa, prestando especial atención a la dirección de Breslau.

6. Establecer el 15.IV.45 la siguiente línea divisoria con el 1er Frente de Bielorrusia: hasta Unruhstadt, la anterior, continuando después por el lago Ennsdorfer-See, Gross Gastrose, Lübben. . .

7. Comenzar la operación de acuerdo a las indicaciones recibidas personalmente por mí".

Es decir, el 16 de abril de 1945.

Para comparar las instrucciones del Cuartel General al 1er Frente de Ucrania y las recibidas por el 1er Frente de Bielorrusia citaré el primer punto de las últimas.

"Preparar y realizar una operación ofensiva con el objetivo de tomar la ciudad de Berlín, capital de Alemania. No más tarde del duodécimo o decimoquinto día de operación alcanzar el río Elba".

Así, pues, por el contenido de ambas instrucciones se deducía que la toma directa de la capital germano-fascista se le encomendaba al 1er Frente de Bielorrusia, desplegado frente a Berlín. Pero el que la línea divisoria entre los frentes quedase cortada conscientemente en la ciudad de Lübben significaba –y ya he hablado de ello–, que a tenor del desarrollo de la operación, si la situación así lo exigía, en el Cuartel General se suponía la posibilidad, no expresada, de *que los frentes tuviesen iniciativas que asegurasen* el éxito de la operación.

Apreciando las perspectivas de la futura operación, yo consideraba que, después de romper e irrumpir impetuosamente en la zona defensiva del enemigo, el 1er Frente de

Ucrania dispondría de condiciones más ventajosas para maniobrar ampliamente que el 1er Frente de Bielorrusia, que atacaba Berlín frontalmente.

Cuando sobre la base y en ampliación de las instrucciones del Cuartel General planeábamos con más detalle la próxima operación, ya en mi puesto de mando, consideré necesario, desde el mismo comienzo, incluir en nuestro plan la posibilidad de una tal idea de maniobra. Repitiendo en nuestro plan el primer punto de las instrucciones del Cuartel General: "No más tarde del décimo o duodécimo día de la operación conquistar la línea Beelitz-Wittenberg, que continúa después por el río Elba hasta Dresde", agregué: "Tener en cuenta, con parte de las fuerzas del ala derecha del Frente, colaborar con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia en la toma de Berlín".

Posteriormente, esta salvedad se justificó exhaustivamente durante la operación, teniendo que virar hacia Berlín, no parte de nuestras fuerzas, sino varios ejércitos: el 3° y 4° de tanques de la Guardia, el 28° de infantería y varias unidades de los ejércitos de infantería 3° de la Guardia y 13°.

En el plan de operaciones del Frente, la misión de cooperar con el 1er Frente de Bielorrusia en la toma de Berlín se planteó en líneas generales. En cambio, en la orden al 3er Ejército de tanques de la Guardia esta misión se concretaba:

"Al quinto día de operación conquistar la región Trebbin-Zauchwitz-Treuenbrietzen-Luckenwalde... Estar dispuestos a atacar Berlín desde el sur con un Cuerpo de tanques reforzado con una División de infantería del 3er Ejército de la Guardia".

Así, pues, ya antes de comenzar la operación, un Cuerpo de carros de combate y una División de infantería habían sido designados especialmente para atacar Berlín desde el sur...

El corte de la línea divisoria en Lübben parecía insinuar, empujarnos a mostrar iniciativa de acciones cuando estuviésemos cerca de Berlín. Y no podía ser de otra manera. Pues, de hecho, avanzar frente a las afueras meridionales de Berlín y pasar de largo sin tocarlo, dejándolo en nuestro flanco derecho, y más aún en una situación en la que desconocíamos qué nos aguardaba, nos parecía extraño e incomprensible. Por el contrario, la decisión de estar dispuestos para

aquella maniobra nos parecía clara, comprensible y como algo que caía de su peso.

Este criterio se reflejó en el plan de la operación, según el cual el Ejército de tanques de Ribalko se introducía en la rotura en el flanco derecho, en el sector de ofensiva del 3er Ejército de la Guardia de Górdov. Leliushenko, en cambio, debía entrar por la brecha abierta en el centro por el 5° Ejército de la Guardia de Zhádov. Esta zona se encontraba muy al sur de Berlín, mas si se observa el plano se verá que también el 4° Ejército de tanques de la Guardia, que debía ocupar la región Niemetz, Wittenberg, Arnsdorf y Dennewitz, viraba su frente de ofensiva hacia el noroeste, en correspondencia a la idea general de maniobra de la agrupación principal del Frente, que después de romper la defensa enemiga tendería a virar hacia el noroeste.

Por consiguiente, cuando más tarde nos encontramos en la necesidad de volver los ejércitos de tanques hacia Berlín, prácticamente, no tuvimos que cambiar de dirección, sino simplemente hacer una "derivación".

Como teníamos el tiempo justo para preparar la operación, todos, desde el Estado Mayor del Frente hasta los de las unidades inferiores, trabajábamos día y noche, como dice el refrán sin saber ni el santo del día.

Nos arriesgamos conscientemente a emprender la operación antes de que se hubiesen concentrado completamente todas las fuerzas designadas para participar en ella. Me refiero a los ejércitos 28° y 31°, parte de los cuales sólo llegaban a nuestro Frente cuando la primera línea enemiga se encontraba ya sometida a la preparación artillera.

Los pronósticos del tiempo eran más o menos favorables, permitiéndonos planificar un amplio empleo de la aviación. El 2° Ejército aéreo del general S. Krasovski debía proteger la concentración de las tropas de nuestras agrupaciones de choque, especialmente de los ejércitos de tanques; mediante bombardeos en masa, colaborar al paso del río Neisse por las tropas y a la rotura de la defensa enemiga en toda su profundidad táctica, y ayudar a que los ejércitos de tanques cruzaran lo antes posible el río Spree. (Mucho me temía que este río resultase ser un obstáculo serio, en particular, para los carros de combate.) Además de ello, la misión de la aviación era impedir que llegasen reservas enemigas al campo de batalla de las direcciones de Berlín y Dresde. En las jornadas siguientes debería acompañar a los ejércitos de tan-

ques en toda la profundidad de su avance con acciones de los cazas y aparatos de vuelo rasante y, en caso de necesidad, también con los bombarderos.

Y, por último, a los aviadores se les encomendó una operación especial. El dia señalado para la rotura del frente enemigo decidimos colocar cortinas de humo, no sólo ante los sectores en los que nos proponíamos pasar el río Neisse, sino también casi por toda la línea del frente para despistar al enemigo, cegar sus observatorios y los asentamientos próximos de la artillería enemiga.

He tropezado con manifestaciones erróneas de la prensa occidental que afirmaban que el primer día de la operación de Berlín los dos frentes, el 1° de Ucrania y el 1° de Bielorrusia habían atacado ateniéndose a un plan único. Estas versiones no corresponden a la realidad. La coordinación de acciones de los dos frentes la realizó el Cuartel General, en tanto que los frentes, como de ordinario, se intercambiaron de toda clase de información y partes de operaciones y de reconocimiento. Es natural que para el primer día de la operación, cada Frente eligiese su propio método de ataque, según su apreciación particular de la situación.

En el 1er Frente de Bielorrusia decidieron realizar una potente preparación artillera nocturna y lanzarse al ataque alumbrados por los proyectores.

El 1er Frente de Ucrania eligió un método diametralmente distinto. Planificamos una preparación artillera de más duración que el vecino, calculada para asegurar el paso del río Neisse y la rotura de la posición defensiva principal del enemigo en la margen occidental, opuesta. Para que nuestras fuerzas cruzaran el río más inadvertidamente no nos favorecía en modo alguno iluminar el sector de rotura. Por el contrario, nos convenía mucho más prolongar la oscuridad nocturna. En total, la preparación artillera debería durar dos horas treinta y cinco minutos, de los que una hora y cuarenta minutos se destinaban para asegurar el cruce del río y cuarenta y cinco minutos para preparar el ataque, ya en la margen occidental del Neisse.

Durante este tiempo calculábamos inutilizar todo el sistema de dirección y observación de los alemanes y sus asentamientos de artillería y morteros. La aviación, operando a una profundidad todavía mayor, debería contribuir a derrotar definitivamente al enemigo, concentrando los ataques sobre sus reservas.

La noche antes de la ofensiva llegué de las proximidades de Breslau al puesto de observación del general Pújov, Jefe del 13° Ejército. El observatorio –un pequeño abrigo con zanja– se encontraba en el lindero de un viejo pinar, y enfrente, a un nivel más bajo, una escarpada ribera hasta el Neisse y, más allá, la margen opuesta, magníficamente observada a una profundidad bastante considerable. Por el telémetro se veía estupendamente todo el movimiento enemigo a vanguardia.

Cierto que en la guerra a veces se pagan caras las comodidades de este género. La observación desde aquel puesto era especialmente eficaz, pues se encontraba muy cerca del enemigo, lo que a su vez no constituía garantía alguna contra el fuego de fusil y ametralladora del lado opuesto del río. Mas todo salió bien excepto una bala que resbaló por el soporte del telémetro.

Por cierto que este detalle no lo advertí entonces, absorto en la observación, y sólo lo he sabido recientemente cuando leí las memorias del finado Nikolái Pávlovich Pújov.

Al final de la primera fase de la preparación artillera se tendió la cortina de humo, que en toda la zona observada fue magnífica: extensa, de gran densidad y de la altura que precisamente necesitábamos.

¡Los pilotos de la aviación de asalto la extendieron magistralmente! Pasando raudos en vuelo rasante no la "tendieron" en pos, sino que la colocaron exactamente a todo lo largo del Neisse. Y hay que decir que la anchura del frente en la que se tendió la cortina de humo era ni más ni menos que de trescientos noventa kilómetros. Tal cortina de humo en un frente tan ancho desorientó en cierta medida al enemigo, respecto a los lugares elegidos por nuestras tropas para cruzar el Neisse.

La potente preparación artillera y el humo crearon grandes dificultades al enemigo para dirigir las tropas, desorganizaron su sistema de fuegos y debilitaron la firmeza de la defensa. Hacia el mediodía, por las declaraciones de los prisioneros, ya se puso en claro que tanto soldados aislados como pequeñas subdivisiones de alemanes habían utilizado con bastante originalidad nuestra cortina de humo: abandonaron simplemente sus posiciones y se replegaron.

El humo no obstaculizó nuestra preparación artillera. El fuego se hacía por coordinación topográfica ajustada al te-

rreno y con todos los blancos principales localizados de antemano.

Posteriormente, durante el paso del río, se colocaron otras cuantas cortinas de humo. Hacía una calma chicha, la velocidad del viento no era más que de medio metro por segundo y el humo se iba deslizando lentamente en la profundidad de la defensa enemiga, cubriendo todo el valle del río Neisse, que era precisamente lo que necesitábamos.

Desde el observatorio se oteaba perfectamente todo este cuadro. Al otro lado del Neisse, frente a nosotros, se levantaba la barrera de un pinar joven, pero ya bastante alto y espeso, ardiendo en muchos sitios. No éramos culpables conscientes de estos incendios que para nosotros solamente constituían un obstáculo. Por lo visto, el bosque se había incendiado por las explosiones de los proyectiles de artillería y por los bombardeos de la aviación.

Algunos focos podían deberse también al propio ataque con humo. Envolvía todo el bosque una triple nube de humo: de las explosiones, de la cortina de humo y de los incendios. Esto ocultaba nuestro movimiento de avance, pero, en cambio, nos creaba dificultades. En general es duro combatir en *los bosques y más aún si están ardiendo. Los acontecimientos* posteriores demostraron que la preparación artillera había sido tan eficaz que pudimos romper en seguida la posición defensiva de los alemanes en la margen occidental del Neisse y, una vez rota, progresar en profundidad.

Los batallones de vanguardia comenzaron a cruzar el Neisse a las seis y cincuenta y cinco, después de cuarenta minutos de fuego artillero y protegidos por el humo.

El paso del primer escalón del grueso de las fuerzas terminó pronto, en una hora. En cuanto fueron tomadas las cabezas de puente en la orilla oeste del Neisse comenzó el tendido de puentes. Los batallones de vanguardia cruzaron el río en barcas, arrastrando pasarelas ligeras de asalto. En cuanto el extremo de una de tales pasarelas se anclaba a la orilla opuesta, la infantería se lanzaba a la carrera por ella.

Los puentes ligeros sobre flotadores fueron tendidos en cincuenta minutos. Los puentes pesados para soportar cargas de treinta toneladas quedaron colocados al cabo de las dos horas, y los puentes pesados para cargas de sesenta toneladas, cuatro o cinco horas después de haber comenzado el paso del río. Por los últimos podían pasar tanques de todos

los tipos. Parte de la artillería de campaña pasó vadeando tirada por cuerdas, con los batallones de vanguardia.

Al cabo de diez o quince minutos de haber alcanzado los primeros soldados la orilla oeste del Neisse, les llegaron los primeros cañones de 85 mm para fuego directo contra los tanques alemanes. Esto dio inmediatamente sensación de seguridad en las primeras y pequeñas cabezas de puente.

Además de los puentes, se utilizaron para el paso compuertas que trasladaron a la orilla opuesta los primeros grupos de carros para apoyo directo de la infantería.

El éxito del cruce del Neisse se lo debimos al trabajo enérgico y abnegado de las tropas de ingenieros. Su labor fue verdaderamente heroica. Sólo en la dirección principal de ataque tendieron ciento treinta y tres pasos de río. En el sector de ofensiva del 3er Ejército de la Guardia y del 13° Ejército funcionaron veinte puentes, nueve compuertas, doce puntos de medios de paso ligeros y diecisiete pasarelas ligeras de asalto.

Teniendo en cuenta que los ejércitos de tanques tendrían posteriormente, una vez introducidos en la brecha, que cruzar otros ríos, antes de la ofensiva prohibí categóricamente utilizar para cruzar el Neisse ningún medio de paso de los ejércitos de tanques. Según nuestro plan, los carros de combate deberían pasar el Neisse en medios de paso especialmente preparados para ellos, reservándose los propios completos, e incluso reforzados, para emplearlos cuando llegaran a la siguiente línea, al río Spree. El cruce del Neisse corrió por completo a cargo de las tropas de ingenieros del Frente.

Nuestra idea de maniobra se estructuró desde el mismo comienzo de la operación en la penetración rápida y profunda de los ejércitos de tanques. Y este, valga la frase, largo alcance de su ataque se aseguró por todos los medios.

La rotura del frente enemigo, tanto en la dirección principal como en la dirección de Dresde, se realizó felizmente. Cruzado el Neisse y después de encarnizados combates, las unidades de los 3er y 5° Ejércitos de la Guardia y del 13° Ejército rompieron la defensa enemiga en una anchura de veintinueve kilómetros y profundizaron hasta trece kilómetros.

También tuvieron éxito el primer día el 2° Ejército Polaco y el 52° Ejército Soviético, que constituían la agrupación de choque secundaria en la dirección de Dresde. Después de cruzar el Neisse y rechazar varios duros contraata-

ques del enemigo, lograron progresar hacia el oeste de seis a diez kilómetros.

Durante la primera jornada, las tropas de la agrupación principal se aproximaron ya a la segunda posición defensiva enemiga, entablando combate por su conquista. Sin embargo, en esta dura zona boscosa la ofensiva se desarrollaba con dificultades. Las tropas germano-fascistas, poco menos que inmediatamente, emprendieron insistentes y, en algunos casos, furiosos contraataques. Ya el primer día lanzaron contra nosotros, no sólo sus reservas tácticas, sino también las operativas.

Todo hacía presumir que los alemanes se proponían darnos la batalla decisiva en la posición defensiva del Neisse, la principal, y hacernos repasar el río.

Ya el 16 de abril, intentando aguantar a toda costa y restablecer la situación, el enemigo empeñó en la dirección principal de nuestra rotura las divisiones de carros de combate 21ª, "Guardia del führer", "Bohemia", una brigada anticarro y otras varias unidades.

Conocíamos de antemano qué significado atribuía el mando hitleriano a la zona defensiva del Neisse y admitíamos la posibilidad de que tuviesen lugar encarnizados contraataques, incluso de tanques, ya en el primer día de la rotura. Por eso, cruzaron el Neisse, con las divisiones de infantería, las brigadas de vanguardia de los ejércitos de tanques. Continuando subordinadas a los correspondientes cuerpos y ejércitos blindados, en la primera fase de la rotura, estas brigadas pelearon al lado de la infantería, dándole una firmeza complementaria durante los contraataques de los carros enemigos. Al mismo tiempo, constituían los destacamentos de vanguardia de los ejércitos de tanques que debían preparar las condiciones para introducir y desplegar después el grueso de las fuerzas blindadas.

Para que el lector tenga una idea justa de cuál era la situación en el sector de nuestra rotura al segundo día de ofensiva, el 17 de abril, debe imaginarse lo complicadas que son las acciones de una gran masa de tropas y tanques que, maniobrando, profundizan cada vez más en el dispositivo defensivo enemigo.

La primera línea de la posición defensiva alemana se extendía a lo largo del río Neisse y fue rota durante la mañana y la tarde del 16 de abril. Al mismo tiempo, en ambos flan-

cos de la brecha abierta seguían librándose reñidos combates. Nosotros, tratando de ensanchar la rotura, y los alemanes, de impedirlo, contraatacando y lanzando a nuestro encuentro sus reservas. Al final de la jornada, nuestros cuerpos del primer escalón combatían ya en la segunda posición defensiva del enemigo organizada, aproximadamente, a medio camino entre los ríos Neisse y Spree.

El 17 de abril, esta segunda posición defensiva de los alemanes fue rota en el frente de ataque del 13° Ejército del general Pújov y en el flanco derecho del 5° Ejército de la Guardia del general Zhádov. Nuestras tropas se lanzaron impetuosas adelante, hacia la tercera posición defensiva, hacia el río Spree.

Al mediodía ya se combatía en las tres posiciones de la defensa enemiga y en los intervalos entre ellas. En la primera franja continuamos ensanchando la brecha. En la segunda posición se combatía por algunos sectores todavía no ocupados. En cuanto conseguían abrirse paso en la defensa, nuestras tropas se lanzaban impetuosamente a vanguardia, rechazando los contraataques de los alemanes que intentaban detenernos a toda costa. Simultáneamente, las unidades de carros de combate repelieron los contraataques enemigos y continuaban su avance hacia el Spree.

Estos combates no hay que imaginárselos como batallas frontales en las que se obtiene el éxito sucesivamente, de una posición a otra. Debido a su maniobra impetuosa, las tropas no avanzaron, ni mucho menos, en todo el frente con los flancos cerrados, sino, a veces, con grandes separaciones. De aquí que en los espacios entre la primera, segunda y tercera posiciones defensivas del enemigo se luchara cruentamente contra las unidades alemanas que retrocedían y las que nos contraatacaban. La complejidad y confusión de esta situación eran mayores debido a que se combatía en un terreno boscoso, en el que continuaban los incendios.

Los ejércitos de tanques de la Guardia 3° y 4°, cuyas brigadas de vanguardia habían cruzado el Neisse el 16 por la mañana, la tarde del mismo día comenzaron a pasar el río con sus fuerzas principales. Durante la noche terminaron de cruzarlo y la mañana del 17, entrando con todas sus fuerzas en la brecha abierta en la defensa enemiga, se lanzaron adelante hacia el Spree.

Caracterizando las particularidades incomparables de esta operación quiero señalar que el cruce del Neisse, la ocu-

pación de cabezas de puente en su margen oeste, la rotura de la primera posición defensiva enemiga, la ofensiva sobre la segunda y su superación, el avance posterior hacia el Spree, el paso de este río y la rotura de la tercera línea defensiva alemana, todo eso se realizó como un proceso único e ininterrumpido.

A mí, por lo menos, por primera vez en la Gran Guerra Patria me correspondió cruzar un río combatiendo, sin pausas, y, sin detenernos, asaltar la posición defensiva enemiga con un sistema de fuegos bien desarrollado y en el aspecto ingeniero equipada con buenos abrigos, fortificaciones y campos de minas; después, romper la segunda línea defensiva y, a continuación, la tercera posición y atravesar otro río combatiendo. Pienso que este proceso único y continuo de desarrollo de la operación merece que se le dedique atención desde el punto de vista del arte operativo.

La moral combativa de las tropas era inmejorable. Soldados y oficiales tuvieron que superar dificultades increíbles. Pero las fuerzas de los hombres las redoblaba literalmente el saber que después de esta última y colosal tensión física y moral alcanzaríamos, por fin, la victoria completa sobre el enemigo. Nuestros hombres tenían la firme convicción de que esta vez pondríamos punto. . .

Creo que ya es hora de hablar del enemigo. Durante la fase de rotura se defendía ante nosotros el 4° Ejército de tanques fascista. Como resultado de los ataques, tanto en la dirección principal como en la secundaria, el Ejército fue desmembrado en tres partes aisladas entre sí. Una de estas agrupaciones quedó cortada en nuestro flanco derecho, en la zona de Cottbus (después la llamamos agrupación de Cottbus). La segunda, en el centro del dispositivo, seguía combatiéndonos en el macizo boscoso de Muskau y, la tercera, también quedó aislada en nuestro flanco izquierdo, en la zona de Görlitz, que también en adelante denominamos agrupación de Görlitz.

Por consiguiente, todo el sistema armónico de la defensa enemiga, previsto para el correspondiente orden de introducción de reservas, fue desorganizado, y esto tuvo mucha importancia, pues precisamente este fraccionamiento de la integridad de la agrupación enemiga y de su sistema de mando es condición importante para que la operación se desarrolle a gran profundidad.

Por el momento estoy hablando del segundo día de ofen-

siva, el 17 de abril, al final del cual las unidades de vanguardia de nuestros ejércitos de tanques llegaron al río Spree y, en cuya tarde, algunas subdivisiones del 3er Ejército de la Guardia lo cruzaron por los vados. El grueso de las fuerzas de los ejércitos de tanques atravesó el río en la noche del 18 de abril. Mas para no repetir el carácter que revistieron las acciones del enemigo y de algunos resultados de éstas, lamentables para él, analicémoslas no en el transcurso de dos, sino de los tres primeros días.

Durante tres días de combate fueron diezmadas cuatro divisiones germano-fascistas que defendían la primera posición a lo largo del Neisse: la 342ª y la 545ª de infantería, la 615ª de misión especial y la motorizada "Brandenburg", de las que, de hecho, quedó muy poco.

Intentando detener nuestra ofensiva, el mando hitleriano lanzó contra nosotros en la segunda y tercera posiciones de la defensa sus reservas, compuestas de seis divisiones de tanques y cinco divisiones de infantería. En total, redondeando el número, puede decirse que eran diez, ya que una de estas once divisiones no estaba completa y podemos no tenerla en cuenta.

Los combates eran cruentos, los fascistas lanzaban al contraataque de sesenta a setenta tanques y todos los medios disponibles. Esto no debe asombrar, pues les atacábamos en su sitio más débil y si aún no se imaginaban la catástrofe en toda su magnitud, de cualquiera de las maneras, presentían los descalabros que se les avecinaban.

Los combates más encarnizados, incluidos también los de tanques, se desarrollaron en la segunda posición de la defensa alemana, y, en cuanto fue rota, a retaguardia de ella. En estos terrenos boscosos no había condiciones para acciones masivas de los carros de combate de ambos bandos como a las que asistimos, por ejemplo, durante la batalla de Kursk. No obstante, la saturación general de tanques de una y otra parte era muy elevada.

El ritmo medio de ofensiva de las tropas del Frente en el período de rotura de las tres posiciones de que constaba la línea defensiva del Neisse resultó ser un poco más lento del que habíamos planificado. Pero, ¿qué significa planificar en la guerra? Nos forjamos nuestros planes a solas y los realizamos, por decirlo así, juntos con el enemigo, es decir, teniendo en cuenta su resistencia. Cuanto más avanza la batalla, más modificaciones se hacen a los planes iniciales, correcciones que no sólo están relacionadas con la

superación de todo género de dificultades y obstáculos, incluidos algunos imposibles de prever de antemano, sino también con la actitud del enemigo y, ante todo, con la circunstancia de cuándo y en qué proporciones introduce al combate las reservas operativas contra las que hay que luchar y derrotar antes de seguir adelante.

Claro está que en el transcurso de la batalla se hace todo para llevar a efecto los planes iniciales y mantener el ritmo de ofensiva planificado. Pero, a pesar de la tensión nerviosa en que me encontraba en el apogeo de la operación, cierta lentitud en el ritmo de nuestra ofensiva no me suscitaba ninguna sensación desfavorable o de que comenzara a tomar cuerpo un fracaso. ¿Por qué?

Primero, porque en el transcurso de los tres primeros días de operación, la defensa enemiga había sido rota en todos sus treinta kilómetros de profundidad por nuestra infantería y tanques del primer escalón de los ejércitos, apoyados por las unidades de los primeros escalones de los ejércitos de tanques. Los cuerpos de los segundos escalones de los ejércitos de infantería y de los segundos escalones de los ejércitos de tanques de Ribalko y Leliushenko hasta el momento no habían sido empeñados en combate. El mando disponía aún de varios cuerpos de infantería y mecanizados frescos, es decir, tenía en sus manos una fuerza enorme. Precisamente esta fuerza fue la que garantizó nuestro éxito posterior, la que permitió introducir fuerzas frescas a la batalla y maniobrar con libertad en la profundidad operativa.

Segundo, porque yo me daba cuenta de que las reservas del enemigo no eran inagotables. Los partes notificándome la aparición de nuevas y nuevas unidades de infantería y de carros me hacían ver cada vez más claro que los alemanes cifraban en ellas, precisamente, todas sus esperanzas. Pero, introduciendo al combate una división tras otra, el enemigo gastaba poco a poco sus fuerzas en combates contra las tropas de nuestro primer escalón. Castigando a las reservas del enemigo ya en las dos primeras posiciones de la defensa, obtuvimos la posibilidad de poder adelantar nuestros segundos escalones cuando las reservas operativas adversarias fuesen trituradas y dispersas.

Y así sucedió. Intentando a toda costa contenernos en la segunda línea de defensa, los alemanes ya no dispusieron después de fuerzas suficientes para mantener la tercera línea defensiva por el río Spree. Al final del segundo día, la ter-

cera posición defensiva de los alemanes fue quebrada por nosotros desde la marcha y, al tercer día, rota en un frente bastante ancho, y el río Spree cruzado, pisándoles los talones a las unidades diezmadas del enemigo que se replegaban. Todas las diez divisiones que el enemigo lanzó contra nosotros de sus reservas fueron en parte rechazadas al otro lado del Spree y en parte empujadas al flanco derecho de nuestra rotura, hacia Cottbus, y en el flanco izquierdo, hacia Spremberg.

Debo señalar la gran ayuda que nuestra aviación prestó a las tropas terrestres en la conquista de la línea defensiva del Spree. Al segundo y tercer día de ofensiva mejoró el tiempo y la aviación pudo trabajar a pleno rendimiento bombardeando los nudos fundamentales de resistencia en el río Spree y las regiones fortificadas en los flancos de nuestra penetración, en Cottbus y Spremberg. La aviación buscaba en los bosques y castigaba con éxito las agrupaciones de tanques enemigas. En los primeros tres días de ofensiva se realizaron siete mil quinientos diecisiete vuelos, derribándose en combates aéreos ciento cincuenta y cinco aparatos alemanes. Estas pérdidas eran tanto más sensibles para los hitlerianos si se tiene en cuenta que ya en aquella época no estaban sobrados de aviación.

Analizando posteriormente el desarrollo de los acontecimientos en los primeros días de nuestra ofensiva, más de una vez reflexioné en por qué los alemanes, ya en la segunda línea de la posición defensiva del Neisse, introdujeron tan apresuradamente a la batalla sus reservas operativas, incluidas algunas grandes unidades de la reserva del alto mando. Pienso que sobre ellos accionó sicológicamente el que Berlín estuviese ya muy próximo y que el espacio de terreno donde aún hubieran podido intentar detenernos se reducía incesantemente.

Además, los generales fascistas adivinaban en qué podía acabar nuestra exitosa rotura al sudeste de Berlín. Debió asustarlos la salida de tan importante agrupación de tropas, incluidos los ejércitos de tanques, al campo operativo y su posibilidad de maniobrar sobre Berlín.

Por muchas cortinas de humo que utilizáramos, y al comienzo de la operación hubo más que suficientes, de todas maneras, al reconocimiento aéreo enemigo no le pudo pasar desapercibido el acumulamiento de nuestros tanques.

Este peligro y la orden de Hitler de mantener a cualquier precio la línea del Neisse empujó a los alemanes a utilizar las reservas operativas fundamentales ya en la segunda posición defensiva. Prácticamente, el enemigo nos facilitó la solución de las misiones posteriores.

En aquella época, los generales hitlerianos se encontraban decaídos moralmente, a pesar, me parece a mí, de que les costaba gran trabajo percatarse de que la crisis la tenían encima y que la situación, en esencia, se hacía desesperada. Su situación se empeoraba más porque Hitler seguía explicando todos los fracasos en el frente como una traición, a la que atribuía también las acciones de los generales que fueron derrotados por las tropas del 1er Frente de Ucrania en la línea del Neisse. Cuando le informaron que las tropas soviéticas habían irrumpido en la zona de Cottbus, quedó anonadado, aunque siguió afirmando que esto era una traición. Quiero señalar que en la posición defensiva del Neisse, sus generales le sirvieron en cuerpo y alma hasta el fin y, aunque ya comenzaban a barruntar la catástrofe que se les venía encima, de todas maneras, se esforzaron por evitarla, o, por lo menos demorarla.

La mañana del 17 de abril ordené que en cuanto la situación lo permitiese me preparasen un observatorio avanzado cerca del Spree, en el lugar previsto para cruzar el río el 3er Ejército de tanques de la Guardia de Ribalko y partí en aquella dirección.

A eso del mediodía, sin complicaciones especiales, llegué hasta el Spree. Lo que vi durante el camino no era nada particular para el hombre habituado a la guerra. Cierto que en la guerra tropezamos a veces con cosas que deseamos olvidar y no podemos.

Recordé el horrible cuadro que se ofreció a mis ojos aquella mañana invernal de 1944, después de terminar la operación de Korsun-Shevchénkovski. Ni antes ni después de aquel día no había visto jamás tan enorme cantidad de cadáveres en una extensión de terreno relativamente pequeña. Los alemanes habían emprendido por la noche un intento infructuoso para salir del cerco que les costó cuantiosas pérdidas. En nuestros planes no entraba la masacre: yo había ordenado hacer prisionera a la agrupación cercada. Pero como el general Stemmerman, que la mandaba, había ordenado a sus tropas romper el cerco a toda costa, nos vimos

obligados a responder con la fuerza a la fuerza. Los alemanes se lanzaron por la noche en un ataque ciego, formados en densas columnas de combate. Los paramos con el fuego y los tanques, que aplastaban en aquel horrible campo invernal, en las tinieblas de la noche, aquella muchedumbre, yo agregaría, mal dirigida, que se nos echaba encima. Debo decir que los tanquistas no tuvieron culpa de ello: es sabido que de noche el tanque tiene poca visibilidad. Todo esto ocurrió en una oscuridad impenetrable, en medio de una ventisca. Por la mañana amainó el huracán y recorrí el campo de batalla en trineo, porque era imposible utilizar otro medio de transporte. A pesar de nuestra victoria, el cuadro era tan espeluznante que no quiero recordarlo en todos sus pormenores...

En mi camino hacia el Spree, las pérdidas humanas no saltaban a la vista, pues el bosque las disimulaba. Con más frecuencia tropezaba con máquinas bélicas quemadas, destrozadas, perforadas o atascadas en ríos y pantanos. Todo esto evidenciaba que aún no hacía mucho se había librado en aquellos campos una gran batalla en la que los bandos utilizaron enorme cantidad de tropas mecanizadas y de carros de combate.

La batalla seguía dejándose sentir por el incesante fragor de los combates a vanguardia, adonde me dirigía, y a izquierda y derecha del corredor abierto por nosotros. Podía seguir adelante sin contratiempos, pues los zapadores que acompañaban a las unidades de vanguardia ya habían abierto pasos en los campos de minas y limpiado de éstas los numerosos amontonamientos de árboles talados en los bosques.

Debo señalar, por cierto, que a cada unidad sólo le estaba permitido avanzar por el itinerario especialmente fijado para ella. Y las tropas hicieron gala de un razonable sentido de la disciplina.

¡Qué gran cosa es la experiencia de la guerra! Los soldados que habían empezado a combatir en los años 1941 y 1942 en las cercanías de Moscú, en las estepas de Ucrania y en Stalingrado ahora se aproximaban a Berlín. Eran dignos de la gloria de los valientes de Suvórov y quizás los superaran. Claro está que no habían pasado tantos años en filas, como era obligatorio en la época de Suvórov, pero si se tiene en cuenta que éstos eran soldados del Ejército Soviético, si se cuenta toda su experiencia de guerra en estos tres o cuatro años y todo lo que habían visto y sufrido, más todas las pe-

nalidades y calamidades por ellos pasadas, puedo decir que con aquellos soldados no sólo se podía tomar Berlín, sino asaltar el cielo.

Recordando la guerra y comparando sus distintas etapas, nosotros, así me parece, subestimamos a veces lo avanzado en el dominio del arte militar durante los años bélicos. Al cuarto año de guerra se consideraba como la cosa más natural el cumplimiento de misiones combativas que, si se trasladaran imaginariamente al primer período de la contienda, se habrían considerado increíblemente difíciles, poco menos que imposibles. Mas cuando nos remontamos al comienzo de la guerra y apreciamos la correlación de fuerzas, en cierta medida no tenemos plenamente en cuenta un factor tan importante para los alemanes en aquel período como su habituamiento a la guerra y su ímpetu ofensivo como resultado de sus dos años de incesantes victorias en los campos de Europa.

Ahora, en cambio, en abril del año 1945, nosotros habíamos arrojado a este ejército, el más fuerte del mundo, casi hasta el mismo Berlín. Y todo lo que aún quedaba por hacer ya no constituía una dificultad insuperable para nuestro ejército, maduro y pletórico de ímpetu atacante, decidido a terminar de una vez y para siempre con el fascismo.

Yo me apresuraba por seguir adelante, hacia el Spree, adonde estaba llegando el 3er Ejército de tanques de la Guardia. Quería presenciar cómo iniciaba el cruce del río, pues de la rapidez con que los ejércitos blindados salvaran el obstáculo acuático, y tras ellos los ejércitos de infantería, no sólo dependía la fuerza arrolladora de nuestra posterior maniobra, sino también la resistencia que nos pudieran ofrecer los alemanes. Cuanto menos lográramos nosotros, tanto más conseguirían ellos y viceversa.

El paso del Spree lo mantuve en todo momento en mi campo visual. En caso de necesidad estaba dispuesto a poner en juego las medidas de influencia y los medios de apoyo de que disponía como Comandante del Frente, para que las tropas no se detuvieran en el Spree ni una hora más de la cuenta.

Acercándome al río me cercioré por los partes de los exploradores y mi propia observación personal que, en general, la cosa no marchaba mal. Mas como tuvimos que abrirnos paso hasta el río combatiendo incesantemente, no conseguimos adelantarnos al enemigo. Los hitlerianos habían logrado

desplegar por la margen del Spree las unidades que pudieron y nos hostilizaban con su fuego, sin embargo, se advertía que este fuego era disperso y mal organizado y que frente a nosotros no existía un sistema de fuegos denso y potente. Mejor dicho, aún no lo había. Dar a los alemanes tiempo para organizarlo habría sido un error imperdonable de nuestra parte.

Llamé a Ribalko y juntos, tras el destacamento de vanguardia, nos acercamos al mismo río. Me pareció que aguas abajo, a poca distancia del lugar en que nos encontrábamos, todos los indicios hacían suponer la existencia de un vado. Ribalko opinaba lo mismo.

El deseo de ganar tiempo a toda costa nos dictaba la decisión que debíamos adoptar: sin aguardar a que tendieran los puentes, probar a cruzar el río con los tanques, pues su blindaje los hacía invulnerables al fuego de armas automáticas que los alemanes hacían desde la orilla opuesta. Elegimos en el destacamento de vanguardia la mejor tripulación, la más intrépida y técnicamente mejor preparada y le ordenamos: "¡Sobre la marcha, cruzar el río por el vado!"

El río tenía en aquel sitio una anchura de cuarenta a sesenta metros. Ante nuestros ojos el tanque arrancó hacia la orilla occidental y cruzó el río, pues la profundidad del vado no pasaba de un metro.

Y como comer y rascar todo es hasta empezar, los tanques pasaron a la otra orilla uno tras otro. El sistema de fuegos del enemigo fue neutralizado, los fascistas, arrojados de sus posiciones, y al cabo de dos o tres horas (antes de que se tendieran los primeros puentes), algunas de las brigadas de tanques que iban en vanguardia ya estaban al otro lado del Spree.

También a esta hora, uno de los cuerpos de carros de Ribalko había encontrado más a la derecha otro vado y cruzaba el río a toda marcha. El 4° Ejército de tanques de la Guardia de Leliushenko, que había alcanzado el Spree más al sur y había chocado con una fuerte resistencia de los alemanes, viró hacia nosotros y comenzó a pasar el río por otro vado.

Me comunicaron que el puesto de mando avanzado ya estaba instalado en la casa de un barón, un poco detrás del sitio donde con Ribalko y Leliushenko seguíamos las incidencias del paso del río. Esta casa se divisaba bien y la artillería enemiga, desde asentamientos lejanos, disparaba sobre ella,

pero con mala puntería. Por lo visto, los alemanes habían localizado el trabajo de la radioemisora allí instalada o bien pudiera ser que hicieran simplemente fuego sobre un punto de referencia como la casa, que se destacaba aislada sobre el fondo del bosque.

No me apresuré a marchar al puesto de mando. No sólo me atraía a la orilla del río el jubiloso espectáculo que ofrecía la travesía rápida y sin detenciones del río: ya comenzaba a circular la compuerta y estaba terminándose de tender el puente. Me retenía en la orilla la necesidad de cambiar impresiones con los jefes de los ejércitos de tanques, quienes después de cruzar el río deberían realizar una profunda y atrevida maniobra por la retaguardia del enemigo.

Mentalmente me imaginaba el fin de esta maniobra en las afueras sur y sudoeste de Berlín. Así lo imponía la situación que iba formándose. Claro que ordenar a los ejércitos de tanques que cambiaran su rumbo hacia Berlín, encontrándose en la profundidad de la zona defensiva enemiga, habría sido prematuro, pues aún no habían madurado las condiciones para ello y había que recibir, además, la conformidad del Cuartel General. Pero yo quería que los jefes de los dos ejércitos de tanques comprendieran mi estado de ánimo, percibieran mi seguridad de que posteriormente se abriría ante ellos esta perspectiva.

Nos encontrábamos en la margen del Spree enjuiciando la situación. A los dos jefes de Ejército les intranquilizaban los bosques que ardían a vanguardia. Los incendios son muy desagradables para los carros de combate: les limitan la visibilidad, que ya en el combate no es mucha, y su movimiento a través de un terreno en llamas los pone en peligro de volar en cualquier momento. Qué no llevan sobre el blindaje los tanques que participan en la rotura profunda del dispositivo enemigo: medios para cruzar los obstáculos acuáticos y, los más previsores, hasta reserva complementaria de combustible en bidones o en barriles especiales.

Pero el motivo fundamental de alarma no eran, naturalmente, los incendios. El problema principal cuya agudeza comprendíamos, tanto los jefes de los ejércitos blindados como yo, residía en que debíamos seguir avanzando, aunque muy cerca, en los flancos, continuaban los encarnizados combates. Los tanquistas entraban profundamente en la brecha abierta por el 13° Ejército. A la derecha, en cambio, el 3er Ejército de la Guardia de Górdov y, a la izquierda, el

5° Ejército de la Guardia de Zhádov rechazaban incesantes y furiosos contraataques de los alemanes en los flancos.

De esto era de lo que hablábamos fundamentalmente. Independientemente de que los tanques viraran o no hacia Berlín, hacia el noroeste, de una u otra forma yo los bendecía que se alejasen con audacia de los ejércitos de infantería a gran profundidad del campo operativo.

Se entiende que también los tanquistas podían preguntarme: usted nos mete en este atolladero, nos obliga a seguir adelante sin mirar atrás, nos obliga a separarnos de la infantería cuando por ambos flancos del corredor se combate duramente. ¿No saldrá el enemigo a nuestra retaguardia, no cortará nuestras comunicaciones?

En honor de los dos comandantes de Ejército debo decir que no me hicieron abiertamente estas preguntas. Pero yo, Jefe del Frente, consideraba que era mi deber decirles que podían estar tranquilos. Por eso me encontraba allí, en mi observatorio avanzado, en el mismo centro del corredor abierto, para mantener a derecha e izquierda los flancos amenazados de nuestra brecha, diríamos, para sostenerlos con mis hombros. Incluso me di palmadas en los hombros como queriéndoles decir, metafóricamente, cómo empujaría hacia afuera los dos flancos con mi presencia en el centro de la brecha: ¡no tienen que temer, pueden actuar con audacia, impetuosamente, a la profundidad máxima!

Quiero repetir lo que ya dije antes acerca de la confianza mutua. Tanto Ribalko como Leliushenko, con los que llevé a cabo varias grandes operaciones, creían en mí como Comandante del Frente y yo creía en ellos. Ellos sabían que yo no hablaba por hablar cuando les decía que las retaguardias de sus ejércitos serían aseguradas, que yo seguiría allí donde estaba ahora y que tomaría todas las medidas para que mis palabras fueran respaldadas por los hechos.

Esta conversación tuvo lugar el 17 de abril, al segundo día de ofensiva. Al día siguiente, es decir, el 18, los tanquistas, a su vez, demostraron que también cumplían lo que decían.

Al final del día 18 de abril, el Ejército de tanques de Ribalko progresó al oeste del Spree treinta kilómetros más y el de Leliushenko, que durante esta jornada no había encontrado una resistencia tan obstinada del enemigo, avanzó cuarenta y cinco kilómetros. Y el que ambos jefes, a pesar de toda la gravedad de la situación, se sintieran tranquilos

por sus retaguardias –puedo decirlo por experiencia propia–, desempeñó un papel no pequeño en la rapidez de penetración de sus ejércitos.

El 18 de abril terminó también de cruzar el Spree el 13° Ejército de Pújov, tomando contacto por la derecha con las unidades de Górdov y por la izquierda con las de Zhádov. Los intentos del enemigo para ofrecernos una resistencia organizada en la línea del Spree fracasaron definitivamente.

Sin embargo, en la zona de Cottbus, en el flanco izquierdo de Górdov, y en la región de Spremberg, en el flanco derecho del Ejército de Zhádov, continuaban los reñidos combates. Esta fuerte presión enemiga por el norte y sur de nuestro corredor, todavía relativamente angosto, era precisamente lo que más me preocupaba, lo que me obligó a tomar las medidas más resueltas para aliviar la situación.

Ahora quiero retornar a los acontecimientos desarrollados el 17 de abril.

Permanecí en el punto de paso del río, aproximadamente, hasta las seis de la tarde. La última conversación con Ribalko y Leliushenko, antes de separarnos, terminó con una especie de conclusión resumida de todos los problemas que habíamos examinado: avanzar con audacia, irrumpir en la profundidad operativa, no mirar atrás, no enfrascaros en combates con los alemanes que defienden los puntos de resistencia, en modo alguno atacarlos de frente, flanquearlos, maniobrar, no exponer las máquinas, tener siempre presente que necesitaréis empezar el cumplimiento de la misión final con una reserva de fuerzas frescas. ¿Cuál era esta misión? Como antes, no se les decía claramente, pero comprendían magníficamente que, por lo visto, tendrían que luchar por Berlín.

Me despedí quedando ellos y yo en buen estado de ánimo.

En cuanto llegué al castillo, hablé por teléfono con quienes aún tenía que hacerlo. Desde el mismo comienzo de la operación, la dirección de las tropas se realizaba sin interrupciones, todos los tipos de enlace funcionaban seguros. En este aspecto hay que resaltar como se merece el trabajo del general Bulichov, Jefe de Comunicaciones del Frente, que en esta operación actuó brillantemente. Los jefes de los ejércitos, cuerpos y divisiones, junto con sus grupos operativos, dirigieron aquellos días las tropas, como regla, desde puestos de observación situados en los mismos órdenes de com-

bate de sus fuerzas, sin que en ningún momento les fallara el enlace.

Hablé con el Estado Mayor del Frente, escuché los informes de varios jefes de los ejércitos, hablé una vez más con los tanquistas (quienes me informaron que progresaban con éxito al oeste del Spree) y ya con un cuadro general de la situación, llamé por teléfono directo al Cuartel General para informarle del desarrollo de la ofensiva del Frente, del cruce del Spree y de que los ejércitos de tanques comenzaban a separarse de los ejércitos de infantería, siguiendo su avance profundo en dirección noroeste.

A pesar de que una batería alemana, desde algún emplazamiento lejano, seguía con tanta insistencia como imprecisión, como lo había hecho durante todo el día hasta este momento, cañoneando el castillo, yo hablaba desde allí tranquilamente con Moscú, con una audibilidad inmejorable.

Debo decir que esta comunicación directa era, por decirlo así, una verdadera providencia para nosotros. Nos ayudaba tanto y era tan segura hasta en las situaciones más difíciles, que no tengo más remedio que remarcar como se merecen la perfección de los aparatos y la labor de nuestro servicio de enlace, que aseguraba especialmente esta comunicación y que en cualquier situación iba pisando literalmente los talones a quienes correspondía utilizarla.

Cuando estaba terminando mi informe, Stalin me interrumpió, diciéndome:

– Zhúkov sigue por el momento encontrando dificultades. Continúa rompiendo la posición defensiva.

Dichas estas palabras Stalin calló. Yo también enmudecí, esperando qué vendría después. De pronto, Stalin me preguntó:

– ¿No se podría, mediante un corrimiento de las tropas móviles de Zhúkov, lanzarlas sobre Berlín por la brecha abierta en su Frente?

Cuando Stalin terminó su pregunta le expresé mi opinión:

– Camarada Stalin, esto ocuparía mucho tiempo y originaría bastante confusión. No hay necesidad de lanzar en la brecha abierta por nosotros a los tanques del 1er Frente de Bielorrusia. Nuestras acciones se desarrollan favorablemente, tenemos fuerzas suficientes y estamos en condiciones de hacer virar hacia Berlín a nuestros dos ejércitos de carros.

Dicho esto, precisé la dirección que tomarían los ejércitos de tanques y di como punto de referencia Zossen, peque-

ña ciudad situada a veinticinco kilómetros al sur de Berlín, conocida por nosotros como sede del Cuartel General del Estado Mayor Central germano-fascista.

– ¿Por qué carta me informa? –preguntó Stalin.

– Por una de escala 200.000.

Después de una breve pausa, durante la cual, por lo visto, buscaba Zossen en el mapa, Stalin contestó:

– Perfectamente. ¿Sabe usted que en Zossen se encuentra el Cuartel General del Estado Mayor Central hitleriano?

– Sí, lo sé.

– Muy bien –repitió–. Estoy de acuerdo. Vuelva sus ejércitos de tanques contra Berlín.

Y con estas palabras terminó nuestra conversación.

En la situación creada yo consideraba esta decisión como la única acertada.

Mientras el 1er Frente de Bielorrusia, avanzando sobre Berlín desde el oeste, se abría paso con gran trabajo en la zona defensiva del enemigo, profundamente escalonada y minuciosamente preparada, hubiera sido extraño renunciar a una maniobra tan prometedora como el ataque con los tanques a Berlín desde el sur, aprovechando la brecha ya abierta por nosotros en la defensa hitleriana.

La idea expresada por Stalin de introducir los ejércitos de carros de un Frente en la rotura abierta por otro Frente era muy embarazosa y difícil de llevarla a cabo. Y no sólo por la pérdida de tiempo y el embrollo, inevitable en tales circunstancias, sino porque los ejércitos de tanques podría necesitarlos posteriormente el propio 1er Frente de Bielorrusia para emplearlos en otra dirección, después de escindir la posición defensiva enemiga. Por el contrario, una vez infiltrados en la brecha, los ejércitos de tanques de nuestro Frente ya estaban, de hecho, dispuestos a lanzarse contra Berlín. Sólo necesitaban torcer, o, como ya dije, hacer una "derivación" en la dirección precisa. Ahora, cuando los tanques realmente salían ya al campo operativo, esta "derivación definitiva" no costaría gran trabajo, máxime si teníamos en cuenta que sus jefes estaban preparados para realizar, precisamente, esta misión.

Ya antes de comenzar la operación, opinaba que el ataque del 1er Frente de Bielorrusia contra Berlín transcurriría en condiciones muy difíciles y costaría grandes esfuerzos. Había que romper la defensa del enemigo frente al mismo Berlín, a dos pasos de la capital. Los hitlerianos lo espera-

ban más que nada, para ello se prepararon en todos los sentidos, temblaban ante esta posibilidad y tomaban todas las medidas para frustrar la ofensiva.

Nosotros rompimos la posición enemiga relativamente lejos de Berlín, al sudeste de la ciudad. En esta zona, el enemigo mantenía una agrupación también fuerte, pero, de todas maneras, más débil que frente a la cabeza de puente de Küstrin. La maniobra que realizamos con nuestros ejércitos de tanques después de romper la defensa constituía para el enemigo una de las posibles variantes.

El peligro de nuestro ataque sobre Berlín desde el sur empezó a adquirir proporciones amenazadoras para las tropas alemanas fascistas cuando después de romper la defensa, con una impetuosidad para ellos inesperada, introdujimos inmediatamente en la brecha los ejércitos de carros.

Ya dije que esta maniobra produjo un efecto anonadador en el Cuartel General de Hitler. Pero al adversario le quedaba muy poco tiempo para reagrupar sus fuerzas y, menos aún, para intentar fortificar algunas posiciones intermedias que pudieran detenernos entre la línea defensiva del Neisse y el cinturón fortificado externo de Berlín.

Prácticamente resultó que, cuando profundizamos en su zona defensiva de este a oeste y después viramos en redondo hacia el norte, hacia Berlín, sucedió a menudo que nuestras tropas no tropezaron con ninguna nueva línea defensiva y las que encontraron en su camino estaban orientadas hacia el este, desbordándolas tranquilamente nuestras unidades en su avance hacia el norte o pasando entre ellas sin encontrar resistencia hasta llegar al cinturón de fortificaciones externo que rodeaba todo Berlín.

En cuanto Stalin dejó el teléfono llamé acto seguido a los jefes de ambos ejércitos de tanques para ordenarles que volvieran sus ejércitos en dirección a Berlín. Estas disposiciones, después más ampliadas, figuraron en una orden del Frente que al cabo de unas tres horas fue enviada a las tropas y puesta en conocimiento del Cuartel General.

Los tanquistas no podían perder tiempo mientras se redactaba la orden, se enviaba y la recibían; debían actuar toda la noche, sin perder un minuto y sin esperar mis indicaciones confirmadas en el papel.

Después de hablar con los jefes de los carros me ocupé de la redacción de la orden. Y como también constituyó el punto de viraje para las tropas del 1er Frente de Ucrania en

el desarrollo de la operación de Berlín, me permito citarla completa, tal y como fue dada la noche del 18 de abril de 1945:

"En cumplimiento de la orden del Alto Mando Supremo, ordeno:

1. Al Jefe del 3er Ejército de tanques de la Guardia: durante la noche del 17 al 18.IV.45 cruzar el río Spree y emprender una ofensiva impetuosa en dirección general a Vetschau, Holsen, Baruth, Teltow y afueras sur de Berlín. En la noche del 20 al 21.IV.45, el Ejército tiene como misión irrumpir en la ciudad de Berlín por el sur.

2. Al Jefe del 4° Ejército de tanques: durante la noche del 17 al 18.IV.45 pasar el río Spree al norte de Spremberg y desarrollar una ofensiva impetuosa en dirección general a Drebkau, Kalau, Dane y Luckenwalde. El Ejército tiene como misión conquistar la zona Beelitz, Treuenbrietzen, Luckenwalde. En la noche del 21.IV.45 tomar Potsdam y la parte sudoeste de Berlín. Al girar el Ejército hacia Potsdam, asegurar la zona de Treuenbrietzen con el 5° Cuerpo mecanizado. Hacer reconocimiento en la dirección: Senftenberg, Finsterwalde y Herzberg.

3. En la dirección principal avanzar con más audacia y decisión con un ariete de tanques. Flanquear las ciudades y los grandes puntos poblados, sin enzarzarse en combates frontales y largos. Exijo comprender firmemente que el éxito de los ejércitos de carros depende de su maniobra intrépida e impetuosidad de acciones.

El punto 3 de la orden llevarlo a la conciencia de los jefes de cuerpos y brigadas.

4. Informar del cumplimiento de estas disposiciones.

Comandante del 1er Frente de Ucrania, Kónev. Miembro del Consejo Militar del Frente, Krainiukov. Jefe del Estado Mayor del 1er Frente de Ucrania, Petrov. Directiva N° 00215, 17.IV, enviada el 18.IV a las 2 horas y 47 minutos".

En la noche del 18 de abril, los ejércitos de tanques de la Guardia 3° y 4° del 1er Frente de Ucrania desviaron sus unidades hacia Berlín, maniobra que condujo posteriormente, como resultado de las acciones conjuntas de los frentes 1° de Bielorrusia y 1° de Ucrania, al cerco de toda la agrupación berlinesa de hitlerianos y a la caída de Berlín. El viraje de los ejércitos de tanques del 1er Frente de Ucrania en dirección

a Berlín, desde el sur, fue en opinión mía una maniobra natural y lógica calculada para destrozar al enemigo en la posición más desfavorable para él y, en gran medida, inesperada.

Yo estaba seguro del éxito de esta maniobra.

El 18 de abril, Ribalko y Leliushenko, alejándose del Spree, siguieron avanzando hacia Berlín. El 13° Ejército de Pújov, que atacaba en el centro de nuestra agrupación de choque, cruzó este día el Spree mientras que a su derecha e izquierda los ejércitos de Górdov y Zhádov libraban combates encarnizados en ambos flancos del sector de rotura.

. . . Antes de pasar a narrar el desarrollo ulterior de la operación, quiero detenerme, después de relatar la maniobra de los ejércitos de tanques, recordar el pasado y ver cómo en el transcurso de la guerra se desarrollaron nuestras tropas de carros de combate y cuáles fueron las tendencias y las posibilidades reales de este desarrollo.

Prácticamente, nuestras tropas blindadas tuvimos que crearlas casi de nuevo, en el crisol de la guerra. Antes de la contienda disponíamos de cuerpos mecanizados compuestos por tres divisiones. Se tenía la idea de que debían constituir una poderosa fuerza (la plantilla completa de cada Cuerpo tenía más de setecientos carros). En la práctica, cuando comenzó la guerra, estos cuerpos se encontraron en la situación más desfavorable. Sólo acababa de iniciarse la producción de tanques nuevos, modernos. Poco antes de la guerra, las primeras series de estos carros fueron destinadas a completar parcialmente algunos cuerpos mecanizados. Sin embargo, no hubo tiempo para aprender su empleo, mientras que el resto de las máquinas, principalmente los carros ligeros anticuados, acusaban un desgaste físico y moral. Por si fuera poco, varios cuerpos mecanizados se estaban formando y, en general, no estaban completados con carros y armamento.

El desenlace de los acontecimientos al comienzo de la guerra es harto conocido. En las primeras batallas contra fuerzas del enemigo superiores en número, nuestros cuerpos mecanizados perdieron casi todos los carros y, lo que fue más grave aún, tuvieron grandes bajas en el personal de mando.

Para reorganizar y formar nuevos cuerpos carecíamos de fuerzas y medios, cuadros de oficiales y carros necesarios. Basta decir que a finales de septiembre de 1941, en vísperas de la ofensiva de las tropas germano-fascistas sobre Moscú,

en todo el Frente Occidental disponíamos solamente de 45 tanques modernos. Hecho sumamente característico que revela con toda crudeza lo que tuvimos que sufrir en aquella época en el frente.

Ante la carencia tan aguda de carros, era natural que en verano y otoño de 1941 no pretendiéramos volver a las formaciones de cuerpos mecanizados, sino a la organización de regimientos y batallones de carros independientes y, probando gradualmente la forma organizativa mejor, detenernos en la brigada de tanques.

Después, cuando aparecieron las primeras posibilidades materiales y comenzaron a restablecerse los cuadros de tanquistas, comenzamos a crear, sobre la base de las brigadas, cuerpos de carros compuestos por tres brigadas. Integraban la brigada de sesenta a setenta carros, un grupo de artillería y un batallón de infantería motorizada. Esta gran unidad, relativamente pequeña, pero flexible, nos pareció en aquel tiempo la más conveniente, pues nos permitía emplear los tanques con más eficacia en el campo de batalla, dirigirlos con precisión, así como organizar su aseguramiento técnico, complemento y reparación.

Luego, en el año cuarenta y dos, cuando tuvimos oficiales y máquinas, comenzamos a formar cuerpos y ejércitos de tanques y mecanizados. Como regla, los ejércitos de carros los componían tres y, en algunos casos, dos cuerpos de tanques.

Pero la guerra es guerra y se sobrentiende que el número de máquinas en un Ejército de tanques o Cuerpo cambia también en los distintos períodos de la contienda, en las diferentes operaciones e inclusive en el transcurso de las propias operaciones.

Mas para que el lector pueda hacerse una idea de la correlación real de fuerzas, nuestra y enemiga, debe tener en cuenta lo siguiente: cuando se dice, por ejemplo, que en tal o cual batalla, en uno u otro sector a un Ejército de carros nuestro se le enfrentaba un Cuerpo alemán de tanques, esto no significa en modo alguno que tuviésemos una superioridad triple en fuerzas, partiendo del esquema de "tres cuerpos contra uno". En su mejor período, digamos en 1943, un Cuerpo de tanques alemán de tres divisiones completo tenía cerca de seiscientos o setecientos carros, es decir, un número aproximadamente igual del que disponía un Ejército de tanques soviético.

Y ya que me he referido a esto, cuando tratamos de la infantería también debemos hacer las enmiendas correspondientes al comparar los cuerpos de Ejército y las divisiones. La plantilla de personal de una división de infantería alemana, durante un prolongado período de la guerra, equivalía aproximadamente a dos divisiones de infantería soviéticas.

Claro que esta correlación cambió durante la guerra. Después de cada derrota, los hitlerianos pasaban grandes apuros para completar sus unidades. Pero todavía en 1944, e incluso en los albores de 1945, esta correlación se conservó, aproximadamente, en la misma proporción.

Ahora diré unas palabras acerca de las máquinas bélicas. La mayoría aplastante de carros con los que comenzamos la contienda, T-26, BT-5 y BT-7, eran rápidos, pero con débil armamento y blindaje ligero, ardían con facilidad y, en general, no ofrecían seguridad en el campo de combate. Los tanques medianos alemanes superaban mucho a los nuestros por sus cualidades combativas. Nuestros T-34, incluso con el cañón de 76 mm, que llevaban al principio de la guerra, eran mucho mejores que los carros alemanes de entonces. Pero nuestra desgracia consistía, como dije, en que en vísperas de la ofensiva alemano-fascista sobre Moscú teníamos pocos T-34 en el Frente Occidental.

Para 1943, nuestras grandes unidades de tanques ya no estaban pertrechadas con los anticuados BT, sino con los T-34, que demostraron ser una fuerza tan amenazadora hasta el punto de que el enemigo no tuvo más remedio que contraponer a nuestros carros nuevos tipos de máquinas de combate. Así aparecieron los "tigres", "Ferdinand", "panteras" y, después, los llamados "tigres reales".

Los nuevos tanques y cañones autopropulsados enemigos estaban bien armados, tenían una pieza de 88 mm de gran velocidad inicial de disparo y potente carga. Su potencia artillera la conjugaban con un grueso blindaje. Ya en los primeros choques con ellos, nuestros tanques, incluido el T-34, las pasaron moradas. Para acompañar y proteger a nuestros carros, empezamos a incluir en los órdenes de combate de la infantería y en las formaciones de combate de las unidades de tanques cañones de 122 mm y cañones-obuses de 152 mm, capaces de perforar la gruesa coraza frontal de los "tigres" y "Ferdinand".

De ordinario, seguía con particular interés los resulta-

dos de nuestro cañón de 122 mm, viendo cómo acribillaba a más y mejor los carros alemanes, tanto más que los "tigres" y "Ferdinand" no eran muy maniobreros. La experiencia de lucha de estas piezas contra los nuevos carros alemanes dictó la necesidad de diseñar nuevos tanques y cañones autopropulsados de gran potencia de los tipos SU-100, IS y ISU armados, correspondientemente con cañones de 100 y 122 mm y el cañón-obús de 152 mm.

Precisamente este carro pesado y cañón autopropulsado nuestros fueron posteriormente los que comenzaron a dominar en el campo de batalla. Se hicieron el "coco" para todos los tanques y artillería autopropulsada alemanes, incluidos los carros "tigres reales" fascistas, aparecidos el año 1944.

Estos últimos tenían más potencia y eran aún menos maniobreros que los "tigres" corrientes con cañón de 100 mm. En la cabeza de puente de Sandomierz, nos apoderamos de todo un batallón, unas quince o veinte máquinas intactas.

Ya he recordado que preparándonos para la operación Vístula-Oder, el Ejército de tanques de Leliushenko se entrenó contra estos "tigres reales", ensayando en ellos, por decirlo así, todo el trabajo investigador que precedió a la operación.

Volviendo otra vez a nuestras máquinas de combate, debo recordar agradecido a nuestro magnífico carro T-34 que hizo toda la campaña, del comienzo al fin, demostrando no tener rival en todos los ejércitos beligerantes: ningún tanque pudo igualársele, ya fuese norteamericano, inglés o alemán. Le distinguían su gran capacidad de maniobra, estructura compacta, reducidas dimensiones y poca altura, cualidades que aumentaban su invulnerabilidad y le ayudaban, al mismo tiempo, a confundirse con el terreno, a camuflarse. A estas ventajas deben añadirse su facilidad de paso por todos los terrenos, un excelente motor y buena coraza. Cierto que, al principio, el T-34 no tenía un cañón de suficiente potencia, mas cuando fue sustituido por la magnífica pieza de 85 mm, este carro perforaba todos los contrarios, a excepción del "tigre real".

Por cierto que hasta el mismo fin de la guerra, el T-34 no tuvo igual. ¡Cómo se lo agradecimos a los obreros, peritos e ingenieros siberianos y uraleños que lo construyeron! No puedo por menos de citar aquí los nombres gloriosos de los creadores de nuestras máquinas de combate: Kotin, dise-

ñador de carros pesados, y Morózov, inteligente diseñador del T-34. . .

Mas volvamos a la operación de Berlín.

Para que el relato de los acontecimientos que en jornadas posteriores tuvieron lugar sea más gráfico y claro, tiene sentido recurrir al calendario y ahora, a posteriori, confeccionar una especie de diario que refleje la sucesividad de todos estos hechos, por días.

19 de abril

Los ejércitos de Ribalko y Leliushenko seguían la ofensiva sobre Berlín. Este día, Ribalko progresó, combatiendo, de treinta a treinta y cinco kilómetros. Leliushenko avanzó aún más impetuosamente y al final de la tarde había recorrido una cincuentena de kilómetros.

El 13° Ejército de Pújov, una vez asegurada la entrada en la brecha de Leliushenko y Ribalko, seguía tras ellos su avance hacia el oeste. En el centro de la rotura, sus tropas penetraron profundamente en el dispositivo de los alemanes. Pero ambos flancos del Ejército seguían amenazados por grandes agrupaciones del enemigo: a la derecha, en la zona de Cottbus, y, a la izquierda, en la de Spremberg. De tal suerte, que el Ejército tenía que combatir dando cara al oeste, al norte y al sur. Además, según datos recibidos, en la retaguardia del 13° Ejército se habían descubierto movimientos de las agrupaciones enemigas no destrozadas en los primeros días.

Desde la mañana, Pújov me había hecho saber su intranquilidad a este respecto.

Al mediodía llegué a su observatorio. El vehículo me llevó a propio intento por el centro de su eje de ofensiva sin tropezar en mi camino con grupos grandes ni pequeños del enemigo. Los rumores resultaron ser desorbitados y cuando me encontré con Pújov le insinué que creyera menos en ellos. Comencé por encomiar como se merecían las acciones de su Ejército, que había cumplido inmejorablemente la misión de los primeros tres días y que había sabido asegurar el desarrollo feliz de la maniobra de los ejércitos de tanques; después, deseé a Pújov que su audaz avance no le intranquilizase.

– Recuerde que usted tiene por delante nuestros ejérci tos de tanques –le dije–. Ahora le corresponde actuar a tenor



K. Krainiukov



N. Kálchenko



V. Sokolovski



I. Petrov



P. Kúrochkin



A. Zhádov



D. Gúsev



K. Korotéiev



P. Ribalko



D. Leliushenko



V. Gluzdovski



I. Koróvnikov



I. Kónev (a la izquierda) en el puesto de mando de N. Pújov



V. Górdov



N. Anisimov



K. Swierczewski



A. Luchinski



A. Pokryshkin



S. Krasovski



P. Shafránov



1. Polbin



V. Riazánov



P. Poluboyárov



I. Ermakov



G. Baklánov



E. Belov



En la Praga liberada. En el coche, Mariscal de la Unión Soviética I. Kónev (a la derecha)

del impetuoso ritmo de ofensiva que ellos han emprendido y proteger sus flancos y retaguardia. En cuanto a la seguridad de los flancos y retaguardia de su Ejército, eso es cosa de la que nos corresponde preocuparnos a nosotros.

A la izquierda de Pújov, las tropas del 5° Ejército de la Guardia de Zhádov, con el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia de Poluboyárov, a ellas afecto, continuaban luchando para ensanchar la cabeza de puente en la margen occidental del Spree, adonde trasladaban el grueso de sus fuerzas.

Durante el 19 de abril, las tropas del 5° Ejército de la Guardia terminaron la rotura de la tercera línea defensiva enemiga en la posición del Spree y con las unidades de Pújov, al finalizar la jornada, habían cercado a la agrupación enemiga de la zona de Spremberg.

Debo reconocer que mi atención principal en este día estuvo centrada en los acontecimientos del flanco derecho, en el 3er Ejército de la Guardia de Górdov. Este Ejército, con parte de las fuerzas de su flanco izquierdo que enlazaban con el Ejército de Pújov, progresaba tesoneramente hacia el oeste y el noroeste. Mas en el centro de su dispositivo y en el flanco derecho, las acciones de Górdov, no es que fueran desfavorables, pero sí se desenvolvían con dificultades. Las tropas alemanas le atacaban incesantemente en la zona de Forst y, además, en el flanco derecho, "pendía" sobre él la fortísima agrupación de Cottbus.

Como resultado, todo el tiempo progresaba con el ala izquierda, rezagándose la derecha, girando cada vez más el frente de su despliegue hacia el norte, circunstancia que podía aprovechar el enemigo para atacar sobre la base de la rotura. Y el enemigo tenía fuerzas suficientes para intentarlo. Los hitlerianos habían reunido en la zona de Cottbus varias divisiones de tanques precisamente con este objetivo: con un ataque sobre la base de nuestro dispositivo intentar frustrar la ofensiva de nuestro Frente.

Mas, aunque la situación de Górdov era tensa, también existían todas las posibilidades para que no se transformara en crítica. En su segundo escalón le quedaban todavía sin entrar en acción un Cuerpo de infantería y otro de carros. Con tales fuerzas podía, en caso de necesidad extrema, rechazar el contraataque enemigo en el flanco derecho de nuestra rotura.

Sin embargo, el 19 de abril no surgió esta necesidad. Cuando al mediodía, atacando desde la zona de Cottbus, los ale-

manes intentaron liquidar las cabezas de puente ocupadas en el Spree por el Ejército de Górdov, éste rechazó su ofensiva sin necesidad de empeñar en combate los cuerpos del segundo escalón. En la dirección donde los ataques adversarios fueron especialmente duros hubo que trasladar la 1ª División de la Guardia de artillería de rotura que mandaba el general mayor Jusid.

Esta unidad siempre se había distinguido por su gran movilidad y su estoicismo combativo. También en esta ocasión cruzó el Spree bajo el fuego del enemigo, ocupó asentamientos en la margen oeste del río y sin ninguna protección especial de infantería, sólo enlazando el flanco con la infantería del Ejército de Górdov, rechazó brillantemente con su potente fuego todos los contraataques del enemigo.

Mientras tanto, Ribalko y Leliushenko seguían sin parar hacia Berlín. En la impetuosidad de sus acciones desempeñó un papel no pequeño el que no sintiesen intranquilidad por sus retaguardias*.

Si me atengo a la costumbre militar de hacer un balance breve del 19 de abril, la jornada puede resumirse así: este día, nuestros ejércitos de tanques y el 13° de infantería continuaron desarrollando la rotura en la profundidad operativa, mientras que los 3er y 5° ejércitos de la Guardia ensanchaban la brecha hacia los flancos y se preparaban activamente a liquidar enérgicamente el peligro surgido en el norte y en el sur, en las zonas de Cottbus y Spremberg.

20 de abril

Superando todas las líneas defensivas preparadas de antemano por el enemigo, abriéndose paso a través de espesos bosques y pantanos casi infranqueables, que son muchos en los accesos a Berlín, las tropas de la agrupación principal siguieron la ofensiva durante todo el día.

El Ejército de Ribalko tomó con el 6° Cuerpo de carros

---

* Poco después de terminar la guerra, P. Ribalko, en sus memorias *Ataque desde el sur*, escribió: "Avanzábamos sabiendo que a espaldas nuestras quedaban divisiones germanofascistas todavía no liquidadas. No temíamos por nuestras comunicaciones, pues sabíamos que el mando superior había tomado todas las medidas para acabar con los restos enemigos. Los flancos y la retaguardia estuvieron totalmente protegidos durante toda la operación". Con estas palabras, Ribalko hizo justicia a los comandantes de los ejércitos de infantería 5°, 13° y 3° que con él colaboraron en la operación de Berlín.

la ciudad de Baruth, importante punto de resistencia de los alemanes en los accesos a Berlín. Este mismo día, sus tanquistas irrumpieron en la profundidad de la llamada línea defensiva de Zossen, que no sólo era uno de los eslabones del gran cinturón defensivo de Berlín, sino que por sí misma era importante y hasta de trascendencia simbólica.

En el centro de la región fortificada de Zossen, en profundos abrigos subterráneos, hacía mucho tiempo que sentaba sus reales el Cuartel General del Estado Mayor Central del Ejército de Tierra alemán. Allí se idearon y planificaron muchas operaciones y desde allí se dirigían. Nuestros tanquistas, en camino hacia Berlín, su objetivo final, se infiltraron en las posiciones de Zossen que protegían el Cuartel General del Estado Mayor Central hitleriano, el "cerebro del ejército", como en los años de la década del 30 tituló su libro acerca del Estado Mayor Central Sháposhnikov.

Yo sólo pude llegar a Zossen al final del día 23 de abril, después de la ocupación total de esta región. Es poco probable que cuando el Estado Mayor Central alemán empezó a poner en práctica el "Plan Barbarroja" pudiera suponer que cuatro años más tarde tendría que evacuar a toda prisa su sede subterránea en Zossen. Y fue tal la premura con que la abandonaron los oficiales y generales hitlerianos del Estado Mayor que sólo les dio tiempo a inundar y volar una parte de las casamatas subterráneas.

La residencia del Estado Mayor era tan grande que ni Ribalko ni yo tuvimos entonces tiempo de recorrerla toda. Nuestras tropas, y con ellas también nuestros pensamientos, estaban ya muy lejos de Zossen, en Berlín. (Sólo conseguí ver estas instalaciones a los dieciséis años de haber terminado la guerra. En 1961, como Comandante en Jefe del Grupo de Tropas Soviéticas en Alemania, llegué de nuevo a estos lugares con motivo de los acontecimientos del 13 de agosto de 1961, cuando se establecía en torno a Berlín Oeste la frontera que garantizaba la seguridad de la República Democrática Alemania y de todos los países socialistas.)

Durante el 20 de abril, el Ejército de Ribalko combatió en torno a Zossen, avanzando simultáneamente con sus unidades de vanguardia hacia el norte, hacia Berlín. En esta jornada, sus tanques progresaron sesenta kilómetros.

El Ejército de Leliushenko, realizando este día una maniobra más complicada, adelantando su ala izquierda al oeste y encontrando fuerte resistencia del enemigo, especialmente

en las proximidades de Luckenwalde, no obstante avanzaba también a buen ritmo e hizo cuarenta y cinco kilómetros.

En la noche del 21 de abril, la agrupación de tanques del Frente alcanzó la línea defensiva exterior de Berlín, alejándose este día de los ejércitos de infantería a unos treinta y cinco kilómetros.

Mientras tanto, el Ejército de Górdov que seguía en nuestro flanco derecho librando reñidísimos combates contra la agrupación enemiga de Cottbus, no sólo rechazó fuertes contraataques de las tropas germano-fascistas, sino que consiguió, incluso, cortar su camino de repliegue hacia el oeste, empujándolas a los anegadizos pantanosos del Spree.

Los hitlerianos comprendían lo peligroso de su situación, pero seguían aferrados al nudo defensivo de Cottbus. Para ellos estaba claro que con la caída de este importante punto de defensa y gran nudo de carreteras se derrumbaría todo su sistema defensivo en este sector y quedaría al descubierto el flanco del 9° Ejército, que aún se defendía obstinadamente, de cara al este: el grueso de sus fuerzas contra el 1er Frente de Bielorrusia y con parte de las tropas contra nuestro Ejército del flanco derecho mandado por Górdov.

Por nuestra parte, no podíamos en este caso limitarnos a cercar el nudo defensivo de Cottbus. El entorpecimiento que originaba a todo el trabajo de nuestras retaguardias era demasiado sensible. Mientras no se tomase, tendríamos que rodearlo por caminos vecinales, organizando con grandes apuros el suministro de combustible y municiones, especialmente para los ejércitos de tanques.

Este día me dirigí a ver a Górdov y realicé con él, como se dice, "un trabajo educativo". Mi finalidad era insistir con más fuerza en la decisión del Jefe del 3er Ejército de la Guardia de acabar lo antes posible con la agrupación enemiga de Cottbus.

Se fijó para el día siguiente un ataque general contra el nudo de Cottbus, apoyándose a Górdov con grandes fuerzas de aviación y artillería.

En el resto de los sectores de nuestro Frente, la situación en este día era la siguiente. El 13° Ejército de Pújov seguía con dos cuerpos su ofensiva hacia el oeste en pos de los ejércitos de tanques y, cuando llegó la tarde, había progresado treinta kilómetros. El 5° Ejército de la Guardia de Zhádov también avanzaba hacia el oeste con una parte de sus fuerzas y con otra, en colaboración con el flanco izquierdo

del 13° Ejército, machacaba a la agrupación enemiga copada en Spremberg.

Queríamos acabar con el nudo de Spremberg antes de que cayera la noche, pues nos molestaba tanto en el flanco izquierdo como el nudo de Cottbus en el derecho. Para el asalto de Spremberg se formó una fortísima agrupación de fuego con cuatro divisiones de artillería más la potente artillería del Ejército. En total, deberían descargar sus proyectiles sobre Spremberg 1.110 piezas de artillería y ciento cuarenta rampas lanzacohetes de la Guardia.

Y aunque el tiempo no nos favoreció especialmente este día, no sólo atacamos el nudo de Spremberg con artillería, sino también con la aviación, que realizó durante la jornada más de 1.200 vuelos de avión. Y cuando a las 11 de la mañana, después de la preparación artillera, el 33° Cuerpo de Ejército de la Guardia, mandado por Lebedenko, se lanzó al asalto, no sólo tomó el propio Spremberg, sino que lo rebasó cinco o seis kilómetros.

Al mismo tiempo, el 32° Cuerpo de Ejército de la Guardia y el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia, que enlazaban con el Ejército de Zhádov, progresaron hacia el oeste veinte kilómetros.

Sin embargo, el 34° Cuerpo de Ejército de la Guardia que protegía la ofensiva del 5° Ejército de la Guardia y se encontraba en su flanco izquierdo, tuvo que extenderse en un frente de sesenta kilómetros. Este Cuerpo siguió manteniendo estrecho contacto con el 2° Ejército Polaco y nuestro 52° Ejército de Korotéiev, que operaban en la dirección de Dresde.

Este día se formó una situación operativa muy interesante en el frente del Ejército de Zhádov. Uno de sus cuerpos avanzaba desarrollando la ofensiva en la profundidad del dispositivo enemigo, otro Cuerpo asaltaba con fortuna un importante nudo defensivo, mientras que el tercer Cuerpo se vio obligado a desplegar en un frente ancho para asegurar esta operación.

Al hablar de esto quiero subrayar que precisamente entonces las acciones de las tropas del Frente adquirieron un acusado carácter maniobrero, no sólo en el vértice de la rotura, donde los tanquistas se acercaban a Berlín, sino también en los flancos de la agrupación principal de choque del Frente.

Apreciando la liquidación del nudo de Spremberg, no sólo

debe señalarse particularmente la complejidad de organizar este combate, sino también las posibilidades que a la sazón tenían las tropas del Frente para destruir rápidamente los obstáculos que se oponían al cumplimiento de su misión. Disponíamos de armas y medios de suficiente potencia y modernos que permitían en el más breve plazo y sin estorbo para la ofensiva, que proseguían las fuerzas fundamentales de la agrupación de choque del Frente, acabar con puntos de resistencia como Spremberg y con ello desbrozar nuestro camino ulterior para cumplir las misiones generales de la operación.

Sin embargo, no basta con disponer de poderosas armas de lucha, hay también que saber emplearlas. Precisamente, en relación con esto, lo más importante, no puedo por menos de señalar el éxito con que llevaron a cabo su misión el coronel general Zhádov, Comandante del 5° Ejército, su Estado Mayor dirigido por el general Liamin y el Jefe de la Artillería del Ejército, general Poluéktov.

Recordando las acciones de la artillería en Spremberg no tengo más remedio que narrar el siguiente episodio.

En uno de los sectores de nuestra ofensiva, donde los carros enemigos continuaban intentando contraatacar, el Jefe del Cuerpo de artillería de rotura, general Korolkov, realizó una potente preparación artillera complementaria. Las condiciones para la observación eran pésimas: una llanura cubierta de bosque, sin ninguna cota aprovechable en la que pudiese instalarse un observatorio. Pero, en cambio, le cayó en suerte una fábrica, ya no recuerdo cuál, esto no es lo principal. Pues bien, en el ardor del combate, para dirigir mejor toda la masa de artillería, el general Korolkov se encaramó a la misma boca de la alta chimenea de la fábrica, la única en todos los alrededores.

Llegué precisamente a su observatorio cuando el general se encontraba fuera de todo alcance: con un teléfono en lo alto de la chimenea y el centro de dirección del fuego abajo, en la base de la chimenea.

Cuando Korolkov, un poco fatigado, bajó de la chimenea, no pude contenerme de preguntarle cómo se las había arreglado para subir a ella. Encogiéndose de hombros, me dijo: "Camarada mariscal, cuando la situación aprieta, hasta alas nos crecen".

Se sobrentiende que le expresara en voz alta mi desaprobación por subirse a la chimenea, incluso le amonesté. Desde el punto de vista reglamentario, naturalmente, tenía razón

para hacerlo así, pero en mi interior sentía admiración por este jefe. Cuando todas las aptitudes del jefe se reducen a estar dispuesto a subir adonde sea y a mostrar valentía donde se quiera, pero sin saber como es debido, de verdad, dirigir a los subordinados ni influir en el combate, esto es una desgracia.

No obstante reconozco que si un jefe instruido, conocedor excelente de su profesión desea a todo trance ver por sus propios ojos lo que ocurre, apreciar él mismo las incidencias de lo que acontece y para ello, en provecho de la operación, está dispuesto a encaramarse, aunque sea a la chimenea de una fábrica, este jefe me inspira respeto. A los jefes de esta índole pertenecía el general Korolkov, uno de los artilleros más inteligentes de nuestro Frente...

Las acciones de nuestra agrupación principal de choque el 20 de abril tuvieron como resultado una penetración profunda en el dispositivo enemigo y, al finalizar el día, la separación de los grupos de ejércitos alemanes "Vístula" y "Centro". De hecho, en esta jornada, el frente alemán fue dividido en dos. El flanco izquierdo del Grupo de Ejércitos "Vístula" fue rechazado hacia el norte y destrozado por los ataques de nuestros ejércitos de tanques. El flanco derecho del Grupo de Ejércitos "Centro" fue, correspondientemente, arrojado hacia el sur.

El mando alemán fascista seguía denominando "Vístula" a su Grupo de Ejércitos que defendía la dirección de Berlín, a pesar de que este nombre movía ya a risa, después de todo lo ocurrido.

Para completar el cuadro descrito, citaré el testimonio de un oficial del Estado Mayor Central del ejército alemán, publicado en el cuarto tomo del diario militar del Alto Mando de las fuerzas armadas alemanas. He aquí lo escrito por este oficial, cuyo nombre no se cita en la publicación del diario:

"Cuando en la noche del 20 al 21 de abril informé a Hitler que la penetración de las tropas soviéticas en la zona de Cottbus significaba el desmoronamiento del Frente Oriental y el cerco de Berlín, yo estaba a solas con él, la única vez. Unas horas antes, Hitler había decidido trasladar su Cuartel General, el Estado Mayor del Alto Mando y los EE.MM. generales del Ejército de Tierra y de las Fuerzas del Aire... a la llamada Fortaleza Alpina, esto es, a la región de Berchtesgaden y al sur... Hitler escuchó atento mi trágico parte, mas, como siempre, no encontró otra explicación al éxito de las

tropas soviéticas que la palabra "traición". Aprovechándome de que no había testigos, me envalentoné y pregunté a Hitler: "Mi führer, usted habla mucho acerca de la traición del mando militar, ¿cree usted, realmente, en que hay tantas traiciones? Hitler me lanzó una especie de mirada conmiserativa, como queriéndome decir que sólo un memo podía hacer pregunta tan simple, y dijo: "Todos los descalabros en el este sólo se explican por la traición". Tuve la impresión de que Hitler estaba firmemente convencido de esto".

Así apreciaba la situación la noche del 21 de abril el Cuartel General de Hitler. A esto puede agregarse que el autor de las memorias se quedó a solas con Hitler porque, según sus propias palabras, todos los que se encontraban en la cancillería imperial estaban ocupados en empaquetar y cargar el bagaje para trasladarse a una nueva sede, en los Alpes.

La amenaza de cercar Berlín se hizo plenamente real. Aunque en aquellos días, Hitler todavía hubiera podido llegar a Berchtesgaden dando un rodeo, sin embargo, le hubiera sido imposible dirigir desde allí las acciones de toda la agrupación germano-fascista berlinesa, colocada por nuestras tropas en peligro de cerco y desastre.

Por lo visto, este inesperado, para Hitler, desarrollo de los acontecimientos que esfumaba sus recientes esperanzas de prolongar la guerra, fue lo que en definitiva le hizo quedarse en Berlín.

El panorama sería incompleto si no hablase de las dificultades que precisamente este día, el 20 de abril, se revelaron con toda claridad en la segunda dirección operativa de nuestra ofensiva, en la de Dresde.

En el centro de esta dirección no marchaban mal las cosas, nuestras tropas seguían su avance hacia el oeste. Pero en el flanco, en la zona de Görlitz, el enemigo, después de reforzar en días anteriores su agrupación, emprendió furiosos contraataques en el frente del 52° Ejército de Korotéiev y en el flanco izquierdo del 2° Ejército Polaco del general Swierczewski.

Como resultado de estos contraataques, los alemanes lograron el 20 de abril detener el avance del 52° Ejército y rechazar un poco hacia el norte a las unidades del 2° Ejército Polaco y salirle a la retaguardia. Es decir, que la situación creada en este sector exigía que el Jefe del Frente le dedicara atención. Por indicación mía, salió para estos dos ejér-

citos el Jefe del Estado Mayor del Frente, general de ejército Iván Petrov.

Pensando las medidas necesarias, di este día una orientación previa al E. M. del Frente, y al general Zhádov, Jefe del 5° Ejército, le insinué que debería prestar más atención a su flanco izquierdo y tener alguna reserva. Al general Korotéiev le manifesté mi disgusto porque, según noticias recibidas, ante uno de sus cuerpos que ocupaba la defensa en una dirección secundaria, los hitlerianos ya habían comenzado a retirar sus tropas y trasladarlas para contraatacar en otro sitio. Comuniqué esto a Korotéiev y le ordené trasladar este Cuerpo de Ejército para reforzar su agrupación principal.

Como conclusión, debo señalar que el 20 de abril operó activamente el Cuerpo de caballería del general Baránov, que avanzaba en dirección general a Otranto. Se sobrentiende que los tanques que le apoyaban le daban más potencia de penetración.

Aunque corrían los últimos días de la guerra, la caballería seguía demostrando que en una situación apropiada y bien dirigida podía actuar con éxito en la profundidad de la defensa enemiga. Otra cosa era cuando se estrellaba contra un frente defensivo continuo y bajo la amenaza de la aviación enemiga. En estas condiciones a la caballería le era difícil, yo diría más, muy difícil. Pero en la operación de Berlín, nuestra aviación tenía ya el dominio absoluto del aire; este "paraguas" móvil sobre la caballería era seguro y la salvaba de toda clase de contratiempos.

Fijando al Cuerpo de Baránov la dirección de ataque, tuve en cuenta un objetivo más, que recordé me había dicho Semión Mijáilovich Budionny. Al otro lado del río Elba, allí donde debía llegar Baránov, según datos recibidos, se encontraba una de nuestras remontas de caballos de raza más importantes que los alemanes se habían llevado del Cáucaso del Norte. A la par con otras misiones de combate más serias, planteé ante Baránov la de hacer un reconocimiento especial a este efecto y si daba con las huellas de la remonta caballar, apoderarse obligatoriamente de ella completa e intacta.

Debo decir que Baránov cumplió a las mil maravillas esta misión: cruzó el Elba en la zona de Riesa, buscó el paradero de la remonta caballar y se apoderó de ella íntegra. Más tarde la reintegramos al mismo lugar de donde había sido robada por el enemigo en 1942.

21 de abril

Ya en la noche del 21 de abril, cuando regresaba al E. M. del Frente, tomé la decisión de introducir al combate el 28° Ejército, recién llegado, que mandaba el teniente general Alexandr Luchinski. Me aconsejaban hacerlo dos causas. Primera, que se precisaba reforzar urgentemente con grandes unidades de infantería a mis ejércitos de tanques que avanzaban con rapidez sobre Berlín. Segunda, que se necesitaban fuerzas complementarias para cerrar desde el oeste el cerco del 9° Ejército alemán.

En aquellas horas, nuestros ejércitos de carros ya habían salido a su retaguardia desde el sur. Pero todo su empuje estaba enfilado contra Berlín, es decir, más al noroeste, por lo que no podían constituir un frente continuo de cara al este que cortara los posibles caminos de retirada al 9° Ejército. Aparte de que tal maniobra no entraba en su misión. Si yo, como Jefe del Frente, se la hubiera planteado, habría debilitado inmediatamente la fuerza de choque de ambos ejércitos de tanques y no habría tenido con qué atacar Berlín.

El Ejército de Górdov, que envolvía desde el sur y el suroeste el flanco izquierdo del 9° Ejército alemán, o como le llamamos después, agrupación Francfort-Guben, al final del 20 de abril había extendido demasiado su despliegue.

Se comprende perfectamente que Górdov temiese que él solo no pudiese encerrar sin salida a la agrupación enemiga y que ésta podría escurrírsele. En una palabra, que se precisaba inmediatamente empeñar en acción al 28° Ejército del general Luchinski.

Se ordenó a esta gran unidad avanzar a marchas forzadas desde la región de Fürstenau detrás del 3er Ejército de tanques de la Guardia utilizando el parque automóvil del Frente que se le entregó aquella misma noche.

Al final del día 23 de abril, el Ejército de Luchinski debería llegar con su primer escalón a la región Zossen-Baruth, esto es, sólo unas decenas de kilómetros de Berlín. Dos de sus divisiones de infantería, también trasladadas en los camiones del Frente, tenían la obligación de concentrarse ya al final del 21 de abril en los bosques que circundan Baruth.

La zona de Baruth cerraba los caminos fundamentales para salir del gran macizo boscoso al este de Berlín, donde estaban concentradas las fuerzas del 9° Ejército alemán. Además, la sola presencia de las divisiones de Luchinski en las cercanías de Baruth taponaba el boquete abierto entre el

3er Ejército de la Guardia de Górdov y el 3er Ejército de tanques de Ribalko, que a la sazón ya estaban frente a la línea exterior fortificada de Berlín. La separación era seria, varias decenas de kilómetros.

El 21 de abril, el Ejército de Górdov continuaba luchando contra la agrupación enemiga de Cottbus que seguía resistiéndose encarnizadamente, a pesar de que, de hecho, ya estaba semicopada, cortadas sus comunicaciones y presionada contra los anegadizos pantanosos del río.

Después de expresar mi descontento al Jefe del 3er Ejército de la Guardia por su lentitud en liquidar esta agrupación, destaqué para su ayuda grandes fuerzas de aviación: el 4° y el 6° cuerpos de bombarderos, el 2° y parte del 6° cuerpos de cazas y el 2° Cuerpo de la Guardia de aviación de asalto. También ordené al Jefe del Ejército introducir al combate el 25° Cuerpo de tanques, que mantenía en segundo escalón. No obstante, en la liquidación de la agrupación de Cottbus, prácticamente, Górdov no utilizó esta unidad como debiera.

Huelga decir que en la zona de Cottbus, el enemigo disponía de una fuerte defensa anticarro, aparte de que el propio terreno no favorecía las acciones de los tanques. Y, sin embargo, me parece que al comienzo y en la fase media de los combates en las proximidades de Cottbus, Górdov fue demasiado lento y empleó inseguro los carros. En ocasiones, aceptaba a regañadientes las acciones maniobreras rápidas y el acertado y resuelto empleo de la movilidad de los tanques, con ellas vinculadas.

De una u otra manera, el 21 de abril proseguían los combates en la zona de Cottbus, en general con éxito, aunque también a ritmo más lento del que teníamos derecho a esperar después del refuerzo recibido por el Ejército de Górdov aquella mañana.

Repuesto de la confusión originada por nuestra rotura, el mando hitleriano comenzó a tomar medidas urgentes, esforzándose por detener a toda costa la ofensiva de las tropas soviéticas desde el sur sobre Berlín. Para defender el cinturón fortificado exterior de la capital y las ciudades de Zossen, Luckenwalde y Jüterbog, durante el 21 de abril fueron lanzadas a nuestro encuentro desde los distritos de Berlín varias unidades de tanques e infantería, todo cuanto el enemigo tenía a mano en aquellas horas. La propia enumeración de estas unidades caracteriza el febril apresuramiento

con el que se veían obligadas a combatir. Entre otras, se enfrentaron a los tanquistas un batallón de carros de instrucción, una brigada de piezas artilleras de asalto, tres regimientos de trabajo y dos de obras, los alumnos de dos escuelas de aviación y las unidades de la división de infantería, "Friedrich Ludwig Jahn", que estaba organizándose.

Durante toda la jornada, nuestros ejércitos de carros tuvieron que aplastar en muchos sitios la resistencia bastante enconada de estas unidades y de los restos de otras, anteriormente derrotadas. La lucha era difícil porque, a pesar de haber entrado en combate a toda prisa, estas unidades se apoyaban en nudos de resistencia bien fortificados como Zossen, Kumersdorf y Luckenwalde. Por si era poco, nuestros tanquistas tenían que salvar en esta zona infinidad de barreras y talas de árboles, zanjas, anegadizos y otros obstáculos grandes y pequeños.

A pesar de eso, al final del día 21 de abril, después de destrozar a todos los grupos enemigos lanzados a su encuentro, nuestros tanquistas entraron en contacto con la línea fortificada exterior de Berlín, encontrándose ya nada más que a veinticuatro kilómetros de las afueras sur de la ciudad, prácticamente en los arrabales de la capital hitleriana. Este día fue tomado Wünsdorf, donde hasta no hacía mucho se encontraba el puesto de mando del Grupo de Ejércitos "Vístula". Al final de la tarde se cortó en algunos sitios la autopista de circunvalación de Berlín.

Siguiendo a los tanquistas, el 13° Ejército de Pújov continuó impertérrito su ofensiva hacia el oeste y, asegurando contra todo evento por retaguardia las acciones de la agrupación de tanques del Frente, progresó en el día veinte kilómetros.

El 5° Ejército de la Guardia, que con parte de sus fuerzas estaba acabando con los últimos restos de la agrupación enemiga de Spremberg, con el grueso de sus tropas proseguía la ofensiva hacia el oeste.

Los partes de operaciones permitían hacerse una idea de cuál era la agrupación enemiga de Spremberg aniquilada.

La integraban unidades de la División de tanques "Guardia del führer" (recuerdo que cuando recibimos este parte bromeamos: puesto que la guardia del führer ya había dejado de existir, ahora no quedaba más que terminar con él), la 10ª División de tanques, unidades de la 21ª División de tanques, del 125° Regimiento motorizado, de la 344ª División

de infantería, del 785° Regimiento de infantería, unidades de varios regimientos de artillería antiaérea y algunos batallones de la "Volkssturm". Sobre el campo de batalla, el enemigo dejó cerca de cinco mil soldados y oficiales muertos.

Una vez terminado con Spremberg, las tropas del 5° Ejército de la Guardia se dispusieron a continuar su progreso hacia el oeste con todas sus fuerzas. Mas debido a que la situación militar seguía siendo complicada, hubo necesidad de ensanchar un tanto la zona de ofensiva de esta gran unidad, desplazando su línea divisoria hacia el sudoeste. Esto se hizo para que, con su ofensiva, el 5° Ejército de la Guardia amenazara el flanco de la agrupación enemiga de Dresde, que seguía contraatacando activamente a los ejércitos de Korotéiev y Swierczewski.

La liquidación del nudo defensivo de Spremberg y los nuevos y enérgicos ataques contra la agrupación de Cottbus, hicieron efecto en el enemigo. Por lo visto, hasta entonces, los fascistas creían aún poder contener la ofensiva de nuestras tropas presionando sobre nuestros flancos desde Cottbus y Spremberg.

Ahora, viendo la infructuosidad de estas tentativas, los hitlerianos comenzaron a retirar apresuradamente hacia el oeste las fuerzas supervivientes, intentando por todos los medios distanciarse de las unidades de los ejércitos 13° y 5° de la Guardia que las perseguían.

La situación era tal, que las unidades enemigas que se retiraban caían una y otra vez en los intervalos existentes entre nuestros ejércitos de carros y de infantería, intentando deslizarse por estos boquetes y unirse a la agrupación de su 9° Ejército, que combatía en los bosques y pantanos al norte de Cottbus. Hacia aquella zona trataban también de abrirse paso los restos de la agrupación de Cottbus, pues, prácticamente, carecían de otro camino.

Las conversaciones con el Cuartel General este día, como en los dos anteriores, fueron, como regla, muy breves. El Frente no recibió ningunas indicaciones complementarias. Y se comprende, pues nuestra idea de maniobra, modificada en la noche del 18 de abril, cuando decidimos volver los ejércitos de carros hacia Berlín, en lo fundamental, seguía cumpliéndose sin modificaciones de particular.

El 21 de abril informé detalladamente al Cuartel General que habíamos irrumpido en la zona de Zossen, que proseguían los combates contra el enemigo, pero que ya estaba

claro que el Estado Mayor Principal del Ejército de Tierra fascista había logrado abandonar su antigua sede.

El Estado Mayor Central recibía de nosotros información detallada y sistemática y apenas nos hacía preguntas.

El Estado Mayor del Frente, a su vez, recibía noticias constantes de sus ejércitos.

Lo arduo de mi situación, como Jefe del Frente, residía en que combatíamos en varias direcciones a la vez, cada una de las cuales exigía prestarle atención y dirigirla. En el norte se combatía por Cottbus y, en el centro, después de liquidar el nudo de Spremberg, avanzábamos seguros sobre Berlín y hacia el Elba. Sin embargo, en el ala izquierda, en la dirección de Dresde, la situación todavía no nos era favorable, absorbiendo mucho mi atención de la dirección del ataque principal.

Además, en nuestra retaguardia profunda seguía aún resistiendo un foco enemigo cercado en Breslau, guarnecido por un grupo de tropas alemanas bastante considerable. El Comandante del 6° Ejército, general Gluzdovski, seguía atacando a esta agrupación. Era fácil comprenderle : quería, naturalmente, tomar Breslau antes de que nosotros nos apoderásemos de Berlín, aunque resultó lo último en efecto.

Y aunque comprendía su estado de ánimo, de todas maneras, le contenía y le prohibí rotundamente que emprendiera ataques activos. Me basaba para ordenarle esto en que Breslau podía ser tomado cuando quisiéramos, en cuanto acabáramos con Berlín. Pero, a pesar de haberle explicado claramente la situación, me veía obligado a la una de la madrugada y más tarde, después de recibir todos los demás partes, a escuchar las nuevas consideraciones del general Gluzdovski de que, sin rebasar los límites de lo permitido, quería terminar de una vez con los hitlerianos encerrados en Breslau. A pesar de todas mis indicaciones yo no podía cerrar por completo mis oídos al deseo comprensible y plenamente natural del mando del 6° Ejército.

Quizás la operación de Berlín haya sido la más complicada de todas en las que me correspondió participar durante la Gran Guerra Patria. Esto motivaba que el Mando del Frente tuviese día y noche que atender a infinidad de cuestiones y de las más variadas. Menos mal que el enlace telefónico no nos creaba dificultades complementarias, pues funcionaba inmejorablemente. Además, se doblaba por radio y

por comunicación directa, que era en aquellas jornadas por la que dirigía, fundamentalmente, las operaciones.

Diariamente, al final de la jornada –y éste era ya un orden establecido en el Frente y conocido por los jefes de las unidades– cada jefe me informaba de la situación y, conjuntamente, fijábamos el plan de acciones para el día siguiente. Después, el Estado Mayor del Frente doblaba mis indicaciones verbales en disposiciones correspondientes por radio y si, por un casual, estos medios fallaban, se enviaban con aviones o con un oficial de enlace en coche.

22 de abril

En la noche del 22 de abril, adopté varias nuevas decisiones, y la primera, la de reforzar al máximo al 3er Ejército de tanques de la Guardia, que ya había alcanzado la línea fortificada exterior de Berlín. Encontrando resistencia muy fuerte en los accesos meridionales a esta posición teníamos todo fundamento para suponer que cuanto más avanzase tanto mayor sería la resistencia.

Con este objeto, aquella misma noche agregué a Ribalko el 10° Cuerpo de artillería de rotura, mandado por el teniente general L. Kózhujov. Además, reforzamos a Ribalko con la 25ª División de artillería de rotura y la 23ª División de artillería antiaérea. Complementariamente le subordinamos operativamente el 2° Cuerpo de aviación de caza.

Todas las grandes unidades artilleras enumeradas se encontraban a la sazón en la zona del 5° Ejército, en los alrededores de Spremberg, y deberían realizar una impetuosa marcha-maniobra hacia el norte por un itinerario ni mucho menos limpio aún del enemigo. Para hacer esta distancia se les concedió el mínimo de tiempo, de un día a día y medio, plazo durante el que debían recorrer, por lo menos, de ciento treinta a ciento cincuenta kilómetros y, algunas unidades artilleras, doscientos kilómetros. Debo decir que cumplieron su misión a las mil maravillas, liquidando por el camino, con sus propias fuerzas, los grupos enemigos que intentaban abrirse paso hacia el oeste, unos, y al norte, hacia su 9° Ejército, otros.

Hay que señalar que nuestros cuerpos artilleros y divisiones de rotura eran completamente motorizados y mecanizados y a la sazón ya estaban, yo diría, habituados a cambiar a toda prisa de emplazamientos y a realizar maniobras rápidas. Ociosos después de descargar su potencia sobre Sprem-

berg, esperaban una nueva misión que recibieron inmediatamente: machacar la posición fortificada del cinturón defensivo externo de Berlín y, luego, combatir en el propio Berlín.

Para combates de esta naturaleza se precisaba un poderoso ariete artillero, y lo creamos, maniobrando con las divisiones y cuerpos de artillería de que disponíamos.

Pienso que es justo si digo, quizás un tanto burdo, que los cuerpos y divisiones artilleros de rotura fueron durante la guerra un potente macho pilón en manos del Comandante del Frente. Por eso no desmembrábamos la artillería: a un Ejército, una División, a otro, una Brigada, y a un tercero, otra fuerza, en una palabra, satisfacer a todo el que pedía refuerzo artillero. No, de ninguna manera, por muy legítimas y fundamentadas que pudieran parecer cualesquiera peticiones de este tipo, los intereses supremos de la operación exigían desecharlas, no fraccionar la potencia de fuego, sino, por el contrario, concentrarla y subordinarla entera al Jefe del Ejército que en el momento dado cumplía la misión principal en escala del Frente. En cuanto el artillero terminaba su cometido, reunía sus cañones y partía a cumplir otra tarea en un nuevo sector del Frente.

Pienso que esta maniobra de las unidades artilleras de rotura se justificó plenamente desde el punto de vista operativo. Cada día éramos más exigentes: abríamos brecha en la posición enemiga con una densidad artillera de trescientas piezas por kilómetro de frente, pues ya hacía mucho que nos habíamos desacostumbrado a la escasez de municiones. La enorme cantidad de tanques, artillería autopropulsada y por tracción mecánica de que disponíamos exigía mucho combustible. El trabajo de los Servicios de Intendencia de Ejército y Frente adquiría cada día más envergadura y complejidad. Pero las nuevas dificultades de transporte y abastecimiento con pertrechos y municiones, no dimanaban ahora de nuestra debilidad, sino de nuestra fuerza: nuestra propia potencia y la envergadura de ésta engendraban también la magnitud de las dificultades.

Así, pues, el 22 y 23 de abril, toda esta masa de grandes unidades artilleras de rotura se desplazaba de la zona de Spremberg al noroeste, hacia Berlín.

Entre las disposiciones dadas en la noche del 22 de abril fue esencial la del establecimiento de una nueva línea divisoria entre el 5° Ejército de la Guardia y el 2° Ejército Po-

laco. Los nuevos límites permitían a este último, estrechando un poco su frente de acción y sin preocuparse por su flanco derecho, concentrar sus esfuerzos para rechazar los encarnizados contraataques que le asestaba la agrupación enemiga de Dresde-Görlitz.

Las divisiones de Luchinski, con impetuosidad y rapidez, progresaban hacia la zona que les había sido designada, preparadas para apoyar la ofensiva de los tanquistas sobre Berlín. Estos, por su parte, seguían incansables adelante. En la noche del 22 de abril, el Ejército de Ribalko (y hay que decir que combatió toda la noche) atravesó el canal Notte con el 9° Cuerpo mecanizado de Sújov y el 6° Cuerpo de carros de la Guardia de Mitrofánov, abriendo brecha en el cinturón defensivo exterior de Berlín. A las once de la mañana del 22 de abril, la primera de estas grandes unidades cortó la autopista de circunvalación de la capital en el punto Wünsdorf, prosiguió su avance hacia Berlín y sobre la marcha tomó los suburbios Blankenfelde, Mahlow y Lichtenrade.

Opino que la llegada de este Cuerpo a los accesos meridionales de Berlín y la toma de los primeros arrabales de la ciudad pertenece a ese género de acciones en la historia de la guerra que merece exponerse con toda la exactitud posible.

Una vez tomados los arrabales citados, el Cuerpo de Sújov se incrustó en la línea fortificada interior berlinesa, en el punto Marienfelde, y al final del 22 de abril, actuando conjuntamente con la 61ª División de la Guardia (jefe, mayor general K. Serguéiev) del 28° Ejército de Luchinski, que acudió en su ayuda, irrumpió en las afueras sur de Berlín. En total, estas unidades progresaron durante la jornada veinticinco kilómetros.

También el día 22, por la tarde, los tanquistas de Sújov llegaron ya, en el propio Berlín, al canal Teltow, siendo detenidos por el intenso fuego del enemigo que ocupaba una línea defensiva continua por la orilla norte del canal.

El 6° Cuerpo de tanques de la Guardia de Mitrofánov, en las primeras horas de la mañana, cruzó combatiendo el canal Notte en las proximidades de Zossen y prosiguió su ofensiva hacia el norte. Cuando llegó la tarde, había recorrido cerca de veinticinco kilómetros, ocupó de camino la ciudad de Teltow y salió a la orilla sur del canal Teltow. Igual que en el sector del general Sújov, los alemanes ocupaban de antemano la margen norte del canal y hacían fuego intenso contra los carros.

10—1875

Esta misma tarde, después de progresar treinta y cinco kilómetros, sin cesar de combatir, alcanzó el canal Teltow, en la zona de Staatsdorf, el 7° Cuerpo de tanques de la Guardia, mandado por el teniente general V. Nóvikov. Igual que las grandes unidades anteriormente citadas fue detenido por el intenso fuego que el enemigo hacía desde la orilla norte.

Por consiguiente, todo el Ejército de Ribalko quedó desplegado ante Berlín en un frente ancho a orillas del canal Teltow.

El 4° Ejército de tanques de la Guardia de Leliushenko, vecino izquierdo de Ribalko, persiguiendo al enemigo durante el 22 de abril en dirección general a Potsdam, sin entablar combate, dejó a un lado la ciudad de Luckenwalde y, progresando veinte kilómetros más, tomó Saarmund, en los accesos sudoeste de Berlín.

Dos cuerpos de Leliushenko, el 10° y 6°, se acercaban a Berlín por una dirección tangencial, alejándose cada vez más hacia el noroeste, es decir, realizando una maniobra que llevaría, al fin y a la postre, al cerco de Berlín.

Simultáneamente, el 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia de Leliushenko, protegiendo el flanco izquierdo de su Ejército, asegurándole su viraje hacia el norte, operaba en plena correspondencia con la directiva de nuestro Frente dada ya a principios de abril, antes de comenzar la ofensiva. El documento señalaba lo que ahora se llevaba a cabo: el Cuerpo debía establecer en la línea Jüterbog-Luckenwalde una cobertura infranqueable para el enemigo, frente al oeste.

Precisamente en este lugar y un poco más al oeste, no tardó el 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia en encajar los ataques del 12° Ejército de Wenck, que por orden de Hitler intentaba en este sector abrirse paso hacia Berlín. Después de tomar en duro combate Luckenwalde y de alcanzar la línea Beelitz-Treuenbrietzen-Kropstädt, esta gran unidad cumplió la difícil misión que se le había encomendado.

En Treuenbrietzen, los tanquistas del 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia pusieron en libertad a cerca de mil seiscientos prisioneros de guerra, principalmente ingleses, norteamericanos y cierto número de noruegos, entre éstos a Otto Ruge, general en jefe del Ejército noruego. Y aunque me lo comunicaron inmediatamente, la extrema tensión de los acontecimientos de este día me impidió, lamentablemente, entrevistarme con este distinguido militar ex recluso.

Al final del 22 de abril, el Ejército de Leliushenko ocu-

paba una base de partida magnífica para atacar Potsdam y Brandenburg y preparar la maniobra culminante del cerco completo de la agrupación enemiga berlinesa.

El 13° Ejército de Pújov, persiguiendo impetuosamente al enemigo (en lo que se distinguió particularmente la 6ª División de infantería mandada por el coronel G. Ivanov), avanzó este día cuarenta y cinco kilómetros y enlazó con el flanco izquierdo del Ejército de Leliushenko.

Fueron definitivamente cortados todos los caminos que los hitlerianos podían utilizar para auxiliar, atacando a su encuentro desde el oeste, a la agrupación copada al sudeste de Berlín.

En nuestro flanco norte, el 3er Ejército de la Guardia de Górdov después de una feliz maniobra envolvente y dos días de cruentos combates, el 22 de abril, tomó por asalto Cottbus, acabando definitivamente con la agrupación enemiga encerrada en esta ciudad.

Durante estos sangrientos combates fueron diezmadas las divisiones de infantería alemanas 342ª, 214ª y 275ª y un número considerable de unidades y subdivisiones independientes. En los combates de Cottbus, las tropas de Górdov se apoderaron de cien tanques, dos mil automóviles y cerca de mil setecientos prisioneros. El que el número de estos últimos fuera relativamente pequeño tiene su explicación en la extraordinariamente enconada resistencia de los alemanes, quienes pelearon en los alrededores de Cottbus hasta el último aliento.

Una vez liquidada la agrupación de Cottbus, las tropas de Górdov no sólo giraron hacia el norte, sino que comenzaron a volverse hacia el nordeste, directamente contra el 9° Ejército alemán. A Górdov le correspondía ahora ocuparse por completo de esta agrupación, derrotarla e impedirle que irrumpiera en la retaguardia de nuestro Frente.

Refiriéndome al comienzo de los combates por Cottbus, debo decir que manifesté a Górdov cierto descontento por la lentitud de sus acciones y la indecisión en el empleo de los carros. Sin embargo, no desearía que los reproches justos, en este caso parcial, dieran motivo para formarse una impresión unilateral de este batallador jefe de Ejército que durante toda la campaña luchó sin tregua en muchos sectores difíciles y de responsabilidad.

Górdov era un viejo y avezado general, instruido en academia y de firme carácter. Era un jefe militar capaz de man-

dar grandes unidades de tropas. Si tomamos en su conjunto todas las operaciones realizadas por él durante la guerra, éstas suscitan admiración por Górdov. Especialmente debo señalar su estoicismo y valor demostrados en los duros días de la batalla de Stalingrado, donde combatió, como se dice, a conciencia y sabiendo lo que hacía.

Era un hombre avezado e instruido, pero, al mismo tiempo, a veces, insuficientemente flexible para aceptar y aplicar lo nuevo que engendraban en nuestro arte operativo las crecientes posibilidades técnicas. Militar pundonoroso, valiente, de carácter fuerte, caprichoso y desigual, de todo había un poco en la original persona de Górdov. No obstante, el nombre de Górdov está asociado a una serie de operaciones realizadas brillantemente por los ejércitos que el mandó.

Mas volvamos a los acontecimientos del 22 de abril, fecha memorable en muchos aspectos.

Como resultado de la ofensiva de los ejércitos 8° de la Guardia, 69° y 33° del 1[er] Frente de Bielorrusia y de los ejércitos 3° de infantería de la Guardia, 3° de tanques de la Guardia y parte de las fuerzas del 28° de infantería del 1[er] Frente de Ucrania, al final de la tarde de este día se perfilaba ya con toda nitidez el cinturón que de un momento a otro debía cerrarse en torno de la agrupación enemiga de Francfort-Guben. Por el norte, este, sur y parcialmente desde el oeste, ya había sido encerrada herméticamente por una línea continua de tres ejércitos de infantería del 1[er] Frente de Bielorrusia y otros tres ejércitos de nuestro Frente.

A las tropas del Ejército de Ribalko, que avanzaban sobre Berlín desde el sur, cuando llegó la tarde, las separaba del 8° Ejército de la Guardia de Chuikov, que atacaba los arrabales sudeste de Berlín, un estrecho corredor de unos doce kilómetros de anchura.

Fue también importante el que a las grandes unidades del ala derecha de la agrupación de choque del 1[er] Frente de Bielorrusia y a nuestros ejércitos de tanques les faltase poco para unirse al oeste de Berlín, formando un segundo y enorme anillo para el cerco de la agrupación berlinesa.

Al final del día, la distancia que mediaba entre las unidades de vanguardia del 47° Ejército del general Perjoróvich (1[er] Frente de Bielorrusia) y nuestro Ejército de tanques de

Leliushenko ya no pasaba de los cuarenta kilómetros. Así, pues, a nuestra vista se iban formando, y casi se habían cerrado, dos cinturones de asedio. Uno, en torno al 9° Ejército enemigo, al sudeste y este de Berlín; otro, al oeste de la ciudad, encerrando a las unidades que defendían directamente la capital alemana.

Al atardecer, la distancia entre el anillo Francfort-Guben, al que denominaremos pequeño, y el anillo berlinés, llamémoslo gran anillo, era por el oeste de ochenta kilómetros y por el sur de unos cincuenta. En el interior de estos dos cinturones de cerco se encontraba Berlín con todos sus suburbios.

Más al oeste del anillo de cerco berlinés había unidades fascistas alemanas, situadas entre nosotros y nuestros aliados, incluido el Ejército de Wenck, del que hablaremos más adelante.

Después de copar en los bosques al sudeste de Berlín a los restos del 4° y del 9° ejércitos alemanes, los frentes 1° de Bielorrusia y 1° de Ucrania, prácticamente, aislaron de Berlín a las fuerzas principales del enemigo destinadas para defender la ciudad. Ahora estaban en condiciones de batir por partes a la agrupación que hasta no hacía mucho había constituido un conjunto monolítico.

Cuando aprecian las acciones de los alemanes en el transcurso de esta operación, los historiadores militares preguntan a menudo: ¿tuvieron posibilidad los alemanes, sin aguardar a que fueran cercados el 9° Ejército y los restos del 4° Ejército, de sacar estas tropas hacia Berlín?

Respondo: indudablemente que sí. Pero esto no habría cambiado la situación, en su conjunto. Los golpes por nosotros planificados eran incontenibles. Hubiéramos podido destrozar a toda la agrupación berlinesa en cualquier situación.

Cuanto más nos acercábamos a Berlín tanto más densa se hacía la defensa del enemigo, tantos más medios de refuerzo recibía su infantería: artillería, tanques y lanzagranadas faust. Ya el 22 de abril chocamos en el canal Teltow con un sistema continuo de fuegos de fusilería y armas automáticas, morteros y artillería de suma densidad. No pudimos cruzar el canal sobre la marcha.

Con tal sistema de fuegos y con tal resistencia tropezamos incluso cuando cercamos y encerramos al 9° Ejército al sudeste de Berlín. Es natural que si sus tropas se hubiesen

replegado a tiempo detrás del cinturón fortificado de Berlín, habrían peleado allí encarnizadamente y con ello reforzado las posibilidades defensivas de la guarnición berlinesa. Pero, al fin y a la postre, sólo habrían podido influir con su resistencia en el ritmo de la batalla por Berlín, mas de ninguna manera en su desenlace. Podía haber ocurrido, también, que, durante su retirada, el 9° Ejército fuera arrollado y destrozado por nuestras tropas.

La llegada de las unidades del 1[er] Frente de Ucrania a Berlín motivó que el Cuartel General estableciera desde las seis de la mañana del 23 de abril nuevos límites de acción entre los frentes 1° de Bielorrusia y 1° de Ucrania.

Ya hemos dicho que durante la elaboración del plan de operaciones esta línea divisoria quedó cortada en el punto Lübben, ahora, rebasado muy lejos por el norte y el noroeste por las tropas del 1[er] Frente de Ucrania.

Teniendo en cuenta la situación creada, el Cuartel General fijó a tenor de ella una nueva línea delimitadora que tocaba en los puntos siguientes: Lübben-Teupitz-Mittenwalde-Mariendorf-estación de Anhalt, en Berlín. Desde Lübben, nuestro límite de acción torcía acusadamente hacia el noroeste, casi al norte, y dividía Berlín por la mitad, aproximadamente.

Al mismo tiempo, el Cuartel General nos exigía –al mariscal Zhúkov y a mí– no más tarde del 24 de abril terminar el cerco de la agrupación enemiga de Francfort-Guben, impidiendo a toda costa que pudiera abrirse paso hacia Berlín o en las direcciones oeste o sudoeste.

Las indicaciones del Cuartel General nos hicieron trabajar de lo lindo en la noche del 23 de abril, analizando los resultados de la jornada.

Al Ejército de Ribalko se le ordenó durante el día siguiente adoptar las medidas necesarias para cruzar el canal Teltow en la mañana del 24 de abril y penetrar en el mismo Berlín. El día 23 de abril debía utilizarse para preparar la ofensiva.

A Luchinski, Comandante del 28° Ejército, se le ordenó proseguir la ofensiva con el grueso de sus fuerzas sobre Berlín desde el sur y, interceptando con dos divisiones simultáneamente la línea Teupitz-Basdorf, cerrar todos los caminos entre los lagos y organizar una defensa sólida anticarro y contra infantería que impidiera en este sector al 9° Ejército y a los restos del 4° Ejército enemigos abrirse paso

por la retaguardia de nuestro Frente hacia el oeste y sudoeste.

El general Górdov, Jefe del 3er Ejército de infantería de la Guardia, recibió la misión de emprender acciones activas contra las unidades cercadas del 9° Ejército alemán, que en las nuevas condiciones era su enemigo fundamental.

Al mismo tiempo que se preparaba para el cruce del canal Teltow, se ordenó a Ribalko que al día siguiente ocupara el suburbio berlinés de Buckow y tomara medidas para entrar en contacto a retaguardia de la agrupación enemiga de Francfort-Guben con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia.

Tales fueron mis disposiciones fundamentales en la noche del 23 de abril.

23 de abril

En la margen norte del canal Teltow, los alemanes habían preparado una posición defensiva de bastante solidez con trincheras, nidos de armas automáticas de hormigón armado, tanques y cañones autopropulsados emplazados en fosos. Dominaba el canal una muralla de casas, casi continua, edificios sólidos con muros de un metro y más de espesor. A lo largo de toda la orilla se levantaban las fachadas traseras de las grandes naves fabriles, sin ventanas y de hormigón armado, que llegaban casi hasta el agua, formando una especie de muralla de fortaleza medieval. Todo aquello había sido adaptado magníficamente para una defensa prolongada y rígida. Parte de los puentes sobre el canal estaban minados y el resto habían sido volados. Y el propio canal era un obstáculo sumamente peliagudo con su anchura de cuarenta a cincuenta metros y sus dos o tres metros de profundidad.

Imagínense ahora este profundo y ancho foso lleno de agua con altas orillas perpendiculares y revestidas de cemento. En el tramo de doce kilómetros, al que salieron los tanquistas de Ribalko, los alemanes habían llevado cuantos hombres encontraron disponibles, unos quince mil. Debo decir que una densidad de mil doscientos hombres por kilómetro de frente, en condiciones de combates callejeros, es una densidad muy elevada, a la que había que agregar más de doscientas cincuenta piezas de artillería y morteros, ciento treinta tanques y vehículos blindados y más de quinientas ametralladoras, amén de una cantidad ilimitada de lanzagranadas faust.

Como complemento a toda esta fuerza, debo añadir que los soldados y oficiales fascistas que defendían el canal Teltow comprendían que ésta era la última línea en la que podían contenernos. A sus espaldas ya no quedaba más que Berlín. Pero, además de la capital, además de su desesperada decisión de luchar hasta lo último, de sucumbir, pero cerrarnos el paso a Berlín (decisión que, a juzgar por el encarnizamiento de los combates, sustentaba la mayoría de los últimos defensores de la capital alemana), a sus espaldas les acechaban los tribunales sumarísimos SS, ante los que comparecían inmediatamente todos los acusados de deserción.

En el período que nos ocupa (lo que se confirma unánimemente por decenas y centenares de declaraciones de prisioneros), los SS y la Gestapo actuaban con particular crueldad, fusilando y ahorcando a todo el que abandonaba las posiciones o que por otra cualquier causa se sospechaba de que pudiera hacerlo.

Es sabido que en aquellos días, Hitler se comportaba como un poseso, llegando incluso a declarar que el pueblo alemán era indigno de un dirigente como él. Como odiaba a su propio pueblo, estaba dispuesto a vengarse de él por el ignominioso derrumbamiento de su sanguinaria aventura. En Berlín reinaba una atmósfera de histéricas represalias relámpago, de crueldad extrema. Ambiente que, inculcando el pavor, prolongó, indudablemente, la agonía de la capital alemana.

Allí había de todo, en el canal Teltow, especialmente en los batallones de la "Volkssturm", compuestos por soldados regulares, viejos y adolescentes que lloraban, pero que luchaban y quemaban nuestros carros con las granadas faust.

Durante el día, el Cuerpo de artillería de Kózhujov y las demás grandes unidades de artillería de rotura continuaron avanzando a marchas forzadas hacia Berlín. En la mañana del 24 de abril, debían ya estar en sus emplazamientos y asegurar el cruce del canal Teltow por las unidades de Ribalko.

Es fácil imaginarse a qué ritmo se hizo esta marcha de ciento cincuenta kilómetros, que para asegurarla, además del transporte propio, los artilleros recibieron mil trescientos camiones del parque del Frente.

Los artilleros disponían del tiempo mínimo para el reagrupamiento, aparte de que tenían que retirar sus piezas de noche para que el enemigo no sospechara nada.

La aviación enemiga no podía actuar en grandes formaciones, pero aviones aislados de reconocimiento no cesaban de sobrevolar el campo de batalla, sin faltar entre ellos el "Focke-Wulf" de reconocimiento, nuestro viejo enemigo, al que denominábamos "bastidor". Por lo tanto, aunque reducidas, los alemanes disponían aún de posibilidades para el reconocimiento.

A la sazón, el "bastidor" vivía sus últimos días. Mas quien le había visto no podía olvidar cuántos disgustos nos proporcionó en la guerra. Más de una vez observé en distintos frentes las acciones de estos aparatos –en vuelos de reconocimiento y de corrección del fuego de la artillería– y debo decir, francamente, lo mucho que lamenté que durante toda la campaña no pudiéramos tener nada parecido a este "bastidor". Con lo necesario que nos hubiera sido un avión bueno y especial para el cumplimiento de misiones análogas.

La mañana del 23 de abril llegó en ayuda de los cuerpos de carros de Ribalko la 48ª División de infantería del Ejército de Luchinski, mandada por el mayor general G. Kórchikov. Esto era muy esencial, pues ante un obstáculo tan importante como el canal Teltow y su bien organizada defensa, los tanquistas, actuando solos en los primeros momentos, necesitaban a toda costa el apoyo de la infantería.

Mientras iban llegando las divisiones de infantería, Ribalko preparaba con sus jefes de cuerpos el cruce del canal. En el reconocimiento de mandos participaron también los de las divisiones artilleras que se habían adelantado a sus unidades. Se planificó todo en un tiempo mínimo, pues, de verdad, en todos sus detalles.

Se decidió forzar el canal simultáneamente con los tres cuerpos de carros en un frente ancho. Sin embargo, fijamos la dirección principal de ataque en la que concentramos la densidad mayor de fuego de artillería, creamos un ariete artillero capaz de perforar con seguridad todo lo que se nos opusiera. Perforar y abrir el camino directo a Berlín.

En el frente del sector principal de rotura, de cuatro kilómetros y medio de ancho, se concentraron cerca de tres mil cañones, morteros y cañones autopropulsados. ¡Seiscientas cincuenta piezas por kilómetro de frente! Me parece que fue el caso único de esta naturaleza en toda mi práctica de la guerra. No obstante, yo consideraba justificada esta densidad de fuego artillero en aquella situación, pues como ya se vislumbraba el final de la contienda había que aproximarlo.

Además de la artillería destinada para aplastar la defensa enemiga en el canal Teltow, se destacaron muchas piezas que con su tiro directo debían asegurar el cruce de las tropas y apoyar posteriormente su ofensiva. De hecho, toda la artillería orgánica de las tropas, desde la de 45 mm hasta la de 122 mm, así como la artillería pesada de 152 mm y 203 mm, se destinó para ser empleada como piezas de tiro directo, el de puntería más exacta.

La preparación artillera debería durar cincuenta y cinco minutos. Como disponíamos de poco tiempo para los preparativos (nada más que un día) y era imposible, se entiende, localizar en toda su profundidad el sistema defensivo enemigo, el fuego de la artillería se planificó, principalmente, para destruir la primera línea del enemigo. Más en profundidad sólo habría que neutralizar los nudos de resistencia en las encrucijadas de las calles que impidieran el avance de nuestros carros y de la infantería.

Se fijó el comienzo de la preparación artillera para las seis y veinte del 24 de abril. No elegimos conscientemente una cifra redonda, como a menudo habíamos hecho antes, porque las horas en punto –6.00, 7.00–, por lo común, hacen sospechar a los soldados y jefes fogueados enemigos de que, "¡ah!, no está descartado que ahora, a las seis en punto, comience una incursión artillera o la propia preparación. . ."

Mientras que durante el 23 de abril, las fuerzas principales del Ejército de Ribalko se preparaban para cruzar a la mañana siguiente el canal Teltow, sucedió un acontecimiento particular, pero memorable: mediante un oficial de enlace se estableció contacto con las unidades del 1er Ejército de tanques de la Guardia del general Katukov, que también aquella mañana se acercaba con todas sus fuerzas a Berlín.

Dos brigadas de Ribalko, la 70ª y la 71ª, seguían cumpliendo la misión que se les había encomendado la noche anterior: encontrarse con las unidades del 1er Frente de Bielorrusia.

Al mismo tiempo, los tanquistas de Leliushenko seguían su avance victorioso en direccion a Potsdam, cubriéndose por el oeste con el 5° Cuerpo mecanizado. El 6° Cuerpo mecanizado había acabado en la zona de Stucken con los restos de la División de infantería alemana "Friedrich Ludwig Jahn", hizo prisionero a su jefe y desarrollaba la ofensiva en dirección a Brandenburg. Llevaba recorridos veinticinco kiló-

metros cuando ocupó un poblado denominado *Lenin,* que tan insólitamente sonaba en aquellos tiempos y que resultó, naturalmente, no ser más que una simple coincidencia fonética.

Al finalizar la tarde de este mismo día, el Ejército de Leliushenko ya había rodeado Berlín por el sudoeste, separándole nada más que veinticinco kilómetros de las tropas del 1er Frente de Bielorrusia, el 47° Ejército de Perjoróvich y el 9° Cuerpo del Ejército de tanques de Bogdánov, que se abrían paso a su encuentro.

El Ejército de Górdov, después de combatir encarnizadamente todo el día, hizo las reagrupaciones necesarias, cerrando los intervalos entre las unidades y estableciendo un frente continuo, densamente guarnecido y sólido que cerraba los caminos de retirada a la agrupación enemiga de Francfort-Guben.

El 28° Ejército de Luchinski proseguía su avance impetuoso hacia Berlín. Su 128° Cuerpo, mandado por el mayor general P. Batitski, llegó al canal Teltow, que debía cruzar a la mañana siguiente con las tropas del 3er Ejército de tanques. La 152ª División de este Cuerpo, mandada por el coronel G. Ribalko, alcanzó Mittenwalde después del mediodía, entablando combate con una pequeña parte de la agrupación alemana de Francfort-Guben que intentaba penetrar en Berlín. Liquidada la tentativa, al finalizar la tarde, la División luchaba ya en las afueras oeste de Mittenwalde.

El grueso de las fuerzas de Luchinski, los 20° y 3° cuerpos de infantería de la Guardia (mandados, respectivamente, por los mayores generales N. Biriukov y P. Alexándrov) se abrían paso tesoneramente hacia las afueras sur de Berlín. Uno de estos cuerpos, sin llegar hasta Berlín, debería concentrarse en las proximidades de Baruth, cerrando la dirección por la que podía intentar escapar la agrupación enemiga de Francfort-Guben.

Aquel día conocí por primera vez a Luchinski, cerca de mi puesto de mando avanzado. En los últimos días, me encontraba fundamentalmente en el Ejército de Pújov, doblando mi puesto de mando con el suyo avanzado.

La víspera había dejado a Pújov para ir a las zonas ocupadas por nuestros tanquistas. Resultó que los caminos no estaban aún debidamente expeditos, no pude llegar a mi destino y tuve que regresar. El 23 de abril, Ribalko, con quien, a pesar de que en los claros entre los tanquistas y la

infantería andaban de un lado para otro grupos y grupitos enemigos, mantenía incesantemente comunicación por teléfono directo, y lo mismo con Leliushenko, me informó que se encontraba con él Luchinski, Jefe del 28° Ejército.

Subí al "willis" y me dirigí al puesto de mando de Ribalko. Después de la toma de Cottbus, que nos cerraba varias carreteras a la vez y nos causaba grandes incomodidades, la situación había mejorado y ahora se podía ir directamente en automóvil por carretera desde Gottbus a Baruth y seguir a Berlín.

Cuando entre Zossen y Berlín vi desde mi "willis" al teniente general Luchinski, que en un coche análogo venía a mi encuentro, me detuve. Los dos salimos de los coches. El se me presentó y en pocas palabras me informó del estado de su Ejército y de cómo ejecutaba mi orden.

Por sus palabras saqué la impresión de que había comprendido justamente mi orden y que tomaba todas las medidas para, de la forma más enérgica y rápida, llegar a las zonas que le habían sido señaladas –cerca de Baruth y a las afueras sur de Berlín–, como refuerzo de los tanquistas. Sólo me quedaba ponerle al corriente de ciertas particularidades del complicado enmarañamiento en que nos veíamos obligados a combatir.

En nuestro primer encuentro, la parquedad, concisión y buena presencia de Luchinski me produjeron una impresión inmejorable, que no me engañó posteriormente. Después, como ocurre de ordinario, nos olvidamos del aspecto externo del hombre con el que trabajamos tanto tiempo, presencia que en el primer momento llama la atención. La figura de Luchinski también impresionaba: alto, gallardo, marcial, un auténtico general de la Guardia.

Aunque, repito, el informe de Luchinski y el que ya se hubiese puesto en contacto con Ribalko y precisado con él la misión para el día siguiente me agradaron, sin embargo, sin preocuparme de parecerle demasiado machacón, le recordé dos o tres veces durante la conversación que uno de sus cuerpos de Ejército debía ocupar lo antes posible posiciones junto a Baruth, lo más sólidas posibles.

A juzgar por su informe, la situación de Luchinski era normal: sus divisiones avanzaban ateniéndose al horario establecido, incluso más de prisa, y el Grupo de Operaciones y el Estado Mayor también progresaban.

Pero la situación de aquel día se tornaba tan favorable,

interesante y, al mismo tiempo, tan tensa, que quise que este Jefe de Ejército recién incorporado se compenetrase con mi propio estado de ánimo, inculcarle más bríos para que marchara sobre Berlín con más energía.

Los acontecimientos posteriores mostraron que el general Luchinski y su Ejército se habituaron rápidamente a la complicada situación operativa en la que se vieron envueltos, cuando apenas incorporados al 1er Frente de Ucrania fueron lanzados directamente contra Berlín. Muchos eran a la sazón los que soñaban con esto para terminar allí, precisamente, su camino de guerra.

Después de realizar durante la noche y la mañana una reagrupación parcial, el 13° Ejército de Pújov se aproximaba cada vez más al Elba. Como Górdov y Luchinski, Pújov tenía también en el segundo escalón, en la zona de Luckau, un Cuerpo de infantería que podía ser utilizado de dos maneras: contra la agrupación de Francfort-Guben y –en esto residía la misión específica de Pújov– para contraatacar a las unidades fascistas alemanas que intentasen abrirse paso a Berlín desde el oeste. Esta posibilidad no la excluíamos y posteriormente pudimos convencernos de que habíamos obrado acertadamente.

Las tropas de Pújov avanzaban normalmente y con suficiente densidad, lo que me permitió retirarle la 350ª División del mayor general G. Vejin y, subordinándosela operativamente a Leliushenko, enviarla urgentemente aquel mismo día sobre automóviles hacia el norte, a la zona de Potsdam, como refuerzo de los tanquistas para ocupar y mantener los puntos poblados.

El Ejército de Zhádov, que por la mañana había alcanzado con sus vanguardias la margen oriental del Elba, al final de la jornada llegó al río con el grueso de sus fuerzas en un frente ancho desde Elster a Riesa.

Este mismo día salieron al Elba los tanquistas del 4° Cuerpo de carros de la Guardia del general Poluboyárov, las tropas del 34° Cuerpo de infantería de la Guardia del general Baklánov y el 32° Cuerpo de infantería de la Guardia del general Rodímtsev. El mismo Rodímtsev que dos años y medio atrás, mandando la 13° División de infantería de la Guardia, defendió uno de los últimos y reducidos trozos de la orilla del Volga en Stalingrado.

Propiamente dicho, con la llegada de estos tres cuerpos de infantería al Elba, el 5° Ejército de la Guardia había cum-

plido ya la misión fundamental que se le había planteado para la operación. Sin embargo, en la práctica, aún tuvo que seguir combatiendo y, por cierto, sin ninguna clase de tregua.

La contraofensiva de la agrupación alemana de Görlitz, contra nuestro 52° Ejército y el 2° Ejército Polaco al sur del Ejército de Zhádov, había creado una situación bastante delicada e incluso desagradable. Cuando recibí los partes de la llegada de los cuerpos de Zhádov al Elba, éste, a su vez, recibió mi orden de sacar al segundo escalón del Ejército el Cuerpo de tanques de Poluboyárov y el 32° Cuerpo de infantería de la Guardia de Rodímtsev, para ser utilizados en nuevas misiones.

Creando esta agrupación con los cuerpos del 5° Ejército de la Guardia, que ya habían cumplido sus misiones anteriores, me proponía atacar con ella a la agrupación alemana de Görlitz, para que no siguiera extendiéndose hacia el norte.

En la dirección de Dresde, en la que ya antes se libraban cruentos combates, la situación era aquel día especialmente desfavorable. Después de reagrupar durante la noche sus tropas y encontrar el punto de enlace entre el 52° Ejército del general Korotéiev y el 2° Ejército Polaco del general Swierczewski, el enemigo, moviéndose a lo largo del río Spree, atacó al 48° Cuerpo del Ejército de Korotéiev.

La dirección general de los ataques enemigos era Spremberg. Admito que los alemanes no estuviesen completamente informados de que se había liquidado la agrupación de Spremberg y que el deseo de unirse a ella influyera en la dirección elegida para su ataque. De todas maneras, si no hubiéramos terminado oportunamente con Spremberg y con todo lo que allí quedaba, en nuestro flanco izquierdo habría podido crearse una situación, si no crítica, por lo menos bastante complicada.

Desde por la mañana, la agrupación de choque alemana (dos divisiones de infantería y cerca de un centenar de carros) pasó a la ofensiva, perforó el frente del 48° Cuerpo del 52° Ejército y, progresando al norte veinte kilómetros, salió a la retaguardia del 2° Ejército Polaco.

Parte de las divisiones del 2° Ejército Polaco, que enlazaban por su flanco derecho con el Ejército de Zhádov, proseguían su avance hacia el oeste. El ataque del enemigo se hizo sobre su punto más débil, contra la retaguardia del Ejército, que además de estar muy extendida, se encontraba

en movimiento. El ataque enemigo interrumpió la coordinación combativa de algunas grandes unidades y el enlace entre ellas.

La situación habría sido ardua para cualquier Ejército que hubiese tenido un largo historial combativo. Con mayor motivo la acusaba el 2° Ejército Polaco, para el que la operación de Berlín era la primera en que participaba después de ser organizado. A pesar de todo, los polacos mostraron gran valor y después de cierta confusión en los primeros momentos de la rotura, lucharon con arrojo y estoicismo con el frente invertido.

Por la tarde di una serie de disposiciones que tenían como finalidad inmediata liquidar la rotura de nuestro frente y, después, derrotar completamente a la agrupación enemiga de Görlitz. Comprendía que con su contraataque de bastante fuerza al flanco, los hitlerianos esperaban crear una situación de crisis en todo el ala izquierda de nuestras tropas e influir en el desarrollo de la operación en la dirección de Berlín, la principal. Pero esta tarea ya no estaba al alcance de sus fuerzas.

No consiguieron crear tal situación crítica. El contraataque enemigo no originó los cambios más insignificantes en nuestros planes fundamentales.

Obramos justamente no escatimando fuerzas y medios para terminar con ambas agrupaciones enemigas en los flancos de la rotura, la de Spremberg y la de Cottbus. Si hubiéramos demorado su aniquilamiento, el contraataque de la agrupación de Görlitz habría sido mucho más doloroso para nosotros. Ahora, este golpe era tardío. Para derrotar a la agrupación de Görlitz ya no teníamos necesidad de debilitar nuestras fuerzas que atacaban Berlín. Mis decisiones estuvieron dictadas por la apreciación del estado real de las cosas.

Al día siguiente, la tarde del 24 de abril, las tropas del 2° Ejército Polaco, del 52° Ejército, dos cuerpos de infantería del 5° Ejército de la Guardia y un Cuerpo de carros lograron contener la ofensiva del enemigo que había logrado avanzar treinta y tres kilómetros en dirección a Spremberg.

Cuando analizo los ambiciosos propósitos operativos del enemigo, con la correlación de fuerzas existente a la sazón, no puedo por menos de valorarlos negativamente. Pero, si tenemos en cuenta cómo los alemanes llevaron a cabo esta operación ofensiva, una de las últimas, desde el punto de

vista táctico merece que se les encomie: encontraron exactamente el enlace entre nuestras fuerzas y actuaron con ímpetu, concentrando para la rotura ocho divisiones completas (de ellas, dos de tanques) y cerca de veinte batallones independientes.

En aquellos días, yo me encontraba, principalmente, en mi puesto de mando avanzado, dejando en el fundamental a Iván Efímovich Petrov, general de Ejército y jefe del Estado Mayor del Frente. Le encomendé ir al dispositivo de las tropas de Korotéiev y Swierczewski y, sobre el terreno, ayudarles a organizar la cooperación de las tropas, quienes apoyadas por las unidades del 5° Ejército de la Guardia no sólo debían rechazar la ofensiva de las tropas germano-fascistas, sino también contraatacarlas.

Al mismo tiempo, planteé una misión particular al general V. Kostiliov, Jefe de la Dirección de Operaciones del Frente: desplazarse al 2° Ejército Polaco y ponerse en contacto con Swierczewski, pues después de que los alemanes habían salido a retaguardia de este Ejército yo había perdido el enlace con su Comandante. Kostiliov cumplió felizmente la tarea y en el transcurso del día enlazó a Swierczewski con sus vecinos: el general Zhádov, Jefe del 5° Ejército de la Guardia, Poluboyárov, Jefe del 4° Cuerpo de tanques de la Guardia, y con Lebedenko, Comandante del 33° Cuerpo de infantería de la Guardia, en una palabra, logró coordinar la situación sobre el terreno.

En general, Kostiliov era muy tesonero en el cumplimiento de las órdenes y siempre estaba enterado perfectamente de la situación. En aquellos días yo mismo no podía desembarazarme de todas las preocupaciones relacionadas con la operación de Berlín. Petrov, empuñando el timón de un aparato tan colosal como el Estado Mayor del 1er Frente de Ucrania, tampoco podía abandonar sus funciones para mucho tiempo. Sólo se ausentaba unas horas a la dirección de Dresde, reintegrándose de nuevo a su puesto, pues de seis a siete de la tarde debería encontrarse en el Estado Mayor, hora en que comenzaban a llegar los partes de novedades de la jornada. Al mismo tiempo, debía preparar la operación para el día siguiente, planificarla, organizarla y, finalmente, informar de todo al Estado Mayor Central y al Cuartel General.

Precisamente por eso se le encargó al general Kostiliov, en el momento más crítico, ocuparse directamente de coor-

dinar las acciones de todas las unidades, enfiladas, primero, a parar la ofensiva de las tropas alemanas fascistas y, luego, a derrotarlas.

Al final de la tarde del 24 de abril, con esfuerzos mancomunados del 2° Ejército Polaco y parte de las fuerzas de los ejércitos de infantería 52° y 5° de la Guardia se pudo detener la ofensiva de la agrupación enemiga de Görlitz.

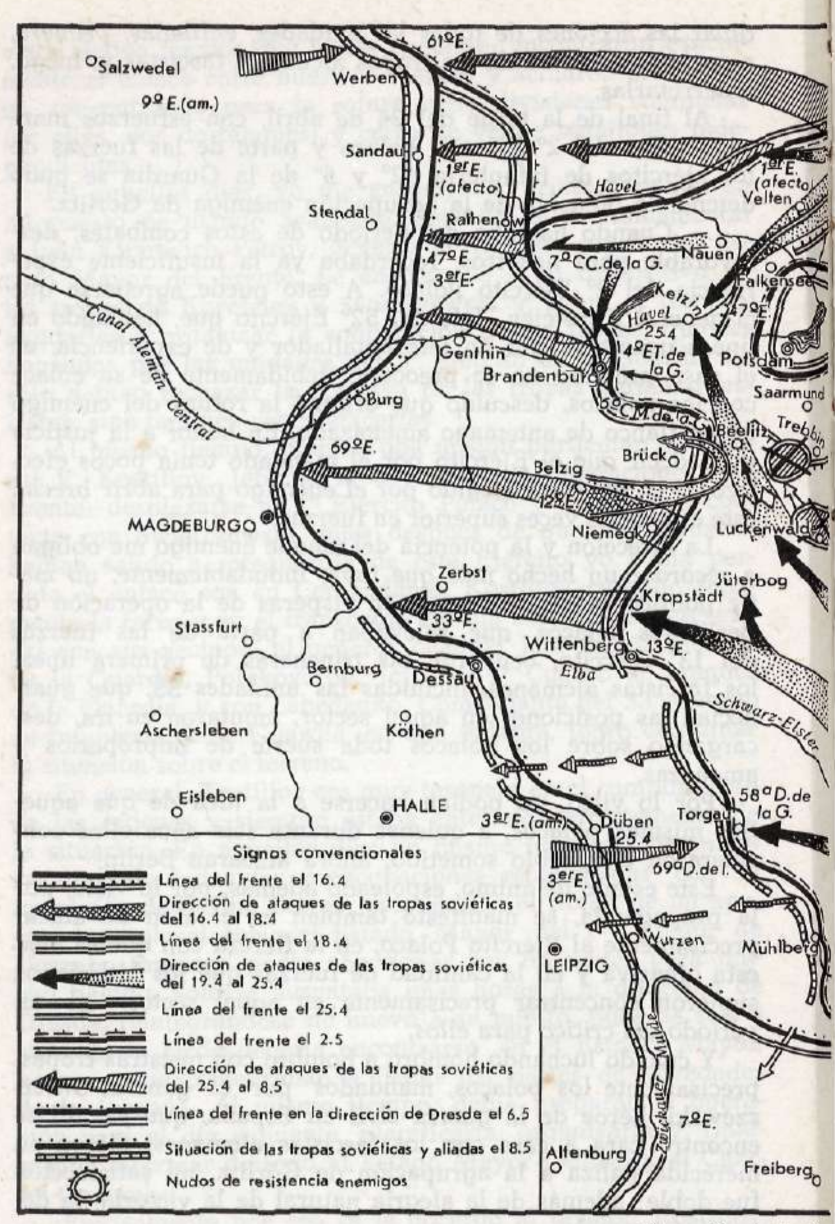
... Cuando hablaba del período de estos combates, desfavorable para nosotros, recordaba ya la insuficiente experiencia del 2° Ejército Polaco. A esto puede agregarse que el general Korotéiev, Jefe del 52° Ejército que, hablando en líneas generales, era un jefe batallador y de experiencia, en el caso presente no se preocupó debidamente de su enlace con los polacos, descuido que originó la rotura del enemigo en un flanco de antemano amenazado. En honor a la justicia debo decir que el Ejército por él mandado tenía pocos efectivos y en el sector elegido por el enemigo para abrir brecha éste era varias veces superior en fuerzas.

La dirección y la potencia del ataque enemigo me obligan a recordar un hecho más que tuvo, indudablemente, un matiz político especial. Cuando en vísperas de la operación de Berlín los polacos, que relevaban a parte de las fuerzas del 13° Ejército, ocuparon las trincheras de primera línea, los fascistas alemanes, incluidas las unidades SS, que guarnecían las posiciones en aquel sector, montaron en ira, descargando sobre los polacos toda suerte de improperios y amenazas.

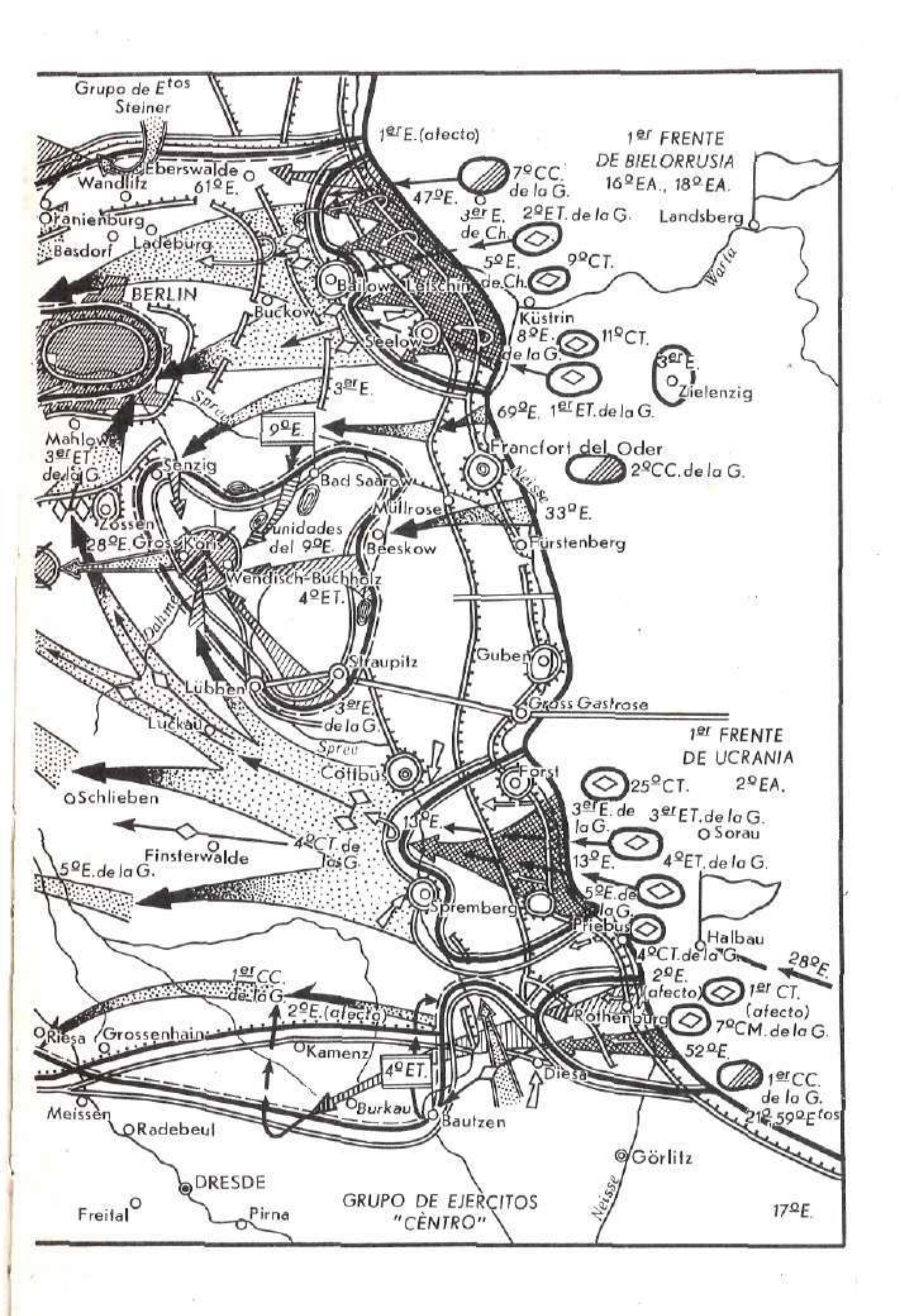
Por lo visto, no podían hacerse a la idea de que aquellos mismos polacos, a quienes durante seis años ellos consideraron un pueblo sometido, ahora atacaran Berlín.

Este estado de ánimo, espoleado además, por lo visto, por la propaganda, se manifestó también en el afán de atacar precisamente al Ejército Polaco, en la fiereza con que se hizo esta ofensiva y en la cantidad de fuerzas que los hitlerianos supieron concentrar precisamente en aquel sector, en un período tan crítico para ellos.

Y cuando luchando hombro a hombro con nuestras tropas, precisamente los polacos, mandados por el general Swierczewski, héroe de la guerra civil en España, que ya allí se encontró cara a cara con los fascistas alemanes, dieron su merecida paliza a la agrupación de Görlitz, mi satisfacción fue doble: además de la alegría natural de la victoria, la del castigo merecido.



Operación de Berlín


Grupo de E^tos Steiner
1er E. (afecto)
1er FRENTE DE BIELORRUSIA
16º EA., 18º EA.
Eberswalde
Wandlitz
61º E.
7º CC. de la G.
47º E.
Oranienburg
Basdorf
Ladeburg
3er E. de Ch.
2º ET. de la G.
Landsberg
Warta
5º E. de Ch.
9º CT.
BERLIN
Bailow
Letschin
Buckow
Küstrin
8º E. de la G.
11º CT.
Seelow
3er E.
Zielenzig
Spree
3er E.
69º E.
1er ET. de la G.
Mahlow
3er ET. de la G.
9º E.
Francfort del Oder
Senzig
Bad Saarow
2º CC. de la G.
Neisse
Müllrose
33º E.
Zossen
unidades del 9º E.
Beeskow
28º E.
Gross Koris
Fürstenberg
Wendisch-Buchholz
4º ET.
Dahme
Straupitz
Guben
Lübben
3er E. de la G.
Gross Gastrose
Luckau
1er FRENTE DE UCRANIA
Spree
Cottbus
Forst
25º CT.
2º EA.
Schlieben
3er E. de la G.
3er ET. de la G.
13º E.
Sorau
4º CT. de los G.
Finsterwalde
13º E.
4º ET. de la G.
5º E. de la G.
5º E. de la G.
Spremberg
Priebus
Halbau
4º CT. de la G.
28º E.
1er CC. de la G.
2º E. (afecto)
1er CT. (afecto)
2º E. (afecto)
Rothenburg
7º CM. de la G.
Riesa
Grossenhain
Kamenz
52º E.
4º ET.
Diesa
1er CC. de la G.
Burkau
Bautzen
21º, 59º E^tos
Meissen
Radebeul
Görlitz
DRESDE
GRUPO DE EJERCITOS "CENTRO"
Neisse
17º E.
Freital
Pirna

24 de abril

Este día, la situación en nuestro Frente era particularmente complicada y multifacética y, no obstante, en ella se podían distinguir cinco focos fundamentales de acontecimientos.

P r i m e r f o c o. El comienzo de la batalla por el propio Berlín, en la que por el 1er Frente de Ucrania participaban los ejércitos de tanques de la Guardia 3° y 4° y el 28° Ejército de infantería, introducido al combate desde la marcha. En este mismo foco pueden incluirse las acciones del Ejército de Górdov.

S e g u n d o f o c o. Lucha encarnizada contra la agrupación de Francfort-Guben, que intentaba abrirse paso. En aquella fecha, el 9° Ejército de Busse, fuerza fundamental de esta agrupación, ya había recibido orden de Hitler de romper hacia el sudoeste, al encuentro del Ejército de Wenck. Aun imaginándonos que el movimiento de avance del 9° Ejército de Busse y del 12° Ejército de Wenck hubiese tenido éxito y éstos entrasen en contacto, esto habría ocurrido precisamente en la zona de Luckenwalde-Baruth, adonde con tanta insistencia incitaba yo a Luchinski que con uno de sus cuerpos de infantería ocupara lo antes posible posiciones sólidas.

El t e r c e r f o c o está relacionado con la ofensiva del Ejército de Wenck. Ejecutando la orden de Hitler, Wenck emprendió la ofensiva desde el oeste contra el flanco izquierdo del 1er Ejército de Leliushenko y el flanco derecho del Ejército de Pújov, asestando el ataque principal en una dirección a la que, según la primera directiva del Frente, habíamos destacado al 5° Cuerpo mecanizado de Leliushenko, mandado por el mayor general Ermakov. Si a los militares nos estuviera permitido hablar de presentimientos, o de una intuición especial, podría decirse que esta intuición, precisamente, fue la que nos aconsejo proteger del oeste aquella zona por el 5° Cuerpo mecanizado.

El c u a r t o f o c o está relacionado con la llegada de los ejércitos de infantería 5° de la Guardia y 13° al Elba y su próximo encuentro con los norteamericanos.

Y, por último, el q u i n t o f o c o, la dirección de Dresde y el rechazo de los contraataques de la agrupación alemana de Görlitz.

Cada uno de estos focos y cada una de estas direcciones exigía en mayor o menor grado la atención del Jefe del Frente

y de su Estado Mayor. Digo esto, además, porque quiero que el lector tenga una idea de cómo transcurría durante la operación de Berlín el día ordinario de trabajo o, mejor dicho, los días de trabajo del Comandante en Jefe del Frente. El comienzo de la jornada deben considerarse las últimas horas de la tarde del día anterior, cuando se adoptaban todas las decisiones fundamentales para el día siguiente.

El carácter maniobrero de la operación del 1[er] Frente de Ucrania, la impetuosa ofensiva de las tropas, en particular la de los ejércitos de tanques, impuso su sello, y así tenía que ser, al carácter de la dirección de las tropas. Como regla, al final de la jornada, cualesquiera que fueran las circunstancias, yo recibía al Jefe del Servicio de Información del Frente antes de adoptar una decisión definitiva para realizar la operación del día siguiente. También en esta ocasión, hablé con él ya avanzada la noche.

La situación creada al final del 23 de abril me exigía que tomase varias decisiones. Se precisaba terminar el cerco de la agrupación de Francfort-Guben y liquidar definitivamente la posibilidad de su escapatoria al oeste, hacia Berlín, y también hacia el sudoeste y sur. Para ello había que terminar la reagrupación del 3[er] Ejército de la Guardia, introducir definitivamente al combate al 28° Ejército y, de esta manera, soldar los flancos del 1[er] Frente de Ucrania con el 1[er] Frente de Bielorrusia a retaguardia del 9° Ejército alemán.

También debíamos terminar los preparativos y forzar el canal Teltow por el Ejército de Ribalko, e irrumpir a continuación en Berlín.

Para esto no sólo hacía falta crear un ariete de choque con artillería y aviación, sino también plantear a artilleros y aviadores las misiones correspondientes; debíamos preocuparnos de la dirección de las tropas durante esta operación y, en lo posible, intentar yo mismo seguir su desarrollo; mantener un eje justo de movimiento del Ejército de carros de Leliushenko para que no se enzarzara en combates prolongados en los suburbios de Berlín, sino que fuera al encuentro de las tropas de nuestro Frente y del 1° de Bielorrusia al oeste de Berlín, cerrando el cerco lo antes posible.

Al mismo tiempo, este progreso tan rápido del Ejército de Leliushenko hacia el noroeste, alargaba considerablemente su flanco izquierdo, perfilándose una brecha entre su flanco izquierdo y el flanco derecho del Ejército de Pújov, circunstancia que también había que tener en cuenta.

Me preocupaba asimismo el poder disponer en la línea Beelitz-Treuenbrietzen de fuerzas complementarias que pudiera emplear. Había que encontrarlas. La División que tomé a Pújov la había destinado a Potsdam con la misión de mantener todas las posiciones que ocupase allí Leliushenko. Ahora tenía que sacar un Cuerpo de Pújov al segundo escalón del Ejército, en Jüterbog, desde donde podía emplearlo de dos formas, en dependencia de la situación: bien para reforzar con él la dirección berlinesa interna, bien para reforzar la dirección oeste, externa, en la zona de Beelitz-Treuenbrietzen, donde ya operaba el 5° Cuerpo mecanizado del Ejército de Leliushenko.

Esto me preocupaba particularmente, pues ya el 23 de abril habían aparecido síntomas de que en el oeste, el enemigo emprendía cierta reagrupación de fuerzas y, por lo visto, se disponía a atacarnos desde el oeste. Desconocíamos exactamente la dirección del supuesto ataque, carecíamos de datos, pero una cosa teníamos completamente clara: que el intento sería emprendido.

Más tarde se supo que ya existía la orden de Hitler, según la cual al 12° Ejército de Wenck se le obligaba a cesar el fuego contra nuestros aliados occidentales, volver sus tropas al este y crear una agrupación de choque que levantase el cerco de Berlín mediante un ataque a las tropas soviéticas que avanzaban desde el sur sobre la capital. Simultáneamente, la misma orden se dio al 9° Ejército de Busse, que también debía avanzar hacia los suburbios meridionales de Berlín, donde debería unirse con el Ejército de Wenck.

En líneas generales habíamos adivinado este plan, cosa que no debe asombrar, puesto que no estaba, ni mucho menos, falto de lógica. Sólo carecía de un cálculo real de la correlación de fuerzas existentes, pero ésos eran ya otros López.

Más tarde se supo que, en aquellos días, Hitler vivía literalmente absorbido por el plan de ataque convergente de Wenck y del 9° Ejército. Le concedía tanta importancia que hasta envió al propio Keitel al Estado Mayor de Wenck para controlar las acciones de sus tropas.

Se sobrentiende que en aquellos días yo no sabía en qué pensaba y de qué esperanzas se alimentaba Hitler, qué misiones había planteado a Keitel y hasta no sabía, a punto fijo, dónde se encontraban uno y otro. Ahora bien, para mí estaba completamente claro que si el enemigo probaba de nuevo a

emprender cualquier acción activa, lo primero que trataría sería cortar desde el oeste y el este a las tropas del 1er Frente de Ucrania que irrumpían hacia Berlín. Estaba convencido de que este pronóstico se confirmaría, como así fue, en realidad.

En la noche del 24 de abril, no cesé de pensar qué medidas tomar para contener los ataques de los ejércitos de Wenck y Busse.

Mucho tiempo invertí también aquella noche dando indicaciones relacionadas con la llegada al Elba del 5° Ejército de Zhádov y el acercamiento al río del Ejército de Pújov. Las directivas fundamentales a este respecto fueron dadas a Zhádov, pues él era quien debía prepararse para el encuentro con los norteamericanos. También tuve que dar disposiciones a Pújov, pues algunas de sus divisiones deberían asimismo ir a tal encuentro. No eran pocas las preocupaciones ligadas al rechazo del contraataque en la dirección de Dresde.

Una labor especialmente grande, como cada noche, estaba relacionada con los partes de novedades de los jefes de los ejércitos que, aquel día, como de ordinario, comenzaron a llegar desde las nueve de la noche y terminaron casi a las dos de la madrugada. En las pausas entre los informes tenía que dar indicaciones al Estado Mayor, escuchar el parte global de la jornada que me hacía el general Petrov, mi Jefe del Estado Mayor, leer, corregir y firmar el parte de operaciones al Cuartel General, que debía estar listo a las dos en punto de la noche.

Y, finalmente, atender a otro grupo más de problemas relacionados con la aviación. Como regla, el Comandante del Frente plantea diariamente misiones a los aviadores para el día siguiente, partiendo del plan general de la operación y de los cambios que durante la jornada se produjeron en la situación, qué objetivos anular y cuáles agregar. En la noche del 24 de abril, exigí concentrar los esfuerzos fundamentales de la aviación en el ataque que debíamos emprender a la mañana siguiente contra la agrupación enemiga de Görlitz.

La segunda misión que deberían realizar grandes fuerzas del aire era la de prestar apoyo al cruce del canal Teltow y a la ofensiva del Ejército de Ribalko sobre Berlín.

Al mismo tiempo no estaba de más recordar a los aviadores que, descargando sus ataques en las direcciones citadas, deberían mantener bajo observacion constante a la agrupación enemiga cercada en la zona de Francfort-Guben y sin miramiento alguno bombardear los agolpamientos de tropas

que denotasen la dirección de una posible rotura. Di también disposiciones al Jefe de los Servicios de Retaguardia, general N. Anísimov.

A las cinco de la mañana del 24 de abril, salía en automóvil hacia el puesto de mando de Ribalko para ver por mis propios ojos cómo transcurría la operación del paso del canal Teltow y poder, en caso de necesidad, introducir cambios sobre el terreno.

Como regla, dormía por la noche desde las dos hasta las seis de la mañana, a veces un poco más: si la situación lo permitía escuchaba al oficial de guardia de operaciones el parte de novedades de la noche, no a las seis de la mañana, sino a las siete. Este informe mañanero entraba en el orden diario establecido tan sagrada e invariablemente como en otros tiempos el rezo del "Padre nuestro" por los campesinos. Informaba, bien el oficial de guardia de la Dirección de Operaciones o el propio Jefe de ésta. Si se producía algún cambio en la situación se me comunicaba inmediatamente a cualquier hora del día o de la noche.

A la sazón mi memoria y mi retentiva visual estaban tan agudizadas que parecía tener ante mis ojos todas las direcciones fundamentales, todos los puntos geográficos e incluso las referencias topográficas principales. Podía escuchar el parte sin mirar la carta; el Jefe de la Dirección de Operaciones informaba, nombrando los puntos, y yo veía imaginariamente dónde y qué pasaba. Ambos no perdíamos tiempo en recurrir al plano; se limitaba a citar las coordenadas de los puntos que nombraba y esto nos bastaba a los dos.

Naturalmente que esta clarividencia dimanaba de una extrema tensión de la memoria, pero semejante orden de partes se había asimilado tanto en nuestra práctica de campaña que yo, personalmente, no percibía esta tensión.

El día de marras escuché el informe antes de lo ordinario y a las siete de la mañana ya me encontraba con Ribalko, en su puesto de mando, donde permanecí hasta la una del día. Más adelante hablaré de ello. Cerca de las dos de la tarde comí a la ligera con los tanquistas y a las cinco de la tarde ya estaba de vuelta en mi puesto de mando para escuchar el informe acerca de la situación.

Primero, informó el Jefe de la Dirección de Operaciones. Después, cambié impresiones con los miembros del Consejo Militar del Frente. Había bastantes problemas que analizar, incluidos los detalles de los próximos encuentros con los

norteamericanos. A continuación, los jefes de las Armas informaron de las misiones cumplidas durante el día y expusieron sus consideraciones y planes para la jornada siguiente. En el informe detallado del Jefe de los Servicios de Retaguardia figuraban ciertos problemas que me intranquilizaban particularmente aquel día y relacionados, ante todo, con el suministro ininterrumpido de combustible y municiones al grupo de tropas que operaba en Berlín.

Al final de la jornada se repetían muchas cosas: los informes de los comandantes de los ejércitos, mi trabajo con el Jefe del Estado Mayor, etc., etc. Tal era, en líneas generales, mi orden cotidiano de trabajo en el apogeo de la operación de Berlín. El mismo, con pequeños cambios diarios, lo siguió siendo hasta el fin de la operación. Este orden de cosas estaba en gran medida condicionado por el propio trabajo del Estado Mayor del Frente.

A este respecto quisiera hablar unas palabras del general de ejército Iván Efímovich Petrov, Jefe del Estado Mayor del 1er Frente de Ucrania durante la operación de Berlín.

Había sustituido al general Sokolovski en vísperas de esta operación. Vasili Danílovich Sokolovski fue designado subjefe al 1er Frente de Bielorrusia, con el mariscal Zhúkov. Unos días antes, Stalin me había preguntado por teléfono si estaba de acuerdo en tomar como Jefe de mi Estado Mayor al general Petrov.

Yo sabía que unos días antes Petrov había cesado en el cargo de Comandante en Jefe del 4° Frente de Ucrania. Mi opinión personal de él era, en general, positiva y accedí a su nombramiento.

Al segundo día de haberse incorporado al Frente, Petrov debía, como Jefe del Estado Mayor, redactar el parte de novedades para el Cuartel General. De ordinario, terminábamos de redactar este documento a la una o las dos de la noche. Para esta misma hora propuse a Petrov que me lo presentara a lo que me objetó:

– Ni mucho menos, camarada Jefe. Yo lo redactaré antes, a eso de las doce de la noche.

– No se cree dificultades, Iván Efímovich –le dije–. No tengo ninguna prisa, me quedan aún muchos asuntos que resolver, entre ellos hablar con los jefes de los ejércitos, así es que usted tiene tiempo hasta las dos de la noche.

Sin embargo, cuando llegó la hora de firmar el parte de operaciones, a las dos en punto de la noche, telefoneé a

Petrov. Turbado me contestó que el parte aún no estaba terminado, pues le faltaban datos necesarios de tal o cual Ejército.

Haciéndome cargo de su difícil situación, no le dije ni palabra y aplacé la firma del documento hasta las cuatro de la madrugada. Mas tampoco a esta hora estuvo listo el parte. Petrov me lo presentó a la firma sólo a las seis de la mañana. Cuando firmaba este su primer parte, por cierto con enmiendas de bastante bulto, Iván Petrov (tal era su manera de ser) me dijo sin ambages y con toda honradez:

– Camarada mariscal, la culpa es mía. Es la primera vez que me enfrento con tal envergadura de acciones y la falta de costumbre me ha impedido vencer estas dificultades.

Y aunque, como se dice, al primer tapón, zurrapa, esta sincera confesión de Petrov fue para mí garantía de que nos entenderíamos en adelante.

Iván Petrov era un hombre de buena preparación militar y extensa cultura general. Durante toda la guerra demostró heroísmo y arrojo, cualidades que se conocían en todo el ejército.

Habiendo sido hasta entonces Comandante de un Frente, cuando la guerra ya estaba terminando, se encontró, por primera vez en su práctica, en calidad de Jefe del Estado Mayor de un Frente. General batallador, no exteriorizó ni los menores indicios de sentirse agraviado. Por el contrario, demostrando el más vivo interés por el nuevo trabajo que desempeñaba, decía: "Ahora veo qué es un Frente de verdad por su cantidad de tropas, por su envergadura y por sus misiones". El general se daba perfecta cuenta de que, a pesar de toda su experiencia de campaña, tenía cosas que aprender en su nuevo cargo de Jefe del Estado Mayor de un Frente. Y aprendió con honradez.

Nos entendimos bastante pronto. Nuestra confianza era mutua y yo así lo percibía. Estructuramos buenas relaciones, aunque, en ocasiones, tuviese que pasar por alto ciertos momentos, pues, a pesar de todo, Petrov no era un oficial de Estado Mayor (siempre, en tiempos de paz y en tiempos de guerra, había desempeñado funciones de jefe: de una escuela militar, de División, Comandante de Ejército y Jefe de un Frente). Pero debo resaltar como se merece la labor del general Sokolovski, quien hasta la llegada de Petrov encabezó durante un año nuestro E.M., legándonos un aparato muy compenetrado y magníficamente organizado. Apoyándose en

esta colectividad, Petrov no tuvo en su labor ninguna dificultad esencial.

Iván Petrov fue Jefe del Estado Mayor de nuestro Frente hasta el último día de la guerra. Con él, en nuestro 1er Frente de Ucrania, dimos culminación a la Gran Guerra Patria que, al parecer, no terminamos mal. . .

Ya dije que la víspera no había pernoctado en el puesto de mando del Frente, sino en el Ejército de Pújov, donde me encontraba mucho más cerca de Ribalko. Después de oír los partes mañaneros subí al automóvil, calculando que llegaría al puesto de mando de Ribalko cuando la preparación artillera finalizase y, por consiguiente, cuando comenzase el cruce del canal.

Era natural que, poniéndome en camino a las cinco de la mañana, después de acostarme la víspera bastante tarde, sintiese sueño. Pero en aquellos días no pude dar unas cabezadas ni siquiera en el automóvil.

Grupos desperdigados de alemanes andaban de aquí para allá, y algunos tramos de las carreteras que teníamos que recorrer, cruzando la retaguardia del 3er Ejército de tanques, no habían sido aún desminados por completo. En algunos sitios había que dar rodeos. En derredor se extendían turberas pantanosas, el terreno era blando y como los tanques habían dejado en él profundas rodadas, era muy difícil desplazarse en un coche de ruedas, obligando incesantemente al chófer a realizar complicadas maniobras. Yo sabía que podía estar seguro del mío, un cosaco del Don llamado Grigori Gubatenko, combatiente intrépido y sereno y chófer de gran experiencia. Muchas fueron las peripecias que pasamos juntos en los caminos de la guerra de las que siempre salió boyante.

Pues bien, por estas mismas rodadas de los tanques, eludiendo los tramos minados de las carreteras, por todas las partes que aquel día recorrimos, venían a nuestro encuentro gentes liberadas del cautiverio. Era todo un conglomerado internacional: prisioneros de guerra soviéticos, franceses, ingleses, norteamericanos, italianos y noruegos. Marchaban también niños, muchachas y mujeres llevados al cautiverio y ahora libres. Llevaban sus banderas nacionales, hechas de cualquier manera, cargados con sus hatos, sus miserables bártulos, al hombro, en carretillas, sobre bicicletas, en coches de niño y, muy raramente, a lomos de caballerías.

Aclamaban jubilosos a los soldados soviéticos, a los coches que se les cruzaban, gritaban algo, cada cual en su lengua. Ni ellos ni nosotros teníamos tiempo para detenernos: ellos se apresuraban por llegar, si no directamente a sus hogares, por lo menos abandonar antes la zona de combate y, nosotros, por llegar pronto a Berlín.

Rostros demacrados, cansados; andrajosos, semidesnudos. A últimos de abril el tiempo es relativamente templado en estas tierras, pero por la mañana temprano el cierzo penetra de todas maneras y sus míseras ropas, y más a menudo sus harapos, poco los preservaban del frío. Todos los caminos que llevaban a Berlín estaban literalmente abarrotados de gente. En cuanto amanecía abandonaban los lugares donde habían pernoctado y se ponían en camino. Por muy temprano que saliéramos, nos los encontrábamos ya por las carreteras.

Y aunque todas aquellas multitudes desconocían el terreno por el que marchaban y, naturalmente, carecían de planos, elegían justamente, por intuición, los caminos más seguros, esquivando los campos de minas y los encuentros con los restos de las tropas alemanas destrozadas. Pude advertir que más a menudo seguían las rodadas de los tanques, estaban ciertos de que allí no encontrarían minas.

Aquellas gentes marchaban por innumerables senderos y caminos; cada grupo por un itinerario no se sabe cómo elegido. Menos mal que la Dirección de nuestros Servicios de Retaguardia, mandada por el teniente general Nikolái Petróvich Anísimov, ya se había preocupado de que los ex cautivos no tuvieran la desdicha de acercarse demasiado a la zona en que estaba cercado el 9° Ejército alemán y, cuando ya estaban libres, caer en nuevos peligros. La Dirección de Retaguardia y el Servicio de Etapas habían organizado también, a cuenta de los recursos del Frente, puntos de alimentación en los itinerarios principales que seguían: en Luckau, Cottbus y en otras ciudades.

Los prisioneros alemanes, en cambio, seguían en columnas por otros itinerarios, especialmente fijados para ellos, por etapas.

En cuanto en los puntos de reunión, el número de alemanes capturados o que se habían entregado prisioneros era suficiente para constituir una columna se los enviaba a retaguardia.

Por aquellos bosques andaban de aquí para allá grupos enemigos que aún no habían depuesto las armas. Especial-

mente eran muchos entre Vetschau y Lübben, donde los bosques eran más espesos.

Tuve suerte aquellos días. Varias veces tirotearon nuestros vehículos desde la espesura, pero no nos tropezamos de manos a boca con ninguna partida enemiga como sucedió a otros.

Por lo común, yo viajaba en tres "willis": en el primero, el chófer, yo, el ayudante y un soldado con metralleta; detrás, un segundo coche con un oficial de la Dirección de Operaciones y dos soldados con metralletas y, por último, un tercer "willis" con cuatro hombres de mi guardia mandados por un brigada.

Como Jefe de Frente disponía de una sección especial de guardafronteras que hizo conmigo toda la guerra. La mandaba el brigada Orischenko, con el que sigo manteniendo relaciones. En esta sección pasó también toda la campaña Alexandr Ivánovich Salomajin, mi ayudante, teniente coronel y más tarde coronel, oficial comunista de una honradez y veracidad intachables. Debo mucho a este hombre cuya solicitud y atenciones me hicieron más llevaderas todas las peripecias de la contienda.

Cuando en cierta ocasión uno de nuestros jefes de Ejército confundió el camino, entró en campo enemigo y fue muerto en el acto en su coche, el Cuartel General dio una orden que exigía a los comandantes de ejércitos y jefes superiores recorrer la zona de combates solamente en vehículos blindados. Por lo que a mí respecta, donde esto era necesario, donde existía el peligro directo de tropezarse con el enemigo, recurrí siempre a esta clase de vehículos blindados. Pero utilizarlos constantemente tampoco me convenía. Eran demasiado lentos y el terceto de "willis" era mucho más diligente y maniobrero.

Durante estos desplazamientos hacia las primeras líneas siempre consideré que la garantía principal de seguridad no era la numerosidad de la guardia, sino la propia orientación acertada sobre el terreno. Como corresponde a un militar, conocía perfectamente la carta y me orientaba sobre el terreno, yo mismo comprobaba el camino que seguíamos, iba en el primer coche y, en este sentido, no tuve jamás ningún contratiempo. Pero tampoco pegué nunca ojo cuando iba en el coche hacia las avanzadas.

Aquel día iba a todo gas al encuentro de Ribalko, quería llegar cuando comenzase el cruce del canal. Un espectáculo

nuevo y desacostumbrado en aquellos días eran las muchedumbres liberadas del cautiverio, todo lo restante ya era cosa habitual a la vista: ruinas, carreteras destrozadas y puentes volados. En derredor, como contraste, los bosques foliáceos verdeantes que revivían bajo el sol primaveral.

Por cierto, que a los alemanes hay que hacerles justicia en cuanto a los bosques: cuidados, desbrozados y aclarados. A nosotros, esto nos venía a pedir de boca, pues al oeste del río Spree, en un espacio de muchos kilómetros se extendía un macizo forestal continuo. Por cuanto los bosques estaban desbrozados de maleza y los cruzaban cortafuegos, algunos hasta con caminos de calzada firme, nuestras tropas de tanques tenían asegurada una buena maniobra.

Antes, estudiando la carta, más de una vez me intranquilizó esta circunstancia. Veía un terreno completamente cubierto de bosques en el que, con rara exclusión, los cortafuegos no estaban señalados. Esto me hacía pensar si no tendría que aminorar el ritmo de ofensiva. En la práctica resultó que, ejecutando a través de estos bosques una marcha-maniobra, los ejércitos de tanques recorrían, a veces, de cincuenta a sesenta kilómetros diarios. En general, el ritmo medio de progreso diario de los ejércitos blindados durante toda la operación era de veinte a veinticinco kilómetros y la rapidez de avance de las unidades grandes y medianas de tropas generales, de diecisiete kilómetros. Ritmos, naturalmente, muy altos.

Algunas carreteras resultaron estar parcialmente minadas. Sin embargo, vías expeditas había cuantas quisiéramos. En esta región, los caminos son buenos. Especialmente nos fue muy útil la autopista Breslau-Berlín, que se transformó, podríamos decir, en el eje fundamental de tráfico en la zona del 1er Frente de Ucrania.

Verdad es que al principio nos molestaron bastante por esta carretera los cazas reactivos enemigos. El tramo que yo debía recorrer por la autopista para ahorrar tiempo, lo hacía de ordinario en un "packard"; durante la preparación de la operación de Berlín, tuve varias veces que salir de este "packard" y esconderme en las cunetas. Pero, durante la ofensiva, la aviación alemana redujo considerablemente sus vuelos sobre las carreteras, protegidas por un fuego organizado de artillería antiaérea.

Llegué a Teltow cuando terminaba la preparación artillera. Cuando entraba en la ciudad, vi que nuestras tropas

ocupaban ya la posición de partida: tanques, infantería motorizada y la artillería, que terminaba su trabajo.

Cuando llegué donde estaba Ribalko, le encontré dirigiendo las acciones de sus tropas que forzaban el canal. Era el momento del primer salto. Los destacamentos de vanguardia comenzaban a echarse al agua sin esperar el final de la preparación artillera.

En derredor todo retemblaba y lo ocultaban espesas nubes de humo. Las brigadas de artillería de gruesos calibres batían las casas de la orilla opuesta del canal, abriendo boquetes en ellas. Volaban piedras, bloques de hormigón, cascotes y polvo. En un frente estrecho, más de seiscientas piezas por kilómetro descargaban sus proyectiles sobre la orilla norte del canal Teltow.

En oleadas sucesivas, la aviación de bombardeo dejaba también caer sus bombas.

El primer observatorio de Ribalko en la orilla sur del canal Teltow no me gustó y nos trasladamos a la azotea de la casa más alta de los alrededores. Allí, antes de llegar nosotros, se había situado D. Nikishin, Jefe del 6° Cuerpo de bombarderos.

Yo, Ribalko, el Jefe de la artillería del Frente, los mandos de dos cuerpos de aviación y Kózhujov, Jefe del Cuerpo de artillería, nos acoplamos en lo alto de una casa de ocho pisos, según creo recordar, ocupada por oficinas. No estaba habitada, pues la casa no sólo se batía por los cañones, sino también por el fuego de fusilería y de armas automáticas.

En los primeros momentos, cuando salimos al tejado, el enemigo nos soltó varias ráfagas de metralleta desde el otro lado del canal, pero sin acertar.

Las enormes chimeneas de la calefacción que emergían sobre la azotea nos protegían excelentemente contra el fuego de las armas automáticas. Los soldados fascistas alemanes, aunque ineficazmente, seguían de vez en cuando tiroteándonos con ráfagas. Al fin y a la postre me hartaron y, localizando el sitio desde el cual disparaban, ordené a la artillería que los batiera. Esta los hizo callar rápidamente. No obstante, de vez en cuando, siguieron haciéndonos disparos aislados.

Se comprende perfectamente que los hitlerianos dispararan contra este edificio, el más alto, que se destacaba de todas las casas de Teltow, pues era un punto de referen-

cia bastante visible. Tuvimos que hacernos a la idea de que nuestra presencia allí llamaba la atención del enemigo. Pero, qué hacer, en las cercanías no había otra atalaya tan excelente.

Desde la altura del octavo piso se abría a nuestra vista el panorama de Berlín, particularmente sus barriadas meridional y sudoeste. La visualidad del flanco izquierdo alcanzaba tanto, que hasta se difuminaba en la lejanía el propio Potsdam. También divisábamos el flanco derecho, donde en las afueras de Berlín deberían unirse las tropas de los frentes 1° de Ucrania y 1° de Bielorrusia.

Recuerdo qué enorme me pareció esta ciudad diseminada en un gran espacio. Me fijaba en los viejos y macizos edificios, muy abundantes en el barrio que teníamos enfrente, en la densidad de sus casas, reparaba en todo lo que pudiera dificultar nuestros combates por Berlín. No me pasaron desapercibidos, pues los veía perfectamente desde lo alto, los canales, ríos y riachuelos que cruzaban Berlín en todas direcciones. Tan gran número de obstáculos acuáticos nos prometía dificultades complementarias.

Ante nosotros se extendía una plaza fuerte, asediada y preparada a defenderse. Si a la cabeza de Alemania hubiese estado un gobierno juicioso, en aquella situación habría sido lógico esperar de él la capitulación inmediata de las tropas. Sólo la rendición podría preservar todo lo que aún quedaba aquel día de Berlín y salvar a su población. Más, por lo visto, era inútil esperar una decisión sensata, no nos quedaba otro remedio que luchar.

Mirando Berlín pensaba, al mismo tiempo, que el término de su asedio estaba ligado al final de la guerra. Cuanto más rápidamente tomásemos la ciudad, antes acabaría la contienda.

Me asaltó entonces esta idea: deseaba, era natural, que cuando la guerra estaba a punto de acabar hubiese menos bajas y, sin embargo, la lucha no podía prolongarse y para culminarla lo antes posible teníamos que sufrir pérdidas, especialmente en material bélico y, ante todo, en tanques.

También se me ocurrió en aquella ocasión otro pensamiento: concentrar allí la artillería pesada, incluida la de mayores calibres. Inmediatamente me puse al habla con mi Estado Mayor, apresurándole para que informara al Cuartel General del Alto Mando Supremo que necesitábamos la ar-

tillería de misión especial y superpotente que se encontraba a su disposición. Yo ignoraba en aquellos momentos dónde estaba, pero sabía que existía.

Accediendo a mi petición, esta artillería nos fue enviada y aún pudo tomar parte en los últimos combates de Berlín.

Mientras así meditaba, nuestras tropas forzaban a mi vista el canal Teltow. No puedo decir que sin tropiezos ni atrancos, pero, en general, con éxito.

Las unidades de vanguardia del 9° Cuerpo mecanizado, que habían cruzado a la orilla norte del canal en Lankwitz, fueron contraatacadas inmediatamente por los carros e infantería alemanes. No pudieron sostenerse en el terreno conquistado y, sufriendo pérdidas, se replegaron a la orilla sur del canal. En aquel punto, la cosa marchó mal al comienzo, pero, en el sector que teníamos enfrente, a nuestras plantas, puede decirse, el cruce del canal por el 6° Cuerpo de tanques de la Guardia marchaba a pedir de boca.

Los destacamentos avanzados de la 22ª Brigada de infantería motorizada de la Guardia atravesaron el canal en botes de madera y, parcialmente, aprovechando la armadura del puente destruido. Maniobrando hábilmente y cubriéndose con los estribos del puente, el batallón de vanguardia, protegido por una cortina de fuego artillero y de tanques, forzó felizmente el canal y ocupó unas reducidas cabezas de puente en su orilla norte.

A las siete de la mañana, aprovechando este éxito, empezó a cruzar el canal el grueso de las fuerzas de la Brigada en botes de madera y lanchas plegables.

Tras los batallones de tiradores motorizados comenzaron a pasar el canal las unidades de vanguardia de la 48ª División de la Guardia (mandada por el mayor general Kórchikov) del Ejército de Luchinski, subordinada operativamente en aquellos momentos a Ribalko.

Los ingenieros del Ejército empezaron a tender puentes de pontones. Sería la una del día cuando el primero de ellos estuvo listo y empezó el paso de tanques y artillería por él. No tardó en estar dispuesto un segundo puente.

Los hitlerianos intentaron con un contraataque desesperado arrojar de la orilla a las unidades de vanguardia soviéticas, aferradas a las cabezas de puente. Estaba claro que si no las desalojaban en aquellos momentos, después de que cruzaran el canal nuestros tanques, ya no podrían hacerlo. Pero los tiradores motorizados y la infantería se pegaron

como lapas a la orilla y el cruce del canal prosiguió sin interrupciones.

Ya antes de que fuesen tendidos los primeros puentes, a las diez y media de la mañana, supimos en el observatorio que la 71ª Brigada mecanizada del Ejército de Ribalko, combatiendo por la toma del suburbio berlinés Schönefeld y sin dejar de avanzar hacia el este, había alcanzado por el oeste Basdorf, cuya parte oriental ya había sido ocupada el 23 de abril por las unidades del 8° Ejército de la Guardia y el 1er Ejército de tanques del 1er Frente de Bielorrusia.

Así se produjo la unión de las tropas de estos dos frentes en la retaguardia del 9° Ejército alemán.

Agregaré, adelantándome un poco a los acontecimientos, que en la tarde del 24 de abril, la infantería de la 61ª División de la Guardia del Ejército de Luchinski, mandada por el mayor general K. Serguéiev, que luchó toda la jornada en Mariendorf al lado de las unidades del 9° Cuerpo mecanizado del teniente general Sújov, había establecido ya un firme contacto con la infantería del 8° Ejército de la Guardia de Chuikov en la zona de Buckow, aislando así completamente al 9° Ejército alemán de la agrupación berlinesa enemiga.

Cerca de la una del día, cuando fue tendido el puente de pontones y los tanques pasaron por él a la orilla opuesta del canal Teltow, abandoné el observatorio de Ribalko.

Las unidades del 6° Cuerpo de tanques de la Guardia y de la 48ª División de infantería de la Guardia combatieron todo el día al otro lado del canal, asaltando literalmente una casa tras otra y penetrando, lentas, pero seguras, en la ciudad. Al final del día habían avanzado por las calles dos kilómetros, en algunos sitios, y dos y medio, en otros.

Ya durante mi presencia, y con motivo del cruce exitoso del canal Teltow, Ribalko había tomado la decisión de hacer pasar en el sector del 6° Cuerpo de tanques de la Guardia del mayor general Mitrofánov a los 7° y 9° cuerpos. El primero de éstos había conseguido también en su sector cruzar parcialmente el canal y ocupar una pequeña cabeza de puente en Stontzdorf, que no pudo ensanchar, pues la resistencia desesperada del enemigo se lo impidió. Más sencillo era cruzar el canal por las amplias cabezas de puente, ya ocupadas por el 6° Cuerpo.

Durante toda la mañana, la tarde y la noche continuó el paso del canal en este punto. La noche del 24 de abril, las

tropas de Ribalko abrieron brecha en el cinturón defensivo interior del enemigo que protegía el centro de Berlín desde el sur e irrumpieron ya en la propia capital.

Así describimos en nuestro parte de operaciones, enviado por la noche al Cuartel General, este resultado, uno de los fundamentales de la jornada.

Del observatorio de Ribalko me dirigí a su puesto de mando principal dislocado ahora en Zossen, antigua sede del Estado Mayor Principal del Ejército de Tierra alemán. Se entiende que no se encontraba en las casamatas subterráneas. En las afueras este de Zossen había chalets nuevecitos en los que habían vivido los oficiales del Estado Mayor General alemán y que habían quedado intactos.

Ribalko me cedió para descansar uno de estos chalets para que pudiera, por decirlo así, gozar de todas las comodidades de que disfrutaron los oficiales del Estado Mayor General hitleriano en la época en que ni siquiera soñaban que podríamos llegar allí. Mas tuve que desistir del descanso. Después de comer de prisa salí en automóvil para mi puesto de mando avanzado, hacia Pújov, de donde, después de una breve parada, decidí continuar al Estado Mayor del Frente.

Debía regresar antes, pues todas las carreteras estaban llenas de vehículos y gentes a pie, y los acontecimientos que tenían lugar en el ala izquierda seguían intranquilizándome. Me interesaba, además, saber qué ocurría en el sector de Leliushenko.

Mientras estuve con Ribalko conseguí una vez hablar por teléfono con Leliushenko. Este me informó que había llegado al canal Teltow, más al oeste de Ribalko, e intentaba forzarlo, pero que chocaba con una fuerte resistencia enemiga.

Informé al Jefe del 4° Ejército que las tropas de Ribalko cruzaban exitosamente el canal. Que no estaría mal si él, a su vez, hacía un corrimiento con las suyas a lo largo del canal y lo cruzara detrás de Ribalko, volviéndolas luego hacia el oeste, a su zona de acción, pero ya por la orilla norte del canal. Leliushenko no echó en saco roto esta insinuación y, aprovechando este buen consejo, lo puso en práctica aquella misma noche, evitando así pérdidas excesivas.

Deteniéndome brevemente en mi puesto de mando avanzado con Pújov, y después de recibir allí varios partes urgentes, seguí sin pérdida de tiempo mi camino, y serían las cinco de la tarde cuando llegué a mi Estado Mayor y conocí la situación que existía en toda la extensión del Frente.

Avanzando sobre Potsdam, dos brigadas de tanquistas de Leliushenko habían tomado el pueblo Nowawes, en la actualidad conocido como punto de control de paso a Berlín Occidental.

Al final de la tarde, Leliushenko alcanzó el río Havel, que divide a Potsdam en dos mitades. Este día Leliushenko sólo consiguio tomar su parte sudeste, pues todos los puentes sobre el Havel habían sido volados por los alemanes. No tuvo más remedio que prepararse a pasarlo combatiendo. Su 6° Cuerpo mecanizado de la Guardia, avanzando con éxito hacia el norte y noroeste, progresó dieciocho kilómetros en dirección a Brandenburg y salió también al río Havel, pero en otro sitio. Una de sus brigadas irrumpió después del mediodía en las afueras este de Brandenburg.

A esta misma hora, en el flanco izquierdo de Leliushenko y en el derecho de Pújov comenzó a cristalizar una nueva situación, cuyo surgimiento habíamos previsto.

Ya dije que el 22 de abril, Hitler había ordenado al 12° Ejército del general Wenck, retirado del Frente Occidental, que atacase en dirección a Berlín desde el oeste y el sudoeste. Y aunque este Ejército lo formaban algunas unidades un tanto desgastadas, de todas maneras, la agrupación que intentaba entrar en Berlín era de bastante cuidado: incluía los cuerpos de tanques 41° y 48° y los cuerpos de infantería 39° y 20°.

Después del mediodía del 24 de abril, el Ejército de Wenck emprendió sus primeros ataques con carros en el sector Beelitz-Treuenbrietzen, tratando de perforar las posiciones del 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia del general Ermakov y de las unidades del 13° Ejército, que acababan de llegar un poco antes y cerraban su flanco con los tanquistas.

Los tanquistas de Ermakov, ejecutando la misión que les había sido encomendada –cualesquiera que fueran las circunstancias cubrir por el oeste el flanco izquierdo del Ejército de Leliushenko–, rechazaron en el transcurso del día varios ataques encarnizados del enemigo, emprendidos con carros, la División de infantería "Theodor Körner" y la 243ª Brigada de cañones de asalto.

A poco de comenzar el ataque enemigo llegaron al puesto de mando del general Ermakov el propio Leliushenko, Jefe del Ejército, y Riazánov, que mandaba el Cuerpo de aviones de asalto. Ambos, desde su observatorio –situado en el tejado de una casa de Treuenbrietzen– dirigían a los aviones

contra los grupos de carros de las tropas del 12° Ejército de Wenck en ofensiva.

Los aviadores de Riazánov, que tenían gran experiencia de lucha contra los tanques, también en esta ocasión se portaron magníficamente. Parando el ataque de esta nutrida y fuerte agrupación enemiga, no sólo ayudaron al 5° Cuerpo mecanizado y al Ejército de Leliushenko, sino también a todo nuestro Frente.

Cuando regresaba a mi Estado Mayor poseía ya los primeros datos de los ataques del Ejército de Wenck y, ya en mi puesto de mando, supe que los acontecimientos nos eran plenamente favorables. El 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia, asentado en un sistema defensivo organizado, apoyado por la artillería y la aviación de asalto y con el flanco protegido por las tropas del Ejército de Pújov, llegadas en su ayuda, había rechazado exitosamente todos los ataques de los alemanes.

El Ejército de Wenck que, según la idea de Hitler debería salvar Berlín, tuvo en los primeros ataques bajas cuantiosas sin conseguir nada.

Mientras tanto, Hitler, en su cancillería imperial, no cesaba de exigir que le informaran cómo marchaba la ofensiva del Ejército de Wenck, obsesionado literalmente por éste, del que esperaba su salvación.

Acabo de mencionar al teniente general Vasili Gueórguievich Riazánov, Jefe del 1er Cuerpo de aviación de asalto. Quisiera hablar de él un poco más detalladamente.

Hombre de una original vida militar, fue uno de los mejores jefes de aviación con quien me correspondió trabajar en mis funciones de Comandante de Frente.

Hacía mucho que le conocía, ya en la 17ª División de Nizhni Nóvgorod, que yo mandé, allá por la década del 30. A la sazón, Riazánov era instructor de la Sección Política de la División, sumamente instruido y conocedor de su labor. A mediados de la década del 30 ingresó en la Academia de Aviación Militar, la terminó, pasando luego a estudiar en unos cursos de perfeccionamiento. Mandó después varias unidades grandes y medianas de aviación. Durante cierto tiempo encabezó una Brigada, que, como unidad modelo de aviación, estaba adjunta a la Academia de Aviación Militar Zhukovski. Y aunque comenzó a volar relativamente tarde, lo hacía bien.

En su vida militar Riazánov pareció pasar dos etapas de servicio: primero, como instructor político y, después, como jefe de aviación.

Durante la guerra mandó un Cuerpo de aviación, primero, en la composición del 2° Frente de Ucrania y, después, en el 1° de Ucrania. Vasili Riazánov era un concienzudo cumplidor de las misiones combativas, que jamás se quejó de las dificultades meteorológicas ni de otro tipo. Sus aparatos de vuelo rasante se lanzaban sobre el enemigo, no importa el tiempo que hiciera, y siempre y en todas partes ejecutaron cualesquiera misiones.

Recuerdo con admiración las acciones de Riazánov durante el forzamiento del Dniéper por el 2° Frente de Ucrania. Ocurrió esto en Perevoloki, en el mismo sitio donde en otra época cruzó el Dniéper Carlos XII, huyendo después de la batalla de Poltava. En este mismo lugar, doscientos treinta años después, cruzábamos el río nosotros. Y aunque el sitio de paso era cómodo, la situación por eso no dejaba de ser difícil.

El 7° Ejército de infantería de la Guardia, bajo el mando del coronel general Mijaíl Stepánovich Shumílov, cruzó el río y se aferró a la orilla opuesta. Pero, expresándonos metafóricamente, la cabeza y el tronco del Ejército estaba ya en la orilla, en tanto que las piernas las tenía en el agua.

Los hitlerianos intentaban furiosamente desalojar a Shumílov de la pequeña cabeza de puente. Un día se agudizó tanto la situación que Shumílov me llamó por teléfono, diciéndome: "Todo hace suponer que no podré seguir manteniéndome. Pido permiso para abandonar la cabeza de puente". En vista de ello volé en un U-2 hasta el puesto de mando de Shumílov, enclavado en la misma orilla del río, frente al terreno ocupado en la margen opuesta.

En el observatorio se encontraban los jefes de dos cuerpos de aviación: Riazánov, del de asalto, y Podgorny, del de cazas.

La aviación enemiga atacaba furiosa e incesantemente la cabeza de puente, el observatorio de Shumílov, los puntos de paso y la retaguardia. La situación se tornaba realmente crítica, a pesar de que Shumílov era un maestro de la defensiva: si se aferraba a una posición esto significaba que no habría fuerza humana que lo desalojara de allí. (A propósito y para que no se forme una opinión unilateral, Shumílov era en igual medida un maestro de la ofensiva.) Pero el solo

hecho de que hubiese pedido permiso para abandonar la cabeza de puente evidenciaba que le apretaban de lo lindo.

Los aviones alemanes llegaban en oleadas sucesivas, por cierto, casi impunemente. Nuestros cazas, mientras tanto, actuaban con bastante pasividad, aparte de que eran muy pocos. En el primer momento dije unas palabras poco lisonjeras al Jefe del Cuerpo de cazas, sin que por eso mejorara la situación, y si lo fue, muy poco.

Al cabo de algún tiempo se nos echó encima un nutrido grupo de "Focke-Wulf" que comenzó a ametrallar a todo ser viviente en el punto de paso.

En aquel preciso momento, después de soltar sus bombas sobre los tanques alemanes, nuestros aviones de asalto retornaban a su aeródromo. Riazánov estaba a mi lado. No pude contenerme y le dije:

– ¡Riazánov! ¡No puede permitirse que los "Focke-Wulf" sean los amos del campo de batalla. Vuelva a sus rasantes. Disperse al enemigo!

Y sin la menor vacilación, Riazánov ordenó a sus aviones dar vuelta. Esta maniobra sorprendió completamente al adversario. Los nueve aparatos de asalto, en grupo compacto, entablaron combate y derribaron tres o cuatro "Focke-Wulf", poniendo en fuga al resto.

Habría pasado más de una hora cuando Podgorny puso también orden en su Cuerpo de cazas. Sus aparatos, mejor que antes, cubrieron los pasos del río.

Por segunda vez tuve la satisfacción de presenciar las acciones de los aparatos de asalto de Riazánov durante la operación de Duklin, cuando el 38° Ejército del general Moskalenko se abría paso por los Cárpatos, y Riazánov apoyaba desde el aire la ofensiva de la infantería y los carros. Sus aviones volaban casi rozando las montañas, estaban constantemente sobre el campo de batalla, asumiendo una parte considerable de las dificultades propias de la guerra en las montañas.

Ahora, apoyando al Cuerpo de Ermakov en Treuenbrietzen, Riazánov realizaba nuevamente una gran labor: ayudó a impedir la rotura del 12° Ejército de Wenck para ir al encuentro del 9° Ejército de Busse, que simultáneamente intentaba salir del cerco.

Los pilotos de vuelo rasante de Riazánov fueron los mejores que conocí durante toda la guerra. El propio Riazánov era un jefe de gran cultura, elevado sentido de organización

y cumplidor inigualable de su deber militar. Falleció después de la guerra, siendo todavía relativamente joven, pérdida que me causó gran dolor. . .

Mientras los rasantes de Riazánov y los tanquistas de Ermakov, dirigidos por el propio Leliushenko, Jefe del 4° Ejército de carros de la Guardia, repelían los ataques del Ejército de Wenck en las cercanías de Treuenbrietzen, el flanco derecho del 4° Ejército terminaba la maniobra de cercar a la agrupación enemiga berlinesa. Al caer la tarde, la distancia al oeste de Berlín, entre las tropas de Leliushenko y las del 1er Frente de Bielorrusia no pasaba de diez kilómetros.

A aquella misma hora, en el anillo interno de nuestro cerco que envolvía al 9° Ejército de Busse, las tropas de Górdov que combatían aproximadamente en las mismas líneas, advertían ya que en algunas direcciones los hitlerianos buscaban nuestro punto más débil para escapar. La misma presión comenzaron a sentir las divisiones del 28° Ejército de Luchinski que enlazaban con las tropas de Górdov.

En el sector central del Frente, el 13° Ejército de Pújov, apoyando con parte de sus fuerzas a los tanquistas que rechazaban los ataques del Ejército de Wenck, con otros dos cuerpos de infantería proseguía la ofensiva por la orilla del Elba hacia el oeste. Al final del día, las tropas de Pújov progresaron diez kilómetros y llegaron a las afueras de Wittenberg. Pújov me lo comunicó por teléfono, diciéndome en un tono más solemne que de ordinario algo sobre la belleza de la ciudad de Wittenberg y de su magnífico convento.

Confieso que estaba tan embebido en la vorágine de los asuntos del Frente que no pude recordar de momento a qué debía su fama Wittenberg. Sólo tuve conciencia de ello algo más tarde, cuando Nikolái Pávlovich Pújov me aclaró las causas de su tono emocional, recordándome que en Wittenberg, donde habían entrado sus unidades, estaba enterrado Martín Lutero.

En el Elba, en un frente de ochenta kilómetros de extensión quedó solamente el 34° Cuerpo de infantería de la Guardia del general Baklánov, mientras que las unidades del 5° Ejército de la Guardia de Zhádov emprendían la ofensiva contra la agrupación de Görlitz.

El Cuerpo de caballería de Baránov llegó al Elba, lo cruzó, rebasando por el noroeste la ciudad de Meissen.

Nuestra aviación hizo durante el día dos mil vuelos-avión. De los doscientos diez aparatos enemigos localizados en el aire, doce fueron abatidos.

Entre los acontecimientos remarcables de aquella jornada merece señalar el importante cambio de bases de la aviación soviética, hasta entonces enclavadas al este del Neisse. Para poder apoyar operativamente a las tropas, adelantaba ahora sus aeródromos al oeste. Este cambio afectaba, principalmente, a la aviación de caza y de asalto. Los bombarderos quedaban en sus aeródromos anteriores, pues su gran radio de acción les permitía continuar las operaciones desde ellos.

Al caer la tarde, tuvimos noticias de que la agrupación enemiga de Görlitz, en lo fundamental, había sido contenida.

A las doce de la noche me llamó por teléfono el general Gluzdovski, Jefe del 6° Ejército, quien como de costumbre empezó a presionarme para que le permitiera atacar más activamente Breslau. Se lo negué de nuevo.

Por sus efectivos en hombres, su Ejército era inferior a la agrupacion enemiga encerrada en Breslau. Pero Gluzdovski tenía superioridad considerable en artillería y contaba con cierto número de carros de combate para maniobrar si los alemanes intentaban salir del cerco. Las acciones de su Ejército no se limitaban simplemente al servicio de patrullas, sino que hostilizaban incesantemente al enemigo con *artillería y, en general, le hacían la vida imposible en la* plaza asediada.

Como el final de la guerra ya se vislumbraba, yo estimaba que no había necesidad ninguna de emprender el asalto de Breslau. Puesto que esta ciudad-fortaleza no la habíamos podido tomar sobre la marcha en los primeros días, continuarla atacando ya no tenía objeto. Había que mantener a la plaza bajo el fuego de nuestros cañones y, de vez en cuando, mediante un ultimátum, recordar a los alemanes que su situación era desesperada y que no tenían salida.

En aquellos días, Breslau me preocupaba poco. Mucho más me intranquilizaba el 9° Ejército de Busse, copado al sudeste de Berlín. Ahora, cuando todo el terreno entre este Ejército y Berlín lo ocupaban nuestras tropas y sus tentativas de abrirse paso hacia la capital ya no tenían sentido, me convencía cada vez más de que, a juzgar por todos los datos, buscaría salida hacia el sudoeste a través del despliegue de nuestro 1er Frente de Ucrania. Para esto debíamos estar preparados.

Lo principal en este día interesante y agotador, tomado en su conjunto, fue el comienzo de los combates directos por Berlín. Condicionalmente puede decirse que aquel día terminó la primera etapa de la batalla de Berlín: la rotura de su línea defensiva y el doble cerco de la agrupación berlinesa por nuestras tropas. Comenzaba la última etapa, la culminante, de la batalla para conquistar Berlín y derrotar definitivamente a la Alemania hitleriana.

En el desarrollo de la operación, aquella fue una jornada crucial en todas las direcciones para las tropas del 1er Frente de Ucrania. Un día agotador, pero bueno, por el éxito del cual no habría estado mal apurar un trago después de terminar todos los asuntos del día. Sin embargo, para nada superfluo, incluso tomar una copa antes de dormir, tuve tiempo. Aparte de que mi estado de salud en aquella época tampoco me lo hubiera permitido.

Antes de pasar a narrar los acontecimientos ocurridos el siguiente día 25, quiero retrotraerme un poco al pasado.

Recordando al general Riazánov que comenzó su carrera militar como instructor político y más tarde fue piloto y alto jefe de aviación, decía que este camino era original, aunque en nuestro ejército no tan insólito como pudiera parecer. Hablando así, recordaba hasta cierto punto mi propia historia. Comenzando mi servicio militar en el ejército zarista como soldado de artillería, antes de recorrer mi camino desde Jefe de Regimiento hasta Comandante de un Frente, fui durante la guerra civil comisario de Brigada, después comisario de la 2ª División de Vérjniaya Udinka y posteriormente comisario del 17° Cuerpo de infantería de Primorie, en el Extremo Oriente. Por consiguiente, también yo entregué varios años enteros al trabajo de comisario político.

Lo saco a colación ahora para recordar a un hombre interesante e incluso magnífico, al que me unió el destino en aquellos años, cuando me dirigía al X Congreso del Partido. Se trata de Alexandr Buliga, comisario político de una Brigada de guerrilleros del Extremo Oriente, conocido más tarde en todo el país como el escritor Alexandr Alexándrovich Fadéiev.

Los dos habíamos sido elegidos por las organizaciones militares del partido del Extremo Oriente como delegados al X Congreso y durante casi todo un mes viajamos en un

mismo departamento del tren desde Chitá hasta Moscú y comimos de una misma marmita. Ambos éramos jóvenes: yo iba para los veinticuatro años y él para los veinte; nuestra confianza y simpatía eran mutuas. El me agradaba por su rectitud y franqueza, su sencillez amistosa que incitaba a entablar relaciones más íntimas y de buena camaradería. Esta amistad, iniciada durante el largo camino a través de Siberia, se fortaleció en el propio congreso.

Después de la comunicación de Lenin acerca de la crítica situación en Cronstadt y de su llamamiento de enviar una parte de los delegados al congreso como refuerzo de nuestras unidades que empezaban la liquidación del motín, tanto Fadéiev como yo, sin ponernos de acuerdo, entregamos unas notitas a la presidencia en las que nos ofrecíamos voluntarios para ir a Cronstadt.

Ya no recuerdo si se enroló alguien más de nuestra delegación del Extremo Oriente, sea como fuere, en las cercanías de Cronstadt sólo me encontré con Fadéiev.

Durante el congreso habíamos vivido en una habitación en la Tercera Casa de los Soviets. Nuestros lechos estaban juntos. Alistándonos para Petrogrado fuimos en un mismo tren, por cierto, el de Mijaíl Vasilievich Frunze.

En Petrogrado, a los delegados del congreso los distribuyeron en dos direcciones: una parte, a la de Oranienbaum y, la otra, a la de Siestroretsk. También allí nos destinaron al grupo que preparaba la ofensiva contra los fuertes numerados de Cronstadt. Sólo que en este grupo caímos en subdivisiones distintas. Fadéiev fue a parar a la infantería y yo, como antiguo artillero, a una batería.

La situación era confusa, las conversaciones y el estado de ánimo, de los más diversos, algunos cursantes se habían negado a ir al ataque y los artilleros a disparar. Cierto que era difícil luchar contra la artillería de plaza de grueso calibre y contra acorazados de línea sublevados como el *Petropávlovsk* y el *Sebastopol*, armados con cañones de doce pulgadas. Naturalmente que nuestra artillería de campaña no podía reportar ningún efecto directo, pero su provecho indirecto tenía también importancia. La infantería que avanzase por el hielo debería sentir que era apoyada. Por esta razón, toda la artillería de campaña existente fue destinada para el asalto de la fortaleza amotinada, principalmente, para acompañar con su fuego a las tropas cuando avanzasen por el hielo del Golfo de Finlandia.

El observatorio de nuestra batería se encontraba en la punta Lisi Nos. Cerca de este punto me separé entonces de Fadéiev, que se incorporaba a la infantería como combatiente político. Yo quedé en aquella batería también como combatiente político.

La ofensiva resultó muy pesada. La nieve que cubría el hielo se derretía, pero debajo del agua el hielo era todavía duro. Comenzamos el avance en la oscuridad, envueltos en niebla y camuflados con batas blancas. A pesar de esto, los amotinados descubrieron a la infantería que avanzaba desplegada en guerrilla y abrieron contra ella fuego de barrera desde los fuertes y los barcos de guerra. El cañoneo nos ensordecía literalmente con la potencia de los proyectiles rompedores de doce pulgadas. Si ya en tierra firme es de por sí bastante desagradable cuando revienta cerca una granada de este calibre, en cuyo embudo puede ubicarse toda una casa de dos pisos, en el hielo es aún más aterradora su acción.

Pero lo más tragico no residía en los estallidos de los proyectiles de grueso calibre, sino en que cada uno de ellos, independientemente de que hiciera o no blanco, abría un enorme embudo que casi inmediatamente se cubría con una fina capa de esquirlas de hielo, apenas visible. En aquella semioscuridad, en las apresuradas carreras bajo el fuego, nuestros combatientes solían caer en estos embudos, ahogándose inmediatamente.

Así fue como Fadéiev y yo participamos en un acontecimiento insólito en la historia de las guerras: cuando una fortaleza marítima de primer orden, defendida complementariamente por barcos de línea, fue tomada al asalto por tropas terrestres.

No fue cosa fácil, pero el entusiasmo revolucionario era tan grande, que todos, lo que se dice todos, comenzando por Tujachevski, que dirigía la operación, y Voroshílov y Dibenko, que iban en los órdenes de combate, y acabando por los combatientes rasos, incluidos nosotros, los combatientes políticos, delegados al congreso, ardíamos en un solo deseo, acabar cuanto antes con el Cronstadt sublevado, liquidar este motín tan desagradable y peligroso en aquel histórico momento para todo el País de los Soviets.

No vi a Fadéiev durante el combate. Cada cual estaba absorbido por su trabajo y hasta que no cumplimos totalmente la misión, mientras no limpiamos Cronstadt, ni yo ni

los restantes estuvimos en condiciones de pensar en otra cosa.

Después de tomar Cronstadt y de regresar a la orilla, sólo cuando llegué al puesto de mando del grupo de artillería, supe que a los delegados al X Congreso se les ordenaba regresar a Petrogrado. Nuestra misión había concluido.

Durante el viaje a Moscú, pensando mucho en los acontecimientos en que acababa de tomar parte, me parecía que puesto el motín había sido aplastado, también la guerra había concluido. Cierto que allá, en el Extremo Oriente, aun quedaban los japoneses y los guardias blancos, pero ya no sentía deseos de reintegrarme a Primorie, suponía que había luchado lo que me correspondía y tenía derecho a pedir que me destinaran al trabajo pacífico civil.

Esto fue precisamente lo que dije en el Comité Central. Pero no accedieron a mi petición. "No, querido camarada, póngase a disposición de la Dirección Política del Ejército que será quien determine a dónde destinarle y a qué cargo".

Y la Dirección Política lo determinó, dejándome para toda mi vida en el ejército.

Cuando regresé del CC a la Tercera Casa de los Soviets, vi que los delegados que habían estado en Cronstadt aún no se habían marchado. A la sazón, el congreso había terminado su trabajo, pero se hablaba que de un momento a otro Lenin hablaría especialmente a los delegados del congreso que habían ido a Cronstadt. La posibilidad de escuchar a Lenin la esperábamos con entusiasmo y hasta, confieso, la entendíamos como una recompensa merecida por nuestra participación en Cronstadt.

Y así fue. Muy pronto en la sala de Sverdlov, Lenin nos comunicó que la contingentación iba sustituyéndose por el impuesto en especie, repitiendo, en esencia, el informe fundamental que hizo en el congreso.

En la sala completamente abarrotada se veían muchos heridos con los blancos vendajes.

Vladímir Ilich se dirigía a nosotros y, escuchándole, nos sentíamos doblemente satisfechos: porque habíamos cumplido nuestra misión en Cronstadt y porque estábamos allí sentados vivos y sanos escuchando a Lenin.

Presentíamos que nos aguardaba una lucha dura para poner en práctica la línea expuesta en el informe de Lenin y que tendríamos que luchar con especial decisión contra los

trotskistas. La discusión con ellos ya había comenzado antes del congreso.

Cuando Lenin acabó de hablar alguien de nosotros propuso retratarnos juntos. Vladímir Ilich accedió gustoso, salimos de la sede del Gobierno a la calle y nos fotografiamos.

De nuevo (a pesar de todo) me destinaron al Extremo Oriente. Me incorporé a la División y luché allí hasta que no terminamos con todos los guardias blancos. Sólo en el año 1923 me trasladaron del Extremo Oriente a Ucrania, con el 17° Cuerpo de infantería de Primorie.

Por aquella época, o quizás un poco más tarde, leí en una revista el primer trabajo publicado de Fadéiev. Pero sólo después de leer *La derrota* supe que aquel escritor, hasta entonces para mí desconocido, no era otro que el propio Buliga, a quien conocía tan bien.

Como hombre que conocía el carácter de la guerra civil en el Extremo Oriente, *La derrota* me produjo una gran impresión por su veracidad y me recordó a muchas personas conocidas.

Más tarde, estudiando en la Academia Frunze me correspondió hacer todo un informe acerca de *La derrota*. Debo decir que lo hice con una gran emoción interna y que además de la charla sobre el libro me permití exponer ciertos recuerdos acerca del autor como comisario político de Brigada y delegado al X Congreso.

En el veintenio transcurrido entre las guerras civil y Patria me encontré con Fadéiev sólo una vez, en uno de los congresos del partido, y de una manera fugaz, no recuerdo por qué sucedió así.

Estalló la Gran Guerra Patria. Mando el 19° Ejército. Se combate a las puertas de Smolensk y en la dirección de Yártsevo. En aquellos días llegaron a mi puesto de mando tres escritores: Alexandr Fadéiev, Mijaíl Shólojov y Evgueni Petrov.

Nuestro encuentro en jornadas tan críticas fue, así lo estimo, interesante. Para los escritores fue de utilidad porque tuvieron ocasión de ver la guerra de cerca y para mí porque pude apreciar que el país comprendía justamente cuán difícil nos era y por eso sus mejores escritores acudían a nosotros, a los soldados, estaban en la primera línea y en las formaciones de combate. No oculto que en aquella época su presencia fue para nosotros un gran apoyo moral. Además de otros muchos aspectos, esto reafirmaba que la intelectualidad

soviética de vanguardia estaba dispuesta a compartir hasta el fin la suerte de su pueblo y que ella creía en la victoria definitiva.

Al despedirse, los tres prometieron escribir acerca de sus encuentros con los combatientes del 19° Ejército. Cierto que esta promesa sólo la cumplió Evgueni Petrov, quien publicó en *Ogoniok* una correspondencia muy cariñosa y buena.

Me encontré por segunda vez a Fadéiev durante la guerra, en el invierno de 1942, cuando mandaba el Frente de Kalinin. La ciudad de Kalinin ya había sido liberada. Alexandr Alexándrovich llegó a mis tropas cuando la ofensiva continuaba.

También hablé con Fadéiev después de la guerra, pero ahora me circunscribo conscientemente a los recuerdos de él vinculados a dos guerras: la civil y la Patria.

25 de abril

El Ejército de Ribalko y un Cuerpo de infantería del 28° Ejército de Luchinski combatieron encarnizadamente durante todo el día en la parte meridional de Berlín. A los tanquistas les correspondió una misión insólita para ellos: asaltar una plaza fortificada, tomar casa tras casa y calle tras calle.

Los tanquistas de Ribalko habían participado muchas veces en la conquista de grandes ciudades, cosa que casi siempre hicieron maniobrando, rodeándolas, obligando al enemigo a retirarse o a huir. En Berlín, en cambio, tenían que tomar cada pulgada de terreno y, además, con los alemanes abundantemente pertrechados con una arma tan peligrosa para los carros como los lanzagranadas faust.

El empuje de los tanquistas se vio coronado por el éxito: cuando llegó la tarde de este día habían profundizado de tres a cuatro kilómetros en el interior de Berlín, limpiaron de tropas fascistas los distritos de Zehlendorf y Lichterfelde y luchaban ya por Steblitz.

Esta cruenta lucha, en la que a un asalto le sucedía otro, nos exigió crear los destacamentos de asalto, organización combativa especial. Durante los combates de Berlín, cada uno de estos grupos lo formaban, desde una sección hasta una compañía de infantería, tres o cuatro carros, dos o tres cañones autopropulsados, dos o tres rampas de artillería reactiva pesada, un grupo de zapadores con explosivos de gran

potencia (y debo decir que durante los combates en Berlín ellos desempeñaron un papel especialmente grande) y varias piezas de artillería de acompañamiento para tiro directo: cañones de 85 y 122 milímetros y cañones-obuses de 152 y 203 milímetros.

Cuanto más profundizábamos tanto más sólida y orgánicamente uníamos a los tanquistas con la infantería. En los combates en ciudades, el carro se encuentra en situación difícil por su campo visual limitado, especialmente en las calles estrechas y las barriadas con muchos edificios. La infantería, en cambio, disponía de un panorama más amplio y, en muchos casos, ayudaba a los tanquistas. A pesar de todo su arrojo, los tanquistas no podían por sí mismos lograr un éxito decisivo en la lucha callejera.

Mientras Ribalko peleaba en Berlín, el Ejército de Leliushenko seguía combatiendo por hacerse con los pasos a través del río Havel, al sudeste de Potsdam. El 6° Cuerpo mecanizado de la Guardia de Leliushenko cruzó el río Havel y a las 12 de la mañana entró en contacto con las unidades de la 328ª División del 47° Ejército del general Perjoróvich. Desde aquel momento, las tropas de los frentes 1° de Ucrania y 1° de Bielorrusia enlazaron directamente al oeste de Berlín, soldando sólidamente el anillo de cerco. Después de unirse, el 6° Cuerpo mecanizado de Leliushenko y el 47° Ejército de Perjoróvich continuaron la ofensiva sobre Potsdam.

En el ala derecha extrema del Frente, el Ejército de Górdov libraba cruentos combates contra la agrupación de Francfort-Guben.

La situación del 9° Ejército alemán, atenazado ahora entre dos frentes –el 1° de Bielorrusia, que le atacaba desde el este y el norte, y el 1° de Ucrania, que le cerraba los caminos desde el sur y el sudoeste–, se tornaba por momentos más catastrófica. Sin embargo, todavía estaba en condiciones de luchar: el 25 de abril reagrupó sus fuerzas y siguió tanteando los sitios débiles en nuestro despliegue con la esperanza de abrir brecha e ir a la unión con el Ejército de Wenck.

En el oeste, el Ejército de Pújov y el 5° Cuerpo mecanizado del Ejército de Leliushenko seguían en sus líneas anteriores combatiendo contra las tropas del Ejército de Wenck. En este sector, en un frente bastante ancho, Wenck desplegó varias divisiones de infantería apoyadas por carros.

Pienso que los jefes de los ejércitos alemanes 9° y 12°, el mando del Grupo de Ejércitos "Vístula" tenían forzosamente

que conocer la situación real que hacía de antemano irrealizables los planes que de una u otra forma intentaban llevar a cabo.

En sus memorias escritas después de la guerra, los antiguos generales hitlerianos que participaron en esta operación, incluido el general Tippelskirch, culpan de todas las absurdas disposiciones de aquel período a Hitler, principalmente, y en parte, a Keitel y a Jodl.

En grado considerable esto es justo. La verdad es que el propio Keitel, que en los primeros momentos participó en la organización de la ofensiva del Ejército de Wenck, se las apañó para desinformar a las dos partes. A Wenck no le aclaró totalmente la situación trágica en que ya se encontraban el 9° Ejército cercado y el 3er Ejército hitleriano, semicopado al norte de Berlín, infundiéndole, pues, esperanzas vanas. A Hitler, en cambio, le informaba, exagerando falsamente las posibilidades reales del Ejército de Wenck.

Resultado de todo ello fue que Hitler siguió creyendo en la viabilidad de sus planes: en que los esfuerzos mancomunados de los ejércitos 9°, 12° y 3° podían aún salvarle a él y a Berlín. Es posible que su decisión de quedarse en Berlín estuviese dictada por estas esperanzas. Debo decir también que, por muy fantásticas que fueran las premisas de esta decisión, en ella existía cierta lógica. Los alemanes, repito, seguían aún confiando que en el último momento lograrían hacernos chocar con nuestros aliados.

Las nuevas tentativas del Ejército de Wenck en el sector Beelitz-Treuenbrietzen fracasaron también el 25 de abril. Los ataques eran furiosos, pero los rechazábamos felizmente y con el mínimo de bajas por nuestra parte.

Apoyando este día al 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia de Ermakov, el general Riazánov utilizó con especial fortuna sus aviones de vuelo rasante, los cuales actuaban en oleadas sucesivas y, como regla, a pequeñas alturas, regando a los tanques alemanes que avanzaban con pequeñas bombas anticarro. Las unidades blindadas enemigas sufrían ahora lo que en otro tiempo, en los años cuarenta y uno y cuarenta y dos, pasaron nuestros tanquistas, a quienes no dejaba vivir la aviación germano-fascista.

Todo indicaba que este día fue para Wenck un día de crisis sicológica. Continuaba llevando a cabo la orden recibida, pero se advertía que detrás de sus acciones ya no había

un objetivo real tan grande: atacaban simplemente por guardar las apariencias.

Todos los intentos enemigos de levantar el asedio de Berlín, y todos sus esfuerzos para partir en dos al 1er Frente de Ucrania y aislar a su agrupación de choque del resto de las tropas fracasaron claramente el 25 de abril. Ni a Hitler ni a los restos de sus tropas, agazapados bajo los escombros de Berlín, nada podía ya sacarlos de la ratonera en que se encontraban.

En los caminos de retirada del ejército hitleriano colgaban de postes y árboles los soldados ejecutados por supuesta cobardía en el combate o por haber abandonado las posiciones. He utilizado la palabra "supuesta", porque, según mis impresiones, los soldados alemanes pelearon tenazmente en aquella situación. No Hitler, o Keitel y Jodl, sino precisamente ellos fueron en aquellos días la única fuerza real que prolongó los días y las horas que faltaban para el ineluctable desenlace.

Colgando a sus soldados, la élite fascista quería por demorar, no importaba cómo, su propio fin. Y lo digo en el sentido más directo: su muerte física, porque su muerte moral ya hacía mucho que había acontecido.

¿Qué puede decirse de todo esto? Sólo una cosa, que era bastante vil y bastante desatinado.

En el propio Berlín estaba encerrada una agrupación bastante grande de tropas fascistas con no menos de doscientos mil hombres. La componían los restos de seis divisiones del 9° Ejército, una Brigada de seguridad SS, numerosas subdivisiones políticas, diez grupos de artillería, una Brigada de cañones de asalto, tres brigadas caza-tanques, seis grupos de artillería anticarro, una División de artillería antiaérea, los restos de otras dos divisiones de esta arma y varias decenas de batallones de la "Volkssturm". Además, cada día de lucha, la agrupación se completaba, en mayor o menor medida, a costa de la población.

Todos los habitantes de Berlín que se pudieron levantar a la lucha contra nuestras tropas atacantes, fueron puestos en pie de guerra. Armas no les faltaban. Además, la población civil se empleó en trabajos de fortificación y como municioneros, camilleros y hasta como exploradores.

Cuando hablo de las gentes vestidas de paisano que peleaban contra nosotros en las calles de Berlín, debo señalar un fenómeno característico para los últimos días de la guerra

y del periodo de la capitulación: parte de los soldados y oficiales del ejército alemán fascista se vestían de paisano y se mezclaban con la población local, tratando de no ser hechos prisioneros.

Mas en general –y en este caso me baso en los datos de los órganos de información del 1er Frente de Bielorrusia–, la cifra de que eran doscientos mil hombres los que defendían Berlín, me parece no del todo exacta. Lo más probable es que no fuera superior, sino inferior al número real.

Durante el 25 de abril se combatió encarnizadamente en Berlín. Al final de la jornada, el Ejército de Chuikov luchaba ya en las barriadas sudoeste de la parte central de Berlín, mientras que en Mariendorf había unido su flanco izquierdo con el Ejército de Ribalko. Este, reforzado con tres divisiones de infantería del Ejército de Luchinski, había limpiado de enemigo los suburbios sudoeste de Berlín y combatía por la localidad suburbana de Schmargendorf, avanzando al encuentro del 2° Ejército de tanques de la Guardia del general Bogdánov. Leliushenko seguía combatiendo en Potsdam y en Brandenburg.

Quiero decir unas breves palabras acerca de las dificultades que surgieron –y, agrego, no podía por menos de ser así– en esta etapa de la operación de Berlín, en lo que se refiere a nuestra cooperación con el 1er Frente de Bielorrusia. Cuanto más profundizaban las tropas de ambos frentes hacia el centro de Berlín, tanto mayores eran las dificultades que se presentaban, especialmente en el empleo y planteamiento de objetivos a la aviación.

Durante la lucha en las calles de una ciudad, en general, es muy complicado orientar exactamente los ataques de la aviación, precisamente contra los objetivos que en el momento dado deben ser atacados. Por doquier ruinas, todo envuelto en llamas, humo y polvo. Desde el aire es francamente difícil distinguir dónde se encuentra este u otro objetivo.

Por los partes de Ribalko deducí que se daban casos de sufrir bajas por nuestra propia aviación. En el maremágnum de los combates callejeros era difícil distinguir de qué Frente era la aviación que atacaba a sus propias fuerzas.

Cuando en una batalla campal, debido a descuidos de cualquier naturaleza, los aviones soltaban sus bombas sobre los suyos y, para colmo de males, les hacían bajas, esto

revestía siempre un carácter dramático y causaba gran malestar. Con especial agudeza se dejaba sentir esto en los combates por Berlín y, más aún, porque esta clase de partes llegaban unos tras otros durante todo el día 25 y, por lo visto, no sólo los recibía yo, sino también Zhúkov.

Los jefes de los dos frentes se dirigieron al Cuartel General del Alto Mando Supremo para que pusiera orden en los problemas relacionados con la cooperación ulterior de las tropas que luchaban en Berlín y terminar con discusiones a todos innecesarias.

Resultado de todo ello fue que el Cuartel General estableció una nueva línea de demarcación que pasaba por Mittenwalde, Mariendorf, Tempelhof y la estación de Potsdam. Todos estos puntos, como se formula en los documentos militares, quedaban incluidos en la zona del 1er Frente de Ucrania.

Esto ocurría por la tarde. Mas cuando llegó el momento de ajustarse a la nueva línea divisoria resultó que todo un Cuerpo de Ribalko la había rebasado mucho y se encontraba en una zona que ahora pertenecía al 1er Frente de Bielorrusia. No había más remedio que sacarlo del centro de Berlín y llevarlo detrás de la nueva línea de demarcación. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo. Todo el que ha combatido comprenderá qué esfuerzo sicológico tuvo que hacer Ribalko para retirar a sus tanquistas detrás de la línea establecida.

La cosa no era para menos: fueron los primeros que entraron en la brecha abierta en la defensa, los primeros que torcieron hacia Berlín, que tomaron Zossen, que forzaron el canal Teltow, que desde las mismas afueras de Berlín se habían abierto paso combatiendo hasta el centro de la capital y, ahora, en la fase culminante de la última batalla, recibían la orden de ceder sus posiciones al vecino. ¿Era fácil conformarse?

Ni que decir tiene que la orden es la orden y se sobrentiende que hay que cumplirla a rajatabla. Y así se hizo, pero no fue fácil.

Como vemos, el 25 de abril estuvo lleno de acontecimientos importantes. Pero el más destacado no sucedió en Berlín, sino en el Elba, en el 5° Ejército de la Guardia del general Zhádov, donde el 34° Cuerpo de infantería de la Guardia del general Baklánov entró en contacto con las tropas norte-

americanas. Precisamente allí, en el centro de Alemania, el ejército hitleriano fue definitivamente partido en dos.

En Berlín, en sus cercanías y más al norte quedaban aún unidades de los ejércitos 3°, 9° y 12°, y, en el sur, todo el Grupo de Ejércitos "Centro", bajo el mando del mariscal de campo Schörner.

La propia unión de las fuerzas se hizo en situación tranquila, sin combatir con el enemigo; fue el resultado de muchos años de lucha, de una serie de operaciones y batallas que aproximaron el encuentro en el Elba. Hasta que, por fin, nos encontramos.

Citaré un breve extracto del parte que enviamos al Cuartel General:

"El 25 de abril del año en curso, a las 13.30, en la zona del 5° Ejército de la Guardia, en el sector Strehla, en el río Elba, las unidades de la 58° División de infantería de la Guardia se encontraron con un grupo de exploración de la 69ª División de infantería del 5° Cuerpo del 1er Ejército norteamericano.

La misma fecha, en el sector de Torgau, en el río Elba, el batallón de vanguardia del 173° Regimiento de infantería de la Guardia, de la citada 58ª División de la Guardia, entró en contacto con otro grupo de exploración de la 69ª División de infantería del 5° Cuerpo del 1er Ejército norteamericano".

Ya hace mucho que deseaba, aunque sea brevemente, hablar de Alexéi Semiónovich Zhádov, Comandante del 5° Ejército de la Guardia. Por lo visto, corresponde mejor hacerlo ahora cuando, cierto es, sin terminar su camino combativo (aún debería marchar sobre Praga), su Ejército llegó al Elba y fue el primero que entró en contacto con los norteamericanos.

Me encontré por primera vez con Alexéi Semiónovich Zhádov cuando era teniente general y mandaba el 5° Ejército de la Guardia, en junio de 1943, en ocasión de que yo tomaba el mando de las tropas del Frente de la Estepa. Anteriormente, su Ejército, formando parte del Frente del Don, había luchado en las cercanías de Stalingrado, haciendo prisionera en la etapa final de los combates a la masa fundamental de la llamada agrupación stalingradense alemana norteña, con su jefe el coronel general Strecker. Después, su Ejército se incorporó a nosotros, y como todo el Frente de la Estepa, estuvo en reserva, preparándose para futuras acciones.

Ya en nuestro primer encuentro –cuando recorríamos los sectores preparados por su Ejército para la defensa–, Zhádov me produjo buena impresión por la claridad, concisión y firmeza de sus opiniones.

Ocurre a veces que la primera vez que vemos a una persona nos suscita confianza y respeto, sentimientos que perduran siempre en nosotros. Lo mismo ocurrió en mis relaciones con Zhádov. Jamás vaciló mi confianza en él durante toda la guerra, que hicimos juntos, primero en el Frente de la Estepa, luego en el 2° Frente de Ucrania y, por último, en el 1er Frente de Ucrania. Esta confianza y respeto por él las conservé después de la guerra, cuando fui Comandante en Jefe del Ejército de Tierra y tuve posibilidades de valorarle en el cargo de primer adjunto mío.

Durante la batalla en el arco de Kursk, Zhádov, como Jefe, y todo su Ejército fueron un ejemplo de resistencia. El rechazo del ataque alemán en Prójorovka por el 5° Ejército de la Guardia de Zhádov y el 5° Ejército de tanques de Rótmistrov fue, indudablemente, el acontecimiento decisivo en toda la situación existente en el ala sur de la batalla de Kursk. Poco tiempo después, el 5° Ejército de la Guardia llegó al Dniéper, lo forzó en el sector de Kremenchug y conquistó una cabeza de puente en la orilla opuesta.

En diciembre de 1943, Zhádov participó con su Ejército en la operación de Kirovogrado, operación local calculada para liquidar el entrante alemán en nuestra defensa y crear condiciones favorables para llevar a cabo la siguiente operación de Korsun-Shevchénkovski. Pero esta operación local hubo que realizarla en condiciones muy duras, en invierno, *en diciembre, y contra una posición defensiva alemana muy* fuerte, muy saturada con carros de combate. El 5° Ejército de Zhádov cumplió la misión principal en la rotura de la defensa enemiga y en la liberación de Kirovogrado. Sus tropas demostraron gran arrojo y destreza militar y a ellas, en sumo grado, les debimos el éxito general de la operación.

Cuando en el año 1944 pasé a mandar el 1er Frente de Ucrania y tuve que planificar la importante operación de Lvov-Sandomierz y el Frente necesitaba grandes reservas, me dirigí al Cuartel General pidiéndole que me transfiriera también el Ejército de Zhádov (a la sazón en reserva del 2° Frente de Ucrania, descansando y completándose). El Cuartel General accedió y yo hice con Zhádov toda la campaña, hasta el final de la guerra.

En los días de la operación de Lvov-Sandomierz cuántas veces tuve que contenerme para no sacar de la reserva al 5° Ejército de la Guardia y encomendarle misiones que, pensadas razonablemente, podían realizarse sin él. Me contuve y lo introduje al combate sólo en el momento decisivo de la batalla: en el Vístula se había entablado una lucha cruentísima por la cabeza de puente de Sandomierz.

Los alemanes habían traído a aquel sector grandes contingentes de infantería y tanques y nos presionaban tenazmente. La situación era muy crítica, particularmente en nuestro flanco izquierdo.

Entonces fue cuando dijo "aquí estoy yo" el 5° Ejército de la Guardia mandado por Zhádov. Sus tropas hicieron cambiar radicalmente el carácter de los combates: directamente, sin detenerse, arrollaron a toda la agrupación enemiga que se nos oponía en la margen oriental del Vístula, desbrozaron el camino a los pasos del río y los aseguraron. Luego, el 5° Ejército pasó él mismo a la cabeza de puente de Sandomierz y ocupó la defensa en el flanco izquierdo.

Tres veces emprendieron los hitlerianos ataques masivos con varias divisiones de tanques y otras tantas los rechazó el 5° Ejército de la Guardia, demostrando bajo la dirección de su Comandante una resistencia extraordinaria que merece mayores elogios si se tiene en cuenta que entre los carros del enemigo, además de los "Ferdinand", "tigres" y "panteras", participaron por primera vez en la guerra los "tigres reales".

Alexéi Semiónovich Zhádov siempre pensaba a fondo sus decisiones y conocía perfectamente la situación. Lo que resolvía lo hacía con toda minuciosidad y hasta el fin. Por cierto, que esta minuciosidad no le restaba movilidad y diligencia operativa, sino que, por el contrario, se compaginaba armoniosamente con ellas.

En el difícil período de posguerra, cuando efectuábamos medidas para restructurar el ejército, analizando y sintetizando concienzudamente la experiencia de la guerra y cristalizándola en reglamentos e instrucciones, Zhádov fue un especialista insustituible. Conocía las tropas terrestres –y me atrevo a afirmarlo– como ningún otro.

Describiendo las operaciones finales de la Gran Guerra Patria, recuerdo con profunda satisfacción entre mis más cercanos compañeros de armas a Alexéi Semiónovich Zhádov, Comandante de Ejército de talento, verdadero trabajador de

la guerra y un maestro auténtico del adiestramiento y educación de las tropas en tiempos de paz.

26 de abril

Se combatía día y noche en el mismo Berlín, y al llegar a este punto deseo, sin ajustar, por decirlo así, estas observaciones a una fecha determinada, quiero detenerme en el carácter de la defensa de Berlín.

He tenido ocasión de escuchar opiniones acerca de que los combates en Berlín se hubieran podido, al parecer, llevar con menos furor, encarnizamiento y premura, teniendo así menos pérdidas.

En estos enjuiciamientos existe una lógica externa, pero se olvidan de lo más principal, cuál era la situación real, la verdadera tensión de la lucha y la auténtica moral de los hombres, obsesionados por el anhelo apasionado e impaciente de acabar cuanto antes la guerra.

Los que quieran juzgar de si estuvieron o no justificadas tales o cuales víctimas, si se pudo o no tomar Berlín un día o dos más tarde, deben de tener esto en cuenta. De lo contrario, no comprenderán un ápice en la situación en que se peleó en Berlín.

Como es sabido, desde el 24 de abril mandaba la defensa de Berlín el general de artillería Weidling, anteriormente Jefe del 56° Cuerpo de carros de combate. Goebbels era el comisario imperial de la defensa de Berlín, mientras que la dirección general de la defensa la realizaba personalmente Hitler con Goebbels, Bormann y Krebs, último jefe de su Estado Mayor Central.

Goebbels encabezaba los organismos de poder civil y respondía de la preparación para la defensa de la población de Berlín. En lo que a Weidling se refiere, cuando se hizo cargo de la jefatura de la defensa de Berlín, recibió de Hitler una orden bastante categórica: defender la capital hasta el último hombre.

Los hitlerianos prepararon Berlín para una defensa sólida y rígida, calculada para mucho tiempo y basada en un sistema denso de fuegos, de los puntos de apoyo y de los nudos de resistencia. Cuanto más cerca del centro de la ciudad más compacta era la defensa. Sólidos edificios de ladrillo y piedra con gruesos muros se habían adaptado para un asedio. Los huecos de las ventanas y puertas de muchas casas se habían tapado, dejando sólo aspilleras para hacer fuego.

Varios inmuebles fortificados de tal guisa formaban un nudo de resistencia. Los flancos se protegían por sólidas barricadas de hasta cuatro metros de espesor, que servían al mismo tiempo de potentes obstáculos anticarro. Para levantarlas se habían utilizado troncos y tierra, cemento y hierro. Especialmente se fortificaban los edificios que hacían esquina, desde los que se podía hacer fuego de flanco y cruzado. Todo esto, desde el punto de vista de organización de la defensa, estaba suficientemente pensado. Aparte de que los alemanes habían saturado los nudos defensivos con gran cantidad de lanzagranadas faust, que en condiciones de la lucha callejera resultaron ser una arma peligrosa contra los tanques.

En el sistema de la defensa enemiga tenían gran importancia las obras subterráneas, que en la ciudad había cuantas se quisieran. Los refugios contra bombardeos, túneles del metropolitano, colectores subterráneos y alcantarillas, en general, todos los tipos de comunicaciones subterráneas se utilizaban también para maniobrar con las tropas, permitiendo trasladar bajo tierra grupos de un lugar a otro y llevar municiones a la primera línea.

Utilizando estas obras subterráneas el enemigo nos causó muchos disgustos. A veces, nuestras tropas tomaban este o aquel nudo de resistencia, considerando la acción terminada; mientras que el enemigo lanzaba por el alcantarillado a nuestras espaldas sus grupos de exploración, saboteadores y francotiradores. Estos grupos armados con metralletas, los francotiradores, granaderos y lanzadores de granadas faust, salían por los registros de las alcantarillas y tiroteaban a los automóviles, tanques, servidores de las piezas de artillería que iban por las calles ya tomadas por nosotros, cortaban los hilos telefónicos y creaban una situación muy tensa a retaguardia de nuestra primera línea.

Los combates en Berlín exigían gran maestría de los jefes que organizaban personalmente el combate en su sector. Ante todo, de los mandos de regimientos y batallones de infantería, pues, con más frecuencia, ellos eran quienes dirigían los grupos de asalto.

El avance de las tropas soviéticas se dificultaba por una serie de circunstancias más. En Berlín, particularmente en su parte central, había muchos refugios especiales de hormigón armado. Los más grandes de ellos eran como casamatas de hormigón armado de superficie, en las que podía ubicarse una nutrida guarnición de trescientos a mil hombres.

Algunas de estas casamatas tenían seis pisos, una altura de hasta treinta y seis metros, el grosor de su techumbre oscilaba de uno y medio a tres metros y medio y de uno a dos metros y medio el de sus paredes, prácticamente imperforable para los sistemas modernos de artillería de campaña. En las plataformas de las casamatas había emplazados, por lo común, varios cañones antiaéreos que podían disparar igualmente contra la aviación, los carros y la infantería.

Estas casamatas eran unas fortalezas sui generis que formaban parte del sistema defensivo interior de la ciudad y que en todo Berlín eran cerca de cuatrocientas. En la ciudad se habían levantado asimismo infinidad de torretas de hormigón armado tipo de campaña como nidos de ametralladora. Cuando nuestros soldados irrumpían en una plaza o en el recinto de cualquier fábrica caían bajo el fuego que hacían los alemanes desde aquellas torretas de cemento y hierro. *Berlín tenía también mucha artillería antiaérea que* en el período de los combates callejeros desempeñó un papel de particular importancia en la defensa anticarro. Descontando las granadas faust, nuestras pérdidas mayores en tanques y cañones autopropulsados sufridas en Berlín nos las hicieron las piezas antiaéreas del enemigo.

Durante la operación de Berlín, los hitlerianos consiguieron destruirnos y averiarnos más de ochocientos carros y cañones autopropulsados. Con la particularidad de que la mayor parte de estas pérdidas correspondían a los combates librados en la misma ciudad.

Tratando de aminorar las pérdidas que nos causaban las granadas faust, en el transcurso de los propios combates comenzamos a utilizar un medio muy sencillo, pero muy eficaz: rodeamos los tanques de pantallas protectoras, superponiendo al blindaje chapas de hojalata o de hierro. Cuando las granadas faust hacían impacto en el carro, primero perforaban esta insignificante protección tras la cual había un vacío, de forma que cuando la granada chocaba contra el blindaje del tanque, con su fuerza reactiva ya perdida, rebotaba en el acero sin perforarlo.

¿Por qué recurrimos tan tarde a este acorazamiento? Seguramente porque, prácticamente, no habíamos tropezado con un empleo tan amplio de las granadas faust en los combates de calle, mientras que a campo abierto no nos habían preocupado especialmente.

Particularmente estaban pertrechados en abundancia con

granadas faust los batallones de la "Volkssturm", compuestos en su mayoría por hombres de edad y adolescentes.

La granada faust es una arma que puede inculcar en gentes físicamente no preparadas ni adiestradas en la guerra la firme mentalidad de que a pesar de que ayer se hicieron soldados hoy ya pueden hacer algo real.

Debo también decir que los lanzadores de faust luchaban hasta el fin y en esta última etapa manifestaron mucho más aguante que los soldados alemanes, tan avezados, pero quebrantados por las derrotas y el cansancio de muchos años.

Como antes, los soldados sólo se rendían cuando ya no les quedaba otro remedio. Y lo mismo puede decirse de los oficiales. Mas el impulso batallador ya se había apagado en ellos. Sólo les quedaba una decisión fatídica y desesperada de luchar en tanto no recibieran la orden de capitulación.

En las filas de la "Volkssturm", en los días de los combates decisivos por Berlín, predominaba una moral que yo calificaría de sacrificio histérico. Estos defensores del Tercer imperio, incluidos los que aún eran verdaderos niños, se creían la encarnación de la última esperanza del milagro, que, a pesar de todo, debía acontecer en el último momento.

Todas las disposiciones de Hitler en este período, todos sus esfuerzos para levantar el bloqueo de Berlín, todas las órdenes dadas por él a este respecto a Wenck, a Busse y a Heinrici, Jefe del 3er Ejército, a Schörner con su grupo de tropas y al primer almirante Doenitz, que según la idea preconcebida debía abrirse paso a Berlín con los marinos, todo esto, con la correlación de fuerzas existente, ya no tenía una base real.

Pero al mismo tiempo hubiera sido injusto considerar tales intentos como algo absurdo, condenado de antemano. Nuestras acciones (las anteriores y las que desplegamos durante los combates por Berlín) fueron quienes los hicieron irreales. Los propósitos de Hitler no se vinieron abajo por sí mismos. Sólo pudieron derrumbarse como resultado de nuestra presión por las armas. Los éxitos de las tropas soviéticas, logrados en los duros combates por Berlín, cada día y cada hora revelaban cada vez más cuán ilusorias eran las últimas esperanzas, los planes y disposiciones de Hitler.

Si hubiéramos dado otro carácter a nuestras acciones, estas órdenes y planes podrían no haber sido tan fantásticos. Esto no puede olvidarse en ningún momento.

El 26 de abril iban en aumento las unidades cercadas en

Berlín y en la zona de la agrupación de Francfort-Guben que nos "engullíamos". Entre los prisioneros figuraban jefes de regimientos y brigadas, de divisiones y oficiales de los Estados Mayores.

Yo no tenía tiempo de hablar con ellos, pero los datos, que el Servicio de Información extraía de los interrogatorios, se sobrentiende que me interesaran. Y, no obstante, las noticias que así lográbamos me decepcionaban con frecuencia. Los prisioneros estaban tan aturdidos por los acontecimientos que costaba trabajo sonsacarles algo comprensible. Los había también que intentaban demostrar que conocían la situación, cuando en realidad no sabían nada de ella.

Desde el punto de vista de la situación general, en aquellos días yo estaba mucho mejor enterado de lo que ocurría en el campo enemigo que los generales y oficiales de los Estados Mayores que hacíamos prisioneros. La diversa información y la radioescucha nos permitían hacernos una idea bastante completa del panorama que teníamos delante. Poco era lo que podían añadir a ello las declaraciones de los prisioneros, incluidos los de alta graduación.

El 26 de abril continuamos poniendo en libertad a reclusos de los distintos campos de concentración, enclavados en las cercanías de Berlín. Su número aumentaba por momentos. A muchos prisioneros de guerra y obreros extranjeros los liberamos en la zona de fábricas, incluidas las subterráneas, dislocadas en torno a Cottbus, que no eran pocas. En las proximidades de Berlín, los tanquistas de Leliushenko pusieron en libertad a Edouard Herriot, antiguo primer ministro de Francia, hombre que ya en la década del 20 fue uno de los primeros partidarios del aproximamiento franco-soviético.

Esta noticia me alegró mucho y, a pesar de la gran tensión de este día, supe hacer tiempo para ver a Herriot.

Cuando le trajeron a nuestro puesto de mando traté, ante todo, de proporcionarle el placer más elemental que puede apetecer a la persona que acaba de abandonar un campo de concentración alemán: ordené que le prepararan el baño de campaña y buscarle todo el atuendo necesario para que pudiera cambiar de ropa antes de salir para Moscú.

Herriot estaba muy agotado, pero, a pesar de todos los sufrimientos pasados, se advertía en él, hombre de bastante edad, fuerza interna, bríos y energía.

Nuestra plática versó, principalmente, en torno al desa-

rrollo de la guerra y su carácter. Herriot manifestó satisfacción por las acciones del Ejército Soviético y elogió efusivamente al teniente que se le presentó primero en el campo, impresionándole mucho su amabilidad y atenciones*.

Se sentía feliz y en su conversación conmigo no ocultaba la alegría que experimentaba porque le hubieran liberado, precisamente, las tropas rusas, remarcando que esto era para él una confirmación más de la razón que tenía cuando insistía en la alianza con Rusia.

La conversación fue breve, pues no se me ocultaba el estado de mi colocutor y temía por su salud. Después de un corto descanso, Herriot fue enviado a Moscú en un avión especial.

27 de abril

Todo este día Ribalko continuó progresando en Berlín hacia el norte y noroeste manteniendo en subordinación operativa a tres divisiones de infantería del Ejército de Luchinski.

El Ejército de tanques de Leliushenko, después de liquidar en colaboración con el 47° Ejército de Perjoróvich a la agrupación enemiga de Potsdam, combatía ya contra las tropas fascistas alemanas que se defendían en la isla Wannsee, en cuyo reducido espacio se había aglomerado un número bastante respetable de tropas alemanas, cerca de veinte mil hombres, como supimos después de derrotarlas y hacerlas prisioneras.

Este día me disgustó en extremo Leliushenko por el mucho tiempo gastado con esta agrupación enemiga que distraía sus tropas de Berlín, aunque desde su punto de vista tuviese razón. No se podía despreciar a una agrupación adversaria de veinte mil hombres, aunque hubiera que distraer fuerzas de Berlín.

---

* Después de haberse publicado mis memorias en la revista *Novi Mir* supe cómo se llamaba este teniente y los pormenores de la liberación de Herriot del cautiverio fascista. Se llamaba Vitold Stanislávovich Ezerski, mandaba la 2ª compañía de tiradores de metralleta de la 63ª Brigada de tanques de la Guardia de Cheliábinsk-Piotrków condecorada con la Bandera Roja, en la actualidad es profesor de táctica en una escuela militar. En su carta, Ezerski recuerda a Tamara Prusachenko, de Stalingrado, que fue la primera en comunicar a nuestros soldados que en el campo de concentración alemán se encontraba encerrado Edouard Herriot, participando en la salvación de éste. Después de la guerra, Ezerski recibió una carta de Herriot, expresándole su sincero agradecimiento.

El 27 de abril, como resultado de la penetración profunda en Berlín de los ejércitos del 1er Frente de Bielorrusia y las acciones de nuestro Frente, la agrupación berlinesa enemiga en la ciudad quedó estirada en una estrecha franja de este a oeste de dieciséis kilómetros de longitud y dos o tres, y en algunos sitios cinco, kilómetros de anchura. Todo el espacio de terreno ocupado por los fascistas se batía incesantemente por nuestra artillería.

Simultáneos a estas acciones proseguían los combates para liquidar la agrupación de Francfort-Guben a base de ataques concéntricos desde todas direcciones, asestados por cinco ejércitos de infantería: 3°, 69° y 33° del 1er Frente de Bielorrusia, el 3° de la Guardia de Górdov y parte de las fuerzas del 28° Ejército de Luchinski del 1er Frente de Ucrania. Atacaba desde el aire a la agrupación enemiga el 2° Ejército aéreo de Krasovski, perteneciente a nuestro Frente.

Los tres ejércitos del 1er Frente de Bielorrusia atacaban a la agrupación alemana desde el norte, nordeste y este con numerosas fuerzas y gran energía. Sus esfuerzos estaban encaminados a desmembrar a la agrupación alemana, pero las tropas germano-fascistas eludían incesantemente los ataques y, comprimiéndose como un resorte, soltaban su punta contra los ejércitos de nuestro Frente que les cerraban el camino hacia el sudoeste.

Cuanto más fuerte les presionábamos y les golpeábamos por detrás tanto mayor era la energía con que trataban de abrirse paso adelante, hacia nuestra retaguardia. Cada golpe que se les asestaba por la espalda repercutía como un eco en el ataque que descargaban a vanguardia contra nosotros. Cerrando sus formaciones de combate, el enemigo nos atacaba cada vez con más energía. Otra cosa no podía esperarse de ellos, pues excepto la capitulación no tenían otra salida. Verdad es que el enemigo podía intentar atravesar nuestro despliegue y unirse con Wenck.

En eso residía la peculiaridad de la situación. Las acciones contra otras agrupaciones cercadas –por ejemplo, la de Stalingrado o la de Korsun-Shevchénkovski– se realizaron a base de ataques que convergían en el centro del dispositivo enemigo. En el caso presente se hacían de manera completamente distinta. La propia agrupación adversaria era activa y móvil, trataba a toda costa de abrirse paso y ponía en ello todas las fuerzas y armas. Y como trataba de lograrlo en

nuestro dispositivo, nuestra situación se hacía bastante difícil.

Durante estos combates, las tropas germano-fascistas lograron dos veces romper el cerco. La primera vez conseguimos pararlas. En su segunda ruptura, como resultado de sus ataques sucesivos, llegaron bastante lejos, a la zona de Beelitz, desde donde el 1 de mayo les quedaban nada más que unos cinco kilómetros para unirse a las tropas del Ejército de Wenck, que proseguían sus ataques desde el oeste.

Sin embargo, a pesar de esta doble ruptura, los hitlerianos no pudieron hacer una correría por nuestra retaguardia. Abrían brecha, se les presionaba por los flancos, se les cercaba; de nuevo partían nuestro dispositivo y otra vez se les apretaba; progresaban constantemente envueltos por nuestras tropas. Mas, fuese como fuese, el ejemplo de estos combates demuestra una vez más que hasta en las condiciones más apuradas, doscientos mil combatientes son doscientos mil hombres, y más aún cuando tienen claro lo que se proponen y se abren paso desesperadamente hacia su objetivo final.

A la zona de Beelitz pudieron irrumpir unos treinta mil, de los doscientos mil que lo intentaban. Se infiltraron y cayeron de nuevo bajo los golpes de nuestras tropas.

Para no dejarlos escapar tuvimos, sin dejar de pelear contra Wenck con el frente invertido al oeste, y el 3er Ejército de la Guardia de Górdov frente al este y al nordeste, que volver parte de las tropas del 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia también hacia el este y emplear parte de los efectivos de los ejércitos 13° y 28°, varias brigadas del 3er Ejército de tanques de la Guardia, algunas otras unidades y hasta un regimiento de motociclistas que teníamos cerca. También los aviones de asalto del general Riazánov desplegaron gran actividad en vuelo rasante. . .

Habían pasado veinte años, en 1962, cuando hallándome en Berlín visité también la zona de Baruth, encontrando todavía en las aldeas de los alrededores huellas de aquella sarracina. Desparramados por el bosque se veían cascos y restos de armas enmohecidos; el agua de uno de los lagos, en otro tiempo lleno de cadáveres, seguía siendo inservible. Todo recordaba los últimos días de la ruptura de los restos del 9° Ejército alemán, en la que lo absurdo de las pérdidas humanas se conjugaba con el arrojo de la desesperación y la lúgubre decisión de los condenados a sucumbir.

A veces, los historiadores occidentales exageran a todas luces los efectivos del 9° Ejército alemán fascista que el 2 de mayo consiguieron salir del cerco hacia el oeste. Algunos historiadores llegan a afirmar que escaparon de veinte mil a treinta mil hombres. Esta cifra, naturalmente, es muy exagerada. Como Jefe del Frente puedo testimoniar que en la noche del 2 de mayo, no tanto se abrieron paso, como se infiltraron hacia el oeste por los bosques de los distintos sectores del Frente, nada más que unos pocos grupos dispersos que apenas pasarían de tres o cuatro mil hombres.

La lucha contra la agrupación de Francfort-Guben y su liquidación exigió diez días de combates, contando desde el momento en que se llevó a cabo su cerco operativo, esto es, desde el 22 de abril. Se acabó con esta agrupación, principalmente, no en la zona donde quedó copada al principio, sino en el proceso de la sucesiva lucha contra ella cuando intentaba abrirse paso hacia el oeste, es decir, en movimiento.

Sin otra alternativa, en condiciones prácticamente sin esperanzas, el enemigo emprendía maniobras desesperadas e inesperadas. Intentaba la rotura en los sitios que en otras circunstancias no se habría atrevido a hacerlo. Debo señalar que el despliegue compacto de la agrupación enemiga tan fuerte cercada y en una extensión de terreno relativamente limitada le permitía acumular rápidamente en las direcciones necesarias fuerzas de choque y lograr una superioridad efímera, pero decisiva en los sectores estrechos de la ruptura. A esto contribuían también los grandes bosques que cubrían la región del cerco, protegido por los cuales el enemigo podía reagruparse más o menos ocultamente.

De nosotros se exigía rápida maniobra y maestría en la utilización de las reservas para que los alemanes, incluso logrando un éxito temporal, no pudieran obtener libertad de maniobra. En esta batalla manteníamos una actitud bastante serena. Lo principal para nosotros eran los combates en la zona de Berlín. Sin manifestar excesivo nerviosismo, reservamos para acabar con la agrupación de Francfort-Guben el lugar que correspondía a su importancia en la situación general, ni más ni menos.

Nuestros aviadores también trabajaron allí de firme. Participando en la liquidación de estas tropas, la aviación del 1er Frente de Ucrania hizo dos mil cuatrocientos cincuenta y nueve y mil seiscientos ochenta y tres vuelos-avión de vuelo rasante y de bombardeo, respectivamente.

Nuestra artillería se distinguió especialmente en esta batalla. Incluso cuando las tropas fascistas se echaban con grandes fuerzas encima de sus asentamientos, nuestros artilleros no daban un paso atrás y las rechazaban ametrallándolas a bocajarro cumpliendo su deber con un arrojo clásico.

Comparando las acciones del 12° Ejército de Wenck y del 9° Ejército de Busse, que iba a su encuentro, debo manifestarme a favor del último. Después de los fuertes golpes recibidos en los primeros combates, Wenck siguió luchando, si es que podemos expresarnos así, sólo de una forma protocolaria, sólo para cumplir la orden recibida, y nada más. El 9° Ejército, en cambio, rompiendo el cerco, actuaba con audacia, empuje y luchaba hasta el último hombre. Precisamente este carácter resuelto de sus acciones nos causó bastantes disgustos y contratiempos en los últimos días de la guerra.

28 de abril

Con la liquidación del campo de operaciones en la zona Spandau-Wilhelmstadt y la salida del 47° Ejército del 1er Frente de Bielorrusia al río Havel, desde Potsdam a Spandau, la agrupación enemiga cercada en Berlín quedaba prácticamente imposibilitada para abrirse paso hacia el oeste. Además, los hitlerianos encerrados en Berlín comenzaban a sentir aguda carencia de víveres y, particularmente, de municiones. Sus depósitos, en lo fundamental, se encontraban en los arrabales de Berlín ya tomados por nosotros. Se intentó municionar a los asediados por aire. Mas esto no tuvo ningún resultado. Casi todos los aviones de transporte que se dirigían a Berlín fueron derribados por nuestros aparatos y la artillería antiaérea en los accesos de la ciudad. Todo este día, las tropas de ambos frentes prosiguieron sus reñidos combates callejeros.

El general Weidling, jefe de la defensa de Berlín, se decidió a proponer a Hitler un plan de ruptura hacia el oeste con las tropas fascistas encerradas en Berlín.

En su informe, Weidling adujo que estas tropas no podrían resistir más de dos días en la ciudad, pues cuando finalizara este plazo quedarían sin municiones de ninguna clase. Proponía abrir brecha al sur de Winckenstadt, a lo largo de Anderhohestrasse, en dirección oeste con las fuerzas formadas en tres escalones.

En el primero se suponía incluir las unidades de la 9ª

División de aviación de campaña y de la 18ª División motorizada reforzadas con la masa fundamental de tanques y artillería que todavía les quedaban a los alemanes.

En el segundo escalón se fijaba la ruptura del grupo "Mohnke", compuesto por dos regimientos y un batallón de infantería de Marina. Este último, el 26 de abril, ya había sido aerotransportado a Berlín por orden del almirante Doenitz. Con el segundo escalón debía abrirse paso también el propio Cuartel General hitleriano.

En el tercer escalón, protegiendo la maniobra de ruptura, se planificaba que marchasen los restos de la División de tanques "Münchenberg", el grupo de combate "Baerenfaenger", los restos de la 11ª División motorizada SS "Nordland" y de las unidades de la 79ª División de aviación de campaña.

Pero Hitler no aceptó este plan.

Confrontando este plan con la situación reinante el 28 de abril, considero que ya era totalmente irreal. Hablando en rigor, la propuesta de realizar este intento desesperado, hasta puede decirse alocado, cuando existía una salida razonable como la capitulación, que seguía rechazándose, y no quedaba ninguna tercera salida, su puesta en práctica habría sido una locura. . .

Ya la víspera, al Ejército de Ribalko se le había ordenado, en colaboración con el 20° Cuerpo del Ejército de Luchinski, apoderarse completamente el 28 de abril de la parte suroeste de Berlín y alcanzar la línea del canal Landwehr y al suroeste del mismo.

Después de la reagrupación nocturna de fuerzas y tras una breve preparación artillera, las tropas de Ribalko pasaron a la ofensiva. El 9° Cuerpo mecanizado de Sújov, en colaboración con la 61ª División del Ejército de Luchinski, atacó en dirección general al parque Henrich V-Viktoriastrasse con la misión de conquistar al finalizar el día 28 la línea del canal Landwehr.

A esta misma línea se presuponía hacer salir también al 6° Cuerpo de tanques de la Guardia de Ribalko con la 48ª División de infantería de la Guardia de Luchinski. El 7° Cuerpo de tanques de la Guardia de Ribalko, con la 20ª División de infantería de Luchinski, atacaba sobre Tiergarten y al final del día debería tomar el Aquarium, el Hipódromo y la parte occidental del parque Tiergarten.

Mientras tanto, el 8° Ejército de la Guardia de Chuikov, que enlazaba por la derecha con Ribalko, durante la primera

mitad del día progresó resueltamente hacia el oeste, hasta la misma orilla meridional del canal Landwehr, alcanzando la estación de Anhalt, la plaza de Lützow y el cruce de la Platzstrasse y Maassenstrasse.

Teniendo en cuenta el rápido movimiento de las tropas de Chuikov hacia el oeste y tratando de impedir que en las condiciones de los combates callejeros se mezclaran las unidades del 9° Cuerpo mecanizado de Ribalko con las tropas del 8° Ejército de la Guardia de Chuikov, ordené a Ribalko que en cuanto alcanzase el canal Landwehr virara hacia el oeste sus unidades más avanzadas y continuase la ofensiva en la nueva zona de acción del 1er Frente de Ucrania, ya vigente para aquellas horas.

La conversación telefónica que sostuve a este respecto con Ribalko fue bastante desagradable. Me declaró que no comprendía por qué sus cuerpos de Ejército, ya enfilados al centro de la ciudad, obedeciendo la orden mía, tenían que desviarse al oeste y cambiar la dirección de ofensiva.

Aunque me hacía plenamente cargo del disgusto del Jefe del Ejército, sólo podía responderle que la ofensiva de las tropas del 1er Frente de Bielorrusia en Berlín tenía éxito y el centro de la ciudad, por la línea divisoria establecida, entraba en la zona de acción del 1er Frente de Bielorrusia.

Conociendo a Ribalko, debo decir que su descontento no se explicaba por el afán de tomar unas cuantas calles y plazas más para glorificar su nombre. Su fama ya era notoria. Pero, encontrándose en el campo de combate, en su epicentro, y viendo la posibilidad directa que se le brindaba de poder ayudar aún en algo a la limpieza más rápida de Berlín, tuvo que hacer literalmente un gran esfuerzo para cumplir mi orden.

No me propongo juzgarle por aquellas tribulaciones personales, muy comprensibles para mí.

Por lo que a mis propias consideraciones se refiere, estimo que en aquel período fue necesario establecer una línea delimitadora exacta entre los dos frentes. Se debía excluir toda posibilidad de embrollo, de bajas por el fuego propio y otras contrariedades que tienen lugar cuando las tropas se mezclan y, más aún, en los combates de calle. Yo recibí las enmiendas hechas a la línea divisoria entre los frentes como algo normal, considerando que así lo dictaban los intereses supremos de la batalla.

En aquellos momentos, las tropas del 1er Frente de Bie-

lorrusia no necesitaban ya ninguna colaboración para el cumplimiento de las misiones que tenían planteadas. Ahora, se daba una situación distinta por completo de la que teníamos en los primeros días, cuando la ruptura de la defensa enemiga por el 1er Frente de Bielorrusia transcurría con grandes dificultades y el cambio de rumbo deseable e incluso verdaderamente necesario de los ejércitos de tanques del 1er Frente de Ucrania en dirección a Berlín estuvo condicionado por la situación creada.

Cualesquiera que fuesen las contrariedades de aquellas jornadas, los acontecimientos históricos vinculados a los últimos días de la lucha por Berlín no deben dejar ningún resquemor en los que participaron en ella.

Mantener la amistad y la camaradería combativa entre los frentes, en cualquier situación y en cualesquiera circunstancias, es mucho más importante que cualquier clase de amor propio personal. Supongo que, incluso en aquel difícil momento sicológico, a pesar de su descontento, también Ribalko comprendía esto perfectamente. Fuera como fuese así lo demostró con toda su actuación posterior.

El 28 de abril, durante su ofensiva sobre Charlottenburgo, el 7° Cuerpo de la Guardia de Ribalko, que asestaba su ataque principal con el flanco derecho, dejó en el centro y en el flanco izquierdo de su despliegue sólo a la 56ª Brigada de tanques de la Guardia. A la sazón, en la zona de acción de esta Brigada se habían logrado unir tres agrupaciones de alemanes rechazadas hacia allí de distintos distritos de la ciudad: cerca de veinte mil hombres, con cierto número de tanques y cañones de asalto.

Sintiendo la debilitación de nuestras fuerzas en el flanco izquierdo, esta agrupación presionó mediante encarnizados ataques a las unidades de la 56ª Brigada de tanques de la Guardia y, obligándolas a replegarse, se lanzó hacia el río Havel. Pero la orilla occidental del río ya la ocupaban las unidades del 47° Ejército de Perjoróvich y cuando la agrupación alemana chocó contra su rígida defensa terminó allí su existencia sin poder cruzar el río Havel.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos acontecimientos, el 10° Cuerpo de tanques de la Guardia de Leliushenko, conjuntamente con la 350ª División del Ejército de Pújov, continuaba luchando en la isla Wannsee contra una agrupación enemiga bastante nutrida de unos veinte mil hombres, aproximadamente. Todo este día estuvo preparándose Leliu-

shenko para cruzar los canales al sur de la isla. Su 10° Cuerpo de tanques de la Guardia fue reforzado con unidades de pontoneros, un batallón de tanques anfibios, dos batallones de tropas de ingenieros de asalto y la correspondiente artillería de refuerzo.

En la noche del 29 de abril, a las 23 horas, después de una breve incursión de fuego, los tanquistas de Leliushenko y la infantería de Pújov comenzaron a forzar los canales y ya a medianoche habían ocupado la primera cabeza de puente en la orilla norte, empezando a renglón seguido el tendido de un puente de pontones.

A decir verdad, no me gustaba mucho esta operación de paso. En general, actuando en esta zona, toda dividida por islotes y riachuelos, los tanques se encontraban en situación muy desfavorable. Mas como el Cuerpo de carros ya se había enzarzado en los combates por la isla Wannsee y el paso había sido preparado para sus máquinas, sólo me quedaba dar conformidad a este plan, pues ya era tarde para cambiarlo.

Como resultado de los combates librados el 28 de abril, la situación del enemigo en Berlín empeoró considerablemente. Los ataques de las tropas del 1er Frente de Bielorrusia y de nuestro Frente desde el sur acercaban la hora en que la agrupación enemiga cercada quedaría escindida en tres partes.

Varias veces nos había parecido que los estrechos corredores por los que se comunicaban estas agrupaciones serían cerrados de un momento a otro. El callejón entre la agrupación encerrada en la parte norte de Berlín y la agrupación en el parque Tiergarten se había estrechado hasta quedar reducido a una anchura de mil doscientos metros. Otra de estas embocaduras era aún más estrecha, nada más que quinientos metros.

Y sólo la existencia de una red muy ramificada de comunicaciones subterráneas y otras vías del mismo matiz permitía aún que el enemigo pudiese maniobrar a tiempo con las reducidas reservas que le quedaban, trasladándolas de un distrito a otro.

Los combates de Berlín tocaban a su fin.

En el Elba nuestras tropas ya hacía tres días que se habían unido a las norteamericanas. Más al sur, en la dirección de Dresde, las unidades alemanas que nos contraatacaban

fueron definitivamente paradas. Y sólo en el sur quedaba la última agrupación germano-fascista, aún no diezmada y bastante numerosa, el Grupo de Ejércitos "Centro", mandado por el mariscal de campo Schörner, y el Grupo "Austria", que seguía ocupando parte de Sajonia y gran parte de Checoslovaquia y Austria.

Por muy grande que fuera la tensión de los combates por Berlín y por multifacéticas que fuesen las misiones que tenía planteadas el 1er Frente de Ucrania, no obstante, cuanto más tiempo pasaba más a menudo había que tener en cuenta la existencia del Grupo de Ejércitos de Schörner, desplegado en nuestra ala izquierda y más al sur, fuera de sus límites, frente a nuestros vecinos el 2° y 4° frentes de Ucrania.

Por esto no puedo decir que la llamada telefónica que me hizo el Cuartel General, relacionada con este problema aún no resuelto, me cogiese de improviso.

La pregunta fue ésta:

– ¿Qué piensa usted, quién tomará Praga?

Analizando la situación y sabiendo que las tropas del 1er Frente de Ucrania, de hecho, se cernían sobre Checoslovaquia y que no tardarían en quedar libres cuando cumpliesen la misión vinculada con la toma de Berlín, comprendí que la situación de nuestro Frente sería provechoso, por lo visto, utilizarla a tenor de la situación creada.

A pesar de los cruentos combates y las grandes bajas tenidas, nuestros ejércitos conservaban todavía una respetable fuerza de choque y, por consiguiente, estaban en condiciones de realizar una rápida maniobra de norte a sur y descargar un ataque más al oeste de Dresde, en dirección a Praga. Después de sopesar una vez más todos estos factores, informé a Stalin que, al parecer, Praga tendrían que tomarla las tropas del 1er Frente de Ucrania.

Aún no habían terminado los combates en Berlín, todavía tendríamos que luchar en la ciudad tres días y medio, hacer todo cuanto de nosotros dependiera para impedir que se abriera paso hacia el oeste la agrupación enemiga de Francfort-Guben, pero simultáneo a todo esto había que preparar y presentar en un plazo breve al Cuartel General nuestras consideraciones acerca de la participación de las tropas de nuestro Frente en la futura operación de Praga. Faltaba aún mucho para terminar una misión cuando ya comenzaba otra...

29 de abril – 2 de mayo

La nueva línea que delimitaba las zonas de acción del 1er Frente de Bielorrusia y del 1er Frente de Ucrania fue establecida por el Cuartel General y debía entrar en vigor desde las veinticuatro horas del 28 de abril. Hasta Mariendorf seguía siendo la misma, más adelante pasaba por la estación de Tempelhof, la plaza de Víktor-Luisa hacia la estación de Saviñy, continuando por la línea del ferrocarril hacia las estaciones de Charlottenburgo, Westkreuz y Ruhleben.

Debido a esto, el 29 de abril tuvimos que retirar de los distritos centrales de Berlín las unidades del 3er Ejército de tanques de Ribalko y del 28° Ejército de Luchinski que habían rebasado esta línea. Les planteamos la misión de proseguir la ofensiva en los límites de su zona desde la parte sur de Schöneberg en dirección a la estación Saviñy.

El reagrupamiento de algunas unidades de Ribalko y de Luchinski, que ocupaban su zona de ofensiva, se compaginó este día con los encarnizados combates que no cesaban en Berlín. Atacando en las direcciones norte y noroeste, las tropas de Ribalko y Luchinski tomaron en reñida lucha unas cuantas barriadas más de la ciudad. Al mismo tiempo, el 10° Cuerpo de tanques de la Guardia del Ejército de Leliushenko y la 350ª División del Ejército de Pújov seguían peleando en la isla Wannsee, de la que habían ocupado su parte suroeste.

El 6° Cuerpo mecanizado del Ejército de Leliushenko, después de tomar Potsdam conjuntamente con las unidades del 1er Frente de Bielorrusia, fue enfilado hacia la zona de Michendorf, con la misión de atacar Brandenburg desde el este. Desarrollando su ofensiva, este Cuerpo chocó con las unidades del Ejército de Wenck, que por distintos sectores trataban aún de abrirse paso a Berlín. El choque, por decirlo así, no estaba planificado, pero fue un éxito para nosotros: estas unidades del Ejército de Wenck fueron destrozadas y rechazadas.

El 5° Cuerpo mecanizado del Ejército de Leliushenko, que seguía ocupando la línea Beelitz-Treuenbrietzen, durante el día rechazó con fortuna varios cruentos ataques del Ejército de Wenck, que tozudamente intentaba irrumpir en Berlín por aquel sector. Sus ataques eran muy tenaces, pero la situación de nuestro 5° Cuerpo mecanizado ya era entonces mucho más sólida que antes. Se habían pegado a su flanco izquierdo las unidades del Ejército de Pújov y, además, los tanquistas habían recibido un considerable refuerzo artillero y ya dis-

ponían en segundo escalón de algunas reservas. De lo dicho se desprende que la cosa les marchaba ahora mejor, aunque Wenck siguiese terqueando y cumpliendo ciegamente la orden de Hitler.

La tesonería de Wenck, que intentaba a toda costa entrar en Berlín para socorrer a la agrupación allí cercada y al propio Hitler, en realidad no condujo a nada y no proporcionó ningunos laureles a Wenck ni a su Ejército.

Yo, como lo he venido haciendo hasta ahora, hablo siempre de las operaciones de las tropas en la zona de ofensiva del 1er Frente de Ucrania. Mas para poder apreciar el grado de confusión y desconcierto en que se encontraban la tarde del 29 de abril los dirigentes del ejército y del Estado alemán, debo recordar que al final de esta jornada las tropas de nuestro vecino 1er Frente de Bielorrusia combatían ya en el mismo centro de la ciudad y se acercaban al Reichstag y a la cancillería imperial.

Al fin y a la postre, Wenck no pudo entrar en Berlín. La agrupación enemiga de Francfort-Guben vivía sus últimas horas. Al final de este día Hitler tenía ya fundamentos más que sobrados para perder definitivamente su fe en el futuro.

El general Weidling, jefe de la defensa de Berlín, declaró posteriormente que la tarde del 29 de abril, después de informar durante hora y media a Hitler de la imposibilidad de continuar la resistencia en Berlín, Hitler, a pesar de todo, no tomó una decisión definitiva, pero dio en principio su conformidad para abandonar Berlín e intentar salir del cerco si durante el día siguiente no se lograba organizar el suministro por aire de municiones y víveres al centro de Berlín.

Pienso, no obstante, que esta demora de un día en la decisión definitiva no expresaba voluntad de luchar, sino, por el contrario, era prueba del desconcierto y el temor de mirar la verdad cara a cara hasta el fin.

El 30 de abril, las tropas de ambos frentes siguieron librando cruentos combates en Berlín, aniquilando la agrupación enemiga copada. Cuanto más se reducía el territorio ocupado por el enemigo, tanto mayor era la densidad que adquirían sus órdenes de combate y su fuego.

Durante el 30 de abril Hitler vaciló aún. A las dos y media de la tarde dio libertad de acción al general Weidling y le permitió que intentara la salida de Berlín. Pero a las cinco y dieciocho minutos Weidling recibió una nueva disposición de Hitler anulando la anterior y que reafirmaba la

misión de defender Berlín hasta el último hombre. Mientras Hitler pasaba de un extremo a otro, la guarnición berlinesa seguía resistiéndose encarnizadamente y luchando tenaz por cada manzana de casas y por cada edificio.

En la zona de ofensiva de nuestro Frente, los ejércitos de Ribalko y de Luchinski atacaban con su flanco derecho hacia el noroeste, ocupando nuevos barrios de Berlín y paralizando al mismo tiempo las frecuentes tentativas de los diferentes grupos enemigos para infiltrarse y salir de Berlín al encuentro de Wenck.

Las unidades de los ejércitos de Leliushenko y Pújov, sin cesar este día sus combates en la isla Wannsee, irrumpieron en la ciudad Neubabelsberg. En el centro y en la parte sureste de la isla la resistencia del enemigo había sido ya aplastada y comenzaba a rendirse, pero en el extremo sureste de la isla proseguían los duros combates y en la noche del 1 de mayo cerca de seis mil soldados y oficiales germano-fascistas cruzaron desde la isla a la orilla sur del canal.

Se creó una situación peculiar: nuestras tropas iban llegando a la isla mientras que los hitlerianos, con los restos de sus fuerzas, la abandonaron, ocupando en la margen opuesta el sitio que habían dejado nuestras fuerzas principales, guarnecido solamente por pocas tropas. Considero que no está de más aportar este detalle como algo característico. Los alemanes, evidentemente condenados en aquellos días a la derrota, proseguían, no obstante, luchando tenazmente y utilizando cada error nuestro. Y en el caso presente hay que confesar que lo aprovecharon al máximo.

En su conjunto, la situación de la agrupación berlinesa enemiga al final del día 30 era ya desesperada. De hecho, había sido escindida en varios grupos aislados. La cancillería imperial, desde la que se dirigía la defensa de Berlín, una vez perdido el nudo de transmisiones del mando principal, ubicado en un refugio en la Benderstrasse, había quedado sin comunicación telegráfica y telefónica y disponía solamente de enlace por radio, bastante deficiente.

Esta misma tarde a las vanguardias del 8º Ejército de la Guardia del general Chuikov sólo las separaban 800 metros de la cancillería imperial. Se difundió el rumor de la desaparición de Hitler y de su suicidio. Estas noticias las supimos por la información recibida del 1er Frente de Bielorrusia.

Los sucesores de Hitler habían enviado al general Krebs,

Jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, a parlamentar con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia. Todas las cuestiones relacionadas con las negociaciones para el cese de las hostilidades en Berlín y la subsiguiente capitulación de las tropas germano-fascistas las realizó, por indicación del Cuartel General, el Mariscal de la Unión Soviética Gueorgui Zhúkov, Comandante del 1er Frente de Bielorrusia. El mando y el Estado Mayor del 1er Frente de Ucrania no tomaron parte alguna en estas negociaciones y sólo recibieron la información necesaria acerca de ellas.

Aunque las negociaciones habían comenzado, sin embargo, se continuaba combatiendo encarnizadamente.

En la zona del 1er Frente de Ucrania, los ejércitos de Ribalko y Luchinski durante el 1 de mayo limpiaban del enemigo los distritos de Wilmersdorf y Halensee y ocuparon noventa manzanas de casas. El 10° Cuerpo de tanques de la Guardia del Ejército de Leliushenko y la 350ª División del Ejército de Pújov acabaron con la agrupación enemiga de la isla Wannsee. Los seis mil soldados y oficiales enemigos que en la noche del 1 de mayo habían abandonado la isla fueron aniquilados por partes o hechos prisioneros en los diferentes sectores de las unidades del Ejército de Leliushenko. Uno de estos grupos, el más grande, de unos dos mil hombres, la mañana del 2 de mayo apareció en el bosque al noroeste de Schankensdorf, precisamente en el lugar que a la sazón ocupaba el Estado Mayor de Leliushenko. Al principio se entabló combate entre este grupo y la guardia del Estado Mayor del Ejército, después llegaron al lugar de la refriega el 7° Regimiento de motoristas de la Guardia y otras unidades dislocadas en las cercanías.

El rechazo de este ataque por sorpresa de los alemanes al Estado Mayor del Ejército tuvo que dirigirlo su propio Jefe, Dmitri Leliushenko. Historia bastante típica para el primer período de la guerra y quizás la única de tal naturaleza en sus últimos meses y semanas. Después de una lucha de dos horas, este grupo alemán fue aniquilado y sus restos hechos prisioneros.

A las seis de la tarde del 1 de mayo, después de que Goebbels y Bormann rechazaron nuestras exigencias de capitulación incondicional, se ordenó a las tropas de ambos frentes reanudar el asalto de Berlín. A las seis y media de la tarde, toda la artillería de las tropas soviéticas que combatían en Berlín descargó a un tiempo su poderosa masa de

fuego sobre los alemanes. Después de este ataque, prosiguieron los combates toda la noche del 2 de mayo.

Abriéndose paso para encontrarse a través de las barriadas destruirdas de Berlín, durante la noche, nuestras fuerzas entraron en contacto en varios sitios de la ciudad. Las unidades del 28° Ejército de Luchinski y del 3er Ejército de tanques de Ribalko se encontraron en el barrio de la estación Saviñy con las unidades del 2° Ejército de tanques de la Guardia de Bogdánov, perteneciente al 1er Frente de Bielorrusia.

El 2 de mayo a las dos horas y cincuenta minutos, hora de Moscú, la radio de la 79ª División de la Guardia del 8° Ejército de la Guardia del 1er Frente de Bielorrusia tomó *un radiograma de los alemanes en ruso: "Atención, atención,* habla el 56° Cuerpo de tanques. Pedimos alto el fuego. A las 12 horas y 50 minutos de la noche, hora de Berlín, destacaremos parlamentarios al Puente de Potsdam. Señal distintiva: bandera blanca sobre un fondo rojo. Esperamos contestación".

Al amanecer comenzó la capitulación en masa de las tropas enemigas y a las 6 de la mañana del 2 de mayo cruzó la línea del frente y se entregó prisionero el general Weidling, jefe de la defensa de Berlín.

En Berlín, durante todo el día 2 de mayo, los hitlerianos se rendían por unidades enteras. En cuanto la noticia de la capitulación llegó hasta todos los grupos alemanes que aún seguían resistiéndose, la rendición del enemigo adquirió un carácter general, hasta el punto, que a las tres de la tarde la resistencia de la guarnición de Berlín había cesado por doquier y totalmente.

Durante esta jornada, en Berlín y sus alrededores fueron hechos prisioneros ciento treinta y cuatro mil soldados y oficiales germano-fascistas, de ellos treinta y cuatro mil por las tropas del 1er Frente de Ucrania. El número de prisioneros, capturados por las tropas soviéticas después de la orden de capitulación, confirma nuestra suposición de que los efectivos generales de la guarnición de Berlín, por lo visto, eran mucho mayores de los doscientos mil hombres.

Para terminar el relato acerca de las operaciones del 1er Frente de Ucrania durante la operación de Berlín, citaré un extracto del último parte de novedades de esta operación, remitido por mí al Cuartel General.

"Hoy, 2 de mayo de 1945, después de nueve días de com-

bates de calles, las tropas del Frente han ocupado por completo los distritos Suroeste y Central de la ciudad de Berlín (en los límites de la zona asignada al Frente) y conjuntamente con las tropas del 1er Frente de Bielorrusia han tomado la ciudad de Berlín".

Así, pues, el 2 de mayo las tropas del 1er Frente de Bielorrusia y las del 1er Frente de Ucrania liquidaron definitivamente a la agrupación que defendía Berlín y ocuparon la ciudad. Pero la guerra aún no había terminado. Las tropas del 1er Frente de Bielorrusia tenían que dar remate a la operación de Berlín. Había que limpiar del enemigo todo el territorio de Alemania al este del río Elba. A las tropas del 1er Frente de Ucrania, como ya se había previsto, se les planteó una nueva misión: destrozar al Grupo de Ejércitos que mandaba el mariscal de campo Schörner y liberar Checoslovaquia.

Al Comandante del 1er Frente de Bielorrusia, G. Zhúkov, se le ordenó acabar el 4 de mayo el relevo de las fuerzas del 1er Frente de Ucrania en la zona comprendida por la nueva línea delimitadora. Ya el 2 de mayo, comenzamos a entregar nuestras posiciones al vecino y a realizar corrimientos y traslados de fuerzas relacionados con los preparativos para la próxima operación de Praga.

LA OPERACION DE PRAGA

La situación que precedió a la operación de Praga exige que se haga un análisis detallado de ella. Su complejidad determinó en gran medida la idea de maniobra de la operación, los plazos y ritmos, es decir, todo su desarrollo.

Después del desastre de la agrupación estratégica berlinesa, el Estado fascista, de hecho, se desmoronó. Sin embargo, en su testamento político Hitler intentó prolongar la existencia del régimen fascista, designando un nuevo gobierno de Alemania presidido por el almirante Doenitz. Como Comandante en Jefe de las tropas terrestres de Alemania se nombraba al mariscal de campo Schörner, que a la sazón mandaba el Grupo de Ejércitos fascistas "Centro". Estas fuerzas estaban dislocadas, principalmente, en Checoslovaquia. Tal nombramiento tenía sus fundamentos: en aquellos días Schörner era quizás la figura militar más real que disponía de autoridad y, lo principal, de tropas, y no pocas.

Para proseguir la guerra, el nuevo "gobierno" alemán y en adelante seguiré entrecomillando esta palabra– contaba aún con efectivos considerables en número. Para tener una idea general de ello, merece la pena enumerarlos.

En el Pribáltico Soviético se encontraba el Grupo de Ejércitos "Curlandia". En la costa del Mar Báltico continuaba luchando el Grupo de Tropas "Prusia Oriental". Más al oeste de Berlín se resistía, aunque muy diezmado, el 12° Ejército hitleriano. En Checoslovaquia se había concentrado bajo el mando del mariscal de campo Schörner el Grupo de Ejércitos "Centro" (hasta cincuenta divisiones completas y seis grupos de combate, formados con las fuerzas de otras divisiones). Esta imponente agrupación ofrecía resistencia a las tropas de los frentes de Ucrania 1°, 2° y 4°. En Checoslovaquia Occidental se enfrentaba a los aliados el 7° Ejército

alemán (cinco divisiones), precisamente en aquellos días puesto también bajo el mando de Schörner. Y, finalmente, en Austria y Yugoslavia, contra las tropas de los 2° y 3er frentes de Ucrania y el Ejército Popular Yugoslavo, luchaban otros dos Grupos de Ejércitos germano-fascistas "Austria" y "Sur", que juntos tenían hasta una cuarentena de divisiones.

Por consiguiente, la operación de Praga no revestía en modo alguno un carácter simbólico, como a veces intentan presentarla en Occidente. Nos aguardaba una lucha seria contra una nutrida agrupación de fuerzas armadas de Alemania en la que cifraba sus esperanzas el "gobierno" de Doenitz, calculando que la salvación de estos contingentes armados permitiría durante cierto tiempo prolongar la existencia del Tercer Reich.

A punto ya de sucumbir, este "gobierno" hacía todo lo posible para cesar las hostilidades en el oeste y poder así continuar la lucha en el Frente del Este. Tal era la piedra angular de la política, expuesta con bastante franqueza por el propio Doenitz en su alocución del 1 de mayo por la radio de Flensburg:

"El führer me ha designado su sucesor. En esta hora crítica para los destinos de Alemania, consciente de la responsabilidad que sobre mí recae, acepto las obligaciones de jefe del gobierno. Mi tarea principalísima es salvar a los alemanes del aniquilamiento de los bolcheviques en ofensiva. Sólo en aras de este fin continúan las acciones militares. Como por el momento encontramos dificultades para llevar a cabo esta tarea por parte de ingleses y norteamericanos, nos vemos obligados a defendernos también de ellos. . ."

En la sesión especial del "gobierno" de Doenitz quedó en acta como resolución fundamental: "Es necesario continuar con todos los medios la lucha en el Frente del Este".

No ofrece duda que Doenitz era un continuador fanático de Hitler y que, sin tener en cuenta la situación real creada, proseguía la política de éste, política que ponía en peligro la propia existencia del pueblo alemán. Propiamente dicho, eso fue lo que le llevó al poder. A su modo, Hitler estaba en lo cierto, designando tal sucesor.

La única fuerza verdadera que podía "continuar con todos los medios la lucha en el Frente del Este" era, naturalmente, la agrupación germano-fascista que operaba al norte del Danubio, en el territorio de Checoslovaquia y en las regiones septentrionales de Austria. Además del Grupo de

Ejércitos "Centro", la integraban también parte de las fuerzas del Grupo de tropas "Austria" y numerosas subdivisiones y unidades de reserva e instrucción que a la sazón inundaban literalmente Checoslovaquia. Por el oeste, esta agrupación estaba protegida por el 7° Ejército alemán, que en determinadas circunstancias también podía volverse contra nosotros.

El "gobierno" de Doenitz confiaba en que de un momento a otro llegaría a la capitulación parcial con nuestros aliados occidentales y podría lanzar todo su millón de hombres contra el Ejército Soviético. Nosotros teníamos que hacer abortar esos planes.

El 2 de mayo, los sucesores de Hitler calcularon que la agrupación de Schörner podría mantener el territorio de Checoslovaquia no menos de tres semanas. Mas el propio Doenitz insistía en que Schörner comenzase inmediatamente a retirar sus tropas hacia el sudoeste, donde les sería más fácil entregarse después a los norteamericanos.

Keitel y Jodl se oponían, estimando que en cuanto el Grupo de Ejércitos "Centro" comenzase la retirada sería arrollado y se desmembraría bajo los golpes de las tropas soviéticas.

Este razonamiento, yo diría, no estaba falto de razón. Si en aquellas fechas Schörner hubiese sacado apresuradamente sus tropas de las posiciones bien organizadas, no cabe la menor duda de que durante la persecución habrían sido arrolladas por nosotros y es poco probable que hubieran podido escapar a la zona norteamericana.

El general Natzmer, Jefe del Estado Mayor de Schörner, llamado a la residencia de Doenitz, expuso la opinión de su jefe contraria a retirar las tropas de posiciones bien fortificadas que se apoyaban en los Montes Sudetes y Metálicos y, en gran medida, en las antiguas fortificaciones checoslovacas construidas antes de la guerra.

Como vemos, los criterios eran dispares. Se analizó hasta el problema del traslado del "gobierno" a Praga, bajo la protección de la agrupación de Schörner.

Sigo lamentando hasta ahora que Doenitz no aceptase esta propuesta. Si así lo hubiera hecho, no cabe duda de que las tropas de nuestro Frente habrían capturado a su "gobierno" con la masa fundamental de tropas de Schörner.

Tal era la situación militar y política en el campo enemigo en vísperas de la operación de Praga.

Por lo que a nuestros aliados se refiere, precisamente en aquellas fechas Churchill dio al mariscal de campo Montgomery su tristemente célebre indicación, ahora ampliamente conocida, de "recuperar minuciosamente el armamento alemán y depositarlo, de manera que se pudiera distribuir de nuevo más fácilmente a los soldados alemanes con los que tendríamos que cooperar si la ofensiva soviética continuaba".

Refiriéndose a su estado de ánimo en la primavera de 1945, Montgomery dijo posteriormente en sus memorias que si la dirección suprema de las operaciones militares se hubiera realizado como era debido por los líderes políticos de Occidente, "habríamos podido ocupar estos tres centros antes que los rusos". Por los tres centros sobrentendían Berlín, Viena y Praga.

Mas cuando el 1er Frente de Ucrania recibió las instrucciones del Cuartel General para emprender la operación de Praga, Berlín y Viena ya los habíamos tomado. De las tres ciudades citadas por Montgomery sólo quedaba Praga. Toda una serie de documentos de aquella época permiten afirmar que nuestros aliados abandonaron a regañadientes la esperanza de ocupar este "tercer centro" antes que los rusos.

El 30 de abril, el general Eisenhower, Mando Supremo de las fuerzas expedicionarias aliadas en el Occidente de Europa, nos proponía en su carta establecer una línea de demarcación con la que en principio estábamos de acuerdo, y que después fue realmente fijada. El 4 de mayo, a pesar del convenio ya establecido, en su nueva carta a Antónov, Jefe de nuestro Estado Mayor Central, decía ya otra cosa distinta por completo: "Estaremos dispuestos a emprender el avance en Checoslovaquia, si así lo exige la situación, hasta la línea de los ríos Vltava y Elba, para limpiar las márgenes occidentales de estos ríos". Esta adición incluía, prácticamente, la propia Praga en la zona de acción de las tropas norteamericanas.

Por lo visto, la carta reflejaba la presión cada vez mayor que sobre Eisenhower ejercían Churchill y Truman, que había sustituido en el poder a Roosevelt.

En nombre del Alto Mando Supremo soviético, el general Antónov, Jefe de nuestro Estado Mayor Central, envió al día siguiente, es decir, el 5 de mayo, al general Eisenhower la respuesta en la que le pedía, para evitar una posible entremezcladura de tropas, no avanzar las fuerzas aliadas en

Checoslovaquia hacia el este de la línea fijada en un principio.

Después del intercambio de estas cartas, las tropas norteamericanas detuvieron su ofensiva al interior de Checoslovaquia en la línea convenida desde el mismo comienzo.

Esta *correspondencia diplomática tenía lugar cuando en* nuestro Estado Mayor del Frente y en los ejércitos, prácticamente, se daban los últimos toques a los preparativos para *la operación de Praga* y *cuando las tropas estaban ocupando* las bases de partida.

En aquellos días me encontré con el general Bradley, Comandante en Jefe de las tropas norteamericanas en Europa. Quiero hablar de ello, con más razón, porque el general Bradley, también describió nuestras entrevistas en sus *Apuntes de un soldado.* No veo necesidad de polemizar con él por la interpretación que da a unos u otros hechos en sus *Apuntes.* Creo que será útil que el lector conozca la impresión que me produjeron nuestras visitas recíprocas.

Me encontré por primera vez con el general Omar Bradley, Comandante en Jefe del 12° Grupo de Ejércitos norteamericano, una semana después de haber entrado en contacto nuestras tropas con las norteamericanas en el Elba. Ocurrió esto en las proximidades de Torgau, a unos cuarenta kilómetros al nordeste de este punto, en mi puesto de mando.

Bradley llegó acompañado de un cortejo de generales y oficiales y gran número de corresponsales y reporteros gráficos, yo diría que hasta excesivo. Por nuestra parte, me acompañaban los miembros del Consejo Militar del Frente, A. Zhádov, Jefe del 5° Ejército de la Guardia, y G. Baklánov, Jefe del 34° Cuerpo de infantería de la Guardia. Precisamente las tropas de estos generales fueron las primeras que tomaron contacto con las norteamericanas en el Elba. Estaban también allí corresponsales de nuestra prensa, operadores de cine y fotógrafos, pero en número más modesto que los norteamericanos.

Hubo épocas distintas en las relaciones soviético-norteamericanas, inclusive ahora, no por culpa nuestra, dejan estas relaciones mucho que desear. Fiel a la exactitud histórica *diré que aquel* 5 *de mayo de* 1945, *el encuentro de los* dos altos jefes, norteamericano y soviético, transcurrió en un ambiente de franqueza y sinceridad. Tanto Bradley como

yo no éramos diplomáticos, sino soldados, y esto se dejó sentir en las dos entrevistas, oficiales y amistosas al mismo tiempo.

Examinamos el mapa del general. En él estaba dibujado el despliegue de las tropas norteamericanas en aquella fecha, el 5 de mayo. En breves palabras, Bradley aclaró dónde y qué unidades suyas habían alcanzado la línea de contacto convenida con nosotros. Después, me preguntó cómo nos proponíamos tomar Praga y si no deberían los norteamericanos ayudarnos en ello.

La pregunta no fue inesperada para mí. Aunque la ofensiva de las tropas soviéticas contra el grupo de Schörner aún no había comenzado, de todas maneras, a los norteamericanos no les quedaba ninguna duda de que la ofensiva comenzaría dentro de muy poco tiempo.

Dije a Bradley que no había necesidad de tal ayuda y que cualquier movimiento a vanguardia de las tropas norteamericanas, hacia el este de la línea de demarcación anteriormente convenida, sólo podría traer confusión, mezcolanza de tropas, cosa no deseable, por lo que le pedía que se abstuviera de hacerlo.

Bradley estuvo de acuerdo conmigo y dijo que las tropas a él subordinadas continuarían respetando la línea de contacto establecida.

Cuando Bradley me preguntó cómo nos proponíamos tomar Praga, le respondí en líneas generales, haciéndole ver que las tropas soviéticas enfiladas hacia Checoslovaquia estaban en condiciones de cumplir esta misión y que indudablemente la llevarían a cabo. No entré en pormenores de las próximas operaciones. Consideré inconveniente hablar de nuestros planes operativos, aunque confiaba que las tropas del 1er Frente de Ucrania serían precisamente quienes desempeñarían el papel decisivo en la liberación de Praga. No tengo costumbre de hablar por anticipado.

Durante la comida, en mi primer brindis oficial hablé de las pruebas y dificultades por las que tuvo que pasar el Ejército Soviético en su camino hacia la victoria. Hablé del importante papel que había jugado el presidente Roosevelt en la creación y en todos los actos posteriores de la coalición antihitleriana. El fallecimiento de Roosevelt estaba aún muy reciente en mi memoria, y yo pertenecía a los que habían lamentado con sinceridad y profundo dolor esta pérdida. Por esta razón expresé oficialmente mi condolencia por el falle-

cimiento prematuro del presidente norteamericano, expresé en mi discurso lo que sentía y manifesté la esperanza de que el nuevo presidente proseguiría la causa por la que luchó Roosevelt.

Lamentablemente, esta esperanza no se justificó y el sucesor de Roosevelt no tardó en hacer su primer aporte a la agudización de las relaciones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Refiriéndome a nuestra lucha conjunta contra los invasores fascistas, señalé y valoré los indiscutibles méritos de los oficiales y soldados del 12° Grupo de tropas norteamericanas.

En su brindis de respuesta, el general Bradley mencionó también el arrojo de los soldados soviéticos, el heroísmo de las tropas del 1er Frente de Ucrania cuyo ejemplo, según sus palabras, habían seguido los soldados, oficiales y generales norteamericanos. Deteniéndose en los méritos de Roosevelt, se lamentó de que el presidente no hubiera podido vivir hasta los días felices de la victoria y propuso beber en honor de nuestro encuentro.

Después de los primeros brindis oficiales, se entabló en la mesa una plática amistosa interrumpida ya, como se dice, por brindis locales en honor de los representantes de nuestros EE.MM., jefes de los ejércitos y representantes de las diferentes Armas. Los brindis fueron cariñosos y sinceros, evidenciaban un respeto recíproco y verdadero y que valorábamos nuestra amistad combativa, surgida y consolidada en la lucha contra el enemigo común. Cuando terminó la comida propuse a Bradley y a sus acompañantes presenciar un concierto del conjunto de canciones y bailes del 1er Frente de Ucrania. Debo decir que este elenco, organizado en 1943 en Kíev, bajo la dirección de Lidia Chernishova, disfrutaba de gran popularidad en el frente. Lo componían músicos, cantantes y bailarines verdaderamente magníficos.

Cuando el coro ejecutó el himno de los Estados Unidos, los norteamericanos que estaban en la sala lo corearon y, después, aplaudieron clamorosamente a nuestros músicos. Lo mismo hicieron cuando los músicos ejecutaron el himno de la Unión Soviética.

Los artistas del conjunto estuvieron aquel día especialmente afortunados, además de nuestras canciones cantaron el cuplet humorístico norteamericano *La taberna* y la canción inglesa *Tipperary*. Todo esto fue recibido con gran alborozo por los huéspedes. A continuación, bailaron el go-

pak ucraniano y el poupurri ruso, numeros cumbre de nuestros danzarines. Ya en un ambiente normal estos números producen brillante efecto, aumentado en aquella ocasión por el estado de ánimo festivo y jubiloso que nos embargaba a nosotros y a nuestros invitados.

Sentado a mi lado, el general Bradley me preguntaba interesado qué clase de conjunto era aquél, de dónde habían llegado al frente sus artistas. Le dije que el elenco estaba formado por soldados nuestros que habían hecho con las tropas del Frente el gran camino de la guerra. Sin embargo, así me lo pareció, no creyó mucho en mi respuesta. Lo lamento, pues la mayoría de los que integraban el conjunto habían comenzado verdaderamente la guerra como soldados e incluso después, cuando ya se había organizado el elenco, dieron muchos conciertos en la primera línea de tropas, a veces, en condiciones ni mucho menos exentas de peligro.

Bradley expresó su agradecimiento por la función y cuando terminó anunció que el gobierno de los Estados Unidos había decidido condecorarme, como Jefe del 1er Frente de Ucrania, con la orden suprema norteamericana. Acto seguido me hizo entrega de esta orden y, como es de rigor en estos casos, me felicitó y me abrazó.

Los partícipes de este encuentro, mis camaradas del Frente, mostraron su aprobación sincera por la recompensa: veían justamente en ella la alta valoración que nuestros aliados daban a los hechos de armas de las tropas del 1er Frente de Ucrania.

Cuando terminó la ceremonia de entrega de la condecoración salí con Bradley del hotelito a respirar aire fresco, y allí, debo decir, en presencia de un auditorio bastante numeroso reunido con motivo de la visita de los huéspedes norteamericanos, en nombre de los combatientes del 1er Frente de Ucrania entregué al general Bradley la Bandera Roja, como símbolo de nuestra amistad combativa.

Yo sabía que Bradley me quería regalar, como recuerdo, un "willis" traído especialmente en avión de su Cuartel General. Por mi parte, yo también le había preparado un obsequio personal: el caballo que me había seguido a todas partes desde el verano de 1943, cuando me hice cargo de la jefatura del Frente de la Estepa. Era un potro de preciosa alzada y bien domado de las tierras del Don. Se lo regalé al general Bradley con todo el equipo.

Me pareció que al general le satisfizo sinceramente este

regalo. Tomó el caballo y a su vez me entregó un coche "willis" con esta dedicatoria: "Al Comandante del Primer Grupo de Ejércitos de Ucrania, de los soldados de las tropas norteamericanas del 12° Grupo de Ejércitos" y, con el automóvil, me entregó la enseña de los EE.UU. y una metralleta norteamericana.

Al cabo de unos días devolví la visita de cortesía al general Bradley, en su Cuartel General. . .

Hasta Torgau fuimos en nuestros coches. Allí nos esperaban un alto oficial del Estado Mayor y un intérprete que nos acompañaron hasta Leipzig. En esta ciudad me aguardaba Bradley, quien me invitó a ir a su Cuartel General, situado bastante lejos, hasta el extremo que tuvimos que llegar a él en su avión personal.

Tomamos asiento en el SI-47. Durante todo el vuelo nos dieron escolta dos escuadrillas de cazas que ejecutaban incesantemente en el aire toda clase de figuras, cambiaban de formación, nos exhibían alto pilotaje de vuelo en grupo y, cuando nuestro avión aterrizó en las proximidades de Kassel, los cazas se alejaron con gran vistosidad, escalonados a distintas alturas, incluso hasta las más bajas. No oculto que a la sazón me pareció que con aquella escolta de cazas no sólo nos habían hecho un honor, sino que también trataron de demostrarnos su maestría en pilotaje aéreo.

Desde el aeródromo en las cercanías de Kassel, nos acompañó también una escolta, pero ya terrestre: delante, varios blindados seguidos de un coche con potente claxon y, después, el automóvil en el que íbamos Bradley, yo y el intérprete, seguidos nuevamente por vehículos blindados y tres tanques que cerraban la columna. Cubrían la carrera, a intervalos, tropas formadas de todas las Armas, excepto, me parece, marinería.

A la entrada del edificio, ante el que se detuvieron nuestros coches, había congregados muchos oficiales del Estado Mayor y una muchedumbre aún mayor de periodistas.

En el salón de fiestas, Bradley nos invitó a un coctel preparado, según nos dijo, por receta suya. De una enorme perola de cobre el coctel se servía con un cazo en los jarros de soldado. Me dijeron que tal era la tradición. Qué le iba a hacer, una tradición como cualquier otra.

Después del coctel, Bradley me llevó a la Plana Mayor. Delante del edificio estaba formada la guardia de honor, integrada de nuevo por representantes de todas las Armas.

Juntos pasamos revista a la formación; saludé a todos y pedí al general que mandara "firmes" a las tropas. Cuando lo hizo, por encomienda del Gobierno soviético entregué al general Bradley la Orden de Suvórov de 1er grado. Bradley es un hombre que sabe contener sus sentimientos, pero me pareció que en aquellos minutos su rostro denotaba emoción. Nos abrazamos amistosamente y le felicité.

Después pasamos a un salón donde estaban las mesas servidas. Y como se acostumbra en estos casos, nuevamente todo comenzó por los brindis. El primero en levantar su copa fue el anfitrión, después lo hice yo: por nuestro encuentro, por Bradley y por sus compañeros de armas y amigos que estaban presentes.

Durante la comida casi no se habló de temas militares. La única conversación de esta índole giró en torno a Suvórov. Bradley había recibido la Orden de Suvórov y le interesaba conocer a esta personalidad histórica. Se puso en claro que hasta entonces no había oído hablar nada de Suvórov, por lo que tuve, allí mismo, durante el banquete, que hablarle de las campañas fundamentales del caudillo ruso, incluidas *la italiana y la marcha a través de Suiza.*

Cuando terminaba mi relato acerca de Suvórov dije a Bradley que Suvórov era el talento militar más grande en la historia del ejército ruso, y la orden que llevaba su nombre era en primer lugar la condecoración suprema establecida en nuestro país para los jefes militares que mandaban grandes unidades y que el mariscal Stalin (así había ocurrido realmente) me encomendó entregársela personalmente a él, al general Bradley.

Al final de la comida, dos violinistas con uniforme de soldados norteamericanos, uno más viejo que el otro, ejecutaron en dueto varias magníficas piezas. Diré inmediatamente que el gran virtuosismo de los violinistas que escuché aquel día en el Cuartel General de Bradley no me asombró lo más mínimo, pues aquellos dos soldados eran el famoso violinista Jascha Heifetz y su hijo.

En los descansos entre los números, Bradley me miraba de vez en cuando con ironía. Por lo visto, mis suposiciones eran ciertas: en nuestro primer encuentro no creyó que el conjunto soviético de canciones y bailes estuviera integrado por soldados del 1er Frente de Ucrania. Considerando el concierto dado en su honor como una pequeña mala pasada, él, a su vez, decidió recurrir a la mixtificación, presentando a

Jascha Heifetz y a su hijo como militares norteamericanos.

Por la parte estadounidense asistieron a la comida los generales que mandaban ejércitos, los jefes de cuerpos de Ejército y de divisiones. El anfitrión no cesaba de lamentarse de que no estuviera presente el general Patton, calificando a su Ejército como el mejor de los estadounidenses y al propio Patton como al general norteamericano más destacado, como a un hombre capaz de realizar la maniobra más audaz y el empleo más decidido de las tropas de tanques.

En una o dos ocasiones, por iniciativa de Bradley, la conversación atañó al general Eisenhower. Bradley hablaba de él con respeto, pero le apreciaba más como diplomático que como jefe militar. Por las palabras de Bradley se podía también deducir que Eisenhower gastaba mucho tiempo y fuerzas en la coordinación de acciones entre los mandos y los gobiernos aliados. De aquí que casi todo el peso de la dirección *práctica de las tropas norteamericanas que operaban en* Europa recayera sobre Bradley, quien ni en todo ni siempre estaba de acuerdo con Eisenhower.

Como platicábamos sirviéndonos de intérpretes, quizás ciertos matices de lo expuesto no fueran captados por mí con toda exactitud, pero la impresión general de la conversación fue precisamente la que he expuesto.

El propio Bradley, como persona y como militar, me produjo durante estas entrevistas buena impresión. Ya de edad madura –a la sazón, en mayo de 1945, tenía cerca de los sesenta años–, era, sin embargo, fuerte, tranquilo y moderado; de forma interesante y, en lo fundamental, justa analizaba el desarrollo de los acontecimientos, comprendía la importancia que había adquirido durante la guerra el poderoso fuego de la artillería, los tanques y la aviación, comprendía bien el carácter del combate moderno y tenía una idea justa de lo decisivo y lo secundario en él. Como experto enjuició nuestros carros de combate, su armamento, blindaje, motores y otros detalles.

En general, advertí y vi que tenía a mi lado a un hombre suficientemente orientado en los problemas del empleo de todas las Armas, lo que desde mi punto de vista era indicio cierto de la alta calificación del Comandante norteamericano.

Me pareció que era un militar en toda la extensión de la palabra, un jefe de pies a cabeza que representaba digna-

mente a las tropas norteamericanas que operaban en Europa.

Me impresionó también que en sus pláticas conmigo habló repetidamente con cariño del pueblo y del ejército soviéticos y con satisfacción y sinceridad, así me lo pareció, valoró altamente nuestras últimas operaciones, comprendiendo asimismo todas las dificultades de la lucha que el Ejército Soviético había librado contra los hitlerianos.

En una de las conversaciones, Bradley me dijo con toda franqueza que nuestro ejército había soportado la carga fundamental de la guerra, es decir, declaró lo que precisamente, más tarde, silenciaron a toda costa e incluso refutaron muchos otros generales de Occidente que en otros tiempos fueron aliados nuestros. Coincidimos también en la apreciación del enemigo. El consideraba que el ejército alemán era fuerte y templado, capaz de luchar tenazmente, con gran destreza y estoicismo.

Nuestro encuentro transcurrió y terminó en un ambiente de sencilla amistad. En aquel tiempo eran verdaderamente buenas nuestras relaciones. Me separé de Bradley plenamente satisfecho y sólo ya de camino, estropeó un poco mi buen humor un pequeño detalle.

Cuando nos sentamos a la mesa para la comida vi delante de mi asiento un micrófono. Consideraba que hubiese necesidad alguna de que los brindis de la comida se radiaran y por ello pedí que retiraran el micrófono. Bradley inmediatamente dio las disposiciones a este respecto. Mas cuando regresaba a mi puesto de mando y conecté la radio escuché mi voz en el éter. El brindis que pronuncié durante la comida con Bradley fue de todas maneras grabado en magnetófono y ahora se radiaba. Y aunque no di la menor importancia a este hecho, no oculto puesto que habíamos convenido de antemano no hacerlo, la violación de la palabra dada, incluso en un asunto tan poco esencial, me dejó cierto resquemor. A pesar de que admito que esto se hiciera sin conocimiento de Bradley y en el caso presente él mismo hubiera sido víctima de los corresponsales.

Ambos encuentros con Bradley fueron para mí a la sazón, se entiende, acontecimientos interesantes. Y, sin embargo, estuve todo el tiempo pensando en la próxima operación de Praga. La situación se complicaba cada vez más y exigía de nosotros que aceleràsemos el ritmo de la preparación.

...En los primeros días de mayo estalló la insurrección

en Chequia y con particular fuerza en Praga. Frank, el gobernador-general fascista, tratando de ganar tiempo, entabló negociaciones con los sublevados. Al mismo tiempo. Schörner dio la siguiente orden a sus tropas: "La insurrección en Praga debe ser aplastada por todos los medios". Desde tres direcciones avanzaban hacia Praga las tropas alemanas. A los ciudadanos insurrectos les aguardaba una dura lucha. Praga necesitaba una ayuda enérgica y nosotros éramos quienes debíamos prestársela los primeros.

Las tropas de los frentes de Ucrania 1°, 2° y 4° ocupaban una situación favorable de envolvimiento en cuanto al Grupo de Ejércitos de Schörner. Los ataques contra sus flancos –desde el sudeste por el 2° Frente de Ucrania y desde el noroeste por el nuestro– amenazaban con cercarle al este de Praga y cerrar totalmente sus caminos de repliegue hacia el oeste.

Mas para que esta seductora posibilidad se hiciese para nosotros realidad, nuestras tropas tenían que salvar grandes macizos montañosos y profundas zonas defensivas preparadas de antemano por los alemanes. La profundidad de la posición principal defensiva del enemigo ante el 1er Frente de Ucrania tenía en algunos sitios hasta dieciocho kilómetros.

Las obras defensivas más fuertes los hitlerianos las habían organizado al este del Elba, en la zona de Görlitz, donde libramos largos y penosos combates con la agrupación Dresde-Görlitz. Mucho más débil se presentaba la defensa enemiga al noroeste de Dresde, donde ya durante los anteriores combates el frente no se había estabilizado. El sector más flojo de la defensa enemiga se encontraba al oeste del Elba. Precisamente en esta dirección concentré el grueso de las fuerzas para la ofensiva sobre Praga.

Cierto que también aquí, en la profundidad de la defensa enemiga, existía una franja de fortificaciones de hormigón armado que se extendía a lo largo de la antigua frontera germano-checoslovaca. Si nos hubiéramos detenido, atascado allí, esas fortificaciones conjugadas con el relieve montañoso del terreno habrían sido un serio obstáculo, cruzado por la cordillera de los Montes Metálicos en una extensión de ciento cincuenta kilómetros y cerca de medio centenar de anchura.

También es cierto, que de norte a sur, esto es, en la dirección elegida para nuestro ataque, atravesaban los Montes Metálicos casi una veintena de carreteras, lo que con una preparación y ritmo de ofensiva correspondientes nos prome-

tían buenas perspectivas aun en condiciones de guerra montañosa.

A mí, como Comandante del Frente, en aquellos días no tanto me intranquilizaba la resistencia que pudiera ofrecernos la potente agrupación enemiga ni tampoco la solidez de sus fortificaciones como la compaginación de todo esto con los accidentes del terreno. Debe tenerse en cuenta que la operación había sido calculada para ejecutarla rápidamente. Precisamente el elevado ritmo de ofensiva era lo que había servido de base para nuestros cálculos y había que pensar seriamente en cómo no atascarnos en las montañas.

Pensaba constantemente en la operación de Dukla, el año 1944, cuando también tuvimos que atravesar directamente las montañas. Aquella operación, impuesta por consideraciones de orden político y emprendida para apoyar a la insurrección armada nacional antifascista del pueblo eslovaco, nos costó muy cara, aunque nos enseñó mucho. Recordando su dura experiencia, hice cuanto pude, en lo sucesivo, para aprovechar la más ínfima posibilidad de no subir montañas, sino protegerme con ellas. Llegué al firme convencimiento de que la lucha en las montañas sólo puede ser provocada por la necesidad más dura, cuando no hay posibilidad de flanquearlas o maniobrar.

Precisamente una situación análoga se daba antes de la operación de Praga. Para derrotar lo antes posible a la agrupación de un millón de hombres de Schörner, hecha fuerte en Checoslovaquia, tomar Praga y evitar que la ciudad fuera destruida y sus habitantes asesinados, y no sólo los de Praga, no había más remedio que abrirse paso directamente a través de los Montes Metálicos. Otra posibilidad no existía, porque no importa dónde nos metiéramos o nos lanzáramos, los accesos a Checoslovaquia desde el norte los cerraban montañas que había que salvar. Pero cruzarlas de manera que no nos atascásemos en ninguna parte y lo más rápidamente posible, garantizando libertad de maniobra para las tropas de tanques y mecanizadas.

Así, pues, en la operación que se avecinaba había que preverlo todo para impedir que los alemanes detuviesen nuestra ofensiva en los puertos. No nos proponíamos tomarlos solamente con infantería. Estimábamos que nuestros destacamentos de vanguardia deberían tener desde el mismo comienzo una impresionante fuerza perforadora y estar integrados por todas las armas, disponer de todos los medios

necesarios ingenieros para desminar los pasos, hacer voladuras y destruir las obras defensivas que pudieran oponerse a nuestro avance en los Montes Metálicos.

Estos destacamentos fueron organizados en todas las direcciones que llevaban a Checoslovaquia a través de los Montes Metálicos. Las acciones de cada uno de ellos se garantizaban con suficiente aviación, la cual debería apoyar a las unidades que abrían paso y, a continuación, el avance ulterior de los tanques irrumpidos a campo abierto.

Gran parte de las tropas que integraban nuestra agrupación de choque debía hacer desde la región de Berlín una marcha de ciento cincuenta-doscientos kilómetros hasta ocupar las posiciones de partida. Teníamos el tiempo justo y, no obstante, tratamos de realizar las marchas, particularmente de las grandes unidades de carros, lo más posible ocultas para el enemigo. Si Schörner se apercibía de la concentración de estas fuerzas, podía en cualquier momento arriesgarse a abandonar las posiciones organizadas y retirarse hacia el oeste, al encuentro de los norteamericanos. Por nuestra parte, tratábamos a toda costa de no obligarle a que tomara esta decisión.

Planificando la operación, el Cuartel General encomendó el papel principal al 1er Frente de Ucrania, decisión no tanto relacionada por su situación amenazadora para la agrupación enemiga, sino porque contaba también con grandes unidades lo bastante poderosas. Podíamos utilizar para la ofensiva dos ejércitos de tanques y varios cuerpos mecanizados de esta misma arma, inactivos después de la toma de Berlín.

Partiendo de la situación general y de las instrucciones del Cuartel General, creamos en el flanco derecho, al noroeste de Dresde, una agrupación de choque con los tres ejércitos de infantería de Pújov, Górdov y Zhádov, los dos ejércitos de carros de combate de Ribalko y Leliushenko, dos cuerpos de tanques de Poluboyárov y Fomín y cinco divisiones de artillería. Esta agrupación debería actuar en la dirección del golpe principal Teplitz-Schönau-Praga, envolviendo un poco esta ciudad por el oeste y el suroeste.

El golpe auxiliar lo emprendería desde la zona de Görlitz la segunda agrupación de choque que incluía los ejércitos de infantería de Luchinski y Korotéiev, un Cuerpo mecanizado y una División artillera de rotura. La dirección general de este ataque era Zittau-Mladá-Boleslav-Praga.

Emprendiendo la operación de Praga deberíamos resolver de paso otra misión de no poca importancia: acabar con las tropas enemigas que defendían Dresde. La conquista de esta ciudad se encomendó al 5° Ejército de la Guardia de Zhádov, reforzado con el 4° Cuerpo de tanques de la Guardia de Poluboyárov en colaboración con el 2° Ejército Polaco y su Cuerpo de tanques orgánico. Las restantes tropas de la agrupación de choque principal tenían la misión de avanzar solamente sobre Praga sin entablar lucha por Dresde.

Se decidió asimismo que en la dirección principal, los ejércitos de infantería y los de carros emprenderían simultáneamente la ofensiva. De esta manera se aseguraba inmediatamente la potencia máxima de choque, un aplastamiento arrollador de la defensa del enemigo y el ulterior avance sin las detenciones y pérdidas de tiempo habituales, necesarias para introducir los tanques en la brecha abierta.

Considero esto como una particularidad importante de la operación de Praga, dictada también por la situación y la experiencia acumulada en la guerra, por cierto, experiencia de las últimas y más impetuosas operaciones, en las que se emplearon en gran escala los ejércitos de carros.

Mas para utilizar justamente esta experiencia no había que echar en saco roto otros sumandos de la victoria. Se precisaba no sólo crear una potente agrupación de tanques, sino también una poderosa masa de artillería, asegurar el apoyo masivo de la aviación durante la rotura y explotación del éxito de las tropas de tierra.

Todo esto se preparó y teníamos derecho a contar con el éxito.

Al 13° Ejército de Pújov se le planteó una misión de especial responsabilidad. En cuanto rompiese la posición defensiva enemiga debería continuar la ofensiva, envolviendo a Praga desde el oeste y a Plzeň desde el este, garantizando con esta maniobra el ala derecha de todo el resto de la agrupación de choque del Frente. No era difícil suponer que en cuanto la operación se desplegara, los hitlerianos empeñarían todos sus esfuerzos para abrirse paso hacia el oeste, hacia nuestra línea de demarcación con los aliados. Precisamente allí es donde deberían topar con el Ejército de Pújov.

Más profundamente, cortando los caminos de posible retirada de los alemanes, debería avanzar el 25° Cuerpo de tanques del general Fominij, agregado a Pújov. Por cierto que una vez cumplida brillantemente la misión planteada, esta

gran unidad, en el último momento, consiguió copar a la división de Vlásov y al propio traidor, cuando les faltaba poco para llegar hasta los norteamericanos. Pero de esto hablaré más adelante.

Cumplieron también los tanquistas la segunda misión que se les había impuesto: en la ciudad de Mosti se apoderaron de una gran fábrica completa e intacta de combustible sintético, construida por los alemanes, cuya producción era la única que surtía a la aviación fascista en los momentos finales de la guerra.

El 3er Ejército de la Guardia de Górdov debería atacar Praga directamente desde el norte y, en colaboración con el 3er Ejército de tanques de la Guardia de Ribalko, tomar la ciudad desde el nordeste y este. Al 4° Ejército de tanques de la Guardia de Leliushenko le correspondía entrar en Praga desde el oeste y el suroeste.

Se planificó tomar Praga en el mínimo de tiempo. De todos los ejércitos se exigía elevado ritmo de ofensiva. Pero el meollo del plan consistía en otra cosa: al comienzo, los ejércitos de infantería y de carros deberían romper conjuntamente la defensa del enemigo y, posteriormente, todas nuestras grandes unidades móviles de tanques y mecanizadas se lanzarían audazmente adelante, a toda la velocidad que les permitieran la situación y el estado de los caminos y seguirían hacia Praga sin preocuparse de sus flancos ni de lo que ocurriera detrás. Su misión se reducía a una sola cosa: tomar Praga desde la marcha. Y sólo después, cuando entablasen combates y cortasen al enemigo los caminos de retirada para unirse al grueso de las fuerzas de la agrupación de Schörner, entonces, llegarían en su ayuda los ejércitos de infantería.

Y aunque, destacando merecidamente el que todos los ejércitos avanzaron sobre Praga con la rapidez máxima, el factor decisivo fue que se lanzaran en esta dirección diez cuerpos de tanques –mil seiscientos carros de combate– del 1er Frente de Ucrania.

Los mil cien tanques y cañones autopropulsados introducidos al combate en la dirección principal y todo el transporte automóvil de las tropas blindadas disponían de una carga y media de aceite pesado y gasolina, que les bastaba para toda la operación, incluida la toma de Praga. Debo remarcar que ni una sola máquina de combate se quedó en el camino por falta de combustible.

En esta operación, los artilleros mostraron una extraordi-

naria movilidad. Para asegurar el plan forjado en un plazo de tiempo, inusitado por su brevedad (del 4 al 6 de mayo), tuvimos que trasladar, en lo fundamental, desde la dirección de Berlín, y concentrar en el sector de ruptura de la agrupación principal de choque, no sólo las cinco divisiones de artillería antes mencionadas, sino también cerca de una veintena de brigadas y un número aproximadamente igual de regimientos de artillería y morteros, amén de una cantidad enorme de cañones antiaéreos. En total, en aquellos días concentramos en la dirección del golpe principal cinco mil seiscientas ochenta piezas de artillería y morteros. La densidad de fuego en el sector de rotura del 5° Ejército de la Guardia de Zhádov pasó de doscientos cañones por kilómetro.

El 2° Ejército aéreo, mandado por el general S. Krasovski, destacó para operar en la dirección fundamental mil novecientos aparatos y en la dirección auxiliar otros trescientos cincuenta y cinco. Además de la protección de las tropas, aseguramiento de los pasos a través del Elba y de los ataques en masa contra las fuerzas y armas del enemigo, la aviación tenía la misión de impedir que el enemigo maniobrara por los ferrocarriles, paralizar prácticamente todos los nudos ferroviarios más importantes en torno a Praga.

Todo lo dicho se refiere a la dirección principal de ataque. Pero también en la secundaria, donde deberían actuar Luchinski y Korotéiev, se concentraron asimismo efectivos considerables, incluidos cerca de tres mil setecientas piezas artilleras y morteros, casi trescientos carros de combate y dos divisiones artilleras de rotura. Con estas fuerzas emprendería también la ofensiva el Cuerpo de tanques del 2° Ejército Polaco.

La premura de tiempo nos impidió preparar la ofensiva con la minuciosidad habitual. Tuvimos simultáneamente que trasladar las tropas, concentrarlas y crear allí mismo la agrupación, suponiendo que si por un casual algunas unidades se retrasaban en llegar al lugar fijado, la ofensiva no se detendría y estas unidades recuperarían el tiempo perdido durante la propia operación. En esencia, en la operación de Praga, tanto el traslado de tropas y su concentración como el paso a la ofensiva se fundió en un proceso único e indisoluble. Y en esto, precisamente, residió una de las particularidades fundamentales de esta operación.

El 4 de mayo fueron llamados al Estado Mayor del Frente los comandantes de los ejércitos. Durante la discusión en

torno a todos los aspectos de la próxima operación, al factor tiempo se le concedió la importancia máxima. Se remarcó que no sólo tendríamos que remontar simplemente los Montes Metálicos y los Montes Sudetes, sino que deberíamos literalmente pasarlos poco menos que volando.

Una de las premisas del éxito era el estado de las tropas del enemigo. Y de ello también se habló en aquella reunión.

Nunca fui partidario de subestimar las posibilidades de resistencia de los alemanes. Pero, en aquella ocasión, exigiendo a los comandantes de los ejércitos acciones impetuosas y continuas, consideré necesario subrayar que aunque se nos enfrentaba una agrupación, poderosa por su número y dura de roer por su armamento, sin embargo, después de la caída de Berlín su moral, como la de todo el ejército alemán en su conjunto, estaba muy deprimida y quebrantada y sólo nos restaba aplastarla definitivamente. A juzgar por muchos indicios, los EE.MM. alemanes ya no estaban en condiciones de apreciar y abarcar de una vez todo lo que ocurría con la exactitud con que lo hacían de ordinario. Por esta razón, no sólo debíamos tomar decisiones audaces, sino también atrevidas, demostrando alta clase de arte operativo y táctico, calculando y ahorrando cada minuto.

De las tropas de tanques se exigía que una vez separadas de las tropas y sin entablar combates por ciudades, rodearan los puntos de resistencia y se lanzaran con audacia siempre adelante. A los ejércitos de infantería se les prescribía utilizar al máximo todo el transporte automóvil existente y no dar un paso a pie, donde fuera posible emplear los camiones. De los jefes y EE.MM., incluidos los de divisiones y regimientos, se exigía: dirigir el combate lo más cerca posible, utilizando al máximo la dirección por radio; a los jefes de tropas, encontrarse directamente en las formaciones de combate para tener todo en su mano y en su campo visual.

Una indicación especial prohibía que se destruyeran las ciudades, fábricas y poblados. No debíamos olvidar que entrábamos en el territorio de un país aliado, amigo.

Exigiendo que las tropas, en la medida de lo posible, no entablaran combates por los puntos poblados, no sólo garantizábamos la impetuosidad de su avance, sino que también queríamos evitar víctimas entre la población civil.

Tampoco deseábamos derramamiento de sangre inútil entre los soldados alemanes. Se ordenó a todos que, donde esto fuera posible, se saliera a los flancos y retaguardia de

las unidades grandes y medianas germano-fascistas, se las cercara rápidamente, se las dividiera en partes y se las obligara a rendirse. En este sentido se daba plena libertad de iniciativa a los jefes de los ejércitos y de las grandes unidades.

Todo el trabajo político y de partido en las unidades se hizo bajo la consigna de "¡Adelante, a Praga! A salvarla. ¡Hay que impedir que sea destruida por los bárbaros fascistas!" Debo decir, que a pesar del cansancio de las tropas después de la operación de Berlín, esta consigna fue secundada por todos.

De ello se trató también en la reunión de dos horas con los comandantes de los ejércitos, de la que ya he hablado con bastante detalle, la última de la guerra. Por última vez, en vísperas de la operación final se congregaron en el Estado Mayor del Frente todos los jefes de los ejércitos que debían llevarla a cabo. Seguramente esta circunstancia hace que la recuerde...

Antes de pasar a describir la propia operación, no emprendida el 7 de mayo, como se había planificado, sino un día antes, el 6 de mayo, quisiera decir unas palabras acerca de algunos de mis compañeros de armas, con los que debería ejecutar esta operación de la guerra y a los cuales aún no he mencionado como debiera en mi relato anterior.

Entre ellos, desearía citar el primero al Comandante del 13° Ejército coronel general Nikolái Pújov. Ya hablé mucho del comportamiento de sus tropas en las operaciones del Vístula-Oder y de Berlín, pero también en la propia operación de Praga su Ejército rayó a gran altura y cumplió inmejorablemente la complicadísima misión que se le había planteado.

Nikolái Pújov, prematuramente fallecido, era un hombre con gran experiencia de combate y de servicio en filas. Antes de la guerra fue profesor en la Academia Frunze, mandó División y Cuerpo y ya en los primeros meses de la guerra fue designado para la jefatura del 13° Ejército, con el que hizo todo el camino desde las cercanías de Moscú hasta Berlín y Praga. Participó en la batalla del arco de Kursk, donde le correspondió aguantar el golpe principal de los alemanes, descargado sobre el ala norte de nuestra defensa. Su Ejército fue uno de los primeros que cruzó el Dniéper y que, después, atravesó combatiendo toda Ucrania y Polonia. Fue tam-

bién uno de los primeros que llegó al río Vístula, lo pasó con las tropas de tanques y ocupó la cabeza de puente de Sandomierz.

Durante el combate para cruzar el Vístula, en una situación muy complicada, Pújov mostró gran maestría, ingenio, audacia y tesonería. El enemigo hizo literalmente todo cuanto pudo para arrojarnos de la cabeza de puente. En el primer período de los combates por esta posición, sus durísimos contraataques tuvo que resistirlos, principalmente, el Ejército de Pújov.

En esta dura lucha exhibió también sus aptitudes el general G. Malandin, oficial de gran talento, Jefe del Estado Mayor del 13° Ejército. M. Kozlov, miembro del Consejo Militar del Ejército, desempeñó un gran papel en la organización del trabajo político y de partido.

Durante todo el largo período en que tuve ocasión de seguir personalmente el trabajo del Consejo Militar del 13° Ejército, siempre me pareció un ejemplo digno de emular. Se advertía en su labor un perfecto engranaje, organización exacta y espíritu de verdadera camaradería. Fue modelo de cómo en condiciones del mando unipersonal, pleno e incondicional, cada individuo de esta colectividad de mando encontró su puesto de trabajo y entregaba todas sus fuerzas a la causa por la que luchábamos.

A veces, en los primeros tiempos de mi trabajo con Pújov, me parecía que éste era un poco bonachón, insuficientemente firme. Cuando le conocí más de cerca me convencí que este hombre, exteriormente afable y tranquilo, era capaz de mostrar decisión en cualquier circunstancia difícil y mantener con mano dura el orden debido en el Ejército.

El general Pújov sabía utilizar a sus auxiliares más próximos, tenía en ellos confianza y apreciaba altamente y como se merecía a su Jefe de Estado Mayor.

En los días que asaltábamos Berlín, Pújov me descubrió un aspecto de su persona, un tanto inesperado. Precisamente tuve que conmemorar el Primero de Mayo con Pújov; de hecho, Berlín ya había sido tomado. En el mismo puesto de mando, improvisadamente, se organizó una comida festiva en la que, puede ser por primera vez, aunque hacía mucho que combatíamos juntos, vi a Pújov en toda su sencillez en el papel de atento anfitrión.

Jamás podía figurarme que Pújov fuera tan aficionado a cantar y que lo hiciese tan bien. ¡Qué no cantó aquella tarde!

Fue literalmente el animador, quien arrastró a todos. Se le daban especialmente bien las canciones líricas. Aquella tarde parecían aflorar toda su grandeza de alma, sinceridad y cordialidad, atenazadas por el duro ambiente de la guerra.

Algunos jefes de Ejército de nuestro Frente, debido a las condiciones en que transcurrieron las operaciones finales de la guerra, no se encontraron en las direcciones principales, sino en las secundarias. Sus ejércitos estaban a la defensiva, protegían los flancos de nuestras agrupaciones atacantes de choque, maniataban al enemigo, es decir, cumplían misiones totalmente necesarias en escala del Frente, pero, por decirlo así, no misiones destacables, que ordinariamente se mencionan de la forma más breve, mientras que la atención fundamental se centra en el sector del frente donde se efectúa la rotura y se desarrollan los acontecimientos principales.

En este papel, relativamente desapercibido, se encontró en las últimas operaciones de la guerra el general Konstantín Korotéiev, Comandante del 52° Ejército. Tanto él como sus tropas recorrieron un glorioso y difícil camino combativo y si este general no participó en el asalto directo de Berlín a la cabeza de su Ejército y no entró en Praga, no obstante, le correspondió un gran papel en la ejecución de estas operaciones por las tropas del Frente y, por consiguiente, también podía sentir cierto orgullo legítimo por su éxito. Korotéiev y sus tropas aseguraron este éxito allí donde les fue encomendado, incluidos los cruentos combates de Görlitz, donde los alemanes atacaron furiosamente a su Ejército.

Desgraciadamente, igual que otros muchos jefes de la Gran Guerra Patria, el general Korotéiev falleció prematuramente. Por lo visto, como se dice ahora en estos casos, se resintió de las "sobrecargas" de los tiempos de guerra, de la enorme tensión que imponía responder constantemente por la dirección militar y por la vida de decenas de miles de personas que, ante todo, determina la justeza del cálculo: un año de guerra equivale a tres años de servicio.

Korotéiev era un jefe batallador de experiencia, pundonoroso y hábil cumplidor de todas las misiones que el mando del Frente encomendara a su Ejército. Luchó con honradez y mucho, nunca recurrió a tretas y jamás esquivó la ejecución de las más complicadas operaciones que le correspondieron. . .

Iván Koróvnikov, Comandante del 59° Ejército, se encontró asimismo durante las operaciones de Berlín y Praga en direcciones, aunque también de responsabilidad, de todas

maneras secundarias, desde el punto de vista de las misiones generales del Frente. Otra cosa distinta fue la operación Vístula-Oder, en la que Koróvnikov actuó en una de las direcciones principales y desempeñó un papel esencial en la toma de Cracovia. Posteriormente, el centro de gravedad de los acontecimientos se trasladó al ala derecha de nuestro Frente y Koróvnikov se encontró en situación menos destacable.

A finales de 1944, el 59° Ejército nos fue trasladado del Frente de Leningrado. Aparte de consideraciones de orden militar, sentía personalmente alegría de encontrarme con Koróvnikov.

Le conocía desde los años del 30, cuando yo mandaba un Cuerpo especial en Mongolia, del que era comisario Koróvnikov, aunque pertenecía al escalafón de mandos militares. Conservé de él una impresión inmejorable: magnífico comunista, buen educador, excelente compañero y hombre honrado a carta cabal.

En la nueva situación, cuando ocupábamos cargos diferentes –él como Jefe de un Ejército y yo como Comandante del Frente–, le visitaba en calidad de viejo amigo y camarada de armas. Debo decir, no obstante, que no le pasaba nada por alto, le exigía hasta lo último y me alegraba de todo corazón que él cumpliera al pie de la letra las misiones que se le planteaban, pues, de lo contrario, no se lo hubiera permitido, a pesar de nuestra vieja amistad.

El general Koróvnikov participó con su Ejército con especial actividad y éxito en la liberación de Cracovia y en la operación de la Alta Silesia. A veces, esto es cierto, se quejaba de que le daba pocos tanques, aunque conocía bien estas tropas y sabía cómo emplearlas. Mas qué le iba a hacer yo, la situación exigía que las masas fundamentales de carros tuviésemos que lanzarlas en otras direcciones, eso que en las operaciones de Berlín y Praga al Ejército de Koróvnikov le cayó en suerte la difícil misión de asegurar nuestro flanco izquierdo en un frente bastante ancho.

Recordando ahora la carrera militar de este hombre, debo decir que es digno de la más profunda estimación. . .

Quisiera decir unas palabras del 2° Ejército aéreo del coronel general Stepán Krasovski, que actuó con nuestro Frente.

El propio general Krasovski era un viejo soldado, un jefe combativo de experiencia que no sólo conocía a las mil mara-

villas la aviación, sino también las tropas de tierra, su servicio y sus necesidades.

El cargo de Comandante de un Ejército aéreo reviste, en cierta medida, una dualidad de funciones: de una parte, está subordinado por entero al jefe de las tropas de un Frente y, de otra, al Comandante en Jefe de las Fuerzas del Aire en Moscú, de donde recibe todos los recursos materiales y toda la dirección técnica. No obstante, el general Krasovski siempre supo salir de cuantas situaciones difíciles le originó esta doble subordinación. En aquellos casos siempre me asombraba de sus grandes aptitudes.

Mandaba uno de los mayores ejércitos de aviación, unos tres mil aparatos. Al mismo tiempo que apoyaba la ofensiva de las fuerzas terrestres tenía que realizar operaciones de gran envergadura. Encariñado con la aviación y defendiéndola de los reproches justos y, en algunos casos, bien pudiera ser, también injustos, Krasovski trataba a veces de exagerar las dificultades del empleo combativo de la aviación. En cambio, cuando la operación ya estaba planeada y confirmada, él y su Estado Mayor aplicaban tesoneramente tanto las decisiones del Comandante del Frente como las suyas propias.

Saqué la impresión de que el general Krasovski era un jefe de aviación muy capaz. Sus subordinados –los mandos de los cuerpos del 2° Ejército aéreo–, constituían una magnífica pléyade de aviadores soviéticos con gran experiencia y gloriosas tradiciones, ya formadas en tiempos de paz. Estos hombres soportaron las pruebas más duras del primer período de la contienda, cuando los alemanes tenían una superioridad numérica aplastante en el aire y nos aventajaban también por las características técnicas de sus aparatos. Más tarde, ya en el apogeo de la guerra, Krasovski y otros como él, de hecho, crearon de nuevo nuestra aviación, formaron nuevas unidades aéreas, instruyeron y adiestraron a los aviadores y elaboraron nuevos principios para el empleo combativo de la aviación.

Sigo recordando con gran respeto a jefes de cuerpos de aviación como V. Riazánov, N. Kamanin, D. Nikishin, A. Utin, V. Blagovéschenski, V. Zabalúev e I. Polbin. No se me olvida el gran dolor que nos produjo a todos la muerte inesperada del último ya al mismo final de la guerra, durante la victoriosa operación de Berlín. . .

El general Polbin, dos veces Héroe de la Unión Soviética,

mandaba un Cuerpo de bombarderos de la Guardia y era un hombre valiente, yo diría, hasta temerario. Arrojo personal que se conjugaba con magníficas aptitudes de jefe y organizador. Voló toda la guerra, sobre todo cuando se trataba de llevar a cabo misiones de responsabilidad o especialmente peligrosas.

Yo sabía que aunque la guerra tocaba a su fin, Polbin seguía volando, por lo que durante la operación de Berlín ordené al general Krasovski y a su Estado Mayor que no le dejaran salir del aeródromo sin mi conocimiento. Bastaba con que dirigiera desde su puesto de mando las acciones de sus pilotos, pues la situación no exigía que participara personalmente en los combates.

El Cuerpo de Polbin se basaba en las cercanías de Breslau. El general sabía lo que pasaba con esta fortaleza asediada y, por lo visto, le disgustaba profundamente que durante tanto tiempo no pudiéramos acabar con la agrupación en ella encerrada. Cierto día en que el Comandante del 6° Ejército, general Gluzdovski, pidió a Polbin que bombardeara ciertas baterías alemanas que obstaculizaban especialmente nuestro avance, el general, piloto innato, aburrido sin vuelos combativos, y a pesar de mi prohibición, levantó una escuadrilla de nueve bombarderos que él mismo condujo sobre Breslau. Su mala suerte hizo que, precisamente en este servicio, Polbin sobrevolara una batería antiaérea, hasta entonces no localizada. De los nueve aviones, sólo el de Polbin fue derribado por impacto directo y él mismo muerto en el aire. Así sucumbió este magnífico Jefe de Cuerpo, hombre de intachable disciplina. Murió cuando la guerra estaba a punto de acabar...

Recordando a los aviadores tengo forzosamente que mencionar A. Pokrishkin, otro jefe de talento, hoy tres veces Héroe de la Unión Soviética, que mandaba una División de cazas en nuestro Frente.

Durante la guerra, no sólo demostro ser un hombre de gran valentía personal, sino también un habilísimo organizador de las acciones combativas. Pokrishkin no sólo dominaba a la perfección el arte individual del combate aéreo y no sólo dirigía insuperablemente estas luchas aéreas, eligiendo en cada ocasión las formaciones de combate más ventajosas y aniquilando el mayor número de aparatos enemigos, sino que también en tierra sabía preparar de la mejor forma al personal con vistas a las acciones en el aire, a cambiar de base

con más rapidez y exactitud que todos y a organizar como nadie el servicio en el aeródromo. Por cierto, que él fue precisamente el primero que empezó a utilizar las autopistas alemanas como aeródromos. Pokrishkin es el orgullo de nuestra aviación. . .

Y, finalmente, recordando a mis compañeros de armas, quiero hablar del general Karol Swierczewski, Comandante del 2° Ejército Polaco. El lector sabe que Swierczewski fue uno de los que hizo cara al empuje armado del fascismo ya antes de comenzar la segunda contienda mundial. Luchó en España y mandó una brigada internacional con el seudónimo de Walter, uno de los nombres más populares en la España republicana.

En nuestro Frente, el general Swierczewski representaba al nuevo Ejército Polaco, las resurgidas tropas de Polonia. El 2° Ejército Polaco, que él mandaba, entró en fuego durante la operación de Berlín. Como militar debo decir que no es tan fácil que digamos empeñar por primera vez en combate una agrupación de tropas tan grande. Pero Karol Swierczewski y su Estado Mayor se prepararon a fondo para este momento.

El Ejército comenzó bien la ofensiva. Luego, en su zona de acción, los alemanes salieron con fuerzas superiores a su retaguardia, creando una situación más que difícil. Pero incluso en aquellas circunstancias, los combatientes del 2° Ejército Polaco se batieron con valentía y destreza. Incluso cuando la situación se hizo crítica, Swierczewski siguió confiando en que encontraría salida a la situación. Y así fue, recibió oportunamente ayuda y el peligro fue liquidado.

Swierczewski participó también en la operación de Praga. Su nombre fue citado en la orden del Alto Mando Supremo, referente a la toma de Dresde. No podía yo imaginarme entonces que a nuestro compañero de armas le quedaba tan poca vida. Unos años más tarde me conmovió profundamente la noticia de que Karol Swierczewski había sido asesinado en Polonia por un terrorista nacionalista ucraniano. Duro y doloroso fue saber el final trágico de este magnífico representante del pueblo polaco, batallador jefe de Ejército, viejo amigo nuestro. . .

Conservo los mejores recuerdos del adjunto del 2° Ejército Polaco, Edmundo Pszczolkowski.

Su camino de guerra en nuestra tierra lo inició cerca de Lénino en octubre de 1943, donde las unidades polacas ata-

caron por primera vez al enemigo, haciéndole sentir la fuerza de sus armas. Desde aquellos días, Pszczolkowski compartió con sus camaradas de armas todas las alegrías y penalidades. Organizador incansable, trabajador político de experiencia, perfecto conocedor de la moral de soldados y oficiales, sabía animarlos y disfrutaba de gran prestigio entre ellos.

Cuando las tropas polacas, después de participar en la liberación de Polonia, siguieron adelante para derrotar definitivamente al enemigo, el coronel Pszczolkowski, igual que sus demás camaradas, luchó con particular arrojo. Participó activamente en la organización del contragolpe cerca de Bautzen y Dresde y desempeñó un papel destacado como organizador y dirigente político del 2° Ejército Polaco.

Edmundo Pszczolkowski es en la actualidad embajador de la República Popular de Polonia en la URSS. Cuando me encuentro con él en las recepciones y veladas diplomáticas le saludo con respeto y satisfacción. . .

Mas volvamos a la operación de Praga. Ya dije que a pesar de que los plazos para su preparación eran ya de por sí reducidos en extremo, hubo que adelantar el comienzo de la operación del 7 al 6 de mayo. La causa principal de este anticipo fue la insurrección empezada el 5 de mayo en Praga y el llamamiento radiado que dirigieron, pidiéndonos ayuda, los hermanos checoslovacos. Simultáneamente sabíamos por el Servicio de Información que el mariscal de campo Schörner trasladaba apresuradamente fuerzas a Praga. El 5 de mayo ordené a las tropas de la agrupación de choque emprender la ofensiva la mañana del 6 de mayo. He aquí cómo transcurrió por fechas esta operación.

6 de mayo

En cuanto los destacamentos de vanguardia de los ejércitos pasaron a la ofensiva por la mañana, se descubrieron de golpe dos circunstancias muy substanciales.

Primera, se puso en claro que el enemigo no ocupaba una posición defensiva continua, sino organizada por centros, focos de resistencia y puntos de apoyo. Ya nos lo suponíamos así, pero la ofensiva comenzó literalmente sobre la marcha, sin tiempo suficiente para hacer un reconocimiento multilateral y ello nos impidió comprobar a priori estas suposiciones.

Segunda (y esto tenía especial importancia), que las van-

guardias establecieron inmediatamente que el mando alemán fascista no había descubierto la concentración de nuestra agrupación de choque en la margen izquierda del río Elba, al oeste y noroeste de Dresde.

Ello hacía que su ataque inesperado prometiese resultados especialmente satisfactorios. Sólo se precisaba actuar con audacia, sin retardos. En vista de ello decidí explotar el éxito de las vanguardias, introduciendo inmediatamente al combate el grueso de las fuerzas.

A las dos de la tarde, después de una potente preparación artillera, pasaron a la ofensiva los ejércitos de Pújov y Górdov y, junto con ellos, en sus órdenes operativos, avanzaron los ejércitos de carros de Ribalko y Leliushenko.

El Ejército de Zhádov, cuya misión inmediata era la toma de Dresde, cuando llegó la hora de empezar aún no estaba preparado para la ofensiva. Retrasé el comienzo de sus acciones hasta las ocho y cuarenta y cinco minutos de la tarde (seis y cuarenta y cinco de la tarde, hora de Berlín). A Zhádov le quedaba poco tiempo de luz diurna en esta jornada, mas esto no me intranquilizaba. Estimaba que debía pasar a la ofensiva de noche, así lo dictaba la situación, aparte de que el 5° Ejército estaba en condiciones de realizar cualquier misión.

Consideraba que tenía especial importancia atacar sin demora en dirección a Dresde, pues precisamente delante de esta ciudad se defendían las divisiones de carros enemigas, evitando con nuestra ofensiva que el mando alemán pudiese sacarlas de aquel sector para lanzarlas contra nuestros ejércitos de tanques. Zhádov debía inmovilizar a las divisiones blindadas del adversario. Y así fue.

Al llegar la noche, ni adrede, empezó una lluvia torrencial. Estaba oscuro como boca de lobo, agua, fango. Si difícil era avanzar lo era más orientarse. Los hitlerianos se resistían duramente en todos los sitios, especialmente en el flanco izquierdo de Górdov y en todo el frente de Zhádov. En este sector se defendían encarnizadamente las unidades de las divisiones de carros "Hermann Göring", 20ª y de la 2ª División motorizada enemiga.

En este sector, el más difícil, las tropas germano-fascistas hicieron esfuerzos desesperados durante todo el día para detenernos. En toda la noche no progresamos más que diez o doce kilómetros. En cambio, en la zona del 13° Ejército de Pújov y en el flanco derecho de Górdov, nuestras tropas

avanzaron veintitrés kilómetros, cumpliendo totalmente la misión de la jornada. Por el momento, los tanquistas seguían combatiendo en los órdenes de combate de los ejércitos de infantería.

En condiciones ordinarias nos hubiéramos sentido plenamente satisfechos con lo conseguido. Mas teniendo en cuenta lo que ocurría en Praga y que cada hora tenía un gran valor, exigí a los cuatro comandantes de los ejércitos –Górdov, Pújov, Ribalko y Leliushenko– que acelerasen el ritmo de ofensiva. A la infantería se le planteaba la misión de progresar al día siguiente de treinta a cuarenta y cinco kilómetros y, a los tanquistas, de cincuenta a sesenta. Se les ordenó avanzar día y noche, haciendo caso omiso del cansancio y de cualesquiera otros impedimentos. El estorbo principal era que la lluvia había deteriorado considerablemente los caminos. Incluso en el "willis" me costó trabajo ímprobo llegar a las unidades de Górdov. Dresde aún no se había tomado, razón por la que no podíamos utilizar algunas carreteras. Las tropas tenían que marchar por caminos vecinales y de rodeo. Después del aguacero, todo el terreno estaba literalmente levantado por ruedas y orugas, dificultando mucho el movimiento.

Así estaban las cosas en la dirección principal. En las demás, también se produjeron cambios sustanciales aquel día.

A las seis de la tarde el jefe de la defensa de Breslau, general Nickgoff, convencido de que no tenía objeto seguir resistiendo, capituló con una guarnición de cuarenta mil hombres. La ciudad fue entregada al 6° Ejército del general Gluzdovski, que hacía muchas semanas la asediaba. El general Nickgoff hizo interesantes declaraciones que me fueron comunicadas inmediatamente.

Resultó que se había planificado que la guarnición de Breslau se abriría el 7 de mayo paso para unirse con Schörner. Las tropas del 17° Ejército, que formaban parte del Grupo de Ejércitos "Centro", deberían comenzar simultáneamente su ofensiva al encuentro de los que rompían el cerco. A pesar de que esta maniobra no se realizó, evidenciaba el grado de actividad que desplegaba la agrupación de Schörner, incluso en los últimos días de su existencia.

El comienzo de nuestra ofensiva, por lo visto, hechó por tierra los planes alemanes y Nickgoff tuvo que decidirse a capitular. Por cierto que Nickgoff entregó al general Gluzdovski una carta dirigida a mí, en la que me pedía una en-

trevista, aduciendo que él no había sido hecho prisionero, sino que había capitulado por propia voluntad. Ordené que le transmitieran que los asuntos operativos del Frente me impedían recibirle y que él y sus subordinados correrían la misma suerte que todas las demás unidades del ejército alemán que se habían rendido.

La verdad es que no disponía de tiempo para hablar con Nickgoff, además de que consideraba que también como principio no se merecía ningún trato especial. Nickgoff y su guarnición combatieron con tenacidad, pero últimamente, en particular después de la caída de Berlín, su situación se hizo claramente desesperada y sin perspectivas por lo que esta tesonería resultaba absurda y criminal, ante todo por lo que se refiere a la numerosa población civil recogida en Breslau.

El segundo acontecimiento sustancial de aquel día para nuestras direcciones secundarias fue el descubrimiento inesperado de que el enemigo se retiraba ante el 59° Ejército de Koróvnikov, en nuestra ala izquierda.

En cuanto percibió los síntomas de repliegue, Koróvnikov organizó la persecución del adversario y cuando llegó la tarde sus tropas habían progresado siete kilómetros. Todo evidenciaba que los hitlerianos habían acusado nuestro golpe en la dirección de Dresde, lo apreciaron justamente como una amenaza de cerco y comenzaban apresuradamente a retirar sus tropas de las zonas más alejadas del perímetro en el que estaba dislocado el millón de hombres de Schörner.

Estaba a todas luces claro que Schörner se apresuraba y esto nos exigía duplicar el ímpetu de nuestras acciones.

Reflexionando en todo esto terminó para mí el primer día de la operación de Praga.

7 de mayo

La batalla no cesó en toda la noche, continuando por la mañana. Las tropas de la agrupación principal de choque se alejaban incesantemente por la margen occidental del Elba y al final de la jornada alcanzaron las estribaciones septentrionales de la cordillera principal de los Montes Metálicos.

El ritmo de avance alcanzó este día los cuarenta y cinco kilómetros. Progresaba con especial éxito el Ejército de Pújov, hasta el punto de que los tanquistas de Leliushenko que le apoyaban, abriéndose paso a través de montañas y bosques, no pudieron en forma alguna despegarse este día de la infantería y sólo en algunos sitios la adelantaron un poco.

Cierto que el Ejército de Leliushenko avanzaba en masa compacta y eran muchos los síntomas que me hacían presentir que tenía todo a punto para dar la arrancada.

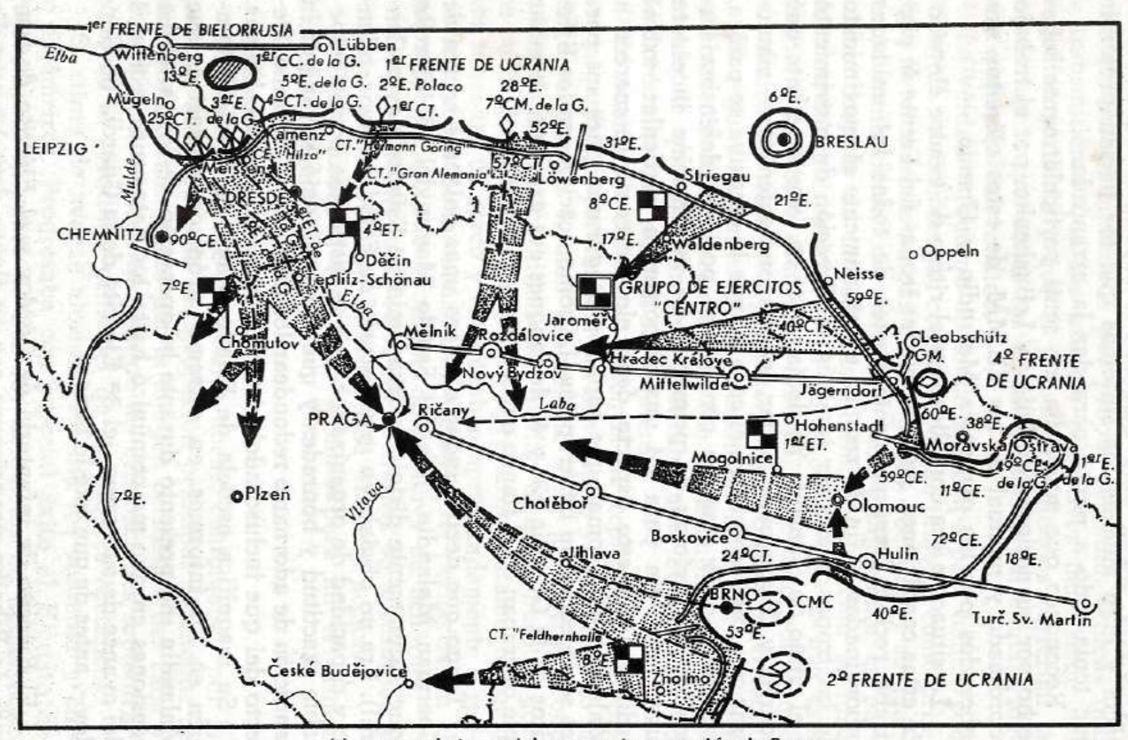
Reconozco que aquel día me sentí particularmente satisfecho por las acciones de Pújov y Leliushenko, por el trabajo coordinado y puntual de los EE.MM. de estos ejércitos, encabezados por los generales Malandin y Upman.

La situación era complicada y el ritmo de avance elevado. En estas condiciones, para dirigir las tropas del Frente se precisaba recibir incesantemente partes de todas las unidades subordinadas, a fin de regular oportunamente el movimiento de las tropas, mantener también la dirección de movimiento y el ritmo de ofensiva. Yo debía saber en todo momento qué ocurría y dónde para poder, correspondientemente, maniobrar con mis reservas en el caso de que la ofensiva se parara, detuviera, o se atascara contra una posición defensiva imposible de perforar de primeras. La información incesante tuvo aquel día para mí una importancia particular, extraordinaria. En este aspecto debo elogiar como se merece a Malandin y a Upman que supieron asegurarla, pues sus partes se sucedían sin interrupción. La comunicación con los Ejércitos de la Guardia 13° y 4° de tanques era excelente, a pesar que operaban en el flanco envolvente más alejado.

Tengo que decir aunque sólo sea unas palabras acerca de Guerman Malandin, Jefe del Estado Mayor del 13° Ejército (que últimamente dirigió la Academia de Estado Mayor Central). Era un oficial con gran escuela de Estado Mayor, talento y capacidad de organizador, que se distinguía por su impecable exactitud y honradez y que jamás se dejó llevar por la tentación de adornar o redondear los datos en su informe. Defecto del que incluso adolecían personas, en general, buenas.

Su magnífica escuela de Estado Mayor se revelaba también en los informes, en extremo lacónicos y exactos, que Malandin me presentó durante la operación de Praga. Hubo ocasiones en que me comunicó hasta los datos más recientes del avance de su vecino –el 3er Ejército de la Guardia de Górdov–, antes de que éste lo hiciera.

El Ejército de infantería de Górdov y el Ejército de tanques de Ribalko progresaron con su flanco derecho este día veinticinco kilómetros. Igual que Leliushenko, Ribalko aún no se había adelantado a la infantería. Su 6° Cuerpo de ca-



Idea general de maniobra para la operación de Praga

rros, que ayudaba a Zhádov en la toma de Dresde, ejecutó una maniobra de quince kilómetros y alcanzó las afueras oeste de la ciudad.

Górdov tomó este día la ciudad de Meissen, famosa por su catedral y no menos célebre fábrica de loza. El Jefe del 3er Ejército adoptó todas las medidas para ocupar íntegra y sin daños esta ciudad, una de las más antiguas y bellísimas de Alemania, a pesar de que no le fue fácil, pues los hitlerianos se defendían tenazmente aferrándose a cada línea y protegiendo su retirada mediante contraataques de carros.

Las tropas del Ejército de Zhádov que, como ya dije, emprendieron su ofensiva la tarde anterior, combatieron toda la noche y todo el día siguiente y al final de la jornada, después de penetrar quince kilómetros en territorio enemigo, entablaron combate por la propia Dresde.

Desde el punto de vista del ulterior desarrollo de los acontecimientos, revestía especial importancia que avanzase con rapidez el flanco derecho envolvente de los ejércitos de Pújov y Leliushenko, nuestra agrupación de choque. Con su ofensiva impetuosa arrollaron al enemigo, impidiéndole agarrarse al terreno, organizar la defensa, ocupar el cinturón de fortificaciones permanentes que protegían la frontera checoslovaca y cerrar los puertos montañosos.

El tiempo nos era este día más favorable que la víspera. Cierto que el terreno aún no se había secado, pero el cielo estaba despejado y la aviación trabajaba a pleno rendimiento lo que, se sobrentiende, desempeñó un papel de mucha importancia para facilitar nuestro avance.

Por lo que al enemigo respecta, supimos después que el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos "Centro" había preparado aquel día un plan de retirada paulatina de sus tropas hacia Checoslovaquia Occidental y Austria Norte, al encuentro de los norteamericanos. Y aunque Keitel, que este mismo día había firmado el acta previa de capitulación en el Cuartel General de Eisenhower, mandó en seguida una orden firmada por él al mariscal de campo Schörner para que cesara las hostilidades, éste, sin embargo, se negó a cumplirla y comenzó a replegar sus tropas hacia el oeste.

En la orden dada el 7 de mayo, Schörner decía: "La propaganda enemiga difunde bulos sobre la capitulación de Alemania ante los aliados. Advierto a las tropas que continuará la guerra contra la Unión Soviética".

Estaba claro que los propósitos de Schörner eran luchar

contra nosotros hasta lo último y, en el momento critico, escapársenos y rendirse a quienes él no combatía. Pero a medida que pasaba el tiempo menos viabilidad adquiría el plan amañado por Schörner.

En correspondencia con el plan general del Cuartel General, la mañana del 7 de mayo, pasaron a la ofensiva las tropas del 2° Frente de Ucrania, mandadas por el mariscal R. Malinovski, que debían avanzar sobre Praga, envolviéndola por el sudeste. El 7° Ejército de la Guardia de M. Shumílov y el 6° Ejército de carros de la Guardia del coronel general A. Krávchenko, ambos del 2° Frente de Ucrania, avanzaban a nuestro encuentro, envolviendo a la agrupación de Schörner. Simultáneamente, las fuerzas del 4° Frente de Ucrania, mandadas por el general de ejército A. Eriómenko, avanzaban desde el este, liberando en su camino hacia Praga nuevas regiones de Checoslovaquia.

De esto hay que hablar para poder hacerse una idea general de lo que acontecía. Quienes deseen conocer todo el cúmulo de acontecimientos desarrollados aquellos días les recomiendo leer el trabajo histórico colectivo *Por la liberación de Praga*, redactado por mí. En esta obra se describe totalmente el desarrollo y el carácter de las operaciones de los tres frentes, la planificación y solución de las misiones que se les plantearon en aquellos días. Por lo que a mí se refiere, igual que en capítulos anteriores, naturalmente, describiré ante todo y principalmente lo que tenía ante mí, es decir, las operaciones del 1er Frente de Ucrania.

Mis meditaciones al final del 7 de mayo se reducían a considerar que de las tropas del 1er Frente de Ucrania seguía exigiéndose la tensión máxima de esfuerzos para alcanzar lo antes posible la región de Praga y cortar a las tropas de Schörner, cuanto antes mejor, los caminos de retirada hacia el oeste.

8 de mayo

Al amanecer de este día, en la zona de acción del Ejército de Leliushenko sucedió un caso, que en aquellos momentos no suscitó especial atención, pero que, indudablemente, desempeñó su papel en la posterior derrota y apresamiento de la agrupación de Schörner.

Avanzando impetuosamente día y noche y destrozando todo el enemigo que encontraba en su camino, el 5° Cuerpo mecanizado de la Guardia, del mayor general I. Ermakov

arrolló y aniquiló sobre la marcha, entre Jaroměř y Zatec (al noroeste de Praga), a una gran columna alemana de la Plana Mayor. La aplastó y siguió adelante, pues no tenía tiempo para detenerse y examinar la documentación.

Qué era esta columna lo supimos más tarde, después de las salvas de la Victoria. Sólo entonces se puso en claro que los tanquistas de Ermakov habían deshecho totalmente al Estado Mayor del Grupo de Ejércitos "Centro", del mariscal de campo Schörner, que intentaba pasarse a los norteamericanos.

La importancia de esta acción la valoró mejor que nadie el propio Schörner, más tarde, en sus declaraciones: "A partir de este momento perdí la dirección de las tropas que se retiraban. La incursión de los tanques fue absolutamente inesperada, ya que la tarde del 7 de mayo todavía existía línea de frente". A esto puede añadirse que después de ser destrozada la Plana Mayor enemiga por nuestros tanquistas, Schörner no sólo perdió la dirección de las tropas, sino que, en general, puede decirse que "pasó a la clandestinidad", huyó a las montañas y se escondió allí vestido de paisano.

Mientras tanto, nuestra incontenible ofensiva continuaba. Las tropas de la agrupación de choque barrieron al enemigo de los Montes Metálicos, donde aún intentaba aferrarse y ofrecer resistencia, y los atravesaron. Una tras otra entraban nuestras unidades en el territorio de Checoslovaquia, siendo acogidas con enorme entusiasmo por su población. El 8 de mayo no sólo fue el día decisivo de la ofensiva, sino también de toda la operación.

Este día, el 5° Ejército de la Guardia de Zhádov, conjuntamente con las unidades del Ejército de Górdov, de Ribalko y del 2° Ejército Polaco tomó por completo Dresde y, sin detenerse, profundizó en territorio enemigo veinticinco kilómetros más. Por la noche, se dispararon en Moscú unas de las últimas salvas de saludo en honor de la caída de Dresde.

Como Comandante del Frente sabía que mientras nuestras tropas liberaban Checoslovaquia, en Berlín se preparaba la firma del acta de capitulación general del ejército hitleriano. Yo estaba al corriente de todo lo que ocurría allí, por lo que, leyendo los informes, me invadía una sensación bastante extraña: el mariscal de campo Keitel se disponía a firmar la capitulación, en tanto que contra nosotros todavía luchaba el general mariscal Schörner, mejor dicho, los restos de sus tropas.

A las ocho de la noche, cumpliendo indicaciones del Cuartel General, ordené radiar un llamamiento a todas las tropas germano-fascistas dislocadas en el territorio de Checoslovaquia Occidental para que se rindieran incondicionalmente. Simultáneamente, se indicó a todos los jefes de los ejércitos del 1er Frente de Ucrania que si dentro de tres horas, esto es, a las once de la noche del 8 de mayo, las tropas hitlerianas *no capitulaban, continuaran las operaciones y mediante* un ataque decisivo acabaran definitivamente con el enemigo.

Para impedir que los generales fascistas y otros criminales nazis huyeran en avión, exigí a nuestras tropas que durante la ofensiva ocuparan en primer lugar los aeródromos y las pistas de despegue, enviando para ello destacamentos especiales móviles con tanques y autos blindados con infantería sobre ellos.

Empezó una tregua de tres horas. Yo me encontraba en mi puesto de mando en las afueras noroeste de Dresde, adonde me trasladé en cuanto nuestras tropas ocuparon la ciudad. Cuantos me acompañaban no se movieron del sitio. Como se dice, nuestras radiorreceptoras eran todo oídos. Esperábamos contestación. Pero ninguna respuesta obtuvimos del mando fascista alemán.

A las once en punto de la noche, tal y como prescribía la orden del Frente, nuestras tropas descargaron sobre los alemanes una potente oleada de fuego y reanudaron la ofensiva. Ya no se lanzaron adelante sólo los ejércitos que integraban las agrupaciones de choque principal y secundaria, sino, en general, todos los doce ejércitos del Frente, incluido el del extremo flanco izquierdo. Comenzaron la ofensiva a distintas horas, pero al final de la jornada, el progreso de los siete ejércitos del centro de nuestro despliegue y del ala izquierda del Frente era de veinte a treinta kilómetros.

El 2° Ejército Polaco del general Swierczewski y las tropas de los generales Korotéiev, Shafránov, Gúsev y Koróvnikov al final de la tarde del día 8 habían desalojado al enemigo de varias ciudades en la frontera de Checoslovaquia y en sus proximidades.

Desde el comienzo de la ofensiva, nuestra aviación había hecho ya cuatro mil vuelos-avión, de los que dos tercios correspondían al 8 de mayo. Los ataques aéreos se descargaban, preferentemente, sobre las tropas enemigas que se replegaban de Praga hacia el oeste. La aviación obstaculizaba el

movimiento de los alemanes por las carreteras que todavía no habían sido interceptadas por nuestros tanquistas.

Tales fueron los acontecimientos de aquel tenso día. Por cuanto habíamos ocupado Dresde en aquella jornada y el nombre de esta ciudad está indisolublemente ligado a su Galería de Pinturas, mundialmente conocida, me permitiré referir al llegar aquí cómo se buscaron y se salvaron estos tesoros de arte.

Dresde se ofreció a nuestros ojos como un informe montón de ruinas. Cuando la guerra estaba a punto de acabar, sin ninguna necesidad de orden estratégico que lo justificara, la aviación anglo-norteamericana bombardeó la ciudad. Cuando vimos el histórico centro de la ciudad bombardeado con especial crueldad, nos interesamos inmediatamente por conocer dónde y en qué estado se encontraba la célebre Galería de Pinturas. Llegaron hasta mí rumores de que los cuadros habían sido escondidos en otro lugar, pues el edificio donde se encontraba la Galería estaba tan destruido que hasta imposible era reconocerlo. De que lo último correspondía a la más pura verdad, pude convencerme cuando recorrí la ciudad.

No voy a atribuirme ninguna iniciativa especial en las búsquedas de la Galería de Dresde, pero cuanta atención pude dedicar a este asunto, teniendo en cuenta lo atareado que estaba, se la presté. Me interesé si se habían emprendido y por quién las pesquisas, comunicándoseme que en la brigada de recuperación del 5° Ejército de la Guardia el pintor Rabinóvich mostraba gran entusiasmo y celo en las búsquedas de los cuadros; tropezaba con muchas dificultades, por lo que había que ayudarle, subordinarle para las pesquisas un comando especial y agregarle de los organismos de información gentes experimentadas que pudieran serle útiles.

Debo decir que L. Rabinóvich –oficial de la brigada de recuperación– era pintor, y realmente empeñó mucha energía e ingenio, desenmarañando la madeja y ensanchando incesantemente el campo de sus investigaciones. Le autoricé a que me informara personalmente de la marcha de su trabajo, cosa que hacía con toda regularidad diariamente. A la sazón tomaba parte en las búsquedas buen número de personas, incluido un grupo de especialistas encabezado por Natalia Sokolova, perito artístico, mujer muy enérgica.

Un día, por fin, Rabinóvich se presentó en mi puesto de

mando radiante y agitado en extremo, informándome que los tesoros de la Galería de Dresde se habían encontrado al otro lado del Elba, en las galerías de una cantera, añadiendo que aún no podía decir nada del estado en que se encontraban los lienzos, pero que los cuadros estaban allí, que los habían visto con sus propios ojos.

Subí inmediatamente al coche y me dirigí a las canteras. Recuerdo como si fuera ahora el espectáculo que se ofreció a mi vista. Un ramal ferroviario, por el que se sacaba la piedra, se adentraba en las canteras, estaba intacto, aunque dando la impresión de que todo aquello hacía mucho que estaba abandonado. En la boca de la galería, tapando su mitad, había dos vagones destrozados. En derredor todo descuidado, como si nos encontráramos en un miserable corral aldeano hace mucho tiempo deshabitado. Por todas partes crecían hierbas y ortigas.

Nadie podía figurarse que allí estuviera escondido algo de valor, y, menos aún, los famosos cuadros. Como militar, debo decir que el camuflaje era perfecto. Ni los más insignificantes indicios que pudieran despertar la sospecha más mínima. Sin embargo, allí dentro, tras todo este camuflaje, detrás de todo este abandono visible, resultó haber una puerta, luego una segunda y, después, se descubrió que había hasta luz eléctrica e incluso instalaciones especiales para mantener determinada temperatura en el interior de la galería.

El túnel era algo parecido a una gruta de grandes dimensiones. Seguramente, los que escondieron allí los cuadros suponían que en aquella cueva de piedra reinaría un ambiente seco. Ni mucho menos, en algunos sitios rezumaban por las grietas las aguas subterráneas, la temperatura del aire, por lo visto, estaba sujeta a grandes variaciones y, además, cuando se encontraron los lienzos las instalaciones acondicionadoras ya no funcionaban.

Los cuadros (que en esta gruta eran cerca de setecientos) habían sido colocados con bastante desorden. Algunos envueltos en papel pergamino, otros embalados en cajas y, el resto, apoyados simplemente en las paredes. Recorrí toda esta gruta, viendo por vez primera muchas joyas de la pintura, que hoy figuran en las salas de la Galería de Dresde, completamente restaurada. Entre los lienzos estaba la *Virgen de San Sixto*. Permanecí varios minutos delante del cuadro, todavía no dando crédito completo a que lo veía con mis propios ojos, a que realmente lo habíamos encontrado.

Me intranquilizaban la humedad y las filtraciones de agua y mi preocupación subió de punto, cuando supe que los zapadores habían descubierto minas en la galería, ya inutilizadas por ellos, pero bien podía haber otras.

Ordené realizar inmediatamente una comprobación complementaria y traer un batallón que custodiara estos tesoros de arte. Al cabo de unas horas llegaron al túnel los especialistas moscovitas encabezados por Natalia Sokolova y, bajo su dirección, se trasladó todo lo encontrado a una de las residencias veraniegas de los reyes de Sajonia, en las afueras de Dresde. En este enorme palacio, los especialistas secaron los cuadros e hicieron cuanto fue necesario para salvarlos.

Pronto se puso en claro que tampoco aquel sitio era el adecuado para los lienzos. En la ciudad destruida era imposible organizar un depósito totalmente seguro y apropiado para esta colosal y valiosa colección, por lo que se la envió a Moscú en un tren especial con una guardia reforzada y acompañada de especialistas.

Pero mientras los cuadros estuvieron en el palacio veraniego en Dresde, yo e Iván Efímovich Petrov, que, por cierto, era un gran aficionado y conocedor de la pintura, acudimos a verlos. Quizás todas las penalidades pasadas en cuatro años de guerra me hicieran contemplar con felicidad y alegría especiales estas sublimes obras de arte, por fortuna conservadas...

En aquellos días prestamos gran ayuda a los habitantes de Dresde. La parte central de la ciudad, debido a los bombardeos en masa de la aviación anglo-norteamericana, estaba convertida en un montón informe de ruinas. El conocido escritor alemán Herhart Hauptmann testimonió más tarde : "Yo asistí personalmente al hundimiento de Dresde bajo el estruendo de Sodoma y Gomorra de los bombarderos ingleses y norteamericanos".

Comprendíamos la situación de los habitantes de Dresde: destruidas sus viviendas y vías del tranvía, las centrales eléctricas y las fábricas de gas, la conducción de aguas y la canalización.

No era la primera vez que veíamos ciudades en ruinas. Nuestra memoria retenía frescos los recuerdos de las ciudades y aldeas de Rusia, Ucrania y Bielorrusia desgarradas por los ocupantes fascistas, la tierra polaca pisoteada por la bota hitleriana. Sabíamos a ciencia cierta que la misma suerte hubiera aguardado a Moscú y a la ciudad de Lenin. En el sol-

dado soviético tenían forzosamente que brotar el sentimiento de venganza y un odio sagrado. Pero jamás identificamos al pueblo alemán con la camarilla de criminales fascistas. En el territorio de Alemania, por nosotros ocupado, los combatientes soviéticos mostraron un humanismo y magnanimidad auténticos. La conducta de nuestros soldados y oficiales en Dresde fue un ejemplo de este aserto.

En cuanto fue liberada la ciudad, comenzó su restauración por el Ejército Soviético, ayudado por la población. Destinamos los recursos materiales, el transporte automóvil y el combustible necesarios y, lo más principal, tomamos medidas para organizar el suministro de los habitantes con víveres. El Consejo Militar del Frente fijó normas de racionamiento superiores a las que existían bajo el régimen fascista. Los obreros ocupados en trabajos duros recibían diariamente 450 gramos de pan y 50 gramos de carne. También a los trabajadores de la ciencia, de la técnica, de la cultura y del arte se les establecieron las mismas normas de víveres que a los obreros que trabajaban en faenas pesadas, es decir, las normas más altas. A los ingenieros, peritos, maestros de escuela y a los ciudadanos hospitalizados se les suministraban alimentos por el racionamiento establecido para los obreros. La diferenciación de normas por categorías la establecían las autoridades locales.

Los habitantes de Dresde expresaron su gratitud por la solicitud que les dispensó nuestro Ejército. Los alemanes, me parece, comprendieron muy pronto cuán falsa era la propaganda de Goebbels que les inculcaba machaconamente día tras día, antes de la llegada de nuestras tropas, que los soldados soviéticos se vengarían y tomarían represalias con la población civil. El mejor testimonio de mis palabras era la afluencia de habitantes que retornaban a Dresde del oeste. Diariamente llegaban a la ciudad dos o tres mil personas que huían de la zona de ocupación norteamericana, declarando que los norteamericanos habían establecido condiciones insoportables, ante todo, porque no les suministraban en absoluto víveres.

Nosotros, por el contrario, para crear lo más rápidamente posible condiciones normales de vida a la población de la ciudad, movilizamos literalmente a todos los automovilistas, intendentes, ingenieros y al aparato de retaguardia.

Los comunistas y demócratas alemanes nos ayudaron a organizar el abastecimiento de víveres y a restaurar los ser-

vicios urbanos. Recuerdo con satisfacción mis encuentros con el camarada G. Mattern, a la sazón burgomaestre de Dresde.

Puesto que he mencionado en este pasaje de mi relato el trabajo multifacético de nuestros órganos de retaguardia, quiero destacar especialmente a los médicos, y no porque otros servicios tuvieran mayor o menor importancia; de cada servicio, de cómo estuviera organizado y planteada su misión dependía mucho en el período preparatorio y en la realización de las operaciones. Pero el trabajo de los médicos, llamados a salvar lo más valioso –las vidas humanas–, yo diría, era, sin reservas, verdaderamente generoso. En la guerra, donde la muerte siega vidas humanas a diestro y siniestro, su labor es particularmente noble.

Nuestros médicos del Frente realizaron infinidad de proezas, tanto en el campo de batalla como en los hospitales, devolviendo a filas a miles y miles de soldados y oficiales heridos. Aquí viene a punto decir, por ejemplo, que el 80% de los heridos se reincorporaban de los hospitales a sus unidades. ¡Magnífico!

En las operaciones del Vístula-Oder, de Berlín y Praga, con las dimensiones colosales de terreno que abarcaban, la tensión de los combates y los altos ritmos de ofensiva de las tropas, el personal médico y sanitario tuvo que asumir grandes trabajos. Médicos, enfermeras y camilleros trabajaron con abnegación en el límite de sus posibilidades y los jefes médicos superiores y principales demostraron diligencia e iniciativa, organizando la evacuación de heridos y maniobrando con los hospitales y los medios de transporte. En todas las etapas de la batalla estuvieron garantizadas la rapidez y seguridad de evacuación, los heridos recibieron el auxilio oportuno urgente. Expreso mi más ferviente gratitud a todos los médicos del Frente y, en primer lugar, a los cirujanos, sobre quienes recayó el peso fundamental.

Mas si tenemos también en cuenta que los médicos eran en su mayoría mujeres, y ni que decir tiene el personal de practicantes y enfermeras, mis palabras de agradecimiento adquieren especial sentido. No sólo en la retaguardia, sino también en el frente, nuestras mujeres hicieron un gran aporte al logro de la victoria.

Como reconocimiento a los colosales méritos de los médicos del Frente, cuando terminó la operación de Berlín, muchos generales y oficiales del Cuerpo de Sanidad, enfermeras, camilleras y camilleros fueron condecorados con órde-

nes y medallas y al teniente general de Sanidad N. Ustínov, Jefe de la Dirección de Sanidad del Frente, y al mayor general de Sanidad M. Ajutin, cirujano principal del Frente, se les concedió la Orden de Suvórov.

La imposición de condecoraciones se hizo en el puesto de mando del Frente, en Dresde, y fue emocionante. No asistieron, ni mucho menos, todos los condecorados. Pero este grupo de médicos, comparativamente pequeño, encarnaba para nosotros todo el glorioso destacamento de trabajadores intrépidos de la guerra y nos sentimos contentos de poderles saludar y felicitar por las recompensas.

9 de mayo

Antes de pasar a los acontecimientos de este día diré unas palabras acerca de la insurrección de Praga. Ahora, al cabo de más de veinte años de haber terminado la guerra, los acontecimientos ligados a esta heroica insurrección son ampliamente conocidos, han sido descritos en artículos y en libros especiales.

La insurrección tenía sus peculiaridades y contradicciones; en ella participaban diferentes fuerzas sociales. La insurrección empeoró la de por sí ya crítica situación de las tropas alemanas en Checoslovaquia. Al mismo tiempo que luchaban encarnizadamente contra los sublevados, las autoridades fascistas y el mando alemán maniobraban, buscaban condiciones favorables para ellos. Al objeto de ganar tiempo, entablaron negociaciones y, en la última etapa, incluso accedieron a que sus tropas fueran desarmadas a condición de que se las dejara pasar a través de Praga con todo su equipo, y sólo se les quitaran las armas cuando salieran de la ciudad. Estas propuestas se entendían de manera diferente por los que dirigían la insurrección praguense. Y es difícil decir en qué hubiera terminado todo este teje y maneje, posiblemente con otra salvaje sarracina perpetrada por las tropas fascistas, supuestamente dispuestas a ser desarmadas, pero por el momento con las armas en la mano.

Ahora ya no hace falta perderse en conjeturas, pues todo este complicado embrollo fue destruido por nuestros tanquistas, aparecidos en las calles de Praga a las tres de la madrugada del día 9 de mayo, cuando aún proseguían los sangrientos choques entre los amotinados y los SS. Y mientras que en unas calles la población praguense recibía jubilosa a nuestros tanquistas, en otras, especialmente en las ex-

tremas, las tripulaciones de los carros entraban en combate desde la marcha, expugnando de Praga a los fascistas que allí se resistían.

Cuando visito el cementerio praguense de Olšany, donde descansan los restos mortales de nuestros soldados y oficiales sucumbidos en los días de la operación de Praga, leo con dolor sobre las tumbas cubiertas de flores la inscripción "9 de mayo". De hecho, cuando la guerra ya había concluido y todo nuestro país estaba festejando la victoria, estos hombres morían allí, en las afueras de Praga, perdían la vida en las últimas luchas contra los enemigos, llevando impertérritos hasta el final la causa que habían empezado.

No me propongo analizar en toda la complejidad de sus peripecias el desenvolvimiento de la insurrección de Praga. Sólo hablaré de lo principal que la caracterizó: el estallido de indignación de todo un pueblo contra los ocupantes fascistas, el afán de empuñar las armas, de ayudar a toda costa a derrotar lo antes posible al fascismo sin arredrarse por el peligro ni las víctimas que costara. En esto reside el contenido heroico de la insurrección.

También entonces, hace veinte años, cuando nos abríamos paso hacia Praga desde lejos, para salvarla de los fascistas, este sentimiento nos invadía y nos daba alas para socorrer a los praguenses sublevados. Por propia experiencia sabíamos qué salvajadas eran capaces de perpetrar los fascistas en todas partes donde la fuerza estuviese de su parte.

Sentíamos gran alarma por Praga, el acuciante deseo de llegar lo más pronto posible en ayuda de nuestros hermanos, antes de que los fascistas pudieran aplastarlos, valiéndose de su superioridad en fuerzas. Esta preocupación la sentíamos todos. Se había adueñado de mí, Comandante del Frente, y de los tanquistas rasos de Ribalko y de Leliushenko, que para poder entrar en Praga por la mañana tuvieron que realizar en la noche del 9 de mayo un salto de ochenta kilómetros, increíble por su ritmo. Cada uno de nosotros nos esforzábamos por llegar a Praga y empeñábamos en ello todas nuestras posibilidades humanas. Mas en honor a la justicia histórica quiero citar qué unidades entraron las primeras en Praga, en la sucesividad que lo hicieron.

Antes que nadie, irrumpieron en la ciudad desde el noroeste los carros del 10° Cuerpo voluntario uraleño de la Guardia (mandado por el teniente general E. Belov) del Ejército de Leliushenko. Después, casi a un tiempo, entraron en Praga

por el norte los tanquistas del 9° Cuerpo mecanizado (del teniente general I. Sújov), del Ejército de Ribalko. No habían pasado más que unas horas cuando en las afueras praguenses aparecieron ya las vanguardias de los ejércitos de infantería de la Guardia 13° y 3°. El 5° Ejército de la Guardia, que liquidaba con el grueso de sus fuerzas la agrupación enemiga en la zona de Mělník (al nordeste de Praga), también alcanzó con su destacamento de vanguardia los suburbios norte de Praga. A las diez de la mañana Praga había sido tomada y limpiada totalmente del enemigo por las tropas del 1er Frente de Ucrania.

A la una del día se unieron a nosotros las tropas del 2° Frente de Ucrania, las unidades avanzadas del 6° Ejército de tanques del general A. Krávchenko. Entraron en contacto a treinta y cinco kilómetros al sudeste de Praga con las unidades del 4° Ejército de tanques de la Guardia de Leliushenko.

Persiguiendo impetuosamente al enemigo que se retiraba, el grupo móvil del 4° Frente de Ucrania alcanzó también Praga con el grueso de sus fuerzas a las seis de la tarde del 9 de mayo.

Se cerró el cinturón que cercaba a la agrupación hitleriana en Checoslovaquia que se negaba a rendirse. En esta nueva y gigantesca bolsa, ya la última, quedaron copados más de medio millón de soldados y oficiales del Grupo de Ejércitos de Schörner, desorganizados y sin dirección. Ahora ya no les quedaba otra salida que entregarse, aunque las escaramuzas continuaron casi una semana en distintos lugares contra los fascistas que no deseaban deponer las armas.

Por cierto, que durante la citada semana fue apresado por nosotros el vendepatrias Vlásov. Ocurrió esto a cuarenta kilómetros al sudesde de Plzeň. Las tropas del 25° Cuerpo de tanques independiente del general Fominij habían hecho prisionera a la División vlasista del general Buinichenko. Cuando los tanquistas comenzaron a desarmarla supieron que en un coche, envuelto en dos mantas, estaba escondido el propio Vlásov. Ayudó a descubrirlo su propio chófer. Acompañados por éste, los tanquistas sacaron de las mantas al oculto Vlásov, le metieron en un tanque y lo enviaron directamente al Estado Mayor del 13° Ejército. ¡No pudo ser más lógico el miserable fin que dio remate a toda la carrera de este renegado!

Del Estado Mayor del 13° Ejército, trajeron a Vlásov a mi puesto de mando en Dresde, mejor dicho, directamente al

aeródromo, de donde ordené enviarlo sin perder un minuto a Moscú. Las acciones resueltas ejecutadas para apresar con rapidez y sin derramamiento de sangre a la División vlasista, las dirigió en persona el coronel I. Míschenko, Jefe de la 162ª Brigada de carros. Al propio Vlásov lo atrapó el capitán M. Yákushev, que mandaba el Batallón de infantería motorizada de esta Brigada. . .

. . . Vuelvo a mi relato del día 9 de mayo.

Supe que los tanquistas de Leliushenko y Ribalko estaban ya en Praga a poco de haber entrado en la ciudad. Casi simultáneamente recibimos unos partes lacónicos del jefe de la Sección de Operaciones de Ribalko y del general Malandin, Jefe del Estado Mayor del 13° Ejército. De pronto, ni adrede, se interrumpió la comunicación telefónica con los EE.MM. de las fuerzas que liberaban Praga. Por más esfuerzos que hicieron, los telefonistas no pudieron enlazarme con el Ejército de Leliushenko, con el que hasta entonces habíamos mantenido comunicación perfecta, ni con los ejércitos de Ribalko ni de Górdov. Con el 13° Ejército, con Malandin, nos comunicábamos, pero él mismo no podía hacerlo con sus unidades de vanguardia.

Todo esto me intranquilizaba, aunque estaba seguro de que los acontecimientos seguirían desarrollándose favorablemente y ya tenía las primeras noticias de la liberación de Praga. Sin embargo, los datos previos no bastaban para informar al Cuartel General.

En cuanto se cortó la comunicación habríamos podido, claro está, enlazarnos con los EE.MM. por radio, con texto abierto, pero no quería recurrir a esto, aparte de que nos separaba una gran distancia y las montañas por medio no garantizaban que pudiéramos hacerlo.

En vista de ello, destaqué un avión de la escuadrilla de enlace de la Plana Mayor del Frente. Por lo menos, al cabo de tres horas debería regresar. Mas pasaron las tres horas y el aparato no volvía. Hubo que llamar al 13° Ejército y exigir a Malandin que se enterara. Este contestó que había desplazado a Praga un coche con varios oficiales, pero que, por el momento, no había recibido ningún parte de ellos. Le ordené doblar este intento, enviando oficiales de enlace a Praga en aviones.

El tiempo transcurría, los aviones no regresaban y seguíamos sin nuevas noticias. Envié otro oficial de la Dirección de Operaciones del Frente en un avión de enlace, orde-

nando al mismo tiempo a Krasovski que pusiera en vuelo un grupo de aparatos de combate y encomendara a los pilotos que, volando a baja altura, esclarecieran lo que pasaba en Praga. Cuando regresaron, supimos que en la ciudad no se disparaba un tiro y que el pueblo en masa llenaba las calles.

No ofrecía la menor duda que Praga había sido liberada, pero a mi poder no llegó ningún informe convincente de los comandantes de los ejércitos.

Después supimos que la culpa de todo la había tenido el júbilo de los praguenses. Las calles estaban abarrotadas de manifestantes. En cuanto la gente veía a un oficial soviético lo abrazaba amistosamente, le besaba y lo lanzaba al aire. Todos mis oficiales de enlace fueron cayendo sucesivamente en este cerco de besos, agasajos y flores. . .

Después, en estos abrazos efusivos fueron cayendo uno tras otro los jefes superiores Leliushenko, Ribalko y Górdov, que llegó tras ellos. Ninguno pudo salir de Praga, reintegrarse a sus puestos de mando y utilizar sus comunicaciones para informarme detalladamente de la situación.

De vez en cuando recibía noticias por radio, pero todas ellas eran demasiado lacónicas: "Praga ha sido tomada", "Praga ha sido tomada", "Praga ha sido tomada. . ." Yo tenía que informar al Alto Mando Supremo no sólo que habíamos tomado Praga, sino qué circunstancias habían concurrido en su ocupación y la resistencia que habíamos encontrado y en dónde. Si quedaba aún o no enemigo organizado y, si existía, en qué dirección se retiraba.

En una palabra, que el día de la toma de Praga fue para mí muy agitado. ¡Desaparecieron los oficiales de enlace, no se sabía dónde estaban los jefes de brigadas y cuerpos, todos habían desaparecido! ¡He aquí qué significa y a qué puede conducir el alborozo popular!

Posteriormente, en más de una ocasión, particularmente con motivo de los aniversarios solemnes, me preguntaron cómo había pasado el último día de la guerra, qué preocupaciones me dominaron en la última operación de la guerra. ¡Como ven, la pregunta no era ni mucho menos simple!

La jubilosa acogida dispensada a nuestras tropas en Praga, que originó la pausa en las comunicaciones, tuvo la culpa de que yo retrasara prácticamente en unas horas la publicación de la orden del Alto Mando Supremo sobre la liberación de Praga. Yo no dejaba un momento tranquilos a mis subordinados, exigiéndoles partes detallados, mientras Mos-

cú no cesaba de llamarme al aparato: "¡Escuche, hoy debe dispararse la salva definitiva en honor de la victoria completa! ¿Dónde está su parte? ¿Dónde se encuentra usted? ¿Qué ocurre allí? Ya hace mucho que se ha firmado la capitulación general y todavía no hemos recibido nada de ustedes".

El Jefe del Estado Mayor Central me llamó por teléfono diez veces, por lo menos, exigiéndome partes definitivos, de los que yo carecía, viéndome obligado a darle largas a la contestación. Y sólo cuando recibí, por fin, los datos que me satisfacían, después de comprobarlos, redacté mi parte de novedades. En el documento se indicaba que a las nueve de la mañana Praga había sido totalmente liberada y limpiada de enemigo. Aunque, repito, nuestros primeros tanques entraron en la ciudad a las tres de la madrugada. . .

Terminando el relato de la última operación del 1er Frente le Ucrania, quiero mencionar al corresponsal militar que en un avión de enlace fue el primero en llegar a Praga, el primero que describió su liberación y que hasta entonces había hecho con las tropas del 1er Frente de Ucrania todo su camino de guerra. Me refiero a Borís Polevói.

Nos encontramos por primera vez con él al comienzo de la guerra, en el Frente de Kalinin. Después, a partir de 1943, representó dignamente a *Pravda* en los frentes de la Estepa, 2° y 1° de Ucrania.

Opino que Polevói fue quien escribió con mayores conocimientos militares y con más objetividad el desarrollo de los acontecimientos bélicos, que él mismo presenció. De una parte, describió episodios aislados de la vida en campaña, como regla, los más destacados, cuya importancia educativa era de principio. En sus reportajes figuraban decenas de semblanzas auténticas de héroes de la guerra. De otra parte siempre tenía idea de la envergadura de todas las acciones en el frente, manejaba invariablemente toda la información a él permitida, asistió a los acontecimientos culminantes que se desarrollaban en los sectores decisivos y durante toda la contienda publicó en *Pravda* buen número de artículos interesantes que sintetizaban las operaciones más importantes del Frente.

Sus correspondencias tenían profundo sentido militar y estaban redactadas con tono sereno y sobrio; nos ayudaban en nuestra difícil labor.

Lástima que a otros periodistas y literatos les faltara este talento para mostrar a las personas en la guerra. En ocasiones, leyendo sus reportajes, me imaginaba en primer plano la rueda de una descomunal máquina y, en algún sitio, junto a esta rueda, a un hombre no mayor que una hormiga. La rueda, naturalmente, es una pieza esencial, especialmente en una máquina como la guerra, pero, de todas maneras, el hombre es también en la contienda lo más importante, el que ideó esta rueda y la hace girar.

Pienso que el literato que no trata de expresar la belleza interna del hombre, incluso en la guerra, no puede reportar gran provecho a la prensa soviética y a sus lectores, sin excluir a los militares.

Las series de Polevói me agradaron precisamente porque en ellas ponía todos sus sentidos y estima por el individuo; después, me encariñé por eso mismo con su libro *Un hombre de verdad*, especie de continuación de lo que él había hecho en los frentes durante la contienda.

Los últimos tres años vi poco a Polevói y, como regla, sólo fugazmente por mi ocupación constante.

En un gran frente son muy raras las treguas en el trabajo del Comandante en Jefe, debido a que, en el flanco derecho o en el izquierdo o bien en el centro del dispositivo, en algún sector, forzosamente se emprenden operaciones activas: a veces una operación parcial o reagrupamiento de fuerzas, otras, un mejoramiento de posiciones. Y aquí no tengo en cuenta el trabajo durante la fase culminante de una gran operación.

Sin embargo, Polevói, que conocía bien la situación en el frente y, yo agregaría, que la olfateaba, se las apañaba para poder abordarme y obtener noticias para la prensa. En tales casos, siempre me agradaba platicar con él, pues sabía que utilizaría la interviú con buen provecho y narraría en la prensa lo que ocurría en el frente, con veracidad, sin transgresiones ni invenciones.

Polevói estaba a menudo entre las tropas, se trasladaba en coche, o en avión, a los sectores más peligrosos y de más lucha, captaba oportunamente todo lo que pasaba en el frente y, tal es mi criterio, seguramente fue el más operativo entre los muchos dignos representantes de la prensa soviética que traté durante la guerra. Esta palabra es afín a nuestra terminología militar y la utilizo como elogio plenamente merecido por Polevói. Esta diligencia la manifestó también en

el último día de la guerra, siendo el primero de todos los corresponsales que entró en la Praga liberada.

Dando fin al último acontecimiento importante de la guerra, la liberación de Praga y el cerco completo de la agrupación de Schörner, las tropas de los Frentes 1°, 2° y 4° de Ucrania solucionaron en plazo brevísimo una misión de gran importancia política y estratégica.

El desarrollo y los resultados de las operaciones de Berlín y Praga testimoniaron nuevamente la madurez del arte militar soviético, las elevadas aptitudes organizadoras de nuestros cuadros de mando y la maestría combativa de las tropas soviéticas.

Las salvas en honor de la liberación de Praga fueron las penúltimas de la guerra. Las últimas salvas, las de la Victoria, disparadas por mil cañones, retumbaron en Moscú al cabo de unas horas de este acontecimiento.

Las escuché por radio en mi puesto de mando avanzado. Me acompañaban en aquellos momentos muchos de mis compañeros de armas: Krainiukov y Kálchenko, miembros del Consejo Militar, los comandantes de las Armas y los jefes de los servicios del Frente, oficiales de las direcciones Políticas y de Operaciones. La solemnidad de la situación se hacía sentir más porque en todas partes se hacían salvas por propia iniciativa. Nuestras unidades de vanguardia se habían distanciado mucho; donde se encontraban, naturalmente, descargaban toda clase de armas, aunque no las oíamos. En cambio, los segundos escalones disparaban de lo lindo en torno a nosotros en aquellas horas. Acribillaban el cielo con cohetes y proyectiles de fogueo, con balas auténticas de metralletas, carabinas y revólveres. En una palabra, que cada cual saludaba la victoria cómo y con lo que podía...

No puedo recordar ahora todos los pormenores de aquella tarde. Me acuerdo de la cena camaraderil, no muy prolongada, que cantamos mucho y con especial sentimiento, pero lo que ha retenido mejor mi memoria fue la impresión que me causó la naturaleza aquella tarde. La primavera estaba en su apogeo, llenaban el aire tales fragancias y mi emoción era tal que me parecía ver la naturaleza por primera vez.

La alegría de la victoria era, naturalmente, grande, enorme, pero, a pesar de todo, en sus primeros momentos no la percibimos en toda su profundidad. Diré con honradez, que uno de los primeros y más fuertes deseos que me invadían

aquel día fue el de quitarme el sueño atrasado y pensar que, por lo visto, esto sería posible, si no aquel día, por lo menos pronto.

Por lo que a mí respecta, no conseguí dormir bien aquella noche. ¡Se acumularon casi a un tiempo tantos asuntos indemorables! Y el primero, el parte inesperado de que en la zona de Mělník aún resistían fuerzas considerables alemanas. Hubo que tomar medidas urgentes y destacar tropas de tan ques que liquidaran inmediatamente aquella agrupación bastante fuerte y organizada.

Luego, cayeron sobre mí otros problemas, hasta el extremo de impedirme saborear todas las alegrías del Día de la Victoria. Pienso que no sólo yo, sino también otros comandantes de Frente sólo percibieron de verdad esta fiesta durante el Desfile de la Victoria en Moscú y la recepción que le siguió en el Kremlin. Allí sentí que me desembarazaba de un peso, experimenté alivio y me permití beber por la victoria.

Hasta muy entrada la noche del 9 de mayo estuve ocupado a más no poder y sólo el 10 por la mañana salí para Praga. La carretera por la que íbamos estaba totalmente cubierta de gente. Se movían por ella tres torrentes humanos que no se entremezclaban. El primero, el más nutrido, lo constituía la columna de prisioneros de la agrupación de Schörner. Mientras su cabeza estaba llegando a Dresde, la cola se encontraba aún cerca de Praga. El segundo torrente humano pertenecía a los alemanes sudetes evacuados de Checoslovaquia.

El tercer torrente humano, enorme, lo integraban los liberados de los campos de concentración fascistas, que en aquella región eran muchos. También se ubicaban en aquella zona muchas empresas de la industria militar, donde los alemanes utilizaban a cautivos de todos los países de Europa. El aspecto de los que regresaban de los campos de concentración suscitaba, al mismo tiempo, alegría y dolor. Alegría porque se reintegraban a la vida, iban hacia sus hogares, y dolor porque era sencillamente atormentador verlos: en su mayoría agotados y horrorosamente esqueléticos.

He estado después muchas veces en Praga y me encanta sobremanera esta bella ciudad, pero, naturalmente, la primera impresión que me produjo es imborrable. La ciudad seguía celebrando su liberación y este triunfal júbilo general, las banderas, estandartes y flores la hacían particularmente

atrayente y festiva, a pesar de que todavía en el camino tropezamos con ruinas e incendios, huellas de los cañoneos y bombardeos fascistas durante las jornadas de la insurrección en Praga.

Aquel día, el 10 de mayo, sólo pude echar un vistazo a Praga. Mi sensación principal era la alegría de que, a pesar de todo, en Praga se veían pocas destrucciones y de que habíamos logrado conservar la ciudad intacta.

Por la tarde, en el Estado Mayor del 3er Ejército de la Guardia, en Praga, me encontré con mis batalladores comandantes de Ejército: Ribalko, Leliushenko, Górdov y con los miembros de los consejos militares de estas grandes unidades. Felicité cordialmente a los tres comandantes por la victoria conquistada. Ellos hicieron lo mismo.

Mas nuestras felicitaciones mutuas no podían durar mucho, pues había que pensar en normalizar la vida, abastecer a la población, designar jefe de la guarnición y un Comandante Militar de la Plaza de Praga. En este episodio concurren ciertos rasgos mundanos que hoy, al cabo de una veintena de años, me hacen sonreír.

Conversando en el Estado Mayor de Górdov acerca de los resultados de la operación que acababa de terminar, presencié una acalorada discusión entre Ribalko y Leliushenko en torno a quién de ellos había entrado primero en Praga. La porfía la caldeaba, además, la siguiente circunstancia: según nuestra tradición militar rusa, comenzando desde la época de Suvórov, el primer general que entraba en una ciudad era, por lo común, designado su comandante.

Escuchando la polémica entre dos de nuestros gloriosos generales tanquistas, que en ningún modo querían ceder uno a otro la primacía, y comprendiendo que no valía la pena ahondar su "discordia", designé allí mismo jefe de la guarnición al coronel general Górdov, comandante del 3er Ejército de la Guardia, invalidando así las pretensiones de los comandantes de los ejércitos de carros. A continuación, nombré Comandante Militar de la Plaza al general Paramzin, adjunto del comandante del 5° Ejército de la Guardia.

Cuando aquella misma tarde comunicaba desde Praga por teléfono directo a Stalin la designación de Górdov como jefe de la guarnición praguense, me encontré, inesperadamente, con que no se aceptaba mi propuesta. Stalin no comprendía por qué se hablaba del jefe de la guarnición, cuando a él le gustaba más el término "comandante". Tuve que explicarle

que, segun el Reglamento, al jefe de la guarnición se le subordinan todas las tropas acantonadas en el territorio correspondiente, mientras que el comandante es una persona a él subordinada, encargada, principalmente, de los problemas de los servicios de guardia y seguridad del orden interno.

Después de oír mis explicaciones, Stalin confirmó a Górdov como jefe de la guarnición y me ordenó prestar la colaboración necesaria para que el presidente Beneš y el gobierno checoslovaco se trasladaran a Praga desde Košice.

Cumplí estas indicaciones. Como el presidente Beneš y el gobierno checoslovaco expresaron el deseo de venir desde Košice a Praga por aire, se les enviaron los aviones correspondientes.

El día que el gobierno checoslovaco llegó al aeródromo de Praga le rindieron honores las tropas del 1er Frente de Ucrania. Nuestras autoridades militares estaban representadas por el coronel general de tropas de tanques Ribalko, el Comandante de la Plaza mayor general Paramzin y otros generales y oficiales del 1er Frente de Ucrania.

Al día siguiente volví a Praga y me entrevisté con Zdenek Fierlinger, Presidente del Consejo de Ministros, con Klement Gottwald y otros miembros de gobierno. En un ambiente de amistad se examinaron muchos problemas relacionados con la normalización de la vida en Praga y en toda la República Checoslovaca, en la solución de los cuales podíamos ayudar a los amigos checoslovacos.

Con especial cariño recuerdo mi encuentro entonces con mi compañero de armas general Ludvik Svoboda, que encabezaba el Ministerio de Defensa Nacional. Le conocí por primera vez en 1944, durante la operación Cárpatos-Dukla, realizada por nosotros en apoyo de la insurrección nacional armada eslovaca. Al comienzo de la operación, Svoboda mandaba una Brigada, luego fue Jefe de todo el Cuerpo Checoslovaco en sustitución del general Kratochvil, destituido por el mal cumplimiento de sus obligaciones.

En aquella operación dura y cruenta, Ludvik Svoboda tuvo un comportamiento ejemplar, como correspondía a un hombre organizado y extraordinariamente valiente. De él puede decirse sin exagerar que nunca bajaba la cabeza en el campo de batalla ante las balas enemigas. A pesar de que en el sentido literal de la palabra esto debería hacerlo en ocasiones, pues se arriesgaba mucho. Hasta el extremo de que en varias ocasiones tuve que llamar la atención al ca-

marada Svoboda por la frecuencia, no justificada, con que se encontraba en los órdenes de combate de sus unidades y rogarle simplemente que incluso en los minutos más críticos no se convirtiera en un soldado raso, que para nosotros era más valioso como Comandante de Cuerpo.

Durante la guerra, cuando el gobierno de Checoslovaquia se encontraba en Londres, Svoboda era para mí, desde el punto de vista formal, el representante de un Estado extranjero y, por añadidura, burgués. Oficialmente yo me dirigía a él llamándole "señor general", pero en mi fuero interno no podía en modo alguno acostumbrarme a este tratamiento. Svoboda fue para mí un verdadero compañero de armas y amigo y cuando la situación no exigía el tratamiento oficial ni la diplomacia, en el campo de batalla, yo le llamaba camarada. Y lo mismo, por cierto, que a todos los demás oficiales del Cuerpo Checoslovaco. Y sólo en aquellos casos, muy raros, en que me disgustaban sus acciones, para remarcar el grado de mi disgusto, cambiaba el tratamiento por el de "señor general". En cambio, cuando las cosas le marchaban bien, y en su mayoría así fue siempre, le trataba de "camarada general" o "camarada Svoboda".

Durante las batallas analicé al general Svoboda como organizador del combate. Después de pasar por la escala jerárquica, desde jefe de un Batallón independiente (primavera de 1943 en las cercanías de Járkov) hasta Comandante de Cuerpo de Ejército, Svoboda reunía las cualidades que la guerra exigía a los hombres que encabezaban grandes unidades de tropas. De voluntad inquebrantable, insistía tesoneramente para que se cumplieran sus órdenes, sin que esto le impidiera tratar con suma afabilidad a sus subordinados.

En sus relaciones con el mando soviético, Svoboda siempre demostró franqueza, amistad, sinceridad, siendo correspondido en igual forma por nosotros.

Por cierto, que no hay nada más firme que la amistad no expresada con palabras, sino en hechos de armas conjuntos, sentimiento que va tomando cuerpo en el cumplimiento de misiones de responsabilidad y difíciles, en las que se arriesga la vida. Precisamente así nació y fue formándose nuestra amistad combativa con los hombres del Cuerpo Checoslovaco y con su Jefe, el general Svoboda. Durante los combates, especialmente en los Cárpatos, esta amistad fue literalmente sellada con sangre.

Al general Svoboda le distinguía una fe inquebrantable

en la justeza de sus convicciones, la seguridad de que el nuevo ejército checoslovaco naciente, que él había forjado, continuaría consolidándose. En los años de la guerra no era comunista, pero fue un hombre de ideas progresistas, vinculadas con los mejores afanes y anhelos de su pueblo; creía en los comunistas checoslovacos, los consideraba hombres para quienes los intereses del pueblo eran lo primero; y firme, sin dar un paso atrás, marchó hombro a hombro con ellos a través de todas las vicisitudes, tanto las de la guerra como las de la política.

Svoboda fue un verdadero héroe nacional, uno de los hombres más intrépidos que he conocido, un soldado en el sentido más sublime de esta palabra.

Por eso se comprenderá la alegría que experimenté al abrazarle en su querida Praga, por fin liberada de los fascistas.

A MODO DE EPILOGO

He narrado en este libro las operaciones más importantes del año 1945, año de la victoria definitiva sobre el fascismo. Es sabido, no obstante, que la historia de la guerra no empezó para nosotros con victorias, sino con amargos fracasos y duras pruebas. Nuestro camino hacia el triunfo definitivo fue largo y espinoso; ocupó casi cuatro años y, en opinión mía, cualquier partícipe de la contienda que escriba de ella sólo podrá llegar a sintetizaciones y conclusiones después de que haya descrito toda la marcha de la guerra, por razón de que sólo este análisis multilateral puede engendrar deducciones generales acertadas.

Por eso no quiero apresurarme a exponer conclusiones generales. Para llegar a ellas con pleno sentido de responsabilidad necesito restablecer en mi memoria todo lo vivido por mí en la conflagración, todas sus etapas y no sólo la última. Por el momento sólo me arriesgaré a expresar aquí unas cuantas ideas relacionadas principalmente con nuestros cuadros de mando, con las exigencias rigurosas que les planteaba la guerra y con el proceso de crecimiento y perfeccionamiento que en ellos se operó al tenerse que enfrentar con estas exigencias.

Ya he citado algunos nombres. En lo fundamental, eran quienes mandaban ejércitos y armas, trabajadores políticos en escala de Ejército y Frente, los jefes de los EE.MM. de estas grandes unidades y agrupaciones, jefes de Cuerpo de Ejército y, con menos frecuencia, de División.

Sin embargo, mis memorias serán juzgadas por todos los que participaron en los acontecimientos que describo, incluidos mis compañeros de armas, los combatientes del 1er Frente de Ucrania de todas las graduaciones, desde el soldado hasta el general. Mi experiencia combativa me permite re-

cordar infinidad de episodios relacionados con mi permanencia directa en la primera línea de batalla. Podría relatar muchas cosas acerca de los hechos de armas de subdivisiones, unidades, medianas y grandes, y agrupaciones de tropas, no sólo de la actuación de jefes de divisiones y regimientos, sino también de quienes mandaban batallones, compañías y baterías, narrar mis innumerables pláticas en el frente de batalla con clases y soldados rasos.

¿Por qué no quise describir estos episodios tan clavados en mi mente y tan entrañables? Pues porque me pareció más importante restablecer el cuadro de acontecimientos en la envergadura en que tuve posibilidad de hacerlo debido al cargo que entonces desempeñaba, es decir, en escala de todo un Frente y de todo el desarrollo de las operaciones.

Me he detenido en este aspecto del problema porque me parece que tal enfoque de los acontecimientos tiene importancia de principio. Creo que el hombre que escribe sus memorias de campaña puede reportar mayor provecho para restablecer el cuadro general de la contienda si refleja, ante todo, los acontecimientos y hechos de armas en los que participó y de los que respondía directamente. Los hechos de armas pueden verse mejor, si podemos decirlo así, situándose en el cargo en que cada uno de nosotros fue colocado.

Un panorama general y amplio de la guerra sólo puede formarse sobre la base de muchos recuerdos. Este panorama comprende las memorias de los que mandaron frentes y ejércitos, divisiones y regimientos, batallones y compañías, escuadras y de los propios soldados. Solamente el conjunto de todos estos recuerdos puede proporcionar un cuadro completo de la contienda visto desde todos los ángulos. Y creo que no merece la pena intentar resumir, cualesquiera que sean las memorias, todos estos puntos de vista en uno solo.

Lo dicho, me parece, no sólo ataña a los recuerdos, sino también, en determinada medida, a los trabajos de historia de la guerra

Necesitamos tener la historia de los hechos de armas de ejércitos, divisiones y regimientos. En las obras históricas deben figurar los acontecimientos y hazañas heroicos que tanto se prodigaron en la guerra.

Mas la historia conjunta de toda la Gran Guerra Patria, llamada a exponer en toda su envergadura los acontecimientos y resumir la experiencia de la guerra en su conjunto, no debe recargarse con episodios parciales que, en una obra

semejante y debido a las condiciones de espacio, sólo pueden ser muy sucintamente descritos, razón por la que no podrán dar una representación exhaustiva ni del carácter de la proeza ni de los hombres que la realizaron.

La historia de la guerra no deberá en los trabajos de orden general dispersarse en episodios aislados. Estos encontrarán su puesto legítimo en las historias de las unidades medianas y grandes, que hay que escribir sin más demora, mientras aún viven quienes hicieron la guerra.

Mis consideraciones acerca de los mandos en la guerra quisiera comenzarlas por el jefe de regimiento.

No he descrito en este libro las acciones de los regimientos a pesar de que durante los preparativos y en el transcurso de las operaciones siempre tuve presente que el jefe del regimiento es la figura principal en el ejército tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, así como el organizador fundamental del combate. No existen mandos tan universales como el de un regimiento. Es un jefe unipersonal que concentra literalmente en sus manos todo lo que atañe directamente al combate y a la vida militar, al adiestramiento y educación del personal, al mantenimiento de la disciplina. Si el jefe no está lo suficientemente preparado, por más que se asignen al regimiento poderosas armas y pertrechos de lucha no se obtendrá fruto alguno, pues no serán utilizados como es debido.

Tomemos, por ejemplo, los grupos artilleros regimentales de apoyo. Cuanto más avanzaba la guerra, con mayor frecuencia teníamos posibilidades de aumentar su número y potencia. Pero estos grupos adquirían verdaderamente estas características si caían en manos de un jefe de regimiento inteligente. Cuando éste, por el contrario, no comprendía el carácter y el papel de la artillería en la guerra, no podía, claro está, sacar todo su rendimiento a la potencia artillera.

Y lo mismo puede decirse de los carros de combate, que los entregábamos como apoyo a regimientos y batallones. No admite discusión que su lugar se encontraba en los órdenes de combate de los batallones. Pero también aquí el papel del jefe del regimiento era muy considerable. Si los utilizaba acertadamente en el combate, los tanques luchaban bien, no entraban en acción a ciegas, sino amoldándose al terreno y al carácter de la defensa del enemigo. Con su artillería de apoyo, el jefe del regimiento abría camino a los tanques, neutralizaba el sistema anticarro alemán, organizaba su co-

operación con la infantería y con la artillería y evacuaba del campo de batalla los carros averiados.

En una palabra, el jefe de regimiento fue en la guerra el contramaestre del que no puede prescindirse en ningún trabajo, en cualquier taller y, menos aún, en el taller de la guerra. Sin este contramaestre –conocedor de todos los elementos de la producción– el trabajo no avanza, de la misma forma que tampoco marcharán las cosas en la guerra sin un jefe de regimiento que domine todos los elementos que incluye la organización del combate general. Estos mandos había que preservarlos y cuidarlos, cosa que en la medida de nuestras fuerzas tratamos de llevar a cabo. De los que mandaron regimientos salieron durante la guerra jefes de divisiones, cuerpos y otros de rangos superiores.

La función del jefe de regimiento yo la comprendí perfectamente ya en tiempos de paz, cuando mandé tal unidad durante cinco años, a conciencia, sin esforzarme por ascender aprisa por el escalafón ni por esconder el hombro, sino, al contrario, tratando de aprender allí, en el regimiento, todas las omniscencias del servicio y la vida militar. Recuerdo satisfecho cuánto me dio aquel trabajo.

Después, pasé por todos los cargos, desde jefe de división, que mandé también seis años. Cada uno de estos cargos me enseñó algo. También aprendí mucho en la Academia Frunze. Y a pesar de todo, el regimiento fue mi mejor escuela, me hizo un hombre de campaña. En el regimiento me encariñé apasionadamente con el campo y con los supuestos tácticos, lo más parecido al combate real. Sentía pasión por los simulacros y consideraba a la sazón, y sigo considerando, que sin inspiración no puede haber ejercicios militares. Todo esto me sirvió de mucho en la guerra.

Ignoro si he logrado o no transmitir esto, pues mi propósito ha sido mostrar que la dirección de las acciones militares comprende, ante todo, inspiración y que, precisamente ésta, entre otras muchas cualidades, la necesita el jefe antes de adoptar las decisiones más complicadas.

La frase de Suvórov de que "Lo que es difícil en los ejercicios será fácil en el combate" fue para mí siempre el fundamento de mi vida y actividad. Recuerdo especialmente los felices minutos vividos en las maniobras de la Región Militar de Moscú, cuando después de desbaratar en combate de encuentro con mi regimiento todos los propósitos del "enemigo" salí directamente al puesto de mando del Jefe de la

"División azul" y Boris Sháposhnikov, que mandaba a la sazón esta Región Militar, me felicitó por el exitoso combate. Los muchos y enormes acontecimientos ocurridos después y la hecatombe bélica que los siguió no han borrado, y todavía recuerdo emocionado, los elogios que B. Sháposhnikov me hizo como jefe de regimiento, hace casi cuarenta años.

No puedo por menos de incluir en mi relato un importante criterio de principio del mariscal Sháposhnikov acerca del papel del jefe de regimiento. Consideraba el mariscal que el jefe que se precie a sí mismo y respete a sus subordinados, preocupándose por la autoridad del mando del regimiento, jamás pasará revista a la unidad en ausencia de su jefe. Esta regla él la observaba a rajatabla y nos la inculcaba a todos los demás machaconamente.

Sháposhnikov se presentó en mi regimiento un día en que yo me encontraba en el polígono de tiro. Llegó a nuestro flanco derecho. Cuando el oficial de guardia le dio el parte de novedades del regimiento y le informó dónde se encontraba el jefe, Sháposhnikov no se movió del sitio en tanto no acudí llamado por él. Consideraba que no debía inspeccionar la unidad sin ir acompañado de su jefe.

Mandé mucho tiempo regimiento y división a las órdenes de Ieronim Uborévich. De todos mis maestros él es a quien recuerdo con más gratitud. En mi desarrollo militar, como en el de otros compañeros míos de servicio, desempeñó un gran papel.

Uborévich no fue sólo un jefe militar destacado de la guerra civil. Desempeñando en años sucesivos la Jefatura de una Región Militar, dedicaba mucha atención, habilidad y, yo diría, talento a la preparación combativa y operativa y a la educación de los cuadros. Uborévich sabía ver muy lejos. Precisamente muchos fueron los oficiales que aprendieron y copiaron de él la rica experiencia contemporánea que poseía este jefe militar poco común. Especialmente dominaba las cuestiones relacionadas con la organización y adiestramiento de las tropas, de los mandos y de los EE.MM, así como la preparación operativo-táctica.

Quiero decir también unas palabras del papel que desempeña el jefe de división. Como el del regimiento, es también la figura principal organizadora del combate general de tropas. No será un buen jefe de división si es incapaz de utilizar acertadamente en el combate todas las armas que integran su gran unidad y las agregadas. Tiene importancia

que sepa justamente comprender y apreciar la situación operativa general en la que transcurren las acciones de sus unidades. El jefe de división dispone en su Estado Mayor de un grupo de especialistas y si no se apoya en ellos y no aprovecha sus conocimientos él mismo no podrá estar a la altura de las exigencias que su cargo le plantea. Tampoco estará en su puesto si como mando unipersonal no aprovecha a su adjunto y al jefe de la Sección Política de la División y no sabe utilizar adecuadamente en el campo de batalla una fuerza tan enorme como los instructores políticos.

En todo caso, las funciones del jefe de división durante la guerra, no se resumían, como creían algunos, a encerrarse en llamados "miraderos" –irse al observatorio avanzado– y olvidarse de la dirección de la división, encomendando todo este trabajo al Estado Mayor. Este grave error nos costó a veces muy caro. El jefe de una división sólo debe encontrarse en el observatorio en los momentos en que se resuelven las misiones principales, o, por lo menos, de importancia. Por ejemplo, en el período inicial del combate, cuando se rompe la posición enemiga o cuando se producen cambios sustanciales en la situación.

Hay que reconocer que algunos jefes de división no comprendieron esto exhaustivamente, incluso al final de la guerra. A veces me presentaba en una división: "¿Dónde está el jefe? Que me informe personalmente de la situación". Me contestaban: "El jefe de la división se encuentra en el "miradero" ". Pero en aquel momento sus ojos ya no veían nada, pues era de noche. Al atardecer y por la noche el lugar del jefe de división, se comprende, no está en el "miradero", sino en su Estado Mayor, preparando a la división para la jornada venidera. Como regla, la división se dirigía en la guerra mediante órdenes diarias, por lo que, planteando al final del día una nueva misión, organizando el futuro combate, el jefe de división no tenía derecho a confiar este trabajo a nadie. Junto con su Estado Mayor –éste bajo su dirección y no al contrario–, debía prever todo para el siguiente combate.

Siempre consideré debilidad, un defecto del jefe de división, si éste no participaba en la organización del reconocimiento, confiando plenamente en el jefe del Servicio de Información divisionaria y en el Estado Mayor. La amarga experiencia de la guerra me enseñó en muchos ejemplos que si el jefe de división no ahonda de verdad en lo que al re-

conocimiento se refiere, si no plantea a este servicio misiones claras, él mismo se encontrará después en un apuro ya que, propiamente dicho, no podrá discernir lo que ocurre ante su sector. Por eso, cuando se exige a un jefe de división de esta índole que informe, de él no puede escucharse como respuesta más que esta frase estereotipada: "¿Da su permiso para informarle, camarada comandante? El enemigo ofrece fuerte resistencia". Para esta contestación no hace falta mucho talento. No basta con informar acerca de este hecho, hace falta aún analizarlo y poner en juego todos los medios de que se dispone para luchar contra el que tenemos enfrente, contra el que nos contiene. El nivel de los informes acerca de las fuerzas del enemigo y de su posible reacción siempre fue para mí uno de los criterios más importantes en la valorización de tal o cual jefe de división y del grado en que correspondía al cargo que desempeñaba.

Recuerdo este caso en el 5º Ejército de la Guardia. Una de sus divisiones no podía avanzar un paso en la dirección principal de ataque. El jefe de la división se encontraba en el observatorio, desde donde varias veces seguidas informaba *que la división no podía levantar la cabeza por el fuego que* le hacían los alemanes. Llegaron a cansarme aquellos partes anodinos, y como me encontraba en el dispositivo del Ejército al que pertenecía aquella gran unidad, precisamente no muy lejos, decidí llegarme al "miradero".

Los partes del jefe de la división resultaron ser simultáneamente verdad y mentira. Era cierto que desde por la mañana se encontraba en el observatorio, instalado en la buhardilla de la casa extrema del poblado, que le batían los cañones autopropulsados alemanes y que no podía asomar la cabeza. Pero, si en vez de dejarse impresionar, hubiera analizado y apreciado la situación en su conjunto, podría haber comprendido que su división ya hacía mucho que habría desalojado a las débiles fuerzas alemanas que se le oponían. Esto fue hecho al cabo de dos horas, después de que saqué al jefe de la división al campo, a una cota, de obligarle a ver la situación realmente, por sus propios ojos, y hacerle organizar el combate en escala de toda la división.

He citado este episodio, además, porque la cuestión de la valentía personal del mando en la guerra no es una cosa tan simple como algunos se la imaginan a veces. ¿Qué ocurrió en el caso que nos ocupa? Al jefe divisionario, al parecer, no se le podía negar arrojo, pero la división, por su cul-

pa, actuó aquel día con timidez e indecisión. El mismo, encontrándose todo el día bajo un cerrado fuego enemigo, consideraba, por lo visto, que se comportaba heroicamente. En realidad, difundiendo su impresión personal del combate que se desarrollaba en el sector en que se encontraba a todo el resto de la división e informando también así a las instancias superiores, lo que hacía era dirigir irresolutamente a sus fuerzas, nos engañaba a nosotros, pues ignoraba lo que verdaderamente pasaba. Cabe preguntar, ¿a quién le hace falta semejante heroísmo?

En otro período de la guerra tuve que entendérmelas con un Comandante de Ejército que también sentía pasión por estar lo más cerca posible de la primera línea y situarse en la isba de la aldea más cercana al campo de batalla. Siempre estaba bajo el fuego del enemigo. Pero no contento con eso, se llevaba también allí al Estado Mayor. Lo alojaba en las isbas más próximas, por lo que sufría incesantes bajas, vulnerando la dirección normal de las tropas y excluyendo la posibilidad de hacer apreciaciones razonadas y justas de la situación general.

Añadiré que la cuestión de la valentía personal es una cosa muy sutil que exige se le preste atención. En este caso, el Comandante de Ejército, a quien me refiero, era un hombre de un arrojo poco común. Situaba sus puestos de mando y observatorios en lugares inverosímiles y tuve que luchar con él durante mucho tiempo. Pero la audacia era el lado fuerte de este hombre y yo no consideraba oportuno burlarme de él o reprenderle con dureza. Esto le habría quebrantado y desalentado. El Comandante de un Frente goza en la guerra de grandes prerrogativas y puede fácilmente menoscabar el prestigio del subordinado, pero, ¡que pruebe después a restituírselo!

El heroísmo auténtico es muy valioso en la guerra. Valioso también en los jefes superiores si, naturalmente, éste no es su único atributo.

Sin embargo, cuando hablamos de las cualidades que se exigían a los jefes militares en la guerra, por muy importante que fuera la valentía, no era ésta la que definía en primer lugar las cualidades combativas de los hombres que mandaban las tropas. La audacia, la valentía y el arrojo personal fueron característicos para nuestros mandos, incluidos los superiores, desde el mismo comienzo de la guerra. Las cualidades combativas del jefe militar comprenden la des-

treza para dirigir las tropas, el estar siempre dispuesto para asumir la responsabilidad por todo lo que se hizo y por lo que se dispone a realizar. La decisión de sentirse responsable por todas las acciones de sus tropas y por todas las consecuencias que pueden acarrear las órdenes por él dadas –sea cual fuere el peligro que entrañan y su final– es el primero y principal rasgo que retrata a un jefe de férrea voluntad. Durante la guerra, los comandantes de ejércitos y frentes tuvieron que asumir responsabilidades de esta índole y, en los inicios de la contienda, en las condiciones más difíciles. Este fue, precisamente, uno de los factores más importantes que determinó su crecimiento como jefes militares.

La guerra fue desalojando gradualmente de sus puestos a los que unilateral y mecánicamente entendían la responsabilidad por la misión que les había sido encomendada, a veces a quienes ejecutaban de forma primitiva las órdenes y por eso fracasaban.

En el transcurso de la contienda fueron desapareciendo paulatinamente los jefes que consideraban que cuanta más infantería entrase en combate más posiciones podría tomar. La guerra puso al desnudo toda la inconsistencia de estos oficiales que no comprendían que en la batalla manda el fuego, que primero de todo había que hacer avanzar el fuego y detrás de su cortina, la infantería. Ni que decir tiene que el número es cosa de importancia, pero el número, como dice un viejo proverbio, siempre debe ir respaldado por la ingeniosidad, por el arte de conducir las tropas, los tanques, los infantes y la artillería. Esto también lo aprendimos durante la guerra. Lo aprendimos en las experiencias de duros errores, equivocaciones y fracasos. Fuimos capacitándonos en los primeros éxitos que conseguíamos, a muy caro precio. Ibamos enriqueciendo nuestros conocimientos en las primeras victorias, que no siempre sabíamos realizar hasta el fin.

He intentado esbozar las cualidades combativas y el aspecto moral de varios jefes militares que ocuparon altos puestos de mando al final de la guerra. Si tuviéramos que sintetizar los cambios cualitativos sumamente grandes y positivos que se operaron durante la guerra en nuestros mandos, en lo que respecta al nivel de su destreza militar, podríamos expresarlo sucintamente así: la propia guerra es quien destaca y selecciona los mandos. La situación bélica, mejor que cualesquiera organismos de personal, corrige los

errores que antes de estallar la guerra cometieron los organismos de personal y el alto mando, ascendiendo a estos u otros cargos a tales o cuales hombres.

Y aunque antes de la guerra hubo no pocas fallas en la distribución de mandos en el ejército, yerros que se pusieron de manifiesto literalmente en los primeros meses de la contienda, la propia lucha armada fue cribando poco a poco a los cuadros que no sabían desenvolverse en toda la complejidad de la situación. Y, ante todo, a los que se mostraron incapaces de dar un viraje en su propia mentalidad y comenzar a cumplir sus obligaciones de comandantes de frentes y de ejércitos tal y como exigía hacerlo una guerra contemporánea.

En este sentido basta con el ejemplo de los comandantes de los frentes, que no los mandaban los que habían sido destinados para ello en tiempos de paz ni los que desempeñaban estos puestos al comienzo de las hostilidades. Todos los comandantes de frentes se revelaron en el transcurso de la guerra y, aunque esta formulación parezca no muy afortunada, diré que todos ellos fueron engendrados por la guerra. La mayoría de los que terminaron la contienda mandando frentes y ejércitos no llegaron a estos cargos por pura coincidencia de las circunstancias, sino como resultado de sus hechos de armas, gracias a sus capacidades, conocimientos, fuerza de voluntad, como resultado de haber mostrado precisamente todo lo que se destaca en la guerra.

Así fue cómo se formó un grupo de jefes superiores que cargó con todo el peso de las acciones militares. Habiendo conocido a muchos de ellos muy de cerca durante la guerra y encontrándomelos en tiempos de paz, analizando sus hechos, llego a la conclusión de que a las cualidades que les hicieron capaces de saber conducir a las tropas en el campo de batalla les sirvieron de base sus extensos y multilaterales conocimientos, la experiencia de su largo servicio militar, paso a paso, escalón tras escalón, sin saltarse varios de una vez. Estos hombres conocían a las tropas, conocían la naturaleza del soldado. En tiempos de paz enseñaron ya tenazmente a las tropas lo que necesitarían hacer en la guerra. Ellos mismos aprendieron al mismo tiempo que las tropas y añadiré que aprendieron de ellas. Todo lo mejor y lo más progresivo que proporcionaba la experiencia de aquellos años, lo tomaron de las tropas y lo acumularon en sí. Entre los que llegaron durante la guerra a altos jefes, como regla

en la que casi no hay exclusiones, veo a los que con gran cariño y espíritu de sacrificio trabajaban con las tropas en tiempos de paz, los que no se dormían en los laureles de pasados méritos, los que se preparaban incesantemente para la guerra, los que no vivían al estilo viejo, que no miraban atrás, sino adelante, al futuro.

El desarrollo y desenlace de las operaciones de Berlín y Praga son un testimonio brillante de las elevadas capacidades organizadoras de nuestros jefes militares y de la maestría combativa de las tropas soviéticas, que habían acumulado una gran experiencia práctica en la organización y realización de operaciones militares en las condiciones más diversas.

Cuando ahora, después de más de veinte años de haber terminado la guerra, pienso en los acontecimientos de aquella época, mi memoria me retrotrae nítidamente al pasado, a todo lo vivido: la amargura de los fracasos y el júbilo de las victorias.

... Tampoco olvido el año 1941, cuando el enemigo en el cenit de su potencia combativa, utilizando todos los recursos de la Europa avasallada, estaba a las puertas de Moscú y creía en una victoria fácil. Pero el invasor sufrió derrotas demoledoras en las cercanías de Moscú, después en el Volga y en otras batallas y no pudo salvar de la caída la capital del Reich. Bajo los escombros del Berlín domeñado fueron sepultados el propio Estado fascista y el criminal Hitler.

¡Qué lección más ejemplar!

Desde los primeros reveses del período inicial de la guerra hasta llegar a la capitulación completa del enemigo vencido, de la Alemania hitleriana, tal fue el gran camino recorrido por el Ejército Soviético en la guerra pasada. ¿Acaso no es un ejemplo histórico descollante? He aquí el significado de las magnas ideas del leninismo, cristalizadas en el poderoso régimen socialista del Estado soviético.

Pasarán los siglos, pero jamás se borrará de las mentes de las futuras generaciones la heroica proeza del pueblo soviético y de sus Fuerzas Armadas, que derrotaron totalmente a la Alemania hitleriana en la Gran Guerra Patria.

A través de todos los combates y batallas, venciendo dificultades y adversidades, pasaron los heroicos combatientes del Ejército Soviético. Muchos cayeron heroicamente en los campos de batalla, su hazaña bélica la honrarán agradecidas las nuevas generaciones.

Participé en muchos importantes acontecimientos de la guerra, he visto y sabido mucho, mas aunque hubiera narrado los cuatro años de guerra por mi vividos, éstos tampoco habrían llenado más que unas cuantas páginas de los grandiosos anales de la Gran Guerra Patria.

INDICE

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si le da usted a conocer su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección: Editorial Progreso,
Zúbovski bulvar, 21, Moscú, URSS.



